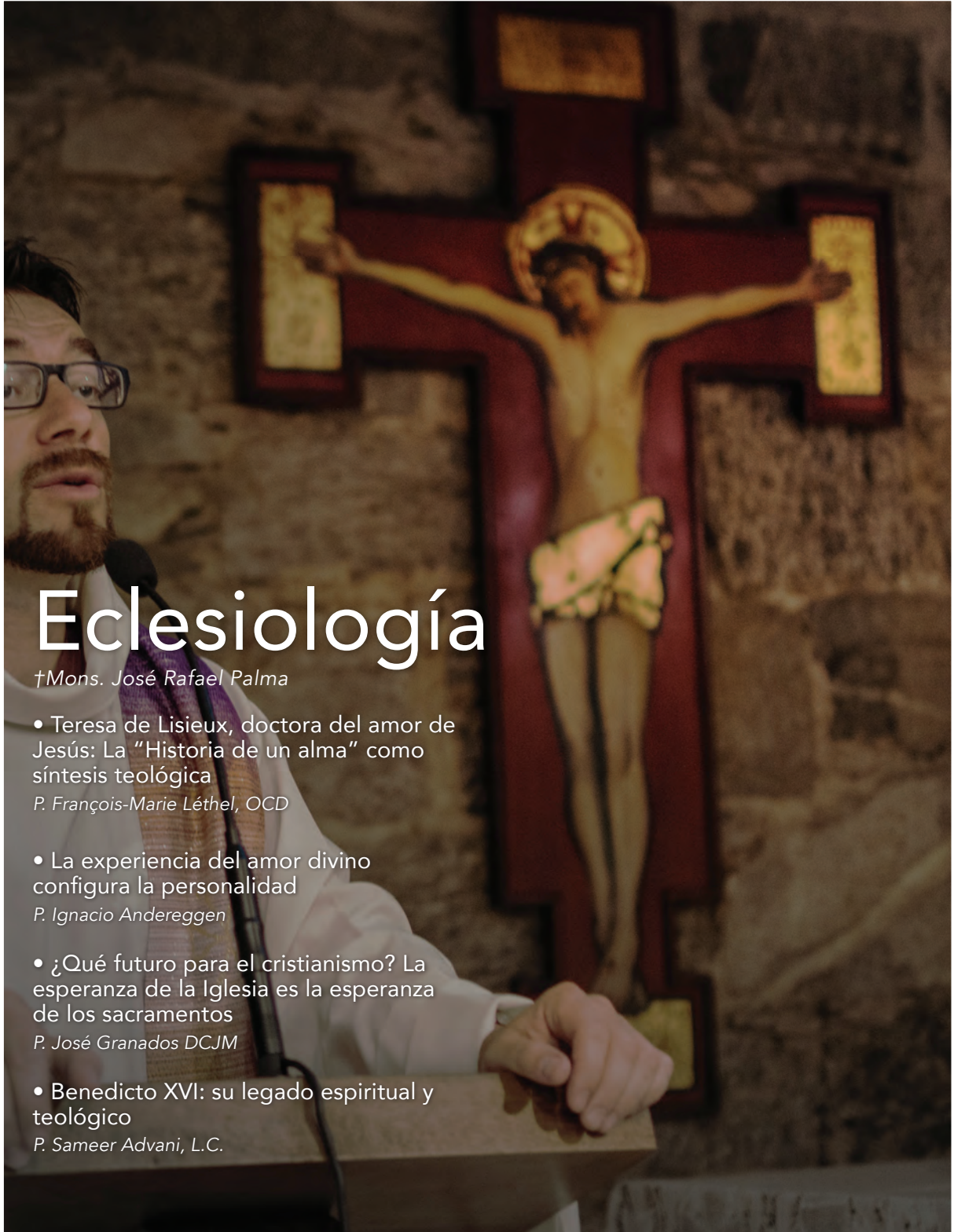


#149

ABRIL
MAYO
JUNIO
2023



Eclesiología

†Mons. José Rafael Palma

- Teresa de Lisieux, doctora del amor de Jesús: La "Historia de un alma" como síntesis teológica

P. François-Marie Léthel, OCD

- La experiencia del amor divino configura la personalidad

P. Ignacio Andereggen

- ¿Qué futuro para el cristianismo? La esperanza de la Iglesia es la esperanza de los sacramentos

P. José Granados DCJM

- Benedicto XVI: su legado espiritual y teológico

P. Sameer Advani, L.C.



P. Alfonso López Muñoz, L.C.
Director Editorial Revista
SACERDOS



Estimados en El Señor, hermanos sacerdotes:

El 31 de diciembre pasado pasaba a mejor vida Benedicto XVI. Sirva este número de *Sacerdos* como acto de gratitud y homenaje a este gran Papa, que tanto bien ha hecho a la Iglesia. En primer lugar, por medio de su enseñanza como teólogo católico –enseñanza tan extensa como profunda, tan abierta a los aportes contemporáneos a su tiempo como fiel a la Tradición bimilenaria de la Iglesia- a tantas generaciones en diversas universidades alemanas, y otras; en segundo lugar, como prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe y como brazo derecho de san Juan Pablo II precisamente como velador de la fe, garantizando y defendiendo la doctrina y la pureza de la fe, con prudencia, sencillez y caridad, pero también con la decisión y firmeza necesarias; y en tercer lugar, como Vicario de Cristo, sucediendo precisamente a su muy “amado predecesor”, Juan Pablo “Magno”, como más de algún escritor ha propuesto desde su muerte llamarlo, comparándolo con los otros Papas a los cuales se les dio tal título: san Basilio Magno, san León Magno, san Gregorio Magno, san Nicolás Magno.

Seguramente nos llevará un buen tiempo para poder ponderar y aquilatar lo que este otro Papa de gran estatura teológica y espiritual nos ha dejado como legado en la Iglesia Católica y más allá de las fronteras propias de ésta, pues Joseph Ratzinger – Benedicto XVI ha sido y es apreciado tanto por católicos como por protestantes y líderes y fieles de otras denominaciones cristianas y otras religiones. Su gran inteligencia, su enorme cultura teológica y filosófica, su amplio conocimiento de la historia y del arte, su gran perspicacia en los ámbitos de las ciencias humanas, lo han posicionado, a lo largo de los decenios, como un reconocido y respetado referente no sólo de ciencia teológica, sino de sabiduría en general.

Por lo demás, los años en que le ha tocado marcar el rumbo de la Iglesia no han sido fáciles, para nada. Como bien sabemos, a pesar del gran pontificado de Juan Pablo II y de su gran labor, alcance y fruto pastoral como doctrinal –al cual, como ya decíamos, contribuyó de forma abundante y trascendente el entonces Cardenal Ratzinger-, las corrientes disidentes al interior de la Iglesia siguieron presionando y minando la unidad de Esta; y también le correspondió al Papa alemán el afrontar muchos otros problemas internos y externos a la Barca de Pedro. De manera especial le correspondió lidiar con el escándalo devastador de la pederastia por parte de algunos miembros del clero católico, así como demás plagas ideológicas y comportamentales que afectan tanto al sacerdocio católico como a los fieles en general. Ahora bien, aparte de los correctivos disciplinares y decretos en relación a ello, el Papa buscó un camino constructivo para ayudarnos a nosotros sacerdotes, como “otros Cristos” que somos, a reencontrar nuestra identidad sacerdotal y a re-enamorarnos de nuestra vocación al sacerdocio ministerial, ofreciéndonos, durante el Año sacerdotal al que nos convocó en el 2010, una vez más como modelo a san Juan María Vianney, el así mejor conocido por todos como “Cura de Ars”, a quien hizo pasar de ser patrono de los párrocos a serlo de los sacerdotes en general. Pero, más allá de todo ello, podemos reconocer que él mismo, Joseph Ratzinger – Benedicto XVI, nos ha dejado en su propia persona un testimonio auténtico, transparente y bello de lo que es ser un sacerdote católico integral, pues él buscó en todo momento vivir plenamente su vocación sacerdotal, potenciando sus talentos –de naturaleza y de Gracia, tanto humanos como espirituales- y poniéndolos al servicio de Dios y del prójimo, de Jesucristo y de Su Iglesia, en definitiva, de todos los hombres. En fin, mucho se podría recordar y decir sobre Benedicto XVI; muchos son los dones que habría que agradecerle a él, pues fue por su medio que Dios nos los ha concedido en la Iglesia. En fin, algo se dirá en algunos de los artículos que presentamos en este número de nuestra revista; esperemos seguir meditando en diversos aspectos de este gran papado en las próximas ediciones de *Sacerdos*.



En esta ocasión, ofrecemos los siguientes artículos:

En lo que dice a la dimensión humana, un primer trabajo versará sobre el desarrollo humano aplicado a la vida del sacerdote. Como bien sabemos, en los últimos años la Iglesia ha reconocido en este ámbito un área de oportunidad tanto para los seminaristas como para los presbíteros. Mas no hemos de olvidar que la motivación última para ello la encontramos en el hecho de que el Verbo mismo, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, se hizo hombre como nosotros por su Encarnación, por medio de la cual ha enaltecido y elevado la naturaleza humana y nos ha hecho hijos en el Hijo (cfr Ef 1, 3-6, 16-18), y a través de lo cual ha llegado a ser el Único Sumo y Eterno Sacerdote de la Nueva Alianza (cfr Heb); sacerdocio al cual somos conformados por el sacramento del Orden y al cual hemos de esforzarnos por configurar toda nuestra vida, humana y espiritual.

En lo que dice a la dimensión netamente espiritual, ofrecemos varios artículos. Uno hace ver cómo la experiencia del amor de Dios configura realmente la personalidad del sacerdote, mientras que otro hará ver que la vida trinitaria –o mejor dicho intratrinitaria- también incide en la vida espiritual del cristiano, y, por ende, del sacerdote. Otros dos hablan de dos disposiciones de la vida del sacerdote que son necesarias, o, mejor dicho, indispensables: la disponibilidad ante la cruz del sufrimiento y de la prueba en la propia vida, y la disponibilidad en cuanto tal ante lo que necesita El Señor de cada uno de nosotros en cada momento de nuestra vida. Un trabajo más hablará de “los tesoros del sacerdote”, es decir esos dones más sagrados que posee, o que, mejor, le poseen a él. Finalmente, también incluimos la continuación del artículo sobre la dirección espiritual según san Juan de Ávila –proclamado “doctor de la Iglesia” precisamente por Benedicto XVI-; esto porque, más allá de ser uno de los ministerios del sacerdote –de hecho, el “ministerio de amor”, en palabras del santo doctor-, es también una de las necesidades y medios con los que cuenta el sacerdote para crecer en identidad y santidad.

En el apartado de la formación intelectual, contamos con tres trabajos. Uno sobre santa Teresita del Niño Jesús, y más en concreto sobre la “Historia de un alma” –es decir, sus “manuscritos autobiográficos”, como se les llamó en un principio-; un segundo documento argumenta cómo el futuro del cristianismo, la esperanza de la Iglesia, reside en los sacramentos. Finalmente, se ofrecen algunas reflexiones de fondo sobre la dignidad y la vida humanas.

En lo que incumbe a la pastoral, también se ofrecen tres artículos: uno de estos es sobre Eclesiología, basado en cuanto expone sobre el tema el Catecismo de la Iglesia Católica. Y aquí vale la pena recordar que el brazo derecho de Juan Pablo II para lo que fuera, según el mismo santo Papa polaco, su legado más importante y valioso a la Iglesia universal, es decir precisamente el susodicho Catecismo –ya que, como él dijo, fue un trabajo de toda la Iglesia, de todos los Obispos y Episcopados, parroquias y comunidades, etc...-, fue el entonces prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, el cardenal Joseph Ratzinger; por lo demás, también fue el mismo cardenal alemán quien después ideó y llevó a cabo el Compendio del Catecismo, excelente y necesaria síntesis de éste. Un segundo artículo toca el tema de la fe en la familia, y sobre todo da excelentes sugerencias muy concretas de cómo transmitir y cultivar la fe en los hijos. El tercer trabajo consiste en un comentario de una homilía extraordinaria de Benedicto XVI dirigida a una gran cantidad de novios con los que se encontró en Italia en el año 2011, el cual lleva por título “El testamento teológico humano y divino de Benedicto XVI para los novios católicos”.

En el apartado de “Actualidad” ofrecemos una conferencia sobre la situación sociopolítica del país y el compromiso de la Iglesia ante esta, impartida por un sacerdote gran conocedor y escrutador de la materia; y



aunque trata sobre la situación concreta de México, nos parece que puede ser útil para todos, no sólo por la posible similitud con otros países, sobre todo de Latinoamérica, sino por lo que se refiere precisamente a la actitud que la Iglesia ha de adoptar ante retos análogos.

Finalmente, y siguiendo con la persona del Papa Ratzinger y el fruto de su valioso pontificado, presentamos como testimonio un artículo intitulado: "Benedicto XVI: su legado espiritual y teológico".

Bien, padres, pues esperando sea de utilidad este material para su vida y misión, en el Centro Sacerdotal Logos quedamos a sus órdenes y les aseguramos nuestras oraciones y nos encomendamos a las suyas.

Pidiendo a san Juan Pablo II, y también a su fiel colaborador Benedicto XVI, q.e.p.d., nos bendigan desde el cielo, quedamos suyos en Cristo,

P. Alfonso López Muñoz, L.C.
Centro Sacerdotal Logos



DIMENSIÓN HUMANA

Desarrollo humano integral 11
P. Francisco Javier Jaramillo



DIMENSIÓN ESPIRITUAL

La experiencia del amor divino configura la personalidad 14
P. Ignacio Andereggen

Influencia de la vida trinitaria en la vida espiritual 23
P. Eloy Bedia Díez, L.C.

Ánimo, hermano que sufres. También a ti te bajarán de la cruz 28
P. José Juan Sánchez Jácome

Mi vida entera se trata del Señor y de lo que necesita: mirando al burrito 30
P. José Juan Sánchez Jácome

Los tesoros del sacerdote 32
P. Luis Alfonso Orozco, L.C.

La dirección espiritual para el Maestro Ávila como un auténtico "amoris officium": "ministerio de amor" (5) 39
P. Antonio Rivero, L.C.



DIMENSIÓN INTELECTUAL

Teresa de Lisieux, doctora del amor de Jesús: La "Historia de un alma" como síntesis teológica 47
P. François-Marie Léthel, OCD

¿Qué futuro para el cristianismo? La esperanza de la Iglesia es la esperanza de los sacramentos 60
P. José Granados DCJM

**Utiliza nuestro Índice interactivo para navegar dentro de la revista.*



ÍNDICE

Reflexiones sobre la dignidad y vida humanas 70
P. Helkyn Enríquez Báez



DIMENSIÓN PASTORAL

Eclesiología 75
†Mons. José Rafael Palma

Cultivar la fe en familia 88
P. Fernando Pascual, L.C.

**El testamento teológico humano-divino de
Benedicto XVI para los novios católicos** 96
P. Alfonso López Muñoz, L.C.



ACTUALIDAD

**Situación Sociopolítica del país y compromiso
de la Iglesia** 118
P. Mario Ángel Flores Ramos



TESTIMONIO

Benedicto XVI: su legado espiritual y teológico 129
P. Sameer Advani, L.C.

Director responsable: P. Alfonso López Muñoz, L.C.

Consejo editorial: †S.E. Mons. Rogelio Cabrera López / Arzobispo de Mty. / Presidente de la Conferencia del Episcopado Mexicano, †S.E. Mons. Jaime Calderón Calderón / Obispo de Tapachula, †S.E. Mons. José Rafael Palma Capetillo / † Obispo Auxiliar de Xalapa S.E. Mons. Carlos Enrique Samaniego López / Obispo Auxiliar de la Arquidiócesis de México, †S.E. Mons. Eduardo Muñoz / Obispo Auxiliar de la Arquidiócesis de Guadalajara, P. Ignacio Andereggen, P. Jaime Rivas, P. Octavio Pérez Ramírez, P. Marcelino Monroy, P. Javier Jaramillo, P. Eduardo Godínez, P.P. Fernando Pascual, Antonio Rivero y Alex Yeoung, LL.CC.

Coordinación gráfica: Lic. Hugo Toro Monjaraz

Coordinación Editorial: En Sacerdos velamos porque todo cuanto se escribe en nuestra revista refleje en todo momento la doctrina de la Iglesia Católica sobre cada uno de los temas tratados; sin embargo, la responsabilidad del pensamiento y de las ideas en concreto de cada artículo competen a su respectivo autor.

**Utiliza nuestro Índice interactivo para navegar dentro de la revista.*



AVISO

• PROGRAMAS NACIONALES
2023



Si lo que buscas es un espacio de silencio, oración y reflexión, estos son tus:

Ejercicios Espirituales para sacerdotes



“Yo los elegí a ustedes no ustedes a mí”

FECHA:
22 al 26 de mayo 2023

Impartidos por:
P. Roberto González, L.C.

Centro de Retiros Santa María de la Cascada en Amecameca

Costo:
\$5,000.00 en habitación individual.

Registro:
13:00 hrs. del lunes

**Llevar Alba, Estola, Liturgia de las horas y Biblia. Los Ejercicios concluyen hasta después de la comida del viernes.*

INFORMES
Programas Nacionales

Gabriela Sordo
logos@caesc.com
Cel. 551729.86.70

Acueducto Río Hondo 218, Lomas de Virreyes
C.P. 11000, Ciudad de México.

Síguenos:  Centro Sacerdotal Logos
www.centrologos.org

Contacto:

Gabriela Sordo

Coordinadora de Programas Nacionales

Mail: logos@caesc.com

Celular 5517298670

Acueducto Río Hondo 218,
Lomas de Virreyes C.P.
11000, CdMx.

Síguenos:

 **Centro Sacerdotal Logos**

www.centrologos.org



AVISO

• PROGRAMAS INTERNACIONALES
2022



El curso quiere ser una ayuda para profundizar en la realidad del ministro del exorcismo en sus aplicaciones teóricas y prácticas, así como también una ayuda para los Arzobispos y Obispos en la preparación de los sacerdotes que serán llamados a este ministerio, y así como los laicos que los asisten.


Curso de exorcismo

FECHA:
Del 08 al 13 de mayo de 2023.

Lugar:
Roma, Italia

Costo:
500€
*si requiere traducción 800€

Contacto:
Adriana Bellon
Coordinadora de Programas Internacionales
Mail: logosinter@redmision.org
Celular 55.28.60.56.93
Acueducto Río Hondo 218,
Lomas de Virreyes C.P. 11000, CdMx.

Síguenos:
Centro Sacerdotal Logos 
www.centrologos.org

Contacto:

Adriana Bellon

Coordinadora de Programas Internacionales

Mail: logosinter@redmision.org

Celular 5528605693

Acueducto Río Hondo 218,
Lomas de Virreyes C.P. 11000,
CdMx.

Síguenos:

 **Centro Sacerdotal Logos**

www.centrologos.org

**AVISO**

• PROGRAMAS INTERNACIONALES
2022



El curso propone una actualización para aquellos que ya se dedican a la formación de los futuros sacerdotes.

Se presenta como una oportunidad de estudio, profundización y compartir experiencias entre formadores que tienen la responsabilidad de acompañar en el discernimiento, el crecimiento y maduración de los seminaristas.

DESTINATARIOS:

Rectores, vice-rectores, directores espirituales y otros formadores de seminarios.

Curso para Formadores

FECHAS:

Del 27 de junio al 26 de julio de 2023

Costo:

2,450.00€

Lugar:

Roma, Italia

Contacto:

Adriana Bellon

Coordinadora de Programas Internacionales

Mail: logosinter@redmision.org

Celular: 55.28.60.56.93

Acueducto Río Hondo 218,

Lomas de Virreyes C.P. 11000, CdMx.

Síguenos:

Centro Sacerdotal Logos

www.centrologos.org

Contacto:

Adriana Bellon

Coordinadora de Programas Internacionales

Mail: logosinter@redmision.org

Celular: 5528605693

Acueducto Río Hondo 218,
Lomas de Virreyes C.P. 11000,
CdMx.

Síguenos:

Centro Sacerdotal Logos

www.centrologos.org



AVISO

• PROGRAMAS INTERNACIONALES
2023



Renovación Sacerdotal en Jerusalén

FECHA:

Del lunes 10
al sábado 29 de
julio 2023

Costo:

2,800.00€

Contacto:

Adriana Bellon

Coordinadora de Programas
Internacionales

Mail: logosinter@redmision.org

Celular 5528605693

Acueducto Río Hondo 218,
Lomas de Virreyes C.P. 11000,
CdMx.

Síguenos:

 **Centro Sacerdotal Logos**

www.centrologos.org



Contacto:

Adriana Bellon

Coordinadora de Programas Internacionales

Mail: logosinter@redmision.org

Celular 55 28 60 56 93

Acueducto Río Hondo 218,
Lomas de Virreyes C.P. 11000, CdMx.

Síguenos:

Centro Sacerdotal Logos 

www.centrologos.org



DIMENSIÓN HUMANA



**P. Francisco Javier
Jaramillo**

Licenciado en Teología
Pastoral
Maestro en Bíblica y
Espiritualidad

El desarrollo humano integral

El desarrollo humano integral consiste en la formación de la persona humana en todas sus dimensiones: física, espiritual, intelectual, emocional y social. También se trata de la formación de comunidades, con sus diferentes grupos y énfasis, que se unen para trabajar por el bien común.

El Dicasterio para la Promoción del Desarrollo Humano Integral fue creado el 17 de agosto de 2016 a partir de la unión de cuatro Consejos Pontificios, según los deseos que nuestro Santo Padre el Papa Francisco expresó en su Carta Apostólica bajo la forma de un Motu Proprio, *Humanam Progressionem*.

En 1967, el Papa Pablo VI postuló la noción de «desarrollo humano integral», que, tal y como fue desarrollada por sus sucesores, Juan Pablo II y Benedicto XVI, rompió con el proyecto moderno de desarrollo puramente económico y tecnológico, dando lugar a una original comprensión del «desarrollo». La doctrina papal, como concepciones convencionales del desarrollo, está a favor del crecimiento económico, la innovación tecnológica y la aplicación de programas sociales. Sin embargo, el «desarrollo humano integral» hace hincapié en el objetivo religioso de reconciliar a la humanidad con Dios.

La preocupación por la formación integral tiene una larga historia; desde diversos ángulos ha cuestionado el deber ser de la formación religiosa en función de las diferentes formas en las que ha sido comprendido

el ser humano y el proyecto de sociedad a lo largo de la historia. En lo que respecta a la formación, el solo hecho de afirmar su posibilidad implica reconocer al ser humano como sujeto dinámico, en permanente construcción, capaz de desplegar paulatinamente todo un horizonte de posibilidades de su ser y estar en el mundo.

Cuando al concepto de formación se agrega el adjetivo “integral” se alude a una propuesta educativa que comprende lo humano como un todo que no puede ser escindido, que está necesaria y completamente implicado: educar integralmente es atender a todo lo humano y a todo en lo humano. Además, desde el horizonte de la fe cristiana, la acción educativa ha de favorecer el desarrollo de todas las potencialidades del ser humano, a fin de que pueda reconocer y participar de la acción de Dios en la propia vida y en la historia.

Desde la lógica de la encarnación, que es el eje central de la fe cristiana, toda acción que se oriente a dar plenitud a la vida humana es signo del acontecer de Dios en medio de nosotros. En consecuencia, el magisterio de la Iglesia, en numerosos documentos, ha manifestado su interés y preocupación por la formación humana en sus integrantes, dada su relevancia en el desarrollo de la persona humana, de la sociedad y de la Iglesia. En estos documentos eclesiales se encuentran distintas alusiones a los procesos de formación integral y a la necesidad de que los procesos formativos, en los diversos niveles



DIMENSIÓN HUMANA



y modalidades, atiendan a todas y cada una de las dimensiones de lo humano. El tema de la formación integral está presente, con diversas expresiones y modalidades, en los criterios eclesiales sobre la educación de los creyentes en general y sobre la formación en teología y ciencias religiosas que se ofrece a clérigos, religiosos y laicos.

Se trata en consecuencia de una cuestión ineludible en cualquier proceso formativo que se fundamente en una comprensión cristiana del ser humano y de la sociedad.

El desarrollo de las diferentes dimensiones del ser humano es, por tanto, la expresión del proceso de formación integral. Las dimensiones son definidas como categorías o conceptos que fungan como un constructor teórico mediante el cual es posible aproximarse a la complejidad de lo humano y hacer presentes aquellos aspectos definitivos que no pueden desconocerse en opciones educativas orientadas a la integralidad. No obstante, es claro que la realidad humana es un todo indivisible y que, por tanto, el desarrollo de las dimensiones se da siempre de manera conjunta.

La dimensión ética es definida como ...[la] posibilidad del ser humano para tomar decisiones a partir del uso de su libertad, la cual se rige por principios que sustenta, justifica y significa desde los fines que orientan su vida, provenientes de su ambiente sociocultural.

La dimensión espiritual es entendida como ...[la] posibilidad que tiene el ser humano de trascender su existencia para abrirse a valores universales, creencias, doctrinas, ritos y convicciones que dan sentido global y profundo a la experiencia de la propia vida, y desde ella al mundo, la historia y la cultura.

La dimensión cognitiva se comprende como ...[el] conjunto de potencialidades del ser humano que le permiten entender, aprender, construir y hacer uso de las comprensiones que sobre la realidad de los objetos y la realidad social ha generado el hombre en su interacción consigo mismo y con su entorno y que le posibilitan transformaciones constantes.

La dimensión afectiva es definida como ...[el] conjunto de potencialidades y manifestaciones de la vida psíquica del ser humano, que abarca tanto la vivencia de las emociones, los sentimientos y la sexualidad, como también la forma en que se relaciona consigo mismo y con los demás; comprende toda la realidad de la persona ayudándola a construirse como ser social y a ser copartícipe del contexto en el que vive.

La dimensión estética alude a ...[la] capacidad del ser humano para interactuar consigo mismo y con el mundo desde la sensibilidad, permitiéndole apreciar la belleza y expresar su mundo interior de forma inteligible y comunicable, apelando a la sensación y sus efectos en un nivel diferente al de los discursos conceptuales.

La dimensión corporal se entiende como ...[la] posibilidad que tiene el ser humano de manifestarse a sí mismo desde su cuerpo y con su cuerpo, de reconocer al otro y ser presencia "material" para éste a partir de su cuerpo; incluye también la posibilidad de generar y participar en procesos de formación y desarrollo físico y motriz.

Hoy la sociedad nos exige poner en juego estas dimensiones, en beneficio propio y de la comunidad en la que estamos inmersos.

Es momento de vivir la cuaresma desde una perspectiva diferente. "La Iglesia se une todos los años, durante los cuarenta días de la Gran Cuaresma,



al Misterio de Jesús en el desierto” (CEC 540). Proponiendo a sus fieles el ejemplo de Cristo en su retiro al desierto, se prepara para la celebración de las solemnidades pascuales, con la purificación del corazón, una práctica perfecta de la vida cristiana y una actitud penitencial. En donde analizamos estas dimensiones de formación y las alimentamos con la fe que debe nacer desde el amor que Dios nos da, para poder compartirlo con nuestros hermanos. No podemos considerar esta Cuaresma como una época más, repetición cíclica del tiempo litúrgico. Este momento es único; es una ayuda divina que hay que acoger. Jesús pasa a nuestro lado y espera de nosotros una respuesta sincera.

La llamada del buen Pastor llega hasta nosotros: *ego vocavi te nomine tuo*, te he llamado a ti por tu nombre. Hay que contestar —amor con amor se paga— diciendo: *ecce ego quia vocasti me*, me has llamado y aquí estoy. Estoy decidido a que no pase este tiempo de Cuaresma como pasa el agua sobre las piedras, sin dejar rastro. Me dejaré no sólo empapar, sino transformar; me convertiré, me dirigiré de nuevo al Señor, queriéndole como Él desea ser querido.

Cuanto más seas de Cristo, mayor gracia tendrás para tu eficacia en la tierra y para la felicidad eterna.

La primera conversión es cosa de un instante: esto porque en realidad, como repetía tanto Benedicto XVI, la conversión no es cosa de un instante, sino que es “permanente”, aunque sí es cierto que hay una “primera conversión”, que se da, en efecto, en

un instante; la santificación es tarea para toda la vida. La semilla divina de la caridad, que Dios ha puesto en nuestras almas, aspira a crecer, a manifestarse en obras, a dar frutos que respondan en cada momento a lo que es agradable al Señor. Es indispensable por eso estar dispuestos a recomenzar, a reencontrar —en las nuevas situaciones de nuestra vida— la luz, el impulso de la primera conversión. Y ésta es la razón por la que hemos de prepararnos con un examen hondo, pidiendo ayuda al Señor, para que podamos conocerle mejor y nos conozcamos mejor a nosotros mismos. No hay otro camino, si hemos de convertirnos de nuevo.

Hemos entrado en el tiempo de Cuaresma: tiempo de penitencia, de purificación, de conversión. No es tarea fácil. El cristianismo no es camino cómodo: no basta estar en la Iglesia y dejar que pasen los años. En la vida nuestra, en la vida de los cristianos, la conversión primera —ese momento único, que cada uno recuerda, en el que se advierte claramente todo lo que el Señor nos pide— es importante; pero más importantes aún, y más difíciles, son las sucesivas conversiones. Y para facilitar la labor de la gracia divina con estas conversiones sucesivas, hace falta mantener el alma joven, invocar al Señor, saber oír, haber descubierto lo que va mal, pedir perdón.

Hay que estar persuadidos de que Dios nos oye, de que está pendiente de nosotros: así se llenará de paz nuestro corazón. Pero vivir con Dios es indudablemente correr un riesgo, porque el Señor no se contenta compartiendo: lo quiere todo. Y acercarse un poco más a Él quiere decir estar dispuesto a una nueva conversión, a una nueva rectificación, a escuchar más atentamente sus inspiraciones, los santos deseos que hace brotar en nuestra alma, y a ponerlos por obra.





P. Ignacio Andereggen
 Doctor en Filosofía
 Doctor en Teología
 Espiritual

La experiencia del amor divino configura la personalidad

Ahora nos introduciremos en una contemplación más profunda del misterio divino desde el Amor ayudados por algunas consideraciones de los grandes autores espirituales de la tradición, pues ellos se centraron siempre en lo esencial de la vida cristiana.

La Tradición es normativa para todos nosotros. Ella nos indica, por sobre todo, la dirección de la gracia; es decir, cómo obra Dios en la vida de los cristianos que a lo largo de los siglos han aprendido a entrar más profundamente en el misterio divino y, por ende, en el gozo del amor de Dios.

Todos los grandes santos nos han enseñado a buscar siempre lo más importante, que es el fin de nuestra vida, aquello que satisface nuestros anhelos más hondos.

Es en los momentos de recogimiento, de retiro espiritual, cuando se ve facilitada la concentración para meditar y contemplar ese fin hacia el que nos encaminamos y sentir la dulzura del amor de Dios, dulzura que, al decir de todos los grandes maestros espirituales, hay que sentirla a veces para poder tener ánimo para caminar. Y esto porque no podemos llegar a algo tan arduo y difícil como es la visión de Dios, la vida eterna, sin tener cierta experiencia de la dulzura del amor de Dios.

Esa experiencia es lo que todos los grandes escritores de espiritualidad han llamado, primero, oración; después, meditación; luego, contemplación; y estos son los ejercicios principales de la vida cristiana que nos permiten unirnos con Dios y recibir todas las

gracias que Él nos quiera dar, las cuales se encuentran especialmente contenidas en los sacramentos, particularmente en la Eucaristía.

Además, debemos recordar que el llamado a esa vida sobrenatural es un llamado que está dirigido a todos los cristianos, abarca todas las situaciones y estados de vida, todas las vocaciones. Es decir, la vida cristiana será auténtica mientras su centro sea la oración, meditación y contemplación del misterio divino, y de tal manera que nos introduzcamos a la vida de la Santísima Trinidad, a la cual accedemos por la unión con Cristo. Tal es el destino de toda la vida humana, aquello que da plenitud a nuestra vida.

Por eso es muy oportuna la realización de un retiro espiritual, ya que es este un espacio para pensar muy profundamente en nuestra vida a la luz de la contemplación, de la oración profunda, de la experiencia de Dios, del amor de Dios que es centro de esa experiencia que ilumina nuestra mente y transforma a toda la persona. Es meditación sobre nuestra vida, de la manera más concreta posible, a la luz del amor de Dios.

Aquí no trataremos con primacía sobre todas las cosas que tenemos que cumplir para ser buenos cristianos, sino, más bien, veremos las cosas desde su raíz; cómo se encuentra nuestra vida, nuestra alma, respecto del amor de Dios, del progreso en su conocimiento, en su experiencia; en qué estado están nuestra oración, meditación y contemplación de los misterios divinos; cómo está nuestra alma respecto de los sacramentos, y en especial el de la Eucaristía,



que es el sacramento por excelencia, el sacramento que contiene al mismo Jesucristo.

Lo haremos refiriéndonos a la Tradición de la Iglesia, a los grandes autores que a través de los siglos han tratado de vivir profundamente esta experiencia de Dios, la que han experimentado ellos mismos y transmitido a los demás.

Nuestra época tiene urgente necesidad de que haya muchas personas que retomen esa gran Tradición, la de los dos milenios de vida cristiana, que es la vida de Cristo continuada –no sólo continuada en la Iglesia, sino también en personas particulares que han podido experimentar en circunstancias personales de su vida la primacía del amor de Dios y de la unión de la mente con Dios–. Esta *experiencia espiritual* no es otra cosa que la vida de Cristo transmitida, continuada, participada a nosotros.

La vida de Cristo es, principalmente, la visión beatífica de Dios. Humanamente hablando, es la visión de la Santísima Trinidad. Es la contemplación de la vida Trinitaria que Jesucristo tenía con toda la plenitud en su alma por estar lleno de gracia, justamente por su unión íntima, personal con Dios, ya que Él era Dios. Cuando nos da su gracia, nos transmite su vida, queriendo que la nuestra esté llena de la contemplación de Dios.

Ahora bien, comenzaremos comentando un texto que hace referencia al amor de Dios, que es lo que unifica toda la vida cristiana, lo que guía todo el progreso en la vida espiritual.

El amor de Dios es principio y fin. Es principio en cuanto que, al acercarnos nosotros a Dios, recibimos un impulso, que es el amor; al mismo tiempo es fin, en cuanto que Dios es Amor, como dice la Sagrada Escritura en la Primera Carta de San Juan¹. Luego, toda la vida cristiana puede discernirse a la luz del amor de Dios, es decir, nosotros podemos discernir cómo está nuestra vida haciendo un examen de conciencia acerca de cómo vivimos ese misterio



fundamental de la vida cristiana: el amor de Dios.

Este es un misterio que conecta la eternidad con el tiempo. O bien, conecta las circunstancias particulares de nuestra vida –que son pasajeras, que terminan– y la contemplación de Dios, que es eterna. El punto en común es el amor. De ahí que San Juan de la Cruz, en el siglo XVI, dijera que “a la tarde te examinarán en el amor”², porque el amor es lo fundamental y el que contiene la continuidad de una vida humana. “Dios es amor y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él”³, nos dice San Juan.

Hugo de San Víctor comenta esa frase, facilitando este examen de conciencia positivo acerca de cómo es nuestra experiencia de Dios, sobre la base del amor.

Hugo de San Víctor, nacido en París, fue un monje del siglo XII. Escribió una serie de obras de gran resonancia. Con su discípulo, Ricardo de San Víctor, fundaron una escuela espiritual que tuvo su influjo en la Edad Media en grandes autores del siglo XIII como santo Tomás y San Alberto, y también en autores posteriores al medioevo.

Hugo posee un escrito en alabanza del amor divino, en el cual comenta esta frase de la Primera Carta de San Juan: “Dios es amor y quien

¹ Jn 4, 8

² San Juan de la Cruz, *Avisos y sentencias espirituales*, 59.

³ Jn 4, 16



permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él". Comienza diciendo: "Escucha, quien sea que tú fueras, ¡oh hombre!, no puedes pensar más qué cosa sea tener poco amor de Dios si has oído afirmar que Dios es amor"⁴.

Aquí quiere mostrarnos que es una cosa grande pensar en el amor de Dios, porque Él es amor, y el amor es lo más profundo que hay en nuestra vida. El amor es lo más propio de Dios que nosotros podemos recibir; por lo tanto, no es poco importante pensar en tener el amor de Dios.

Es un bien muy grande tener el amor porque Dios es amor. Solamente el amor tiene el privilegio de ser Dios. Eso no se puede afirmar de ninguna otra cosa. No se puede decir que Dios sea la humildad o que sea la paciencia, sino sólo el amor.

No cualquier virtud es Dios. No cualquier aspecto de nuestra vida espiritual es Dios. Sin embargo, el amor sí es Dios. Nos lo dice San Pablo en la Primera Carta a los Corintios: "el amor es lo principal"⁵. Si no está el amor, todos los otros dones carecen de sentido.

Por eso es necesario pensar directamente en el amor de Dios. La vida moderna se ha ido haciendo cada vez más compleja. Los autores modernos ya no meditan sobre el amor de Dios en cuanto relación esencial con Él, es decir, sobre lo que constituye el núcleo de la vida cristiana y el nexa directo con Dios. Estos pensadores, aunque hablen de espiritualidad, se centran cada vez más en los actos particulares, refiriéndose a las cosas que tenemos que hacer, al método a seguir para una vida cristiana.

De ahí la importancia de aquellos autores medievales. Ellos se refieren directamente a lo esencial: al amor de Dios, y acerca de esto es sobre lo que debemos meditar: Tenemos que hacerlo directamente, y a partir de esta meditación iluminar todas nuestras acciones particulares.

Dios no es la paciencia, no es la humildad, tampoco la fe. Dios no es la esperanza. Porque Dios es perfecto y no puede tener esos atributos, que son disposiciones que nos sirven a nosotros para alcanzar la perfección. En cambio, el amor es ya la perfección, y además produce por sí mismo, en nosotros, actos perfectos, actos que manifiestan esa perfección. Pero, evidentemente, no es cualquier amor, sino el amor divino, Y ese amor divino, como enseñaban los grandes maestros de la vida espiritual, produce un gusto espiritual por sí mismo. Cuando falta este gusto, se ha de meditar cuál es la causa.

San Juan de la Cruz acota que algunas veces puede deberse a que Dios nos hace entrar más profundamente en su amor: nos hallamos en la *noche oscura*⁶. Entonces no sentimos el gusto de Dios, que surge del amor. Pero puede deberse también a que no sentimos el amor de Dios porque estamos enfriados: nuestra vida no se centra en el amor de Dios, sino que se halla volcada hacia cosas determinadas, particulares, hacia actividades propias del mundo, y éstas, en lo más profundo, producen una especie de estrechez o de angustia. Las cosas referidas directamente a este mundo, cuando no están ordenadas e integradas en el amor de Dios, producen una limitación del corazón, que es donde – según la Sagrada Escritura⁷ – está el amor. El corazón



⁴ Hugo de San Víctor, "De laude charitatis", PL 176, 969-976. Traducción italiana "Discorso in lode del divino amore", Rusconi, Milán, 1987, pág. 283. La traducción al español es nuestra.

⁵ Cf. I Cor 13, 1-13

⁶ Cf. NO, I, 8.

⁷ Cf. Lc 6, 45; Mt 15, 18-19.



es símbolo de esa apertura del hombre hacia Dios, que es donde reside el amor.

Cuando no tenemos el amor de Dios, sobreviene esa angustia, que no es meramente tristeza; es más amplia, pudiendo abarcar todo lo que hacemos en la vida, a la que, en realidad, le va faltando el sentido verdadero. No encontramos el sentido de la vida, y no lo hacemos porque nos hemos ido encerrando en límites muy estrechos. Nos sentimos mal; no sentimos aquello que nos puede dar la felicidad, aquello que la anticipa en este mundo: el amor de Dios, signo absoluto de nuestra conexión del alma con Dios, de que estamos bien encaminados hacia la vida eterna.

Dios es solamente amor porque siendo cada virtud don de Dios, ninguna, más allá del amor, puede ser verdaderamente dicha de Él. El amor no es únicamente un don de Dios, sino que es Dios mismo.

Todo lo demás es un don, es algo que viene de Dios, un regalo que viene para que podamos ser como Dios, pues lo que realiza el amor es hacernos verdaderamente como Dios, y ese es el sentido de nuestra vida.

El amor, en efecto, es un don de Dios, ya que el Espíritu Santo es dado como un regalo de Dios a los creyentes. Pero es también Dios, puesto que el Espíritu Santo es consustancial y coeterno con la



misma divinidad.

El amor es lo principal, porque el amor es Dios. En la Santísima Trinidad el Espíritu Santo es el Amor. Y el Espíritu Santo es Dios. Luego el Espíritu Santo es la conexión entre esta vida y la vida eterna, entre lo temporal y lo eterno.

Aquello que es el don por excelencia para nosotros, y que recoge el sentido de todos los otros dones –porque todo lo demás se ordena al amor–, eso es lo que en la eternidad es el mismo Dios. Es decir que cuando nosotros recibimos el amor de Dios, más todos los otros dones en orden al amor de Dios, lo recibimos para ser como Dios, para entrar en la vida divina, para, a través de ese amor, recibir el don del Padre y del Hijo en la vida eterna. Eso es el amor. Eso es el Espíritu Santo, que es Persona divina.

Participamos en la vida divina por medio de la incorporación a la Persona divina de Jesús. Pues, como dice Santo Tomás,⁸ la Palabra, el Verbo de Dios, que es Jesucristo, no es una palabra cualquiera, sino una Palabra que espira amor, una Palabra que nos da el don del Espíritu Santo.

Nos acercamos a Dios porque amamos a Jesucristo y porque desde Él recibimos el don del amor; recibimos el Espíritu Santo, que es aquello que permanecerá en la eternidad: aquello que ahora hacemos, que permanecerá en la eternidad. Por eso decía San Juan de la Cruz que “en la tarde de la vida serás juzgado en el amor”⁹, porque lo que quedará de todo lo que hacemos aquí, es el amor.

El conocimiento que tenemos de Dios aquí surge del amor y se va a transformar en visión plena de Dios porque se funda sobre el amor. No puede estar nunca desconectado del amor, así como en la vida de Dios, el Hijo no puede estar desconectado del Espíritu Santo ni Este desconectado del Hijo, pues el Espíritu Santo surge del Hijo, y el Hijo del Padre.

Por eso la vida cristiana auténtica es la vida de la Santísima Trinidad; porque en el Espíritu Santo, Dios

⁸ Cf. *Sth I*, q. 43, a. 5, ad 2.

⁹ San Juan de la Cruz, *Avisos y sentencias espirituales*, 59



se ama a sí mismo. El Espíritu Santo es la expresión del amor que Dios tiene respecto de sí mismo. Por lo tanto, la vida cristiana, cuando es auténtica, es un don de Dios; por eso se realiza en el Espíritu Santo. Nuestra vida cristiana es un don en cuanto que Dios se ama a sí mismo amándonos a nosotros. Significa que nosotros somos objeto privilegiado de la vida de Dios, pues en cierta manera, estamos al nivel de la vida de Dios.

Dios se ama a sí mismo en nosotros; así como cuando el alma llega a la perfección, Dios manifiesta en la misma alma lo que Él es. Dios se expresa a sí mismo en el alma, como decían los grandes místicos de la Edad Media. Dios engendra a su Hijo en el alma.

Ahora bien, eso requiere una disponibilidad absoluta, pues Dios es absoluto. Dios es todo, es toda la realidad, es lo que fundamentalmente existe. Todo lo demás participa de Dios. No hay nada en las otras cosas que le pueda agregar algo a Dios. Dios es lo absoluto, y esto lo conocemos porque Él nos lo reveló. "A Dios nadie le ha visto jamás"¹⁰, dice el prólogo del Evangelio de San Juan: Él, el Unigénito, el Hijo de Dios, Él lo ha contado, Él lo ha revelado. Ese es Dios. Eso es lo absoluto y nuestra vida tiene sentido en cuanto está conectada con eso que es absoluto. Y el modo de caminar hacia ahí es el amor. A este respecto, dice Hugo de San Víctor

que "Dios otorga libremente todos sus dones, aun hasta a los condenados; sin embargo reserva el amor exclusivamente a aquellos que ama, en cuanto eso corresponde al don de Sí mismo"¹¹.

Dios otorga sus dones a todas las creaturas: les dona nada menos que el ser: incluso a los condenados les da dones, los hace ser a los que están en el infierno, los hace operar. Pero a los que reciben el amor de Dios les otorga su propia realidad. Solamente a algunos les da su amor. Reserva el amor exclusivamente a aquellos que Él ama, no siendo nosotros la causa del amor de Dios. Es Dios la causa de todo, y sobre todo del amor, y, por eso, la infunde en nuestros corazones cuando Él ama. Todo lo que nosotros somos tiene valor porque nos ama Dios. Todo lo que tenemos, todo lo que fuimos y lo que seremos, vale porque Él nos ama.

Teniendo en cuenta lo dicho, resulta claro que el amor es el centro de nuestra vida. Incluso el centro de nuestro conocimiento, porque el conocimiento más auténtico es el que surge del amor. El Espíritu Santo nos da el don de la sabiduría, que es el conocimiento que surge del amor.

También la fe viene del amor. El impulso para creer nos viene del amor. Todo eso termina en la eternidad, en la cual el amor produce su fruto último, que es integrarnos y hacernos participar de la vida divina, y, por eso, conocer a Dios, y, de manera misteriosa, ser como Dios.

El amor es entonces la sola Fuente privilegiada a la cual no se pueden acercar las personas alejadas de Dios. Mientras, como dije, aun los condenados pueden recibir los otros dones de la liberalidad de Dios. Los malvados, sin embargo, no pueden participar del amor divino, porque cualquiera que lo posee, ya no está más lejos de Dios, sino que está en Dios y Dios en él¹².

Es decir, toda la vida humana se divide entre

¹⁰ CJn 1, 18

¹¹ Hugo de San Víctor, *Op. Cit.*, pág. 283-284

¹² *Ibidem*, pág. 284.



estar lejos de Dios y estar cerca de Dios, y todos los hombres se clasifican absolutamente según cuán lejos o cerca se encuentren de Él. El que no tiene el amor de Dios, está separado, lejos de Él. Esa no es solamente una separación que nosotros podemos conocer teóricamente, sino que es una separación práctica, porque el amor es lo más práctico, en cuanto que es la operación que nos lleva directamente al fin, es la operación que hace que nos movamos verdaderamente.

Esa es la causa por la cual nosotros hacemos un examen de conciencia sobre el amor, es decir, percibimos interiormente cómo estamos, con una mirada profunda sobre nosotros mismos. Entonces nos vemos separados o unidos a Dios. O separados totalmente de Dios o separados en parte, pues Dios puede habernos dado el don de su amor, pero nosotros, por no haber sido consecuentes, podemos haberlo disminuido. Decía San Pablo que “no hay que apagar al Espíritu Santo”¹³, como solemos hacer tantas veces. Lo hacemos al ser inconsecuentes con el don que se nos otorgó y tenemos en el interior.

Como decía nuestro Señor Jesucristo¹⁴, las preocupaciones apagan o debilitan las semillas, y estas no pueden crecer: ahogan la semilla de la Palabra de Dios, Palabra que viene junto con el amor. Ese amor es el Espíritu Santo; la Palabra es el Hijo. Cuando recibimos la Palabra y el amor que de ella proviene, pero por nuestra culpa no puede crecer, desarrollarse, se da la situación de la semilla que cayó en terreno con abrojos y fue ahogada por estos.

El amor está en tan estrecha relación con Dios, que Él no pone su morada donde no hay amor. Dice el Señor: “Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él”¹⁵. Porque siempre están juntos el amor y la Palabra, que es lo mismo que decir que siempre están juntos el Espíritu Santo y el Hijo, ya que juntos salen del Padre en la eternidad.



Luego, la vida cristiana auténtica es siempre vida de amor, y es a través de esa vida de amor que guardamos la Palabra de Jesús. Y, a la inversa, si guardamos la Palabra de Jesucristo, sus mandamientos, es que permanecemos en el amor.

Si el amor está en ti, Dios viene a ti, y permanece contigo; si te alejas del amor, también Dios se aleja de ti y no queda más contigo; si no has tenido nunca en ti el amor, Dios no vino nunca a ti, y nunca quedó contigo si has perdido el amor que ya tenías. Dios se alejó de ti; si has perseverado en el amor, Dios está contigo y permanece contigo. El amor divino sana todas las enfermedades del alma; extirpa la raíz de todos los vicios; es el inicio de todas las virtudes. Ilumina la inteligencia; purifica la conciencia; serena el espíritu; revela a Dios¹⁶.

Esto quiere decir que el amor divino es el centro de todas las operaciones del corazón. Si no lo tenemos, padecemos enfermedades en nuestro interior. El amor sana todas las enfermedades, dado que es lo más amplio que existe; es el don primero que recibimos de Dios; es como la imagen amorosa de Dios; por eso viene junto con el conocimiento de Él.

¹³ Cf Ef 4,30.

¹⁴ Cf Lc 8, 5-15.

¹⁵ Jn 14, 23.

¹⁶ Hugo de San Víctor, Op. Cit., pág. 284



Cuando tenemos el verdadero amor de Dios, tenemos a la vez todas las otras virtudes y se nos ilumina la inteligencia; y, por ende, desaparecen todos los vicios, incluso radicalmente.

Este amor es el principio de la oración, de la meditación de las cosas de Dios y de la contemplación, pues todo esto se basa en la experiencia de Dios, y tal experiencia no puede venir sin el amor. Dice Hugo de San Víctor, que

[...]cuando el Amor se encuentra establemente en una persona, la soberbia no la hincha, la envidia no la destruye, la cólera no la dispersa, la melancolía no la atormenta, la avaricia no la ciega, la gula no la inflama, la lujuria no la corrompe: permanece siempre pura, casta, serena, alegre, pacífica, benévola, digna, tranquila en las adversidades, equilibrada en las circunstancias felices, separada del mundo y devota a Dios; aprecia los bienes de los otros como si fueran propios, comparte generosamente los propios bienes con los otros, no teme la pobreza, no se deja atraer por el deseo de las riquezas.

Esa es el alma poseída por el amor, poseída por lo que da el equilibrio de la vida, tanto en las circunstancias felices como tristes. Hace que permanezca firme en lo que tiene que hacer, que no divague, que no se pierda alrededor de lo accidental. Hace que el corazón del hombre permanezca íntegro. Por eso el que tiene el amor, tiene todas las virtudes y extirpa las raíces de todos los vicios.

Nuestra vida debe pensarse seriamente desde la perspectiva de este crecimiento infinito del amor de Dios. Tenemos que preguntarnos si nuestra vida es de tipo estática, basada sobre un concepto del amor ya definido, unívocamente pensado, un concepto del amor como algo que se suele tener algunas veces y otras carecerlo, y que no es más que eso, siendo en verdad que el amor es siempre infinitamente más de lo que pensamos. Es decir. Hemos de tener en cuenta que nuestra vida debe estar abierta a esa dimensión infinita.

Hemos de preguntarnos si nuestra vida,

nuestra personalidad, lo que somos, está organizado en torno al crecimiento infinito del amor. Eso es lo que da la pauta de la autenticidad de una vida cristiana.

Las personas jóvenes, especialmente, tienen la oportunidad de reflexionar profundamente acerca del crecimiento de ese amor divino, pues tienen un don especial proveniente de Dios. Todos los dones vienen de Dios y existen en función del amor; luego, a quien tiene todavía años por delante le es conveniente indagar si su vida está preparada para crecer infinitamente en el amor de Dios.

Aquel que posee el divino Amor, piensa siempre en su encuentro con Dios y en su separación del mundo; busca evitar los escándalos y encontrar la verdadera paz. Su corazón está siempre dirigido hacia lo alto, en el deseo de los bienes del Cielo; sea cuando se encuentra en el camino o cuando está en casa, sea en el trabajo como en el reposo; en toda circunstancia su corazón no se aleja nunca de Dios. En el silencio, él piensa en Dios; en la conversación él desea hablar solamente de Dios y de su Amor. Mientras exalta delante de todos al divino Amor, demuestra con las palabras y con el ejemplo cuán dulce sea ese Amor y cuánta amargura e impureza lleva consigo el amor mundano.

Esa es una experiencia fundamental: la experiencia de la diferencia entre el amor mundano y el amor divino. El amor mundano, amor de las cosas o de las personas, es el amor que dispersa, disgrega,





que quita profundidad y daña el dinamismo del alma. Quitamos justamente esa capacidad de crecimiento infinito hacia Dios, por medio del don del amor, que anticipa la vida divina.

En el examen de conciencia debe indagarse profundamente cuál es nuestra experiencia fundamental: si tenemos dentro de nosotros la amargura del amor mundano, o si tenemos la dulzura del amor divino. Esto significa un esfuerzo considerable sobre el fondo de nosotros mismos. Es decir, que no se trata de pensar en lo que vamos a hacer, ni siquiera cuestionarnos cómo vamos a rezar o cómo organizaremos nuestra vida, sino, por el contrario, lo primero que debemos hacer es preguntarnos muy sincera y detenidamente cuál es la *experiencia fundamental* que hemos hecho, si es la del amor divino o la del amor mundano. O quizá estemos confundidos, ya que a veces se puede tener la experiencia del amor de Dios, pero mezclada con la experiencia del amor mundano, que nos va alejando de Dios, no permitiéndonos percibir su dulzura. Por lo tanto, estamos tristes, abatidos, amargados, preocupados. Es una especie de desolación de la que somos responsables ya que no queremos ir al fondo de nosotros mismos para ordenar nuestra vida rectamente hacia Dios. No queremos dejar de buscar las otras cosas como si fueran lo principal; e incluso sin proponernos que sean lo principal, no debemos buscar las otras cosas de manera tal que nos impidan lo verdaderamente principal.

El Amor desprecia las glorias terrenas,



desprecia las ansiosas preocupaciones humanas, muestra a todos cuán tonto es dar fe a las realidades transeúntes; se maravilla de la ceguera de los hombres apegados al mundo y queda sorprendido de que todos no desprecien los bienes contingentes y caducos; considera que debería agradar a todos aquello que él estima como bello, que todos deberían apreciar lo que él ama, que debería ser evidente a todos lo que él comprende tan claramente. El divino Amor se revela a través de signos exteriores, y así contradistingue a aquellos que lo poseen y lo expresa su comportamiento.

Aquí el autor quiere mostrarnos que el amor va configurando toda la personalidad. La persona que está realmente invadida por el amor va configurando toda la personalidad. La persona que está realmente invadida por el amor de Dios no entiende cómo los demás pueden tener otra clase de amor, y no lo entiende porque él tiene la verdadera experiencia, y capta dentro de sí mismo que lo otro es vano.

El amor de Dios configura de tal manera toda la personalidad que incluso se nota en el exterior, pues esta es una persona pacífica, que no se altera indebidamente, que ama permanentemente a Dios, que tiene el deseo de los bienes eternos, que queda siempre pura, casta, serena, alegre, pacífica, benévola, digna, tranquila en las adversidades, y esto se advierte externamente, porque el amor configura todo lo que esta persona hace, también por fuera.

Pidamos al Señor que nos ilumine interiormente, que tengamos esa capacidad de percibir y experimentar el amor divino, que sepamos movernos y conmovernos interiormente para ver qué hace el amor en nosotros. Debemos dejar obrar al Espíritu Santo, que es el autor del amor en nosotros y el que se hace presente primero por el amor. Debemos despojarnos de la personalidad artificial que podemos tener, y que viene del apego a las cosas mundanas, de nuestra falta de fortaleza, de decisión, de sinceridad ante nosotros mismos y ante Dios.

Todo eso va configurando una personalidad falsa, que es estructurada y contraria al movimiento



del Espíritu Santo, que es un movimiento soberanamente libre, por ser Dios libre e infinito. Por eso cuando estamos constreñidos no podemos ser libres, no podemos manifestar todas las operaciones del amor divino, no podemos tener el conocimiento de Dios ni la acción hacia fuera, ni tampoco tener una personalidad equilibrada.

Hemos de pedir a Jesucristo que nos envíe el Espíritu Santo, como nos lo prometió¹⁷. Cuando hacemos el acto de pedírselo, de alguna manera ya tenemos el Espíritu Santo, puesto que, como decía San Pablo, es el mismo Espíritu Santo el que nos mueve a pedir¹⁸.

Decía Jesús que “el Espíritu sopla donde quiere”¹⁹. Hemos de pedirle, entonces, que el Espíritu Santo quiera soplar dentro de nosotros. Y si esto es lo que pedimos es porque ya ese Espíritu nos está poseyendo, moviendo, haciéndonos querer, infundiéndonos su amor. Se ha de pedir explícitamente, pedirle al Hijo que nos mande el Espíritu Santo, pedirle al Espíritu Santo que nos mueva, y al Padre que nos dé el don de Dios, que nos dé a su Hijo y que nos dé el Espíritu Santo. Esto es lo principal, lo primero que debe pedirse, en un silencio profundo, de manera que en la quietud podamos tener esa experiencia del amor de Dios y podamos también ver en profundidad qué es lo que nos aparta del mismo.

¹⁷ Cf. Jn 14, 16-17

¹⁸ Cf Rm 8, 26

¹⁹ Jn 3, 8.



P. Eloy Bedia
Díez, L.C.
Licenciado en
Filosofía

Influencia de la vida trinitaria en la vida espiritual

El Misterio de Dios y la vida del hombre.

Al ver la conveniencia de colocar el tratado de Trinidad al inicio de la teología dogmática porque “sin la Trinidad no se comprende nada, desde la creación hasta el destino último de toda la realidad, pasando por el misterio de Cristo y el envío del Espíritu Santo” (ANGEL CORDOVILLA, La lógica de la fe, Manuel de Teología Dogmática, pg. 91), podemos deducir que el razonamiento teológico sobre este misterio tiene una importancia capital sobre el plan de salvación. No debemos verlo como una serie de reflexiones frías y teóricas que nada tienen que ver con nuestra vida. Al describir la Trinidad como “Misterio de Dios” se alude al sentido de Plenitud, no de oscuridad. Una Plenitud que ilumina la verdad y el sentido de la vida del hombre a la luz de la Revelación de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

El desarrollo de la teología sobre la Trinidad, a lo largo de siglos, ha buscado explicitar lo mejor posible un dato de fe que nos sobrepasa, pero a

la vez, nos fundamenta y da explicación de lo que somos. No es una realidad aislada. La orientación de la reflexión teológica sobre la Trinidad en los primeros cuatro siglos está ordenada a la salvación, al Dios que salva (*oikonomía*). Después se acentúa más la reflexión sobre el Dios en sí (*theología*). Ambas son inseparables. Pero no cabe duda de que cuando se habla de Trinidad en un ambiente cristiano no académico tendemos a aislar el tema como ese misterio que no podemos comprender. Simplemente lo aceptamos con fe.

En general, una buena catequesis sobre la Trinidad, la saca de ese aislamiento conceptual y de la consiguiente separación de la vida ordinaria de los fieles. Ese Dios, que Cristo nos ha manifestado como Padre, Hijo y Espíritu Santo, define nuestra identidad personal. Es el fundamento último de nuestra realidad personal y de todo el cosmos. Es el Dios que buscamos y anhelamos: “Nos hiciste Señor para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que no descansa en ti”.

En este sencillo trabajo se pretende destacar la influencia que la teología trinitaria tiene (podría tener) sobre la vida espiritual. Bajo un presupuesto muy simple, y antropológicamente fundamenta: al adentrarnos en el misterio de la Trinidad lo hacemos en el misterio de nuestra propia vida. Hablar de la Trinidad es hablar de nosotros mismos, hechos “a imagen y semejanza de Dios”.

Dios es amor, relación, comunión, vida en plenitud

Al final de su exposición sobre la Trinidad (Misterio





de Dios) Ángel Cordovilla Pérez (&10, pg. 149-169), hace una explicación de los conceptos clásicos que utilizamos para decir algo sobre la Trinidad: misión, procesión, relación, persona y perijóresis. Y menciona que nos permiten expresar, de manera análoga, cómo es la vida interna de Dios. Y concluye: **“Dios es amor, relación, comunión, vida en plenitud”** (ÁNGEL CORDOVILLA; La lógica de la fe. Manual de Teología Dogmática. Pg. 149). Estas reflexiones han inspirado algunas ideas sobre la influencia de la teología trinitaria en la vida espiritual. No es nada nuevo. Pero siempre ayuda el acercamiento a las verdades teológicas desde esta perspectiva espiritual y existencial.

La **relación** acabó siendo una categoría fundamental en la explicación de la vida trinitaria. Una relación que es amor. Del Padre que se da, del Hijo que lo recibe y lo entrega, del Espíritu Santo que es amor como pura recepción. Esa relación, en la teología occidental, fue explicada por S. Agustín y S. Tomás desde la analogía de la mente humana. Hugo y Ricardo de S. Víctor se inclinaron por la analogía de las relaciones interpersonales: el amante, el amado y el fruto de ese amor que sería el amor mutuo. La teología contemporánea se ha inspirado más en una filosofía personalista y dialógica (Cfr Ángel Cordovilla Pérez). Esa **relación** es la base esencial de lo que constituye a cada una de las personas divinas. “Centrados en un concepto renovado de persona (relación, comunión, reciprocidad y donación). Persona significa **ser en sí mismo, para darse, darse dándose**” (pg. 164).

Para expresar esa relación en el amor y respetar a la vez la diferencia de las personas, la teología contemporánea usa el término **perijóresis**. Las personas divinas no sólo se relacionan entre sí, sino que están, por así decir, unas en las otras en una comunión perfecta de amor. En Dios hay una relación en el amor, una comunión en el amor. Dios es amor. La plenitud de vida es amor.

De estas afirmaciones sobre la Trinidad se sigue para nosotros, imagen y semejanza suya, que **la esencia de nuestro ser, en una perspectiva antropológica y espiritual unitaria, es el amor, la relación, la donación.**

Aplicaciones a la vida espiritual:

Esta puede ser una primera reflexión espiritual, general todavía, pero que engloba la *orientación fundamental de la vida espiritual: la vivencia del amor, como donación y entrega a Dios y a los demás*. Aquí caben otras reflexiones, también generales, pero que ayudan a encuadrar el sentido de nuestra vida espiritual: 1) El vivir para uno mismo, el egoísmo, contradice existencialmente aquello para lo que hemos sido creados y redimidos. Este es el enemigo de fondo en la vida espiritual y la raíz de nuestra deshumanización. La ascesis espiritual no es una opción, es una condición indispensable para el crecimiento en el amor. 2) La dinámica del amor da sentido a toda la vida espiritual. Y desde aquí se explica la fidelidad a la Voluntad de Dios. “Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos morada en él” (Jn. 14, 23). 3) El amor como alma de nuestra vida espiritual nos ayuda a evitar el moralismo, una forma reductiva de entender y de vivir nuestras relaciones con Dios 4) El sentido positivo de la vida espiritual: Es amor a una persona (Padre, Hijo, Espíritu Santo) que me lleva a la plenitud de vida en Él.

Siempre bajo este ser de Dios como comunión en el amor, pero ahora en perspectiva de las **misiones trinitarias**: El Hijo es enviado por el Padre: Gal 4, 4; Jn 3,17; 5,23; 6, 27; 17,18. Y el Espíritu es enviado por el Padre: Gal. 4,6; Jn 14,26 y por el Hijo de parte



del Padre: Lc. 24,49; Jn 15,26; 16,7. La categoría de *misión* podemos definirla “como la manifestación que constituye un nuevo modo de presencia de las personas divinas en el tiempo, cuyo único fin es la salvación del hombre” (ÁNGEL CORDOVILLA. La lógica de la fe. Manuel de teología dogmática, pg. 150).

La manifestación de la primera misión por la que el Padre **envía al Hijo**, se lleva a cabo en una manifestación histórica y visible: La encarnación del Verbo. El amor de Dios se hace visible para nosotros en la segunda persona de la Trinidad: Cristo Nuestro Señor.

El amor no es un concepto abstracto cuando lo estamos aplicando a la vida espiritual. Es una persona (en realidad las tres), pero en este caso con una manifestación histórica. Vivir el amor es vivir en Cristo. La vida espiritual tiene siempre, aunque en algunos casos esté marcada en la Iglesia por carismas particulares inspirados por Dios, un sentido eminentemente cristológico. Veamos algunas de las cosas que este sentido cristológico puede significar en la vida espiritual: 1) Vivir la vida espiritual como un camino hacia la plenitud en Cristo. El “pleroma”, la plenitud en Cristo de la que habla S. Pablo: “hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al estado del hombre perfecto, a la plena (pleroma) madurez de Cristo” (Ef. 4, 13). Y que alcanzaremos completamente en la Parusía de su manifestación gloriosa al final de los tiempos: “Pero nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos como Salvador al Señor Jesucristo, el cual transfigurará nuestro propio cuerpo glorioso, en virtud del poder que tiene de someter a sí todas las cosas” (fil 3, 20-21). 2). Nuestra oración tendrá que ser, en mayor o menor grado, una contemplación del misterio de la humanidad de Cristo. En esa humanidad resplandece el amor de Dios. Es el espejo en el que nos mirarnos. El amor que deseamos llegue también en nosotros a su plenitud. “Tened en vosotros los mismos sentimientos de Cristo” (Fil. 2,5). Cuando hablamos en la teología trinitaria de que Dios puede ser definido como comunión en el amor y plenitud de vida ¿qué puede significar para nosotros? Cuando decimos que es donación, amor



que en sí mismo es relación, es darse, ¿cómo nos ilumina para aplicarlo en nuestra vida espiritual? Los “sentimientos” de Cristo son la expresión de ese amor trinitario, nos desvelan el misterio del amor que es Dios. Contemplar a Cristo, mirarlo. Una vida espiritual de oración contemplativa y cristológica que nos vaya llevando “al estado del hombre perfecto, a la plena madurez de Cristo”.

De la *misión* trinitaria **del Espíritu Santo** que es enviado, la comunicación de Dios se aparece “de una forma inmanente, conformando e inhabitando a la persona que es destinataria de ese envío (gracia) [...] expresa la inmanencia, trascendentalidad y comunión de la presencia de Dios en la historia” (pg. 150). Las palabras de Cristo nos dan luz sobre esta presencia del Espíritu Santo: “Yo rogaré a mi Padre y os dará otro Consolador, para que eternamente permanezca en vosotros” (Jn 14, 26). También S. Pablo: “La caridad de Dios se ha derramado en vosotros por el Espíritu Santo que se os ha dado” (Rm 5,5).

Hace unos años se hablaba del Espíritu Santo como el “gran desconocido”. Creo que ya no lo es tanto pues ha habido un resurgir de espiritualidad en torno a la persona del Espíritu Santo y su presencia santificadora en la vida del cristiano. Para lo que aquí se pretende se destacan brevemente algunas: 1) Esa presencia del Espíritu Santo se da por la gracia santificante y la caridad. Aunque muy repetido, pero no por ello deja de ser determinante, el vivir



en gracia. Sin querer “cosificar” la gracia, que es una presencia del amor de Dios en nosotros a través del Espíritu Santo. 2) Conocer con fe viva los dones del Espíritu Santo, en especial los que están más conexos con la caridad. El don de inteligencia y el don de sabiduría. 3) Esa presencia o “inhabitación” de Dios en nuestra alma nos permite “tener” y gozar de Dios. Vivir en su presencia. La amistad e intimidad con Dios, una relación sencilla y experiencial. Lo que se decía de la contemplación de Cristo se une a ese diálogo con Dios, casi connatural, en el santuario de nuestro corazón: “Vendremos a él y en él haremos morada” (Jn 14, 23). 4) Aspirar (usado el término sin matiz pelagiano) a la santidad. La presencia de Dios en nuestro corazón y la posibilidad de ese conocimiento y trato experimental con él nos recuerdan que la santidad es el sentido y fin de nuestra vida. Y con Dios, todo es posible. 5) Hay cosas muy sencillas y prácticas que se derivan de lo que se ha mencionado antes:

- Acordarse con frecuencia del Espíritu Santo que habita en nosotros, es fuente de luz, de consuelo, de paz.
- Consagrar nuestro día a las divinas personas; esa costumbre del ofrecimiento de nuestras obras al inicio del día, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.
- Repetir con cierta frecuencia al Espíritu Santo: creo en ti, confío en ti, te quiero amar con amor cada día más purificado, como el tuyo.

Quizás, en nuestra vida espiritual, el Padre puede ser hoy más “desconocido” de lo que imaginamos. La teología trinitaria oriental destaca **la fontalidad del Padre**. Hablando de las **procesiones** y en el contexto de pensar el Dios trinitario desde la historia y economía salvífica, Angel Cordovilla menciona lo siguiente: “el gran acierto de la teología prenicena, profundizado por la teología de los padres capadocios, ha sido *hacer teología de la divina economía* y no una metafísica de la consubstancialidad o en nuestro caso, de la comunión. La teología trinitaria ha de remitirse a la historia, a su testimonio bíblico y litúrgico y desde aquí pensar el ser de Dios. En ella vemos una *monarquía del Padre desplegada en la acción y misión del Hijo y del Espíritu* que ha servido de fundamento para pensar al Padre como origen y fuente de la divinidad y al Hijo y al Espíritu dependiendo de él sin que eso signifique ningún tipo

de inferioridad” (ÁNGEL CORDOVILLA. La lógica de la fe. Manual de teología dogmática. (Pg. 154). El Padre, en esta comunión de amor, es capacidad infinita de amor y de donación al Hijo y al Espíritu. En esto consiste su paternidad. Al igual que ese amor recibido y que a la vez da es, en el Hijo, la filiación. El Padre es el amor sin fundamento que a su vez lo fundamenta todo (Hans urs von Balthasar).

La experiencia de la paternidad puede estar condicionada, en ocasiones, por experiencias personales negativas. Por una cultura machista. Por esa figura del padre, que en la psiquiatría de raíz freudiana es causa de traumas y desequilibrios en la personalidad. Sea como fuere, la relación con el Padre, en esta perspectiva de fuente y capacidad infinita de amor, debería de estar muy presente en nuestra vida espiritual. Dios Padre es, antes que nada, por definición, amor infinito y desinteresado.

El amor del Padre, como el del Hijo y el ES, es amor que sólo tiene como fundamento el amor. Es una de las formas de hablar de ese amor de Dios: **donación desinteresada** que no tiene ningún otro fundamento que la misma donación: “ser en sí mismo para darse, serse dándose”.

La vida espiritual se construye poniendo nuestro corazón en Dios y en los demás. Implica el olvido de uno mismo. El amor desinteresado es el que lleva el alma a buscar a Dios por Dios mismo. Procesos interiores que llevan a algunos a “noches oscuras” por las que aman sólo por amor, sin y nada





más. Dios está más cerca cuando aparentemente está más lejos que nunca.

Sin embargo, esa unión íntima de amor con Dios no es sólo para algunos. El amor desinteresado estamos llamados a vivirlo todos, porque la fe trinitaria es clave para entender la persona humana, creada a su imagen, como un ser en comunión. En la vida espiritual el camino será diverso para cada uno, pero tiene para todos la misma clave: la comunión en el amor, como el que existe en la Trinidad: desinteresado. También aquí el calificativo que se pone a ese amor trinitario es imperfecto e insuficiente, como lo es cualquier lenguaje cuando hablamos de la Trinidad. Afirmamos algo sobre el amor de Dios sabiendo que la semejanza es mucho mayor que la desemejanza (analogía). La experiencia a la que nos referimos con ese calificativo es la condición para el más profundo encuentro con Dios y con los demás.

El amor a los demás no es, para el hombre de fe, un mero sentimiento de compasión o de justicia. Es la expresión de comunión al que está llamado todo ser humano creado a imagen de Dios.

Una vida espiritual que no se refleje en el amor a los demás es de alguna forma incompleta; se puede decir, incluso, que inauténtica. Lo sabemos por la claridad con que Cristo nos ha hablado del mandamiento nuevo (Jn 15, 12), o de su identificación con todo ser humano, en especial los más pobres y necesitados (Mt. 25, 31-46), pero también porque la Trinidad es una vida de comunión plena en el amor.

Porque Dios es amor. La caridad como amor de benevolencia que tiene su fuente en el amor de Dios, que es amor. Por eso S. Pablo, después de hablar a los Corintios de los diversos carismas y animarles a que aspiren a los carismas superiores, les dice que les va a mostrar un camino más excelente: la caridad (1ª. Cor. 13, 1-13). Los dos últimos versículos nos abren la esperanza a la comunión con ese Dios trinitario que es Amor: "Ahora vemos en un espejo, en enigma. Entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de un modo parcial, pero entonces conoceré como soy conocido. Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Pero la mayor de todas ellas es la caridad" (1ª. Cor 13, 12-13).

Se puede concluir citando un texto de la 1ª carta de S. Juan, que de alguna forma sintetiza la influencia de la teología trinitaria en la vida espiritual: "Y nosotros hemos conocido y hemos creído en el amor que Dios nos tiene. Dios es Amor: y el que permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él. En esto ha alcanzado el amor la plenitud en nosotros: en que tengamos confianza en el día del Juicio, pues según es él, así seremos nosotros en este mundo" (1ª Jn 4, 16-18).





P. José Juan
Sánchez Jácome
Licenciado en
Teología Moral.

Ánimo, hermano que sufres. También a ti te bajarán de la cruz

Betania quedaba cerca de Jerusalén, como a dos kilómetros y medio, dice el evangelio. Pero cuando apremia la presencia del Señor parece una distancia infinita. De la misma forma, Jesús habló del tercer día, pero cuando se ama, un día de ausencia es eterno. La idea misma de perder a alguien y de verlo sufrir es insoportable.

La crisis, la tensión y la tristeza del sábado santo alcanza a los cristianos y nos pone a prueba para saber si somos capaces de esperar, si somos capaces de permanecer fieles a las promesas del Señor y a la relación que ha tejido con nosotros.

No son únicamente los no creyentes los que cuestionan y protestan por lo que llaman la ausencia de Dios, ante el mal y la violencia de todos los días. También los cristianos tenemos que afrontar y soportar esta oscuridad, que nos pone ante la tentación de huir y claudicar de la relación con Cristo Jesús.

Cuando reina la muerte, la oscuridad, el odio y la violencia a nuestro alrededor es una bendición que aparezca la luz, el amor y Jesús resucitado que viene a demostrarnos que, como dice el papa Francisco, "ningún mal es infinito, ninguna noche es sin fin, ningún hombre está definitivamente equivocado, ningún odio es invencible ante el amor".

Pero siempre se necesita que alguien se quede, que alguien mantenga la esperanza cuando todos se van, cuando viene el escándalo, cuando reina la confusión, cuando parece que todo está perdido. Eso hizo María, y eso siguen haciendo quienes no dejan de ser luz, aunque aparentemente reine la oscuridad.

Dice el siervo de Dios Leocadio Galán: "Es

la hora del poder de las tinieblas, y cada cual ha de aportar la luz que tenga, por muy pequeña que fuese, para alumbrar a este mundo, que se halla enfermo porque está ciego y siente frío". Y eso hace María y todos los testigos de la fe que a lo largo de la historia sostienen a la humanidad cuando pasa el sábado santo.

Dios no se ha ido, no ha desaparecido de nuestra existencia. Al descender a los infiernos, Jesús ha sido capaz, como dice Benedicto XVI, "de entrar en la soledad máxima y absoluta del hombre, a donde no llega ningún rayo de amor, donde reina el abandono total sin ninguna palabra de consuelo: «los infiernos»".

Esto es precisamente lo que sucede el sábado santo del mundo; es lo que experimentas en tu sábado santo, cuando las tinieblas cubren tu vida. Dice Benedicto XVI: "En el reino de la muerte resonó la voz de Dios. Sucedió lo impensable: es decir, el Amor penetró «en los infiernos»; incluso en la oscuridad máxima de la soledad humana más absoluta podemos escuchar una voz que nos llama y encontrar una mano que nos toma y nos saca afuera".

Y sobre este artículo de fe, que aparece en el Credo de los apóstoles, sigue reflexionando: "Este descenso del alma de Jesús no debe imaginarse como un viaje geográfico, local, de un continente a otro. Es un viaje del alma. Hay que tener en cuenta que el alma de Jesús siempre está en contacto con el Padre, pero al mismo tiempo, esta alma humana abraza hasta los últimos confines del ser humano. En este sentido, baja a las profundidades, hasta los perdidos, hasta todos aquellos que no han alcanzado



la meta de sus vidas, y trasciende así los continentes del pasado. Este descenso del Señor a los infiernos significa, sobre todo, que Jesús alcanza también el pasado, que la eficacia de la redención no comienza en el año cero o en el año treinta, sino que llega al pasado, abarca el pasado, a todas las personas de todos los tiempos”.

Los padres de la Iglesia utilizan una imagen muy hermosa al señalar que Jesús toma de la mano a Adán y Eva, es decir a la humanidad, y la encamina hacia adelante, hacia las alturas. Y así crea el acceso a Dios, porque el hombre, por sí mismo, no puede elevarse a la altura de Dios. Jesús desciende a las profundidades del ser humano y a las profundidades del pasado de la humanidad.

En los días de pascua la Iglesia anuncia que cuando menos lo esperes será la parte más oscura de la noche en la que aparecerá glorioso y resucitado el Señor Jesús. Como decía Thomas Keating: “El sufrimiento de esperar está en proporción al gozo de la resurrección”.

Que estas palabras de Don Tonino Bello –en camino a los altares- se conviertan en el principal mensaje de la fiesta de pascua: “Ánimo, hermano que sufres. También a ti te bajarán de la cruz. Faltan pocos instantes para las tres de tu tarde. Dentro de poco, la oscuridad cederá el puesto a la luz, la tierra recuperará sus colores y el sol de la Pascua irrumpirá entre las nubes en fuga”.



Pbro. José Juan
Sánchez Jácome
Licenciado en Teología
Moral

Mi vida entera se trata del Señor y de lo que necesita: mirando al burrito

Qué necesidad de fijarse en el burro cuando hay tantas cosas que se pueden señalar y tantas enseñanzas que se pueden resaltar en el relato de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo, que se proclama solemnemente al inicio de la Semana Santa.

Pero en medio del ambiente de tensión y confrontación aparece un detalle que refleja, una vez más, el señorío, la serenidad y la humildad de Jesucristo al preparar su entrada en Jerusalén, pidiendo a sus discípulos que traigan un burrito.

Las palabras que utilizan los discípulos enviados no son para tranquilizar al dueño, eventualmente sorprendido cuando ve que están desatando al pollino, pero sí son para inquietar a todos los que sentimos el llamado de Dios: "El Señor lo necesita". Así aparece en el evangelio y es Palabra de Dios que nos ubica no solamente en un momento concreto de la vida de Jesús, sino delante de la pedagogía del Señor.

Ese sigue siendo el misterio de la Providencia divina, que pudiendo hacer las cosas de manera determinante porque tiene el poder, que pudiendo resolver el problema del hombre de un carpetazo, sin embargo, sigue necesitando de nosotros para construir su reino.

El Señor nos necesita y eso redimensiona el valor de nuestra vida. Cómo un Dios nos necesita, cómo Dios que todo lo puede pide nuestra colaboración. Pero nos necesita de manera humilde y comprometida. En el reino de Dios no hay que buscar el protagonismo ni los reflectores, sino hacer lo que nos toca para que el que se vea sea Jesús, el que brille sea Jesús; para que el Señor sea conocido,

amado y alabado.

Aprender, por tanto, a aceptar nuestro papel reconociendo que ya es un privilegio saber que Dios nos llama y nos necesita. Como decía el Cardenal Albino Luciani: «Cuando me hacen un cumplido, tengo necesidad de compararme con el jumento que llevaba a Cristo el día de ramos. Y me digo: "¡Cómo se habrían reído del burro si, al escuchar los aplausos de la muchedumbre, se hubiese ensoberbecido y hubiese comenzado –asno como era– a dar las gracias a diestra y siniestra!... ¡No vayas tú a hacer un ridículo semejante...!"»

Hay mucho qué hacer de acuerdo a la necesidad que Dios tiene de nosotros. El Señor necesita nuestro servicio. Así comenta este pasaje evangélico Mons. Robert Barron: "Mi vida no me pertenece; en este acto rindo todo motivo de carrera y mis propios planes. Mi vida entera se trata del Señor y de lo que el Señor necesita; quiero ser un instrumento para los propósitos de Cristo".

"Dios no necesita nada. Pero Cristo, Dios hecho hombre, ha querido hacerse pura necesidad, como nosotros. Y necesitó la leche de su madre para crecer, y los cuidados de José para sobrevivir, y el agua de la samaritana para beber, y el apoyo de un pollino para entrar en Jerusalén" (José F. Rey Ballesteros).

Por supuesto que Dios, en sentido estricto, no necesita nada, pero el privilegio de la vida cristiana consiste en reconocer que Dios nos permite cooperar con su providencia para atraernos a su gloria. Desde esta perspectiva, qué maravilloso poder decir que Dios nos necesita. Sigue comentando Mons. Barron:



María! No la verán entre las palmas de Jerusalén, ni -fuera de las primicias de Caná- a la hora de los grandes milagros. Pero no huye del desprecio del Gólgota: allí está, 'iuxta crucem Jesu', junto a la cruz de Jesús, su Madre".

"Los dones que tenemos no son cosas que he ganado o merecido, sino que Cristo los puede utilizar para sus propósitos". La inteligencia, el coraje ante los desafíos, la compasión por los pobres, la capacidad para trabajar con los niños, el carácter sociable y popular de una persona, todo esto permite trabajar mejor para los propósitos de Dios, para realizar su difícil y peligrosa obra.

De esta forma Mons. Barron da un criterio para nuestra vida espiritual: "El modo en que miramos nuestra vida cambiará completamente si logramos absorber esta pequeña frase: El Señor lo necesita". Se trata, por lo tanto, de identificarse con este burrito, mirar la vida entera y decir: El Señor lo necesita.

Para un cristiano siempre será un privilegio vivir para el Señor y dejar que nos utilice para sus propios propósitos, que siempre tienen que ver con el bien y la salvación de todos los hombres. Dejar que nos utilice para sus propósitos no es una especie de servidumbre o esclavitud, sino la manera más humana y perfecta de vernos realizados como personas.

En María Santísima tenemos un ejemplo de cómo se permite al Señor que nos use para sus propósitos; por eso ella se asume consciente, libre y alegremente: "Yo soy la esclava del Señor".

San Josemaría Escrivá lo llegará a expresar de esta manera: "¡Qué humildad, la de mi Madre Santa



Los tesoros del sacerdote



P. Luis Alfonso Orozco, LC
Doctor en Teología
Licenciado en Filosofía

En diversas parábolas Nuestro Señor nos habla del Reino de los cielos, comparándolo ora con un tesoro escondido en un campo, ora con la perla de gran valor, y señala que quienes los encuentran venden todo para adquirirlos. El sacerdote, fiel seguidor de Cristo, pone su corazón en los bienes del cielo y en la tarea de sacar las almas del atolladero del mundo. ¿Cuáles son los tesoros del sacerdote, que Dios pone en sus manos para que los administre? Recordemos que sólo somos **administradores y no dueños de los tesoros de la salvación**.

Tesoros del sacerdote son: la Eucaristía, el Evangelio, el perdón sacramental, la Cruz, la Iglesia, las almas encomendadas y el tesoro de nuestro sacerdocio.

¿Qué espera el mundo de hoy, la gente, los laicos, de nosotros sacerdotes? Lo que siempre han buscado los hombres y mujeres de ayer, de hoy y de mañana: que les demos a Dios, que les llevemos a conocer y amar a Jesucristo Nuestro Señor, que les enseñemos a crecer en la fe que da sentido a la existencia. El mejor ejemplo son los santos sacerdotes de ayer y de hoy, como el santo Cura de Ars, San Pío de Pietralcina, San Juan Pablo II.

¿Cómo debe ser el sacerdote del siglo XXI? En un encuentro con el clero de Los Ángeles, el Cardenal Mauro Piacenza -entonces Prefecto de la Congregación para el Clero-, así lo definió:

“Un sacerdote debe ser contemporáneamente pequeño y grande, noble de espíritu como un rey, sencillo y natural como un campesino. Un héroe en la conquista de sí, el soberano de sus deseos,

un servidor de los pequeños y débiles; que no se humilla ante los poderosos, pero que se inclina ante los pobres y pequeños, discípulo de su Señor y cabeza de su grey. Ningún don más precioso se puede regalar a una comunidad que un sacerdote según el corazón de Cristo. La esperanza del mundo consiste en poder contar, también para el futuro, con el amor de corazones sacerdotales límpidos, fuertes y misericordiosos, libres y mansos, generosos y fieles”. (Cf. 4 de octubre de 2011 (ZENIT.org), intervención en Los Ángeles CA, del cardenal Mauro Piacenza).

El sacerdote diocesano y el religioso es un administrador fiel del Reino de Cristo y cumple bien su misión en la medida en que es consciente de los tesoros que Cristo le ha confiado guardar. Ya sabemos que somos sus **administradores y no dueños de los tesoros de la salvación** traídos por Cristo Nuestro Señor, pero esto hay que meditarlo y no darlo por supuesto. “Donde está tu tesoro, ahí estará también tu corazón”.





- **Tesoro del sacerdocio.** Jesús habla del “siervo fiel y prudente a quien su Señor le confía sus bienes” para que los administre. Y se trata de los misterios que Dios pone en nuestras manos para el bien de las almas, pues a quien mucho se le dio mucho se le pedirá. Somos amigos íntimos de Jesucristo, porque **Él nos llama** amigos y no siervos.
- En una magistral homilía el Papa Benedicto XVI reflexiona en que para salir de la ignorancia del siervo -que es ajeno a las cosas de su Señor- necesitamos orar mucho, para entrar en la intimidad con el Señor; intimidad que nos vuelve sus amigos porque conocemos sus secretos y misterios de salvación. El sacerdote que abandona la oración sale de esa intimidad y se queda fuera, como el siervo en la ignorancia. Las palabras del Santo Padre:

Ya no os llamo siervos, sino amigos: en estas palabras se podría ver incluso la institución del sacerdocio. El Señor nos hace sus amigos: nos encomienda todo; nos encomienda a sí mismo, de forma que podamos hablar con su “yo”, “in persona Christi capitis”. ¡Qué confianza! Verdaderamente se ha puesto en nuestras manos. Ya no os llamo siervos, sino amigos. Este es el significado profundo del ser sacerdote: llegar a ser amigo de Jesucristo. Por esta amistad debemos



comprometernos cada día de nuevo. Amistad significa comunión de pensamiento y de voluntad... Ya no os llamo siervos, sino amigos. El núcleo del sacerdocio es ser amigos de Jesucristo. Sólo así podemos hablar verdaderamente in persona Christi, aunque nuestra lejanía interior de Cristo no puede poner en peligro la validez del Sacramento. Ser amigo de Jesús, ser sacerdote significa, por tanto, ser hombre de oración. Así lo reconocemos y salimos de la ignorancia de los simples siervos. Así aprendemos a vivir, a sufrir y a obrar con él y por él (Benedicto XVI, homilía del Jueves Santo, 13 de abril de 2006).

- Llamados por él para vivir a su lado, pues *El Señor es el lote de mi heredad*. Al separarnos del mundo para elegirnos como sus amigos y sus administradores, Cristo se ha convertido en nuestro tesoro, en el motivo de nuestros actos. ¿Puede el siervo aspirar a ser más que su Señor? Nuestra recompensa y total realización humana está en amar y servir, siguiendo Su ejemplo.
 - Ser sacerdote significa ser *Puente* que une dos extremos: Dios y el hombre; el puente ha de ser sólido y confiable para que la gente lo transite, lo pase confiadamente y se apoye para llegar a la salvación. Cristo es el **Póntifex máximo, porque como Dios y Hombre es partícipe de ambos extremos y los une con una solidez definitiva, irrompible.**
 - Antes de ser Papa, Karol Wojtyła refiere una experiencia romana que le marcó y dio como resultado algunos poemas sobre el sacerdocio y la Iglesia. Lo refiere con estas palabras:
- “Años más tarde, en la Basílica de San Pedro -estábamos al principio del Concilio- recordando el momento de la Ordenación sacerdotal, escribí una poesía de la cual



quiero citar aquí un fragmento”:

*Eres tú, Pedro.
Quieres ser aquí el Suelo sobre el que
caminan los otros...
para llegar allá donde guías sus
pasos...
Quieres ser Aquél que sostiene los
pasos,
como la roca sostiene el caminar
ruidoso de un rebaño:
Roca es también el suelo de un templo
gigantesco.
Y el pasto es la Cruz.*

(Iglesia: *Los Pastores y las Fuentes*. Basílica de San Pedro, otoño de 1962: 11.X - 8.XII, *El Suelo*). Y explica el Papa: “Al escribir estas palabras pensaba tanto en Pedro como en toda la realidad del sacerdocio ministerial, tratando de subrayar el profundo significado de esta postración litúrgica. En ese yacer por tierra en forma de Cruz antes de la Ordenación, acogiendo en la propia vida -como Pedro- la Cruz de Cristo y haciéndose con el Apóstol “suelo” para los hermanos, está el sentido más profundo de toda la espiritualidad sacerdotal”.

Puente bien construido y suelo firme donde las almas pisen y transiten confiadas hacia Dios; esto somos los sacerdotes y éste es el tesoro inmenso que el Señor nos ha confiado

como don personal precioso.

- **Tesoro del Evangelio.** Somos los privilegiados de poder proclamar la palabra de Dios y predicarla: pero predicarla bien es un deber nuestro y es un derecho de las almas. Debemos ser los profesionales de la palabra de Dios, y esto es posible si cada día nos alimentamos de ella en la oración para poder transmitirla después como experiencia personal.
- En nuestra predicación del Evangelio, de la Palabra de Dios, no debe faltar jamás hablar y explicar las verdades eternas -juicio, purgatorio, cielo, infierno- que aparecen con frecuencia en las parábolas de Jesús y en otras referencias de la Escritura. El mundo se despreocupa de la vida eterna y, por supuesto que no le interesa que el hombre moderno ponga su pensamiento en lo que nos espera después de la muerte. Muchos viven el día a día con la nariz pegada a la tierra, enlodados en el pecado, aburridos o tristes y sin esperanza. Tenemos el tesoro del Evangelio para hablarles con claridad de esta esperanza cristiana del cielo y del más allá, pero también para ponerles en guardia del terrible peligro de la condenación eterna. No desperdiciemos ocasiones para predicar estas verdades reveladas en la homilía o enseñarlas en la catequesis de niños y adultos. Nos somos dueños de la Palabra, sino sus administradores. La esperanza cristiana en la vida eterna es uno de los tesoros más valiosos del que el Señor nos pedirá cuentas.
- Vemos los tiempos que en que vivimos, con gente poco acostumbrada a escuchar, con poca formación cristiana, pero eso sí, fácil para crítica y de opinión ligera en las cuestiones religiosas, y además confundida con tantos falsos mensajes. La homilía es un lugar privilegiado donde acercar a la gente al Evangelio; por eso no debemos nunca



habituarnos a predicar homilías rutinarias, sin fuerza, sin mensaje. Es deber grave que las preparemos bien, porque una homilía mal preparada es como el agua estancada y fétida. No sirve.

- En cambio, ¡una buena predicación puede surtir más efecto en las almas que incluso un exorcismo! Esta afirmación la leí en uno de los libros del P. Gabriel Amorth, el famoso exorcista italiano muerto en 2016 a la edad de 91 años, que sabía bien lo que decía por tantos años de lucha contra el espíritu maligno. En efecto, enseña el Padre Amorth que el exorcismo es sólo un sacramental, mientras que la confesión es un sacramento; por eso, una buena homilía mueve a las almas a pedir el perdón de sus pecados en la confesión, y esto irrita mucho al demonio. El tesoro del Evangelio nos traslada al tesoro de la confesión sacramental que Cristo pone en nuestras manos para administrarlo sabiamente.
- **Tesoro de la confesión y de los sacramentos.** La penitencia es un encuentro del alma con Cristo, donde Nuestro Señor nos dispensa su gracia que sana las heridas profundas del pecado. Somos ministros del perdón divino, pero debemos ser también los primeros en acudir a recibir el perdón sacramental con oportunidad y frecuencia, para hacer nuestra esa compasión ante las miserias de los hombres. Hacer de mi confesión un encuentro personal con Cristo, Maestro y Médico. Y después, al confesar hacerlo también en persona de Cristo Juez, Maestro y médico que cura las heridas más profundas del corazón humano. No hay dos confesiones iguales.

Conscientes de que solo los sacerdotes podemos administrar este tesoro de la salvación, no podemos privar a la gente de la posibilidad de acercarse a la confesión cuando lo requieran. Esto implica



disponibilidad y, en ocasiones, algún sacrificio personal para dejar nuestras ocupaciones, comodidad, o el merecido descanso incluso, porque la necesidad espiritual de las almas no puede esperar. Si hay personas que se alejan de este sacramento medicinal, ¿no será también porque los sacerdotes nos evadimos de este deber sagrado?

Cuánto nos estimula recordar el ejemplo admirable de nuestro santo patrono, el Cura de Ars, San Juan María Vianney, quien pasaba jornadas de 14 horas clavado en el confesonario, pues era tal la afluencia de penitentes a su parroquia que no le quedaba más remedio que dormir si acaso dos o tres horas por la noche, contentarse con una frugal comida y dedicarse al sagrado ministerio hasta que las fuerzas lo abandonaron, días antes de su santa muerte. El Papa Benedicto XVI lo puso como modelo para todo el clero del mundo, digno de imitar si no en sus horarios, sí en sus virtudes.

- **Tesoro de la cruz y del ofrecimiento redentor.** Porque el dolor y la renuncia ofrecidos con amor tienen un valor de redención. Saber abnegarme en las cosas pequeñas (la cruz la componen cientos de astillas) para estar preparado en las pruebas mayores. Dios pide a sus administradores que sepan ser fieles en lo poco, para que



sean fieles en lo mucho que les confía. Cumplir mis deberes de sacerdote y votos en caso de ser también religioso. Solamente Dios salva, pero el sacerdote, el religioso y consagrado están llamados a completar en sí mismo lo que falta a la pasión redentora en el cuerpo místico de Cristo.

- La cruz es un tesoro que me permite sacrificarme por las almas que Dios me encomienda. Una iluminadora anécdota de la vida de San Juan María Vianney refiere que en una ocasión un sacerdote de una parroquia vecina le preguntó al Cura de Ars: "¿Por qué mi parroquia es tan fría, por qué no logro atraer a las almas?". "¿Has orado, te sacrificas por tus ovejas?", fue la respuesta del santo sacerdote.
- **Tesoro de las almas.** Se habla con frecuencia de las tres vocaciones auténticas a las que la gente se puede dedicar: maestro, médico, sacerdote. Los tres tienen en común que tratan directamente con las personas: el maestro para instruir las mentes, el médico para curar la salud corporal, y el sacerdote que se dedica a la salud del alma. Tres nobles vocaciones, pero la del sacerdote es con diferencia la más importante, pues el negocio de la salvación eterna es el más trascendental, donde nos jugamos todo o nada.
- La porción confiada del pueblo de Dios es la gente de mi parroquia, o si soy capellán de algún colegio, comunidad, hospital, cárcel o capellán castrense: donde sea que la obediencia me ha destinado, las almas de esa Comunidad son esa porción del pueblo que Dios me confía. En todas partes hay almas necesitadas de Dios, y si cuentan con un buen pastor, ello les hace mucho bien.
- Hace algunos años tuve la oportunidad de conocer el caso de un párroco en un pueblito de la selva de Veracruz, en los márgenes del

río Coatzacoalcos. Lo lugareños me refirieron que antes de la llegada del párroco había mucha violencia en el pueblo y riñas que terminaban en peleas a machetazos. No era raro ver flotar uno o varios cuerpos en el río los fines de semana, después de las funestas riñas regadas con abundante cerveza. El párroco propuso entonces a los católicos establecer una capilla de adoración perpetua para hacer oración y reparación; al cabo de un año, las riñas habían casi desaparecido y también los cadáveres flotando en el río. El celo apostólico del buen párroco movió a sus feligreses a mejorar su conducta y a la adoración de Cristo eucaristía, que aleja los malos espíritus y sana las almas.

- **Tesoro de la Iglesia.** El tesoro de la Iglesia, cuerpo místico de Cristo y sacramento universal de salvación, por la que Nuestro Señor ofreció su sangre divina y nos dejó en custodia hasta el final de los tiempos. La Iglesia es la institución más necesaria para los hombres, pero también la más odiada por el mundo a través de los siglos. El demonio bien lo sabe y por eso dirige sus peores ataques contra la Iglesia institucional y sus ministros, para desprestigiarla y calumniarla ante los hombres.
- Dios nos confía a sus ministros cuidar y velar por el tesoro de salvación que representa su Iglesia en el mundo. Como buenos pastores





de las almas, somos la cara de la Iglesia, y la embellecemos y fortalecemos con una vida santa y digna de nuestro sacerdocio o, por el contrario, deformamos el rostro de nuestra Iglesia con nuestros pecados y con una conducta totalmente opuesta a los deberes sagrados que nos comprometimos a cumplir.

- Lo que más daña a la Iglesia no son los ataques de sus enemigos de fuera cuanto los pecados y mala vida de sus hijos dentro. Si tuviéramos la desgracia de haber caído en pecado y en un vicio que sirva de escándalo a los fieles, salgamos del mismo cuanto antes, porque la misericordia de Cristo nos espera, nos levanta de nuestras miserias y nos empuja a seguirle sirviendo como pastores y defensores fieles de su santa Iglesia. Es corta la vida y es muy grande este tesoro que llevamos en manos de barro como para dejarlo en manos de sus enemigos. Es más, debemos estar dispuestos a ofrecer nuestra vida por la salvación de las almas y la santidad de la Iglesia universal.

Sabiéndonos **vasos de barro**. “Somos vasos de barro y, además, nos tiran piedras!” – decía con un dejo de ironía un experimentado sacerdote-. ¿Qué es lo que nos sostiene para cuidar y transmitir estos tesoros de los que somos administradores?



1. En primer lugar, *el amor de Cristo*. Es Cristo quien nos ha llamado, y la obra de la salvación es suya. Es él quien nos invitó con amor a seguirlo, como a Pedro, como a Mateo el recaudador de impuestos a quien transformó en apóstol. Por Él hemos dejado familia, otras opciones buenas, ganar dinero, honores. Por Cristo somos sacerdotes y por Él estamos hoy aquí sirviendo a su Iglesia como pastores en tal parroquia o comunidad confiada. Dios no se ha equivocado. Es su amor el que nos une a todos en el cuerpo místico.

El amor divino es la perla preciosa por la que vale la pena venderlo todo.

2. El segundo amor de nuestras vidas es *el amor a la Virgen María*. Nuestra Santísima Madre ha estado siempre muy cerca de nosotros y nos ha dirigido también, como a san Juan Diego, esas palabras que nos llenan de fe y de confianza: «Hijo mío: No tengas miedo. ¿No estoy yo aquí que soy tu madre?». Ella nos anima a no tener miedo a la entrega, a no tener miedo al mundo, a lanzarse sin temores al cumplimiento de lo que Dios nos ha ido pidiendo.

Al celebrar la Eucaristía y en el rezo del Rosario podemos agradecer a nuestra Madre del cielo su presencia amorosa, su solicitud cercana y constante en las vidas de cada uno y de las almas a nuestro cuidado. Cuidar nuestro celibato como un homenaje de hijos agradecidos a la Reina del cielo, que tanto merece de cada uno de sus hijos sacerdotes.

3. El tercer amor que nos sostiene es *el amor a la Iglesia y al Papa*. La Iglesia ha sido y es nuestra Madre. En su seno recibimos el bautismo que nos incorporó al cuerpo místico de Cristo; durante años nos ha nutrido con sus sacramentos. Recibimos una educación católica. Entramos al Seminario donde floreció y se concretó el llamado del Señor. Es la Iglesia la que nos llamó el día de nuestra ordenación sacerdotal. Cada uno respondimos “presente”, “aquí estoy”, “fiat”. Seríamos capaces de dar la vida por la Iglesia para que su rostro sea más santo.

Por este amor nos sabemos también hijos obedientes del Santo Padre y unidos estrechamente a nuestros



hombros, la lleva de nuevo al redil. El Buen Pastor, en definitiva, es el que da la vida con generosidad.

obispos en la porción de la Iglesia que les ha sido encomendada. Como pastores, albergan en su corazón la solicitud por todas las almas confiadas y los presbíteros somos sus máximos colaboradores. Que nuestro amor a la Iglesia sea afectivo y efectivo. Un amor a la Iglesia tal cual es, y cual Cristo la ha querido. Un amor que la medita en la fe, la acoge en la obediencia, la dilata en el apostolado, la santifica en la propia vida.

De este mismo amor eclesial deriva nuestra fe y *amor al sacramento del Orden* que hemos recibido como presbíteros de la Iglesia local, donde se concreta nuestra llamada y secuela de Cristo. Amar nuestro propio sacerdocio y defenderlo de los ataques del demonio y del mundo será nuestro mejor escudo contra la división y rencillas internas en el presbiterio que el "padre de la mentira" se empeña en sembrar y filtrar sutilmente. Si mi hermano sacerdote carga ya con sus propios problemas, ¿quién soy yo para rechazarlo y tratarle mal, en vez de apoyarlo?

4. Finalmente nos sostiene en el cumplimiento de la misión confiada *el amor a las almas*. Un amor que late en el corazón del apóstol, porque se ha identificado con el de Cristo, quien contempla a las muchedumbres perdidas como ovejas sin pastor. El evangelio nos describe al Buen Pastor como aquel que conoce a sus ovejas y las suyas le conocen, el que va delante de ellas, abriendo el camino, el que no se queda esperando que le sigan, sino que sale y va en búsqueda de la oveja perdida, la carga en sus



P. Antonio Rivero, L.C.
 Doctor en Teología
 Espiritual
 Licenciado en Filosofía
 Licenciado en
 Humanidades Clásicas

La dirección espiritual para el Maestro Ávila como auténtico “*amoris officium*”: “ministerio de amor” (5)

Sigamos con el resumen de mi tesis doctoral sobre san Juan de Ávila: “El ministerio de padre espiritual como “*amoris officium*” (*ministerio de amor*), en el epistolario de san Juan de Ávila

¿QUÉ CONSEJOS DA A OBISPOS Y SACERDOTES?

Dice el subsidio para confesores y directores espirituales de la Congregación para el Clero del 9 de marzo de 2011:

La formación inicial al sacerdocio, desde los primeros momentos de vida en el Seminario, comprende precisamente esta ayuda: «Los alumnos se han de preparar por una formación religiosa peculiar, sobre todo por una dirección espiritual conveniente, para seguir a Cristo Redentor con generosidad de alma y pureza de corazón» (*Optatam totius*, n.3)¹.

Excursus sobre la necesidad de la dirección espiritual para los sacerdotes

No sabía si escribirlo o no. Pero decidí dejar este excursus por la importancia que hoy tiene este aspecto, pues pensé en muchos sacerdotes –algunos de ellos me pidieron que yo fuera su director espiritual durante mi ministerio parroquial en Buenos Aires– deseosos de llevar una dirección espiritual seria en su vida para progresar en los caminos de la oración y en su entrega al Señor en su ministerio sacerdotal. A ellos dedico estas páginas.

Mucho se ha escrito acerca de la dirección espiritual, sin embargo, es poco lo que se le ha dedicado a la dirección de sacerdotes², a la necesidad que éstos tienen de ella, de un acompañamiento de carácter espiritual que también les ayude a cumplir de modo eficaz su ministerio, a superar dificultades que les puedan surgir y a llevar a plenitud su vocación sacerdotal, para que puedan vivir con gozo y fidelidad

¹ CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *El sacerdote ministro de la misericordia divina*, n. 68.

² Es una gran carencia el no valorar suficientemente y estimular a sacerdotes a que se dediquen a la “labor pastoral de dirección espiritual de sus compañeros”, dejándoles tiempo y medios de preparación y ejercicio, cfr ÁNGEL CRESPO HIDALGO, *El acompañamiento espiritual*, COMISIÓN EPISCOPAL DEL CLERO, *Espiritualidad Sacerdotal*. Congreso, Madrid 1989, 538.

³ Recordemos el episodio que nos cuenta el licenciado Muñoz en su biografía del padre Maestro Ávila, cuando Juan de Dios “iba muchas veces a Montilla a consultar y confesarse con el padre Maestro; y, antes de entrar en la villa, le enviaba a pedir licencia, diciendo: “Díganle al gran Maestro, a mi gran padre, que aquí está aquel gran pecador Juan de Dios, que si le da licencia le irá a ver... En teniéndola, entraba en la villa, consolábase con él y consultaba sus dudas” LUIS MUÑOZ, *Vida y virtudes del venerable varón el Padre Maestro Juan de Ávila, predicador apostólico. Con algunos elogios de las virtudes y vidas de algunos de sus principales discípulos*, J. Flors, Barcelona 1964. I, 15.



el ministerio.

A san Juan de Ávila le importó dedicar gran parte de su tiempo a sus almas, a sus “hijos espirituales”, y en especial a sus hermanos sacerdotes o personas espirituales, ya fuera personalmente, recibiéndoles en casa³, o por carta, algunas de ellas muy extensas, y todo por ayudarles a vivir fieles a Dios y al oficio encomendado.

Una pregunta nos viene a la mente: ¿el sacerdote necesita de la dirección espiritual?

Puede resultar hoy difícil hablar de la dirección espiritual de los sacerdotes, de la necesidad que éstos tienen de recibir una ayuda espiritual; sin embargo, los autores de vida espiritual presentan la dirección de conciencia como un medio en general para alcanzar la santidad de la vida cristiana, y en este caso, también los sacerdotes la necesitan, si aspiran a esa plenitud de vida, no sólo cristiana, sino además sacerdotal, a imitación del Buen Pastor que invita a una entrega total.

De nuevo, la pregunta: ¿necesita el sacerdote la dirección espiritual? Así nos responde la Congregación para el Clero:

Los mismos ministros tienen necesidad de la práctica de la dirección espiritual, que está

siempre vinculada a la intimidad con Cristo: «Al fin de cumplir con fidelidad su ministerio, gusten de corazón del cotidiano coloquio con Cristo Señor en la visita y culto personal de la Santísima Eucaristía, practiquen de buen grado el retiro espiritual y estimen altamente la dirección espiritual» (*Presbyterorum Ordinis* n. 18)⁴.

La realidad ministerial exige que el ministro reciba personalmente la dirección espiritual buscándola y siguiéndola con fidelidad, para guiar mejor a los otros: «Para contribuir al mejoramiento de su propia vida espiritual, es necesario que los presbíteros practiquen ellos mismos la dirección espiritual. Al poner la formación de sus almas en las manos de un hermano sabio, madurarán — desde los primeros pasos de su ministerio — la conciencia de la importancia de no caminar solos por el camino de la vida espiritual y del empeño pastoral. Para el uso de este eficaz medio de formación tan experimentado en la Iglesia, los presbíteros tendrán plena libertad en la elección de la persona a la que confiarán la dirección de la propia vida espiritual » [*Dives Ecclesiae*, n. 54]⁵.

Tanto director como dirigido deben tener como objeto de la dirección espiritual el ideal sacerdotal con todas sus exigencias: vida interior, desprendimiento, celo apostólico, santidad, transformación en Cristo.

El cuidado de la vida interior es imprescindible, pues de ella brota el conocimiento personal e íntimo de Jesucristo, el trato diario con Él, que desemboca en un amor apasionado por su persona hasta desear llegar a una plena identificación con Él. Sólo así, el sacerdote dirigido llegará a la santidad sacerdotal.

Por experiencia “es fácil reconocer que en la dirección no se trata tanto de aprender como de sostenerse, de superarse...Y débiles somos todos.

⁴CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, n. 74.

⁵CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio...*, n. 75.



También los sacerdotes”⁶.

En cuanto al director, si éste desea cumplir bien con su ministerio de dirección, debe formarse una idea de los puntos principales a tratar y constatar con ellos el proceso de la vida espiritual del dirigido; además, debe tener un conocimiento intelectual y afectivo de la dinámica y vida del sacerdote.

En esto, san Juan de Ávila es un ejemplo a seguir por todo director de sacerdotes. Pocos como él poseían este conocimiento y afecto por lo que debe ser la vida y persona de un sacerdote. Él conocía cuáles eran, y son, los puntos clave que deben regir la vida espiritual de un sacerdote, como hemos visto.

El maestro Ávila recomienda vivamente la dirección espiritual: “... Digo que la Escritura divina y amonestaciones de los santos y las vidas de ellos, y las exigencias que hemos visto, todos a una boca nos encomiendan que no nos arrimemos a nuestra prudencia, mas que inclinemos nuestra oreja al ajeno consejo”⁷.

Y es que bien conocía el Maestro Ávila que en ningún asunto es más difícil ver con claridad, que cuando se trata de las propias cosas; por eso, el sacerdote no debe caer en el peligro de estar seguro de sí mismo, de creerse autosuficiente, sino que ha de ser realista y considerar necesaria la ayuda del padre espiritual. Juan de Ávila sabe que está en el camino de acertar quien empieza por desconfiar de sí mismo⁸.

Porque toda la experiencia que pueda tener el sacerdote en conducir a los demás y en el conocimiento de los caminos que llevan a Dios, toda la serenidad de juicio de los problemas ajenos



y la firmeza que puede tener en ayudar a salvar las inevitables crisis en la vida espiritual de los otros, no le inmunizan del autoengaño, ni le garantizan el acierto en su propia dirección⁹.

¿Por qué algunos sacerdotes pueden abandonar la dirección espiritual para sus propias vidas?

Se pueden distinguir dos tipos de dificultades, unas de carácter interno y otras de carácter externo¹⁰.

En cuanto a las **de carácter interno**, hay una dificultad llamada “crisis de suficiencia”, o “suficiencia sacerdotal”, es decir, el pensar que no se necesita ayuda espiritual de nadie; por eso, algunos de los sacerdotes, dejándose llevar de esta idea, no acuden a la dirección espiritual, porque no la creen necesaria. Es más, piensan que ellos, que pueden orientar y dirigir a otras personas, pueden, de igual manera, dirigirse a sí mismos.

Detrás de esta postura puede esconderse, aunque de forma inconsciente, una cierta actitud

⁶BALDOMERO JIMÉNEZ DUQUE, *La dirección espiritual...*, 110.

⁷San Juan de Ávila, *Audi, Filia* [II]54, n. 3.

⁸Esto se ve en muchas de sus cartas en las que invita a someterse a “parecer ajeno”, desconfiando uno de sí mismo. Cf. Cartas 100, 157, 567.

⁹Cf. ÁNGEL MORTA, *Vida interior y dirección espiritual del sacerdote...*, 72.

¹⁰Cf. ÁNGEL MORTA, *Dirección espiritual de los sacerdotes*, SALA BALUST, L. (ed.), *La dirección espiritual. Ponencias de la II Semana de Espiritualidad organizada por el “Centro de Estudios de Espiritualidad” de la Pontificia Universidad Eclesiástica de Salamanca*, Salamanca 1955, 291-316.



de soberbia que conduce al autoengaño del que previene el Maestro Ávila en el *Audi, Filia* cuando escribe:

Muchos... piensan tener de Dios tanta lumbre que ellos solos bastan para regirse en el camino de Dios y aun para regir a los otros; y ninguna persona hay que en los ojos de ellos sea suficiente para los regir. Son en gran manera amigos de su parecer... y que saben mejor que todos qué es lo que les conviene hacer¹¹.

Si el sacerdote no está convencido de la necesidad de una dirección, será inútil promover sugerencias e iniciativas encaminadas a facilitar dicha dirección, pues no darán el resultado deseado. Antes sería necesario inculcar y hacer que se percaten de su urgente e indispensable necesidad. Y para ello, la diócesis debe, en la medida de lo posible, trabajar para despertar la necesidad de acudir a este medio que anima y empuja a vivir la santidad sacerdotal¹².

El Maestro Juan de Ávila, sea en el *Audi, Filia*, sea en sus cartas en general, también en las sacerdotales, repite mucho esta idea de la necesidad de tomar "persona letrada y experimentada" a la que entregar libremente la propia voluntad y parecer. Continuamente exhorta a sus discípulos a cumplir con este deseo suyo¹³.

Una posible solución a este problema puede ser el transmitir, ya desde el Seminario, un gran deseo

e inquietud de santidad que haga sentir la necesidad de emplear los medios adecuados, de los cuales nos habla el magisterio, para llegar a alcanzarla, y entre estos medios está la dirección espiritual.

De nuevo Ávila se adelantó a esta solución; pues si eran muchos los que en su tiempo acudían a él, era precisamente por la alta estima y fama de que gozaba entre sus contemporáneos¹⁴, que con su estilo de vida y deseo de santidad se había ganado. Y a su vez, porque este ferviente deseo de alcanzar la santidad lo contagiaba a todos cuantos entraban en contacto con él, y así, sintieron la necesidad de ser ayudados por nuestro insigne Maestro.

Probada es también su enorme influencia a la hora de formar a los futuros sacerdotes. Su extraordinaria aportación en los dos "Memoriales al Concilio de Trento" y en las "Advertencias al Concilio de Toledo" impulsaron la creación de Colegios, lo que



¹¹San Juan de Ávila, *Audi, Filia* [I], *El director espiritual*, 25.

¹²"Los medios y facilidades que se ofrezcan en orden a proporcionar dirección espiritual a la mayor parte de nuestros sacerdotes, deben responder a una inquietud, a una necesidad sentida, a una convicción personal...", ÁNGEL MORTA, *Vida interior y dirección espiritual del sacerdote...*, 122-123.

¹³Cf. San Juan de Ávila, *Audi, Filia* [I], *El director espiritual*, 24-29.

¹⁴"La fama de la santidad y predicación apostólica del santo y venerable Maestro, ocupaba ya el orbe cristiano; no se estrechaba en los límites de la Andalucía; llegó a Roma, donde le llamaban el Apóstol Español" (VJdA I, 20).

¹⁵Su biógrafo Luis Muñoz nos indica la finalidad de estos Colegios-Seminarios: "Fue su intento, no sólo que se criasen hombres de letras, sino también de virtud... Así hizo que las Constituciones mirasen a este fin, y que los mozos comenzasen desde luego a industriarse en costumbres eclesiásticas, pues se criaban para ministros de Dios, para enseñar su Palabra y a predicar al pueblo el camino de la virtud, y que habían de tener desde sus tiernos años embebido en sus entrañas el espíritu evangélico, porque mal puede uno ser maestro en el arte que nunca fue discípulo" (VJdA I, 20).



hoy llamamos Seminarios, para la buena e integral formación de los futuros clérigos. Ya, desde estos Colegios-Seminarios, los aspirantes al sacerdocio debían aprender a vivir en la virtud y a tender hacia la santidad¹⁵, sirviéndose de los medios disponibles para alcanzarla.

Otra dificultad de carácter interno podría ser la mala concepción que a veces se tiene de lo que es y debe ser una verdadera y auténtica dirección espiritual. Algunos piensan en la dirección como en una ayuda temporal, es decir, como un medio que ayuda a discernir un camino o vocación, y una vez que se ha hecho este discernimiento, ya no es necesaria la dirección como tal¹⁶. Pero la dirección espiritual no es una tarea ya cumplida al llegar al sacerdocio¹⁷.

Es claro que ni en la mente del Maestro Ávila, ni en la de sus “hijos espirituales” cabe esta manera de entender la dirección, ya que son muchos los que le tienen como padre con un estado de vida ya elegido (sacerdotes, religiosos, casados...), si bien es verdad que otros acudían a él para recibir consejo acerca de este asunto.

Tampoco se ha de entender la expresión del



Maestro, en su carta a Fray Luis de Granada, cuando le escribe que “les enseñe (a los hijos espirituales) a andar poco a poco sin ayo”¹⁸ como si el padre espiritual se desentendiese de sus hijos o que éstos se desenganchasen del director. Más bien significa que una buena dirección espiritual ha de dejar totalmente libre al dirigido y éste, por su parte, no se ha de sentir dependiente compulsivamente del director. Y más adelante da los motivos:

muchos de éstos que frecuentan la presencia de sus espirituales padres, no tienen más raíz en el bien de cuanto están oyendo, y más es un deleite humano que toman en estar con quien aman y oyen hablar, que en estar tomando cebo con que crezcan en la vida espiritual. Y de aquí es que no crecen más un día que otro, porque piensan que todo lo ha de hacer el padre hablando; y así hacer perder el aprovechamiento a su padre y no crecen ellos cosa alguna¹⁹.

Una dirección bien llevada supone un ir dependiendo cada vez menos del director, sin que esto signifique no tener ningún tipo de dirección, ni una persona de referencia a quien acudir cuando se requiera.

En cuanto a las dificultades de carácter externo de por qué hay sacerdotes que no tienen ya dirección espiritual, podemos analizar dos: el posible aislamiento geográfico del director y la crisis de directores²⁰.

Respecto a la primera, no todos los sacerdotes tienen este problema, pero es cierto que algunos sí. Todo depende de las diócesis en las que se encuentren, pues las hay de grandes extensiones y, en algunos casos, con un presbiterio muy disperso

¹⁶Cf. MAURICIO COSTA, *Direzione spirituale e discernimento...*, 66-67.

¹⁷Cf. ÁNGEL CRESPO HIDALGO, *El acompañamiento espiritual...*, 542.

¹⁸San Juan de Ávila, Carta 1, 195.

¹⁹San Juan de Ávila, Carta 1, 178-185.

²⁰Cf. ÁNGEL MORTA, *Vida interior y dirección espiritual del sacerdote...*, 126.

²¹Cf. ÁNGEL CRESPO HIDALGO, *El acompañamiento espiritual...*, 543-544.



y a menudo sobrecargado pastoralmente, que dejan poco tiempo para ir en busca de la ayuda espiritual. Y para colmo, los encuentros con los otros hermanos sacerdotes se convierten, la mayoría de las veces, en encuentros de trabajo, de pastoral²¹ o de descanso.

Esta circunstancia supone un esfuerzo, por parte de la persona que quiere hacerse dirigir, de ir al encuentro del director, que no siempre se hace. A veces es más fácil dejarse llevar por la comodidad y la pereza que ponerse en marcha hacia la necesitada dirección. Por eso es fundamental que cada sacerdote personalmente viva y experimente la importancia y necesidad de una dirección, a fin de poder superar esta dificultad.

La distancia no debe ser obstáculo ni impedimento para aquel que desee recibir esta eficaz ayuda, así como recibirla con una debida periodicidad. Hoy en día se dan muchas facilidades y uno debe "cuidarse" de recibir una buena dirección, de la que dependerá mucho la eficacia de su ministerio sacerdotal y su salud espiritual.

Muchos discípulos de Ávila no dudaron a la hora de ponerse en camino, aun a pie, con tal de ser aconsejados, animados, alentados por el padre y Maestro. Estimaban y necesitaban de sus consejos y exhortaciones. Son muchos los testimonios que

hemos recibido sobre este "peregrinar" de sus hijos espirituales al encuentro del Maestro, estuviere donde estuviere: "... acudían a él de muchas partes a pedirle consejo y determinación en dudas de conciencia, y de otras muchas materias"²².

Esta actitud de los discípulos de san Juan de Ávila ha de ser para nosotros un estímulo y ha de movernos a seguir sus ejemplos de buscar ese consejo y aliento amigable y fraterno.

Frente a esta dificultad puede ser una buena solución la que se está dando en algunas diócesis. Nos referimos a los retiros espirituales organizados frecuentemente, a nivel diocesano, o a nivel arciprestazgo. En ellos se puede y se debe crear un clima cálido que facilite, con otro hermano sacerdote, el diálogo y la ayuda espiritual. Ofrecer, por lo tanto, en este ambiente de retiro, la posibilidad de tener una dirección para todos aquellos que se muestren interesados.

Ávila sabe que todo lo que crea lazos de fraternidad sacerdotal tiene como resultado frutos de santidad; y estos retiros deben propiciar estos frutos.

Respecto a la segunda dificultad, hay que decir que actualmente se alega mucho la gran escasez de sacerdotes dedicados a la dirección de los otros hermanos en el presbiterio. Es lo que podríamos llamar "crisis de directores espirituales para sacerdotes". Pero no por esto podemos afirmar generalizando que no hay sacerdotes a propósito para dirigir a otros sacerdotes. Es verdad que no todos valen para ello; pero también es verdad que los hay, y con gracias especiales, como las tuvo el Maestro Ávila, para desempeñar dicho ministerio trascendental²³.

No obstante, se constata la escasez de sacerdotes entregados al ministerio de la dirección para con sus hermanos. Puede deberse a un cierto

²²LUIS MUÑOZ, *Vida y virtudes del venerable varón el Padre Maestro Juan de Ávila, predicador apostólico. Con algunos elogios de las virtudes y vidas de algunos de sus principales discípulos*, J. Flors, Barcelona 1964. III, 11.

²³Cf. BALDOMERO JIMÉNEZ DUQUE, *La dirección espiritual...*, 110-111.



respeto humano mal entendido, a una especie de vergüenza solapada ante el otro que comparte la misma condición de sacerdote. Precisamente por eso se pide al director de sacerdotes una buena dosis de humildad, para poder tratar con naturalidad a su dirigido.

Una vez más acudimos a la figura de san Juan de Ávila para descubrir en él esa humildad y ese trato natural que se le pide al padre espiritual para con el hijo, e hijo sacerdote:

Recibí la carta de vuestra merced y... obró en mí mucha confusión de haberme llamado maestro y padre... Y especialmente me confundió, y aun penó, venir en el fin de la carta que había muchas que escribirme, y que no lo hacía por guardar el decoro de oyente y discípulo²⁴.

Siempre Ávila se pone al nivel de su discípulo, con un trato cercano y afable. Es consciente de su pobreza, pero a su vez, es consciente de la llamada de Dios a ser guía y padre de almas, y algunas de ellas privilegiadas.

También esta falta de sacerdotes dedicados a este tipo de dirección puede ser motivada por un cierto escepticismo sobre el fruto de este ministerio²⁵. Todo lo contrario, a lo que creía nuestro santo, consagrado a la dirección y convencido de sus eficaces resultados.

Otra de las causas a la que se puede deber esta carencia de directores de sacerdotes, es el temor a no tener una preparación técnica, elemental e indispensable para afrontar la responsabilidad que supone llevar una dirección espiritual de otros sacerdotes²⁶.



Puede ser que se haya desatendido, hasta ahora, lo que sería una formación o capacitación de los sacerdotes, no para poder dirigir a las otras almas en general, sino para poder hacerlo con los propios hermanos; pero creemos que últimamente esto se ha superado, pues actualmente se está recibiendo una mejor formación, a la par que se va teniendo un mayor conocimiento y profundización de la propia espiritualidad sacerdotal. Cada vez son más los sacerdotes que dedican parte de su tiempo a recibir y atender a otros sacerdotes.

También han surgido numerosos grupos y asociaciones sacerdotales que, cultivando una fuerte vida espiritual, cuidan de que sus miembros reciban esta ayuda que comporta la dirección.

Algo parecido a estos grupos o asociaciones, aunque salvando las distancias, es lo que se dio en torno a la persona de san Juan de Ávila, y que se conoce con el nombre de "escuela avilista". Algunos de sus discípulos²⁷ (sacerdotes y religiosos), sin ningún tipo de estructura organizada, deseaban seguir fielmente las huellas del Maestro. Interesante es el testimonio que nos ha dejado Muñoz acerca de lo que Ávila esperaba de este grupo:

²⁴San Juan de Ávila, Carta 161, 1.5-8.

²⁵Ya hemos visto anteriormente cómo para algunos sacerdotes la dirección espiritual no es una ayuda necesaria. La principal dificultad está en el querer de veras y saber ser dirigido.

²⁶Cf. ÁNGEL MORTA, *Vida interior y dirección espiritual del sacerdote...*, 127.

²⁷Cf. LUIS MUÑOZ, *Vida y virtudes del venerable varón el Padre Maestro Juan de Ávila, predicador apostólico. Con algunos elogios de las virtudes y vidas de algunos de sus principales discípulos*, J. Flors, Barcelona 1964. II, 1-3.



Fue muy celoso, con deseos y afectos ardentísimos, de que se conociese la perfección que pide el estado sacerdotal, que se tomase con los fines para que le instituyó el sumo Sacerdote Cristo; procuró con grandes ansias y trabajó mucho para que todos fuesen perfectos sacerdotes. Hacía los muy de ordinario pláticas, en especial a sus discípulos²⁸.

También el Magisterio de la Iglesia, en la línea del Maestro Ávila, insiste en el tema de la dirección espiritual como un medio conveniente y necesario moralmente para los sacerdotes que desean cumplir con fidelidad su ministerio.

Después de este *excurso* sobre la necesidad de la dirección espiritual para los sacerdotes, veamos ahora qué consejos ofrece san Juan de Ávila a los obispos y sacerdotes que dirigía. Y lo haremos de forma ordenada para mayor claridad: primero, su vida espiritual y ascética, y segundo, su vida pastoral, ya sea como predicadores o como directores espirituales y confesores.

(Continuará)

²⁸LUIS MUÑOZ, *Vida y virtudes del venerable varón el Padre Maestro Juan de Ávila, predicador apostólico. Con algunos elogios de las virtudes y vidas de algunos de sus principales discípulos*, J. Flors, Barcelona 1964. III, 20.



Teresa de Lisieux, doctora del amor de Jesús: La “Historia de un alma” como síntesis teológica*



**François-Marie Léthel,
o.c.d.**
Profesor emérito de
teología dogmática y
teología espiritual
en la Pontificia Facultad
Teológica Teresianum,
y profesor invitado en el
Ateneo Pontificio Regina
Apostolorum

A finales de febrero de 1997, hace 25 años, el santo Papa Juan Pablo II pidió a nuestra Orden de Carmelitas Descalzos que preparara una *Positio* en un plazo muy breve con vistas a la declaración de Teresa de Lisieux como Doctora de la Iglesia. Personalmente, tuve la alegría de participar en este trabajo con un grupo de religiosos de la misma Orden. Recuerdo especialmente a los que ya se han unido a Teresa en el Cielo: Mons. Guy Gaucher, obispo carmelita de Bayeux y Lisieux, y dos profesores de nuestro *Teresianum*: el P. Jesús Castellano y el P. Mario Caprioli.

El Espíritu Santo nos ayudó de tal manera que pudimos escribir esta *Positio* de 940 páginas en menos de dos meses¹. El texto estuvo listo en Pascua, para ser examinado después por los consultores de las Congregaciones para la Doctrina de la Fe y de las Causas de los Santos, y finalmente por los cardenales y obispos miembros de estas Congregaciones. El examen no fue fácil, porque algunos estaban decididamente en contra, pero la

mayoría se mostró a favor del Doctorado, que fue proclamado por el Papa el 19 de octubre siguiente, Domingo de las Misiones. Más tarde, en *Novo Millennio Ineunte*, el mismo Juan Pablo II citó a Teresa como ejemplo de la «teología vivida de los santos» (n. 27), recordando que la había declarado Doctora de la Iglesia «como experta en la *scientia amoris*» (n. 42).

La *Positio* destacó esta ciencia del Amor o *eminens doctrina* contenida en los *Escritos* de Teresa y también su recepción universal en toda la Iglesia y más allá de las fronteras de la Iglesia. Fue la tercera mujer Doctora de la Iglesia, después de Teresa de   vila y Catalina de Siena, declaradas tales por san Pablo VI en 1970. Por mi parte, 9 años antes del Doctorado de Teresa, ya había afirmado proféticamente en mi tesis doctoral en teología, que «en la Iglesia, Teresa era por excelencia *Doctora del Amor de Jesús*»².

* Conferencia pronunciada en la Pontificia Facultad Teológica Teresianum, Roma, el 13 de mayo de 2022, con motivo de los 25 años –a celebrarse en el 2023– de la declaración de santa Teresa de Lisieux como Doctora de la Iglesia por parte de san Juan Pablo II. Traducción realizada por Ecclesia del texto en italiano, titulado «Teresa di Lisieux Dottore dell’Amore di Ges  : la Storia di un’anima come sintesi teologica».

¹*Congregatio de Causis Sanctorum. Concessionis tituli Doctoris Ecclesiae Universalis S. Teresiae a Iesu Infante et A Sacro Vultu* (Roma 1997). El texto está en francés.

²*Conna  tre l’Amour du Christ qui surpasse toute connaissance. La théologie des saints* (Venasque, 1989, ed du Carmel, 475).



1. La *Historia de un alma* y su interpretación teológica

Durante su corta vida (1573-1587), Teresa escribió mucho, más de 1000 páginas en sus *Obras Completas*³, iguales a las de san Juan de la Cruz en cantidad como en calidad. Son escritos sencillos y comprensibles para todos y, al mismo tiempo, muy profundos y de una extraordinaria riqueza doctrinal, con muchas intuiciones nuevas. Teresa es una joven genio que ha iluminado a toda la Iglesia y al mundo durante más de un siglo, ¡ahora honrada por la Unesco!

De entre todos los escritos de la santa, el más importante es la *Historia de un Alma*, que reúne los tres *Manuscritos Autobiográficos* (A, B y C) y las dos *Oraciones esenciales*: la *Oración del Día de la*

Profesión Religiosa, y el *Acto de Ofrenda al Amor Misericordioso*⁴. Este libro, traducido a todas las lenguas, es la síntesis de toda la doctrina teresiana, una verdadera síntesis teológica que contempla a *Dios y al hombre en Cristo Jesús, Camino, Verdad y Vida*.

Es una *teología mística, simbólica y narrativa*, que expresa los mayores contenidos de la fe católica y de la vida cristiana, reunidos en un espléndido cristocentrismo, al estilo evangélico de la narración, con un tejido bíblico continuo. Por desgracia, esta forma teológica no se considera "científica" en el ambiente de la teología académica. Con la aparición de las universidades en la Edad Media, se corría un gran riesgo de reducir la teología a su modo intelectual (*fides et ratio*), mientras que para los Padres de la Iglesia, la mística y la simbólica eran consideradas como verdadera teología, y no solo como "espiritualidad"⁵.

Teresa misma nos ofrece una excelente clave interpretativa de su teología simbólica y narrativa al final del *Manuscrito A* (85v-86r), con el dibujo y la explicación de los *Escudos de Jesús y de Teresa*, acompañados de una breve cronología espiritual. Lo que podría parecer un juego es en realidad la mejor síntesis de su teología simbólica y narrativa. Bajo el gran símbolo bíblico del Esposo y de la Esposa, se reúnen aquí todos los símbolos principales de Teresa en relación con los grandes Misterios de la Fe: la Trinidad (el triángulo), la Encarnación (el Niño

³SANTA TERESA DI GESÙ BAMBINO E DEL SANTO VOLTO, *Opere Complete Scritti e ultime parole* (Libreria Editrice Vaticana - Edizioni OCD, Roma 1997). Los Escritos de Teresa contenidos en este volumen son: *los tres Manuscritos Autobiográficos* (Ms A, B, C), la *Cartas* (LT), las *Poesías* (P), las obras teatrales o *Pías Recreaciones* (PR) y las *Oraciones* (Pr). Este volumen es la traducción integral del original en francés: THERESE DE LISIEUX, *Oeuvres Complètes* (Cerf/ DDB, Paris 1992, 1 vol.).

⁴En 1956, el padre François de Sainte Marie o.c.d., reunió estos textos en su edición facsímil bajo el título *Manuscrits Autobiographiques*. Por primera vez se publica el texto auténtico de Teresa, sin las numerosas correcciones (¡unas 8.000!) realizadas por las carmelitas de Lisieux. Con el mismo título, el texto se imprimió en 1957. Más tarde, se le dio el título: *Histoire d'une âme*. En cuanto a la traducción al italiano, cabe destacar la reciente edición de *Storia di un'anima* (Roma 2015, ed OCD, con prólogo de Benedicto XVI y presentación de F.M. Léthel).

⁵De manera ejemplar, Dionisio Areopagita pone de relieve esta tripolaridad de la teología de la Iglesia en torno a la Sagrada Escritura Palabra de Dios (*theologia*): mística, simbólica y noética. Cf. mi artículo *Dionigi Areopagita e la teologia sapienziale della Chiesa* (Palermo, 2022).



Jesús), la Pasión Redentora (el Santo Rostro), María (la estrella). Teresa se representa a sí misma con su símbolo favorito de la florecilla, pero también con el arpa y los racimos de uvas.

La *Historia de un alma* es el relato de una vida corta y sencilla, aparentemente sin interés: la vida de una pequeña burguesa de provincia de finales del siglo XIX que se esconde en un monasterio de clausura, donde muere de tuberculosis el 30 de septiembre de 1897 a los 24 años. Sin embargo, en su extrema sencillez y aparente banalidad, la historia de Teresa es fascinante porque es la historia de *su vida en Cristo Jesús*, iluminada y transfigurada por el Amor de Jesús. La *Historia de un alma* es una *Historia de Amor*, del más grande y hermoso Amor del que todo corazón humano tiene sed, el Amor Divino y Humano de Jesús. Las dos palabras más frecuentes en todos los escritos de Teresa son el Nombre de "Jesús" (dos veces más frecuente que el Nombre de "Dios") y la palabra "Amor" (junto con el verbo "amar").

Como san Ireneo de Lyon, recientemente declarado Doctor de la Iglesia por el Papa Francisco, Teresa contempla *la Recapitulación de todas las cosas en Cristo Jesús* (cf. *Ef 1,10*), centro del Cosmos y de la Historia (cf. *Redemptor Hominis*, 1). Así, la *Historia de un alma* es como un resumen de la *Historia de la Creación y de la Salvación en Cristo Jesús*. Por ello,



ha sido capaz de llegar a la mente y al corazón de millones de lectores de las más diversas culturas.

Personalmente, tengo que decir que Teresa fue una maravillosa guía para mi vocación y mi vida en el Carmelo, donde ingresé en 1967. Se convirtió entonces en una de las estrellas más brillantes de mi itinerario teológico, en esta amplia perspectiva de la teología de los santos que reúne a los Padres de la Iglesia, los Doctores de la Edad Media y los Místicos. Esta complementariedad de Padres, Doctores y Místicos es como el "prisma" de la teología de los santos al servicio de la Luz de Cristo siempre presente en el Corazón de la Iglesia⁶. Desde hace más de 30 años he escrito muchos textos sobre la teología de Teresa⁷, siempre experimentando la misma gran dificultad ante

⁶Al final del *Manuscrito C*, la misma Teresa nos introduce en este "prisma" cuando escribe: «¿No es de la oración de donde sacaron los santos Pablo, Agustín, Juan de la Cruz, Tomás de Aquino, Francisco, Domingo y tantos otros ilustres Amigos de Dios esta ciencia divina que fascina a los más grandes genios?» (36r). Después del apóstol Pablo, Agustín representa a los Padres, Tomás a los Doctores, Francisco y Juan de la Cruz a los Místicos. Comparten la misma "ciencia divina" de los santos extraída de la fuente de la oración.

⁷Los más importantes, en orden cronológico, son: el último capítulo de mi tesis doctoral en Teología: *Connaître l'Amour du Christ qui surpasse toute connaissance. La théologie des saints* (ed. du Carmel, Venasque 1989.); el libro: *L'Amour de Jésus. La Christologie de sainte Thérèse de l'Enfant Jésus* (ed. Desclée, col. "Jésus et Jésus-Christ", n. 72, Paris 1997); traducción italiana: *L'Amore di Gesù. La cristologia di santa Teresa di Gesù Bambino* (Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 1999.); el capítulo VIII de la Positio titulado: *La théologie de Thérèse de Lisieux*; las 4 meditaciones sobre Teresa en el retiro cuaresmal predicado para Benedicto XVI y la Curia Romana (*La Luce di Cristo nel Cuore della Chiesa, LEV*, Città del Vaticano 2011); el artículo titulado: «*Dio e l'uomo in Cristo Gesù Via, Verità e Vita. La sintesi teologica di Teresa di Lisieux, Dottore della Chiesa*», *Teresianum* 69 (2018), 237-270.

⁸Así, el beato María Eugenio del Niño Jesús dijo que los escritos de Teresa están "sursaturés de divin" (sobresaturados de lo divino).



su texto tan sencillo y muy rico en contenidos expresados claramente, y perfectamente sintetizados en la Unidad del Misterio de Cristo. ¡Cada argumento está conectado íntimamente con todos los demás!⁸ Siempre he tratado de mostrar la belleza y originalidad de su síntesis teológica, de su *scientia amoris* como *adaequatio rei et cordis*, es decir, como una perfecta correspondencia entre la verdad objetiva del Misterio de Jesús Verbo Encarnado y Redentor y la interioridad subjetiva de Teresa, su corazón de mujer plenamente realizada en el amor, como esposa y madre, hija y hermana. En las grandes perspectivas de la reflexión de san Agustín sobre el alma como imagen de la Trinidad (en *De Trinitate*) y el intento de san Anselmo de demostrar la existencia del Dios-Hombre (en *Cur Deus Homo*), la *scientia amoris* de Teresa nos muestra que la sed de amor del corazón humano solo puede ser plenamente satisfecha por el Amor de un Dios que se hace hombre, que da su vida por nosotros en la Cruz y que se une a nosotros en la Eucaristía⁹.

2. La síntesis de las tres “virtudes teologales” de la fe, la esperanza y la caridad, vividas en un nivel de intensidad nuevo y extremo

Esta *adaequatio* la realiza el Espíritu Santo a través de sus mayores dones, que son *la fe, la esperanza y la caridad*, llamadas por santo Tomás *virtutes theologicae*, expresión que prefiero traducir literalmente como virtudes teológicas (mejor que “teologales”). Teresa las vive a niveles extremos de intensidad. Hija perfecta de san Juan de la Cruz, nos ofrece el ejemplo de una altísima experiencia mística vivida en la pura fe, esperanza y caridad, sin fenómenos extraordinarios, en la relación entre estas virtudes y las tres potencias del alma: la fe en el intelecto, la esperanza en la memoria y la caridad

en la voluntad. En este nivel más profundo de la imagen trinitaria, se ve una verdadera *pericosisis* de las virtudes y de las potencias del alma. Son realmente distintas, pero están tan unidas que cada una está por entero en la otra. Así como «la caridad lo cree todo y lo espera todo» (1Co 13,7), también la fe espera y ama, y la esperanza cree y ama. Las “virtudes heroicas” que caracterizan a todos los santos son principalmente estas tres “virtudes teológicas”. Es su intensidad y pureza lo que hace de todos ellos auténticos teólogos, es decir, concededores de Dios por Cristo en el Espíritu Santo¹⁰.

El poeta Charles Péguy, contemporáneo de Teresa, las presenta simbólicamente como tres hermanas inseparables que se dan la mano. La esperanza es la más pequeña, entre las dos hermanas mayores que son la fe y la caridad, pero es ella quien las hace capaces de caminar¹¹.

Quisiera ahora presentar la síntesis teológica de Teresa desde esta perspectiva, considerando a continuación *la esperanza, la fe y la caridad*.



⁹Este *Cur Deus Homo* de Teresa queda expresado perfectamente en su *Poesía Al Sagrado Corazón de Jesús* (P, str. 4 y 5).

¹⁰Ese es el sentido de las primeras palabras de la mi tesis doctoral: «*Tous les saints sont théologiens, seuls les saints sont théologiens*» (Connaître l'Amour du Christ..., 3).

¹¹C. PÉGUY, “*Il Portico del Mistero della seconda virtù*”. “*Le Porche du Mystère de la deuxième vertu*”.



3. La esperanza sin límites de la salvación y de la santidad

La aportación más evidente y original de Teresa se refiere a la esperanza, con nuevos horizontes y nuevas perspectivas. Es también su mensaje más oportuno en un momento de gran sufrimiento para la Iglesia y para toda la humanidad. En los escritos de la santa, la esperanza se expresa con mayor frecuencia con la palabra *confiance* (confianza, seguridad), siempre inseparable de la fe y del amor. Es «la confianza que por sí misma conduce al Amor» (LT 197) y que se apoya en la fe en la Divina Misericordia revelada y dada en Cristo Jesús. Teresa experimenta y enseña una esperanza nueva, ilimitada, en la Misericordia Infinita de Jesús para la salvación eterna de todas las personas, especialmente las más alejadas, las más pecadoras, las más desesperadas.



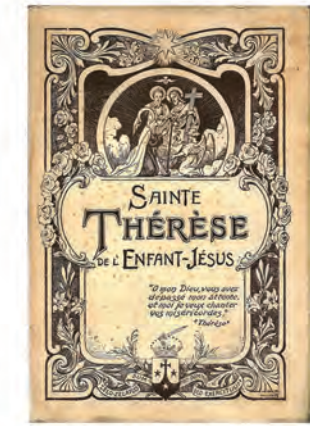
En la *Historia de un alma*, la santa relata la experiencia fundamental que tuvo a los 14 años, antes de entrar en el Carmelo, en una estupenda página que se encuentra en el centro del *Manuscrito A*. Es el relato de su gracia en la Navidad de 1886 y de la salvación del criminal Pranzini (Ms A, 44r-46v), que manifiesta una profunda comunión con los Misterios de la Encarnación y de la Redención. Durante una misa dominical, Teresa fija su mirada en una sencilla imagen de Jesús Crucificado, tomando la decisión de «mantenerse al pie de la Cruz» para recoger su Sangre y comunicarla a las almas más necesitadas, es decir, a los grandes pecadores que se arriesgan a la muerte eterna del infierno.

La joven se entera entonces de la existencia de un gran criminal condenado a muerte y no arrepentido. Lo recibe de Jesús como su “primer hijo”, según su propia expresión. Es como la resonancia de la palabra de Jesús crucificado a María: «Mujer, ahí tienes a tu hijo» (Jn 19,26). Y este “primer hijo” es el hombre aparentemente más desesperado. Y precisamente por él, Teresa espera contra toda esperanza, consciente del peligro extremo de la muerte eterna. De hecho, escribe: «Quería evitar a toda costa que cayera en el infierno». Hace celebrar la misa por él y reza por él con la certeza de que se salvará, incluso «sin confesión ni señal de arrepentimiento», y da la razón de ello: «tanta confianza tenía en la infinita misericordia de Jesús». Tiene la certeza de que, incluso sin ningún signo visible, abrirá su corazón en el último momento al Amor Misericordioso del Salvador. Es la afirmación más fuerte de la certeza de la esperanza como esperanza para otro¹². Solo habrá una pequeña señal: Pranzini besará el Crucifijo antes de ser guillotinado.

¹²Santo Tomás explica cómo es posible esperar la beatitud eterna para otro, considerando la relación entre la esperanza y la caridad (S.Th., II-II, q. 17, a. 3). Teresa es mucho más afirmativa en este punto.

¹³Así, Teresa pasa del alma de Pranzini a todas las almas cuando escribe: «¡Ah! después de esa gracia única, mi deseo de salvar las almas crecía cada día» (Ms A, 46v). En el mismo sentido, al comienzo del *Acto de Ofrenda al Amor Misericordioso*, expresa su mayor deseo de «salvar a las almas que están en la tierra», es decir, a todas. Entró en el Carmelo «para salvar las almas» (Ms A, 69v). En el prólogo del *Manuscrito A*, Teresa pasa inmediatamente de su alma de «florecilla blanca» a todo el «mundo de las almas que es el jardín de Jesús» (Ms A, 2rv).

¹⁴“Esperar para todos” es el título de uno de los últimos libros de Hans Urs von Balthasar, que también se inspira en Teresa de Lisieux.



Esta esperanza extrema se extiende luego a todas las almas, como se ve en la breve oración de Teresa el día de su profesión a los 17 años, el 8 de septiembre de 1890. En las últimas líneas de esta oración esencial publicada al final de la *Historia de un alma*, Teresa se atreve a pedir a Jesús «que ningún alma se condene hoy», añadiendo estas palabras: «Jesús, perdóname si digo cosas que no se deben decir: solo quiero alegrarte y consolarte». De hecho, esta exigencia de la salvación eterna de todas las personas que mueren en este día se oponía a la opinión de que muchos van al infierno cada día. En su época se utilizaba la expresión: *sauver des âmes* (“salvar almas”), es decir, a algunas. En cambio, ella utiliza la expresión *sauver les âmes* (“salvar las almas”), es decir, todas¹³. Es una oración que Teresa renovará cada día.

Doctor de la esperanza cristiana, nuestra santa abre un horizonte ilimitado para el Pueblo de Dios hasta el punto de *esperar para todos*¹⁴ la salvación eterna, expresando también de la manera más perfecta la doctrina católica sobre el Infierno, es decir, la posibilidad de la libertad humana de rechazar para siempre la Misericordia del Salvador¹⁵. Por primera vez el tema agustiniano de la predestinación limitadas, con la distinción entre los *predestinados* que irán seguramente al cielo y los réprobos que irán seguramente al infierno¹⁶ es felizmente superado. En cambio, para Teresa, todos están predestinados. Acepta la afirmación de Pablo con toda su fuerza: «Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad», y Cristo «se entregó a sí mismo en rescate por todos» (cf. *1Tm 2,4-6*). Desde el punto de vista teológico, nuestra santa expresa perfectamente la *cooperación* en la obra de Jesús, el único Salvador. Toda la salvación está contenida en su Sangre, y nadie puede añadirle nada. Pero se trata de recogerla y comunicarla a todos. ¡Así es la cooperación de María, de la Iglesia, de Teresa, de cada uno de nosotros!

Según Teresa, es la propia María la que enseña a la Iglesia una esperanza maternal tan segura para la salvación del hijo más desesperado con estas palabras: «Tened confianza en la Infinita Misericordia del Buen Dios; es tan grande que puede cancelar los mayores crímenes cuando encuentra un corazón de madre que pone en ella toda su confianza»¹⁷. Es el Corazón de María y el Corazón de la Iglesia,

¹⁵Es la misma doctrina que propone Benedicto XVI al final de su encíclica *Spe Salvi* el habla sobre el Juicio de Dios como motivo de esperanza, y no de miedo (nn. 41-48).

¹⁶Esta doctrina clásica de la predestinación y la reprobación es expuesta por santo Tomás (*S.Th.*, I, q. 23; q. 19, a. 6 ad 1) y por san Luis María Grignon de Montfort (*Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, nn. 183-212).

¹⁷Son las palabras que Teresa atribuye a la Virgen en su opereta: *La Huida a Egipto* (RP 6), en su diálogo con Susana, la madre del pequeño Dimas, hijo del jefe de los bandidos y futuro buen ladrón del Evangelio, que acaba de ser curado de la lepra por el poder del Niño Jesús, añadiendo después estas palabras: «Jesús no desea la muerte del pecador, sino que se convierta y viva para siempre. Este Niño, que curó sin esfuerzo a vuestro hijo de la lepra, le curará un día de una lepra mucho más peligrosa. Entonces ya no bastará un simple baño; será necesario que Dimas sea lavado en la Sangre del Redentor. Jesús morirá para dar vida a Dimas y él entrará en el Reino Celestial el mismo día que el Hijo de Dios» (RP 6:10r). Se pueden reconocer en ello todas las expresiones más características del relato de la salvación de Pranzini.



el corazón de Teresa y especialmente de la mujer en la Iglesia, en esta dimensión de la maternidad espiritual.

La esperanza de la salvación es también la *esperanza de la santidad* para uno mismo y para todos, en todos los estados de la vida, como gran amor en las pequeñas cosas de la vida cotidiana. Es precisamente el «caminito de la confianza y del amor» como vía de santidad lo que Teresa enseña a toda la Iglesia, anticipando la enseñanza del Concilio sobre la vocación universal a la santidad (*Lumen Gentium*, c. V), desarrollada recientemente por el Papa Francisco en *Gaudete et exsultate*.

Teresa comparte con los pequeños y los pecadores su «atrevida confianza en llegar a ser una gran santa» (Ms A, 32r). En esta vida, nunca es demasiado tarde para convertirse en santo. Un gran pecador puede convertirse en un gran santo, incluso en el último momento, como el Buen Ladrón del Evangelio (cf. *Lc 23,39-43*). Aquí es necesario citar las últimas líneas de la *Historia de un Alma*:

Repito, llena de confianza, la humilde oración del publicano, pero sobre todo imito el comportamiento de la Magdalena; su asombrosa o más bien amorosa audacia que fascina al Corazón de Jesús seduce al mío. Sí, lo siento, aunque tuviera sobre mi conciencia todos los pecados que se pueden cometer, iría, con el corazón roto por el arrepentimiento, a arrojarme a los brazos de



Jesús, porque sé cuánto ama al hijo pródigo que vuelve a Él. No porque el buen Dios, en su misericordia *preventiva*, haya preservado mi alma del pecado mortal, que yo me elevo hacia Él con la confianza y el amor¹⁸.

4. Verdad y oscuridad de la fe

El relato de la salvación de Pranzini nos muestra cómo la esperanza de Teresa descansa en la fe en Jesús Salvador de todos, en la fecundidad redentora de su Sangre derramada por nosotros en la Cruz, abriéndose plenamente a la caridad hacia el prójimo en esta dimensión del amor maternal.

Jesús es el Camino, la Verdad y la Vida (*Jn 14,6*). En el Amor y en la Esperanza, Teresa hace brillar toda la Verdad de nuestra fe cristiana en un lenguaje sencillo, claro y preciso, capaz de tocar el corazón e iluminar la mente. Así, todo el contenido de nuestro Credo, es decir, del Símbolo de Nicea-Constantinopla, se expresa en

¹⁸Ms C, 36v37r. En la última frase de este texto, Teresa quiere decir que su total confianza no descansa en la conciencia de su propia inocencia, es decir, de no haber cometido nunca un pecado mortal (cf. Ms A, 70r). En esta misma línea, Teresa pidió a la Madre Inés que añadiera a su *Historia de un Alma* una historia de los Padres del Desierto que la había impresionado mucho: Una gran pecadora que se había convertido en una gran santa en pocas horas, hasta morir de amor.

¹⁹En cambio, santo Tomás y santa Teresa de Ávila siguen el esquema agustiniano del Símbolo *Quicumque* que contempla sucesivamente a Dios Trinidad y a Cristo como Hombre.

²⁰En "*Llama de amor viva*" (estrofa III: ¡Oh, Lámparas de Fuego!), san Juan de la Cruz expone esta doctrina de los Atributos Divinos, llevando la teología de santo Tomás sobre el Dios Único (S.Th., I, qq. 2-26) al nivel de la experiencia mística. Véase también el tratado *Sobre los nombres divinos de Dionisio Areopagita*.



la *Historia de un alma* y se sintetiza perfectamente en la unidad del Misterio de Cristo. De hecho, es el mismo *crisocentrismo trinitario* del Símbolo, que contempla a Jesús como verdadero Dios y verdadero Hombre en el centro de la Trinidad, entre el Padre y el Espíritu Santo, en la obra de la creación y de la salvación, nacido de la Virgen María por obra del Espíritu Santo, siempre presente y operante en su santa Iglesia a través del bautismo y de los demás sacramentos¹⁹.

La Divinidad única que Jesús posee eternamente con el Padre y el Espíritu Santo es contemplada por Teresa a través del atributo de la Misericordia, a tal punto que puede afirmar:

¡A mí, Él me ha concedido su Infinita Misericordia, y es a través de ella que contemplo y adoro las demás perfecciones divinas! Entonces todas me aparecen radiantes de amor, incluso la Justicia (y quizás ella más que ninguna otra) me parece revestida de Amor (Ms A, 83v).

Espontáneamente, Teresa redescubre la doctrina de san Pablo en la *Carta a los Romanos* sobre la Justicia de Dios, que no juzga al hombre pecador, sino que lo *justifica* gratuitamente por la Sangre de Jesús (cf. *Rom 3,21-26*). Es una Justicia totalmente misericordiosa, porque en Dios la Justicia y la Misericordia son realmente la misma cosa, es decir, su Naturaleza o Esencia (como todos los demás Atributos Divinos)²⁰. Teresa es por excelencia la Doctora de la Divina Misericordia, seguida de otras santas y santos, como por ejemplo santa Faustina Kowalska.

La carmelita llamada Teresa del Niño Jesús y del Santo Rostro contempló y profundizó

particularmente los dos mayores Misterios de Jesús, que son *la Encarnación y la Redención*, como Misterios del Amor Misericordioso que se rebaja hasta el extremo en la pequeñez y la pobreza hasta la muerte de la Cruz. La maravillosa cristología de Teresa es perfectamente fiel a la enseñanza de los Padres de la Iglesia y de los primeros Concilios Ecuménicos, de los santos Doctores de la Edad Media, y especialmente de Juan de la Cruz y de Teresa de Ávila, sus parientes del Carmelo. También se reconoce el fuerte crisocentrismo del cardenal de Bérulle, fundador de la "Escuela Francesa" (el Carmelo de Lisieux era "beruliano"). Como san Francisco (con el tema de la pobreza) y como santo Tomás (con el concepto de mérito), Teresa destaca la comunión privilegiada entre la Iglesia peregrina y la vida terrenal de Jesús, entre el *Christus Viator* y la *Ecclesia Viatorum*.

Jesús amado y contemplado por Teresa es siempre la Persona Divina del Verbo Encarnado, el Dios-Hombre, que no pierde su Divinidad al asumir nuestra Humanidad. Así, el pequeño y frágil Niño en brazos de María es al mismo tiempo el Creador del Universo que ya ve y quiere su Pasión redentora por amor a nosotros, a cada uno de nosotros que conoce y ama personalmente²¹. Estas continuas afirmaciones de Teresa pueden justificarse desde el



²¹Así, contemplando al Niño Jesús en brazos de su Madre, Teresa le dice: «Con tu manita que acariciaba a María, sostenías el mundo, y pensabas en mí» (P 24, str. 6).



punto de vista teológico por la doctrina de santo Tomás sobre la visión beatífica siempre presente en el alma humana de Jesús desde el primer instante de la Encarnación en el seno de María. Así Él podía ver al mismo tiempo al Padre, a Sí mismo como Hijo, y a cada ser humano personalmente amado como si fuera único en el mundo.

En el mismo plano de la fe, una de las grandes aportaciones de Teresa se refiere al *Misterio de la Iglesia*, con su descubrimiento del *Corazón de la Iglesia*, a partir de una nueva e ingeniosa interpretación de los capítulos 12 y 13 de la Primera Carta de san Pablo a los Corintios, en su *Segundo Manuscrito Autobiográfico* (Ms B). La Eucaristía, como Misterio de fe y amor, está en el centro de la vida de Teresa y de su compromiso con la santificación de los sacerdotes. Según sus propias palabras, entró en el Carmelo «para salvar almas y rezar por los sacerdotes» (Ms A, 69v).

En la Pascua de 1896, Teresa entra en su pasión, pasión del cuerpo con la enfermedad y, sobre todo, pasión del alma con la dolorosa prueba de fe que relata al principio del *Tercer Manuscrito Autobiográfico* (Ms C, 4r-7v). En unión con María en la pasión de Jesús, nuestra santa experimenta una profunda *kenosis de la fe*. Esta fuerte expresión utilizada por san Juan Pablo II sobre María al lado de la Cruz de Jesús (*Redemptoris Mater* n. 18) no



significa la pérdida de la fe, sino al contrario, la fe más probada y más heroica. Teresa no tiene dudas, sino fuertes tentaciones contra la fe en la existencia del Cielo. En sus palabras, el propio Jesús «permitió que su alma fuera invadida por las más densas oscuridades», y son precisamente las oscuridades del ateísmo moderno. De hecho, la santa vive a finales del siglo XIX, que fue la edad de oro del ateísmo filosófico y militante (Marx, Nietzsche y todas las formas de materialismo). Teresa renueva continuamente su acto de fe, escribiendo el Credo con su sangre, rezando con la misma confianza plena por la salvación de todos los ateos del mundo moderno, creyendo y esperando el Cielo para ellos. Les llama “hermanos”, y acepta sentarse a su mesa, como hizo Jesús con los pecadores (cf. Mt 9,10-13). Junto con María Santísima, Teresa es un ejemplo de fe para todo el Pueblo de Dios.

5. La caridad como amor infinito en la pequeñez extrema

Teresa nos muestra cómo la fe y la esperanza son inseparables del Amor de la caridad, que es aún más grande, porque nunca pasará (cf. 1Cor 13,8), mientras que la fe y la esperanza darán paso a la visión cara a cara, a la plena posesión de Dios. La caridad es el Amor absoluto, el mismo en el Cielo y en la Tierra, ya dado plenamente por el Espíritu Santo en esta vida. Es un Amor perfectamente recíproco entre el Esposo divino y su creatura humana.

El Amor de Jesús anima y llena toda la vida de Teresa. Para ella, vivir es «vivir de amor», como canta en uno de sus más bellos poemas (P 17). El acto de Amor: «Jesús te amo», es como su respiración continua, como el latido de su corazón. No es un simple sentimiento humano, sino que es el Amor divino que el Espíritu Santo derrama en nuestros corazones para hacernos entrar en toda la comunión de la Trinidad, según las palabras de



Teresa: «Ah, Tú lo sabes, divino Jesús, te amo / El Espíritu de Amor me incendia con su fuego / Amándote atraigo al Padre» (P 17 str. 2). En medio de los mayores sufrimientos del cuerpo y del alma, la santa escribe una de sus últimas poesías titulado «Mi alegría» (P 45). El secreto lo da en el último verso diciendo: «¡Jesús, mi alegría es amarte!». En una carta de la misma época, revela el sentido de toda su vida y de su misión en el Cielo como en la tierra con estas palabras: «Amar a Jesús y hacerlo amar» (LT 220).

Las últimas páginas de *Historia de un Alma*, al final del tercer *Manuscrito Autobiográfico* (Ms C, 33v-37r), expresan el mismo dinamismo misionero del Amor, cuando Teresa comenta las palabras dirigidas por la Esposa al Esposo en el *Cantar de los Cantares*: «Atraedme, correremos» (Ct 1,3). Teresa pide a Jesús que la atraiga en el fuego de su Amor hasta que esté incandescente, y esto es para atraer hacia Él a todas las almas que se acerquen a ella. ¡Esta es la verdadera forma de evangelizar: «por atracción»!

Es la belleza infinita del Amor de Jesús que brilla en Teresa. Su testimonio, tan fuerte y atractivo, es la fascinante belleza de una mujer plenamente realizada en el Amor, en todas las dimensiones más profundas de su feminidad, como Mujer Doctora. Lo aclara con un símbolo musical, comparando su

corazón con una lira, diciendo a Jesús en una de sus poesías: «Tú haces vibrar las cuerdas de tu lira, y esta lira, oh Jesús, es mi corazón» (P 48, str. 5). La lira es un instrumento musical de cuatro cuerdas (como el violín). Teresa es por excelencia la teóloga *del alma y del corazón* (como Catalina de Siena lo es *del cuerpo y de la sangre*). En Cristo Jesús, todas las relaciones humanas fundamentales de la familia se insertan en las relaciones divinas de la Trinidad: el Hijo eterno del Padre se ha convertido realmente en nuestro Hermano, Hijo de María y Esposo de la Iglesia. Todas son relaciones de amor.

Cada mujer tiene un corazón *de Esposa y de Madre, de Hija y de Hermana*, así como cada hombre tiene un corazón *de Esposo y de Padre, de Hijo y de Hermano*. ¡Estas son las *cuatro cuerdas* del corazón humano! La santidad a la que todos están llamados consiste en amar «con todo el corazón» a Dios y al Hombre en Cristo Jesús, haciendo vibrar plenamente y con acierto las cuatro cuerdas, ya sea en el matrimonio como en el celibato y en la virginidad. “Desafinados” por el pecado, los cuatro acordes son “reafinados” por el Espíritu Santo a través de las purificaciones de los sentidos y del espíritu, descritas por san Juan de la Cruz y estudiadas por el beato carmelita María Eugenio del Niño Jesús.

En Teresa de Lisieux, como en los otros dos doctores carmelitas (Teresa de Ávila y Juan de la Cruz), la “cuerda esponsal” está en primer lugar, con el gran símbolo bíblico del *Matrimonio Espiritual* entre Dios y la Humanidad en Cristo Jesús. Es el amor virginal que transfigura el eros como amor enamorado y apasionado. Según Dionisio Areopagita, es un amor *exclusivo, celoso, unitivo y extático*. Plenamente mujer, Teresa es *Esposa de Jesús y Madre de las almas, Hija del Padre y de María, Hermana de todos*, tanto de los más cercanos como de los más lejanos: las hermanas y los misioneros, e incluso los ateos del mundo moderno, convirtiéndose realmente en una



“hermana universal”. Este pleno descubrimiento del amor fraternal al final de su vida se relata ampliamente en el tercer y último *Manuscrito Autobiográfico* (Ms C, 8r-33v). La *infancia espiritual* es la expresión más típica de la “cuerda filial” del corazón de Teresa, como hija/niña (*enfant*) llena de confianza. Pero nunca debemos olvidar las otras tres cuerdas, para corregir una presentación infantil bastante extendida de la santa.

En *Historia de un Alma* el mayor texto sobre el Amor es el *Segundo Manuscrito Autobiográfico* (Ms B), con su lectura orante del himno a la caridad de san Pablo en el capítulo 13 de la *Primera Carta a los Corintios*. Ampliando el simbolismo de los diferentes miembros del cuerpo en el capítulo 12, Teresa descubre en la caridad el *Corazón de la Iglesia*:

La Caridad me dio la clave de mi vocación. Comprendí que si la Iglesia tenía un cuerpo, formado por diferentes miembros, no le faltaba el más necesario, el más noble de todos, comprendí que la Iglesia tenía un Corazón y que este Corazón ardía de Amor. Comprendí que solo el Amor hacía actuar a los miembros de la Iglesia, que si el Amor se extinguía, los Apóstoles ya no anunciarían el Evangelio, los Mártires se negarían a derramar su sangre... Comprendí que el Amor abarcaba todas las Vocaciones, que el Amor lo era todo, que abarcaba todos los tiempos y todos los lugares... ¡En definitiva, que es Eterno! Entonces [...] exclamé: ¡Oh, Jesús, mi Amor... por fin he encontrado mi vocación, mi vocación es el Amor! Sí, he encontrado mi lugar, en la Iglesia, y este lugar, oh Dios mío, eres tú quien me lo ha dado... en el Corazón de la Iglesia, mi



Madre, seré el Amor... ¡así lo seré todo! (Ms B, 3v).

A través de su experiencia personal, Teresa destaca la vocación universal a la santidad, como vocación a la plenitud del Amor, a la perfección de la caridad (cf. *Lumen Gentium*, c. V). Es la gran vocación que anima y da sentido a todas las vocaciones particulares. Es el Amor divino como Totalidad e Infinito ya dado en esta vida, en el Corazón de la Iglesia Peregrina, donde es verdaderamente Santa. Teresa sabe que este gran descubrimiento suyo es para todas las almas más pequeñas, para llevarlas a la «cumbre del monte del Amor» (Ms B, 1v), según el simbolismo de san Juan de la Cruz. Es la gran paradoja del Amor Infinito acogido y vivido en la más extrema pequeñez de la criatura, acogido y vivido perfectamente en la Virgen María, la más grande del Reino de los Cielos, porque fue la más pequeña (cf. Mt 18,4). Así es como Teresa contempla a María a través del Evangelio en su último poema titulado *Por qué te amo, oh María* (P 54).

A esta luz del Amor, la *Historia de un Alma* concluye

²²Esta espiritualidad de la *Inhabitación Eucarística* fue vivida y desarrollada por dos místicas salesianas, las siervas de Dios Vera Grita, cooperadora salesiana, y la Madre Rosetta Marchese, hija de María Auxiliadora (cf. mi artículo «*La presenza permanente del Corpo di Gesù in noi dopo la comunione come vera inabitazione eucaristica, secondo la Serva di Dio Madre Rosetta Marchese*», *Mysterion*, 2021).



con el *Acto de Ofrenda al Amor Misericordioso*, pronunciado por Teresa el 9 de junio de 1895, en la fiesta de la Santísima Trinidad, compartido inmediatamente con sus hermanas, y luego con todos los bautizados. Es la expresión más perfecta del cristocentrismo trinitario de Teresa. En respuesta al Amor del Padre que nos ha dado a su Hijo y al Espíritu de su Hijo, la santa se ofrece al Padre por el Hijo en el Espíritu Santo, por el Rostro y el Corazón humanos del Hijo en el fuego del Espíritu Santo, como *Víctima de Holocausto*. Teresa “abandona” (es decir, confía totalmente) su ofrenda a María, expresando sus mayores deseos: «Salvar las almas que están en la tierra», es decir, todas las almas, y santificarse personalmente. También hay una referencia explícita a la Comunión Eucarística, central en la vida de Teresa, con la petición de mantener continuamente la presencia de Jesús en su interior «como en el Tabernáculo»²². El símbolo bíblico de la víctima de Holocausto expresa el don total de sí mismo (*holos*) en la perspectiva del sacerdocio bautismal. De María, Teresa aprendió esta definición del verdadero Amor: «*Amar es darlo todo y darse a sí mismo*» (P 54, str. 22).

Con María y como María, hay que entregarse enteramente al fuego del Espíritu Santo para abrir el corazón a la abundancia del agua viva del mismo Espíritu en la vida mística (incluso sin ningún fenómeno místico)²³. Teresa lo dice claramente en el *Acto de Ofrenda*:

Para vivir en un acto de Amor perfecto,
me ofrezco como víctima de holocausto
a tu Amor misericordioso, suplicándote
que me consuma sin cesar, dejando que se
desborden en mi alma las olas de ternura
infinita que están encerradas en ti, para que
me convierta en Mártir de tu Amor, ¡oh Dios
mío!

La *Ofrenda al Amor Misericordioso* de Teresa es similar a la *Consagración a Jesús por María* enseñada por san Luis María Grignion de Montfort en su *Tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen*, con la misma referencia a los sacramentos del Bautismo y la Eucaristía. Es el mismo *Totus Tuus* de san Juan Pablo II.

Finalmente, en su última *Carta* (LT 266), que es como su testamento espiritual, Teresa nos invita a la contemplación y al amor a Jesús en la Eucaristía. Es una imagen pintada por ella para un futuro sacerdote misionero, el seminarista Maurice Bellière, su primer hermano espiritual. Representa al Niño Jesús en la Hostia consagrada en manos del sacerdote, con estas sencillas palabras: «No puedo temer a un Dios que se ha hecho tan pequeño por mí. Lo amo, porque Él es solo Amor y Misericordia». Es la última, más breve y más bella síntesis de la *scientia amoris* de Teresa. La Eucaristía es el sacramento de la pequeñez de Dios, que en su Amor Misericordioso se rebajó en los Misterios de la Encarnación y de la Pasión, haciéndose pequeño hasta el extremo en la Eucaristía para suscitar nuestra respuesta de confianza y de amor.

Palabras clave: Santa Teresa de Lisieux, doctorado, espiritualidad, virtudes teológicas, *Scientia amoris*, santidad, misericordia.

(publicado en *Ecclesia*. Revista de cultura católica, 36 (2022), 263-276)

²³El beato María Eugenio del Niño Jesús o.c.d. insistió especialmente en la necesidad de la entrega total de sí mismo para acoger plenamente el Don de Dios en la vida mística, para no quedarse en la mediocridad espiritual del joven rico del Evangelio (cf. Quiero ver a Dios, parte III, cap. 3).



¿Qué futuro, para el cristianismo? La esperanza de la iglesia es la esperanza de los sacramentos ¹



José Granados, DCJM
 Doctor en teología y profesor de teología del matrimonio y de la familia;
 Superior General de los Discípulos del Corazón de Jesús y de María.

El profeta [Jeremías], avisado por un oráculo, mandó llevar consigo la Tienda y el Arca; y salió hacia el monte donde Moisés había subido para contemplar la heredad de Dios. Y cuando Jeremías llegó, encontró una estancia en forma de cueva; metió allí la Tienda, el Arca y el Altar del incienso, y tapó la entrada. Algunos de sus acompañantes volvieron para marcar el camino, pero no pudieron encontrarlo. En cuanto Jeremías lo supo, les reprendió diciéndoles: «Este lugar quedará desconocido hasta que Dios reúna a la comunidad del pueblo y se vuelva propicio. Entonces el Señor mostrará todo esto y se verá la Gloria del Señor y la Nube, como aparecía en tiempo de Moisés, y cuando Salomón rogó que el lugar fuera solemnemente consagrado» (2Mac 2,4-8).

El *Libro de los Macabeos* narra lo que hizo el profeta Jeremías en un tiempo de gran angustia para Israel, cuando todo parecía perdido. Jeremías no renunció al templo ni a la tierra, sino que puso su recuperación en manos de Dios mismo. De este modo la pregunta que planteaba a Israel no era solo una pregunta acerca del futuro, entendido como la suerte de los individuos amenazados por el destierro. Sino, que era una pregunta acerca de la esperanza, entendida como el porvenir que Dios puede abrir para el entero pueblo de Israel.

El tiempo histórico de Jeremías se asemeja en varias

cosas al nuestro. También la Iglesia parece exiliada de toda presencia social a medida que avanza la secularización. Algunos niegan que se esté dando una pérdida de la presencia de Dios, el cual seguiría encontrando lugares donde manifestarse y hacerse presente en la vida de los hombres. Puede ser. Pero en todo caso este Dios, que ya no se manifiesta en el espacio de la creación ni tampoco en el espacio público de las relaciones humanas, no es el Dios de la Biblia. Por eso Jeremías no desesperó nunca de encontrar a Dios en la tierra ni de reedificar el templo, porque esto hubiera significado desesperar de encontrar al Dios de Israel.

Una novedad en esta pregunta por el futuro del cristianismo es que esta se plantea hoy en un clima de gran incertidumbre cultural. No era así cuando, confiando en el progreso imparable, se pensaba que el cristianismo sería sustituido por otra civilización conocida y de éxito seguro. Hoy nos preguntamos por el futuro del cristianismo, pero esta pregunta se une a la pregunta por el futuro del planeta y también por el futuro de nuestra sociedad, ante los intentos de "cancelar la cultura". T.S. Eliot en *Coros de la Piedra (Poesías reunidas 1909-1962)*, Alianza Editorial, Madrid 2006, 179-180), previó la relación de estas dos crisis cuando escribió:

¿Hace falta que se os diga que incluso los modestos logros

¹ Conferencia pronunciada en la *Franciscan University of Steubenville*, Ohio, USA, el 2 de diciembre de 2021.



de que cabe presumir en cuanto a la sociedad bien educada

difícilmente sobrevivirán a la Fe a que deben su sentido?

Será bueno plantearnos la cuestión por el futuro en el doble registro de nuestra cultura y de nuestra fe. Pues la pregunta por el futuro del cristianismo va unida a la pregunta por su influjo sobre el futuro del mundo.

1. La pregunta por el futuro en la cultura de hoy

La crisis de futuro afecta en primer lugar a nuestra sociedad. No se trata de saber qué futuro vendrá, sino si es posible un futuro que no sea meramente repetitivo, que traiga novedad y expansión de horizontes.

Puede decirse, por un lado, que este futuro novedoso no está en el cosmos o en la naturaleza externa al hombre. Cuando el hombre de hoy mira al cosmos percibe más bien la necesidad de conservar lo que hay, para que no se deteriore. Se piensa que el mundo actúa según la ley de la evolución, que es una ley sin *telos* o finalidad intrínseca, movida más bien por preservar lo que hay, por la supervivencia del que mejor se adapta.

Tampoco parece hoy posible encontrar un futuro nuevo desde los recursos interiores del hombre. Esto pretendía la ideología del progreso, pensándose capaz de modelar el mundo de acuerdo con la razón y con la moral racional. Como ha notado Paul Ricoeur (*De l'interprétation*, Seuil, Paris 1965, cap.

II, n.3), los "maestros de la sospecha" han socavado esta confianza ciega en la razón, arguyendo que era un modo de ocultar motivaciones más bajas. La verdadera fuerza motora, oculta tras el humo de estos razonamientos, sería la búsqueda del poder (Nietzsche), del dinero (Marx), de la sexualidad (Freud).

Esta crítica ha resituado la pregunta por la esperanza, no en el hombre aislado ni en la tierra aislada, sino en la relación del hombre con esta tierra y esta historia. La novedad llegaría en forma de revolución de estas relaciones, como en la revolución marxista o en la sexual. Ambas buscaban en el cuerpo, de algún modo, la apertura de un futuro nuevo. Pero ambas revoluciones acabaron negando el significado relacional del cuerpo, y reduciendo el cuerpo a materia o a expresión de un sentimiento subjetivo, ahogando así otra vez la esperanza.

Ahora bien, el ámbito de la relación concreta del hombre con la tierra permite otro tipo de apertura del futuro, precisamente si se recuperan los significados del cuerpo. Pues entonces la clave de novedad no se hallaría en la persona aislada, sino en la persona que, en su cuerpo, encuentra el mundo y los otros. Dentro del cuerpo destaca, sobre todo, por su capacidad de futuro novedoso, el encuentro del hombre y de la mujer, unidos en una diferencia que supera a ambos. Piénsese en el fruto por excelencia de esta unión: la nueva persona que nace y que prolonga el porvenir más allá de sus padres. Si queda esperanza, este es el lugar donde habría que buscarla.

Pues bien, como vamos a ver, precisamente este ámbito del cuerpo es el ámbito propio donde sucede la revelación de Jesús y donde se inaugura la Iglesia.

2. La pregunta por el futuro de la fe

¿Qué va a ser del cristianismo? Responder desde la teología no es fácil, porque el teólogo no es un futurólogo. El teólogo solo puede responder a la pregunta por el futuro en cuanto que es Dios quien lleva a cabo ese futuro. De otros intentos se debe decir: «Silete theologi in munere alieno» («callad, teólogos, pues es tarea que no os compete»).



Esto significa, *en primer lugar*, que lo propio de la visión cristiana del futuro es mirarlo con la lente de la esperanza. La esperanza no es mero optimismo. Pues la esperanza no solo siente que el futuro será mejor, sino que nos pone en marcha para obrar de modo que ese futuro llegue. Por eso la esperanza es una virtud o fuerza.

Podríamos pensar, entonces, que la esperanza coincide con el optimismo ante el progreso dominador del hombre que actúa. Pero hay una diferencia radical, porque la obra de la esperanza no llega por nuestro solo esfuerzo aislado, sino porque el hombre sabe situarse en un horizonte que le supera, de donde recibe fuerza para su acción y logra, así, superar su limitado horizonte. En último término, la esperanza se apoya en la fuerza de Dios, único que puede garantizar la esperanza definitiva del mundo.

Es propio de la mirada al futuro del teólogo, por tanto, que se fije en la acción de Dios, en cuanto que este despliega un futuro nuevo a través de nuestras acciones. Es clave, por tanto, no solo preservar la fe, sino preservar la esperanza. Pero preservar la esperanza no puede hacerse solo preservando lo que hay, sino precisamente abriendo un futuro nuevo.

En segundo lugar, entendemos que, si al teólogo corresponde hablar del fin definitivo de las cosas, esto no implica que no le competa hablar del curso de la historia, intermedia entre el presente y el fin. En realidad, es posible saber del futuro porque se sabe de Cristo, que ha anticipado el futuro en su muerte y resurrección. Como dice el libro del Apocalipsis, la

profecía se ha convertido, en el cristianismo, en «el testimonio de Jesús» (Ap 19,10), y por eso el profeta cristiano mira hacia atrás. Se hace verdad para él, pero como bendición y no como castigo, lo que sucedía a los adivinos de Dante en el *Infierno* (canto XX), que caminaban mirando hacia atrás, pues su cabeza estaba girada hacia su espalda.

Y esto es así, no solo porque en su resurrección Cristo ha obrado ya el fin de los tiempos y el juicio de ellos, sino también porque en el transcurso de su vida Él ha anticipado el recorrido de la Iglesia, que es su cuerpo. Lo que le sucedió a Él, paso a paso, le va sucediendo a Ella.

Esto ya ilumina no poco la crisis actual de la fe. Pues en la Iglesia ha de llegar también la hora y poder de las tinieblas, antes de la resurrección vencedora. Puede afirmarse desde aquí, con Robert Spaemann, que el fracaso del cristianismo no es su refutación, porque tal fracaso es una doctrina enseñada por el cristianismo mismo (*Das unsterbliche Gerücht*, Stuttgart 2007).

A la vez, estas tribulaciones que sufre la Iglesia van unidas también con una luz creciente, como aconteció en la vida de Jesús, cuya visión maduró mientras caminaba hacia la hora fijada por su Padre. Por eso los cristianos completan lo que falta en el cuerpo de ellos, no solo a la tribulación de Cristo (Col 1,24), sino también a la alegría de Cristo.

Los *Hechos de los Apóstoles* nos ofrecen esta mirada a la historia de la Iglesia tras los pasos de Jesús. Es importante que lo hacen presentándose, a la vez, como plenitud de Israel en el Antiguo Testamento. Hay en esta referencia a Israel una ventaja notable para la reflexión actual sobre la crisis de fe. Consiste esta ventaja en que el Nuevo Testamento no ilustra directamente la capacidad de la fe para generar cultura. Y no la ilustra porque no puede hacerlo, dado el espacio breve de tiempo que abarca, ya que la cultura solo se edifica en el tiempo por generaciones: de abuelos, a padres, a hijos. En realidad, el Nuevo Testamento sí que contiene esta referencia cultural, pero la contiene en cuanto que todo él se relaciona con el Antiguo Testamento y lo incluye en sí.





Me parece apropiado, en concreto, para entender el camino actual de la Iglesia, estudiar el momento más cercano a Cristo: la historia de los Macabeos. En cierto modo, los *Hechos de los Apóstoles* pueden leerse como una continuación de los Macabeos desde la transformación operada por Jesús. Es verdad que se combate con otra espada, que es la espada de la palabra, pero de Judas Macabeo ya se afirmaba que no fue eficaz tanto por la fuerza de su brazo y panoplia, sino por su palabra (cf. 2Mac 8,23; 13,15).

Para acercarse a la historia de los Macabeos es importante acudir al segundo libro, que no es una continuación del primero, sino más bien su relectura en clave teológica. Se plantea aquí el problema de la fe de Israel en su relación con la cultura griega circunstante, que quiere adular la fe hasta suprimirla. El segundo libro de los Macabeos pone el acento, no tanto en las gestas guerreras, sino en la recuperación del templo. Y concluye, de hecho, no con la muerte de Judas, sino en el momento en que el culto del Templo se restablece.

Ocurre que la recuperación del Templo se hace a la luz del profeta Jeremías, quien se presenta como alguien que «intercede mucho por su pueblo» (2Mac 13,14). Se recuerda, pues, el destierro, la catástrofe de la pérdida de la tierra. Jeremías podría verse como prototipo del profeta de desgracias. Pero Jeremías no es profeta de desgracias, pues un profeta de desgracias desespera del regreso a la tierra, lo que no hizo Jeremías. Ni propuso una huida hacia lo interior, más allá de lo corpóreo, sino la recuperación de lo corpóreo a través del sufrimiento.

A la luz de Jeremías aparecen tres elementos clave de la historia de los Macabeos:

–El segundo libro de los Macabeos comienza narrando *el reencuentro del fuego sagrado*, que permitía ofrecer los sacrificios. Este fuego había sido encendido por Dios, y sin él no podía el hombre unirse a Dios ofreciéndole sus dones. El fuego nos recuerda que no basta con reconstruir el templo, sino que ha de quedar clara la constante iniciativa divina, que dona al Pueblo su fuego santo. Dios confirma así que quiere seguir siendo honrado en el Templo de Jerusalén, lugar privilegiado para escucharle y para hablar con Él.

–Pero Jeremías hace además otra cosa, como hemos leído al empezar nuestra reflexión. El profeta *esconde también los utensilios del templo*, y estos no pueden encontrarse y ni siquiera se deben buscar. Jeremías los enterró en el monte Nebo, y los manifestará Dios mismo al final del tiempo. El monte Nebo indica así que hay una tierra nueva en la que todavía es necesario entrar, o la renovación de esa tierra por la que combaten los Macabeos. ¿Cuándo llegará esta plenitud y en qué modo?

–Esta transformación se une a un tercer aspecto de la historia de los Macabeos: *los mártires que entregan su vida por el templo y por la ley*. Estos evocan a Jeremías, que entregó su cuerpo al mismo tiempo que se entregaba la ciudad, y que profetizó su propia resurrección como reconstrucción de la ciudad. Los mártires ofrecen su cuerpo y esperan recuperarlo, lo que implica la esperanza en una tierra nueva y un templo nuevo.

La historia de los Macabeos, que es lucha por el templo, la ley, y por el fuego de Dios que hace posible el sacrificio, queda, por tanto, abierta hacia un nuevo culto. De Cristo se dirá, igual que de Jeremías, que intercede por su pueblo (Rom 8,34). Pero, más allá de Jeremías, Cristo instaura el templo definitivo, recuperando los utensilios enterrados en el monte Nebo.

3. Esperanza en el futuro, desde la Eucaristía

La plenitud de la presencia de Dios en su tierra llega



con el envío al mundo de su Hijo. Él no trae consigo una huida de la tierra, Él no deja atrás la tierra. Al contrario, ocurre en Jesús que la tierra se radicaliza, se concreta en su raíz más honda, que es el cuerpo humano. San Juan dice que el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (*Jn 1,14*). Y luego, cuando Jesús termina su camino en la tierra, Jesús afirma que nos ha preparado moradas para que habitemos en el nuevo templo, que es su cuerpo (*Jn 14,2*). La carne que Él ha tomado de nosotros se convierte entonces en una tierra nueva.

Es en la Última Cena donde se ve que el cuerpo de Jesús es morada para el hombre. El discurso del pan de vida asocia "tomar mi carne" y "habitar conmigo" (*Jn 6,56*). ¿Qué quiere decir "tomad mi carne" o "mi cuerpo"? ¿Por qué no dijo Cristo: "tomad mi vida", o "tomad mi amor"? Propio del cuerpo es que nos une a los demás hombres en un mismo origen y en un mismo relato. Por eso se habla de la unión de hombre y mujer en "una sola carne" (origen de otros que nacerán), de ser "la misma carne" (origen común en un mismo padre), de que alguien pueda ser "carne de mi carne" (origen que se comunica al otro).

De este modo, la relación con el propio cuerpo es equivalente a la relación con nuestra familia, donde hemos recibido el cuerpo, a partir de la unión de nuestros padres. Jesús, al decir, "tomad mi cuerpo" está invitándonos a participar en la nueva unidad familiar que Él ha formado. Dar a otros el propio cuerpo significa introducirlos en una misma alianza familiar. Jesús está diciendo a sus discípulos: «Tomad,

esta es mi familia, para que nazcáis a ella». Se entiende a esta luz lo que dice Hilario de Poitiers: que el Verbo se ha "con-carnado".

Además, como su cuerpo se ha tomado de María, y por tanto desciende de Adán, esta nueva unidad familiar integra en sí la unidad familiar de todos los hombres. Podemos decir que Jesús está integrándonos en su nueva familia, la que Él ha formado viviendo entre nosotros, hasta su muerte y su resurrección.

Esta nueva familia es como un nuevo terreno, una nueva tierra a la que pertenecemos. La relación entre la carne y la tierra queda presente en la tradición patristica, por ejemplo: en san León Magno y en su explicación de las bienaventuranzas, cuando explica "poseerán la tierra" en referencia a la resurrección de la carne.

Lo que Cristo está entregándonos, por tanto, es un nuevo substrato familiar, análogo al que recibimos al nacer en una familia y dárse nos nombres y apellidos. No extraña la comparación que Jesús hace entre el amor a Él y el amor a padre, madre, hermanos, diciendo que hemos de odiar a estos (o posponerlos). Jesús se sitúa como un principio más radical que las relaciones de la familia, no solo por ser Hijo de Dios, sino también porque ha tomado carne y ha fundado él mismo una familia definitiva, desde la que se rescatan y se potencian todas las relaciones familiares. Su carne resulta un nuevo fundamento para la unión de marido y mujer, para la unión entre hermanos o de los padres con los hijos.

A continuación, Jesús añade las palabras sobre el cáliz: «tomad, el cáliz de la nueva alianza en mi sangre». Evocar la sangre es evocar la vida que Dios da al hombre, una vida que viene del Creador. Y es, por tanto, evocar al Espíritu, que es el soplo de vida insuflado por el mismo Dios. Pues es sabido que en la mentalidad antigua la sangre comunicaba a la carne el aire que respiramos.

De este modo Cristo está diciendo que esa familia o tierra en la que nos inserta al darnos su cuerpo es una familia o tierra fecunda, llena de vida, y capaz de dilatar y prolongar nuestras vidas. Lo que nos dice es, pues, «tomad la fecundidad de esta mi tierra, tomad



su futuro». Es lógico que Jesús pronuncie sobre el cáliz la palabra “alianza”, evocando así la promesa que da unidad a los tiempos. Jesús está diciendo: «tomad mi tiempo, mi modo de vivir el tiempo como fidelidad a la promesa que se abre a un fruto nuevo y a una esperanza».

Y notemos que no se trata de un tiempo individual, sino de un tiempo común. La cuestión no es edificar el propio relato, porque no hay relato solitario, sino que el *relato* siempre *relaciona*. Cristo nos invita a participar en su relato, que lleva a toda la creación a una madurez rebosante.

En suma, Jesús nos da una nueva tierra que habitar, y nos asegura la fecundidad de esa tierra. Además, esa tierra que Jesús ofrece es su cuerpo resucitado. Es tierra que contiene, por tanto, el futuro pleno, que Cristo comunica a quienes se alimentan de su cuerpo. En su Última Cena Jesús cumple un acto parecido al de los mártires macabeos, un acto de esperanza en el cuerpo que el Padre le donará. De este modo se vuelve a encontrar la cueva donde Jeremías escondió los utensilios de culto. Jesús trae en sí el monte Nebo, que permite ver la tierra definitiva, la tierra transformada de su resurrección. De esa esperanza vive la Iglesia, que sigue confiando en que Dios se hace presente en la tierra, en la condición encarnada y relacional de la persona.

Todo esto implica que Dios no se separa de la tierra. Él no es un Dios que viva solo en la intimidad. Al contrario, necesita para manifestarse el espacio vital entre los hombres, que es el espacio de sus relaciones. En el cristianismo esto no cambia. Solo que este espacio de las relaciones donde Dios se manifiesta se universaliza. Pero no se universaliza porque se separe de la tierra, sino porque se acerca al cuerpo, porque toca el cuerpo como lugar de relación concreta entre los hombres. Dios es más universal no porque es más abstracto, sino porque se liga al cuerpo, y en el cuerpo estamos unidos, a través de un relato, todos los hombres.

En el trío de la tierra, la ley y el fuego, presente en los Macabeos, se ve la clave que ha guiado la reflexión sobre los sacramentos de la Iglesia. Pues Ésta ha entendido el sacramento como signo hecho de



materia y palabra (tierra y ley) y donde se derrama la gracia o fuego del Espíritu. La lucha de los Macabeos se transforma, en los *Hechos de los Apóstoles*, en una lucha por la Eucaristía y los demás sacramentos, una lucha jalónada por el partir del pan, por el agua del bautismo y por la imposición de las manos.

Entendemos, entonces, que la Eucaristía sea lugar de esperanza.

En primer lugar, porque queda claro que los sacramentos no son solo luces que cada uno capta y abren un horizonte nuevo de visión. Y no son tampoco en primer lugar fuerzas que posibilitan la acción privada de cada uno. Los sacramentos son todo esto, pero son, antes que nada, en un estrato más hondo, *espacios comunes*, desde el espacio común que se abre en la Eucaristía. Son espacios comunes, es decir, modos comunes de relacionarse y de vivir juntos y de tejer juntos la alianza, modos que se abren al Padre como origen y destino de todos. Así, por ejemplo, el bautismo es el nacimiento al cuerpo de la Eucaristía, mientras que la confirmación nos permite edificar ese cuerpo. Por su parte, la penitencia nos permite reinstalarnos en el espacio de este cuerpo, tras habernos exiliado de él. De este modo, la esperanza de la Iglesia es siempre una esperanza común.

Además, la tierra de la Eucaristía está llena de la palabra de Jesús; esta palabra lleva consigo un modo de obrar, que se resume en el mandamiento eucarístico: “haced esto”; este es el mandamiento nuevo, donde se contienen la ley y los profetas. Pues



el “haced esto” contiene el mandamiento del amor (según san Alberto Magno), dado en forma ritual, y consistente en la gratitud al Padre, la participación en su obra (bendiciendo), entregándose a los hermanos en modo fecundo. Todo esto significa que la esperanza de la Iglesia es una esperanza que pasa por el modo de obrar de ella. Así como no pueden separarse las diez palabras del Génesis de las diez palabras del Sinaí, así no pueden separarse el mandamiento “haced esto en memoria de mí” del doble mandamiento del amor.

La Eucaristía representa, desde este punto de vista, la creación de una nueva tierra, un nuevo modo común de vivir, que se inaugura en la Última Cena. Esta tierra nueva es la Iglesia. Esta tierra está inaugurada, como la tierra creada por Dios en el Génesis, por una palabra, que le confiere orden y flecha, y que es la palabra con la que Cristo instituye el rito. Él da gracias, bendice, invita: “tomad mi cuerpo, bebed mi sangre”. Y sobre esta tierra se agita también, fecundándola, el Espíritu de vida. De ahí que el futuro de la Iglesia, en cuanto que se arraiga en la Eucaristía, sea el futuro que Dios inaugura y, solo por eso, un futuro de esperanza.

A lo dicho se podría objetar que esta nueva tierra eucarística no es la tierra de este mundo, pudiéndose separar limpiamente de las relaciones sociales de nuestra vida pública. Para ver que no es así es necesario comprender que el cuerpo de la Eucaristía incluye en sí el cuerpo creatural. Para ello es necesario considerar el sacramento del matrimonio.

4. El matrimonio y sus esperanzas

La nueva tierra por la que la Iglesia lucha, es por tanto la tierra de la Eucaristía. Ahora bien, es propio de esta tierra, es decir, de este modo de vivir el cuerpo, que no está separado del modo creatural en que vivimos el cuerpo. Jesús, en la Eucaristía, no ha dejado atrás la creación, porque el cuerpo que Él ha donado es el cuerpo asumido de su madre, María, que procede a su vez de Adán y Eva por generaciones.

Por eso, para entender la esperanza que se genera en el cuerpo eucarístico, como nueva tierra prometida, hay que atender al cuerpo matrimonial y a las esperanzas que éste genera.

La tradición, al hablar del matrimonio, ha enumerado sus bienes (san Agustín) y sus fines (santo Tomás). En el Concilio Vaticano II aparecen también los dones del matrimonio. Ahora bien, a todo esto es posible añadir una perspectiva nueva, hablando de las *esperanzas del matrimonio*. Es decir, el matrimonio es un lugar compartido, en la “una carne” de los esposos (Gén 2,24), donde se recibe una acción de Dios que inaugura un futuro nuevo.

La primera esperanza del matrimonio consiste en la unidad de los esposos. Es esperanza porque el encuentro en la diferencia sexual abre un futuro nuevo a ambos. La persona del esposo o la esposa resulta irreducible al propio punto de vista y al propio proyecto, y ofrece a ambos un proyecto común que les desborda. Hay una segunda esperanza en la unicidad del matrimonio, pues de este modo se dice a la otra persona que ella basta para mediar nuestra relación con el sentido pleno de la vida: es un acto de esperanza en la capacidad del amor para dar unidad a nuestra historia. Una tercera esperanza del matrimonio es la fecundidad, donde el nuevo hijo prolonga la historia de los padres, procediendo de la carne de ellos, pero a la vez superándoles. Se puede añadir todavía una cuarta esperanza, que es la esperanza del perdón, es decir, la esperanza de que seguirá siendo posible siempre poder esperar, sea cual sea el mal que aceche a los esposos.

El cuerpo matrimonial y sus esperanzas se integra en el cuerpo eucarístico y en su esperanza de transformación en Cristo. La esperanza de la Iglesia,





de este modo, no abandona las pequeñas esperanzas en donde viven los hombres. No se trata simplemente de una esperanza más allá, que escape a la perspectiva de esta tierra, sino de la nueva dimensión que Dios da a nuestras esperanzas. En Cristo, la esperanza de la promesa esponsal resulta potenciarse con la promesa radicalmente indisoluble y con la virginidad; la esperanza en los hijos con la posibilidad de educarlos para Dios y para la vida eterna; la esperanza del perdón con la indisolubilidad radical del matrimonio.

Dado que el matrimonio pertenece al septenario, será imposible a la Iglesia renunciar a defender su estructura creatural. Y serán siempre posibles e inevitables conflictos con el poder civil, a quien es esencial el matrimonio, así como oportunidades para regenerar la sociedad desde la visión del Evangelio.

Es interesante observar, a esta luz, que la defensa del matrimonio creatural es decisiva para anunciar el Evangelio mismo. Si se elimina el cuerpo del matrimonio, se separa el cuerpo eucarístico de su carne concreta, como si el cuerpo eucarístico dejase de tocar la tierra. La Iglesia defiende el matrimonio creatural, sea porque es patrimonio común de todos los hombres, sea porque es necesario para predicar a Cristo y cumplir la misión específica de Ella.

Desde esta conjunción del cuerpo matrimonial y del cuerpo eucarístico, podemos acercarnos al resto de los sacramentos, que articulan la presencia de la Iglesia en el tiempo. Desde ellos puede explorarse cómo la Iglesia abre futuro en las distintas etapas y situaciones de la vida personal y social.



5. Articulación sacramental de la esperanza cristiana y de la acción de la Iglesia en el mundo

El cuerpo de la Eucaristía, que asume en sí el cuerpo del matrimonio, es el terreno donde la Iglesia cultiva un futuro de esperanza. Este es el modo en que la Iglesia contribuye al bien social. La clave está en la mediación obrada por el cuerpo de Cristo. Examinemos uno a uno los sacramentos que nos relacionan con la Eucaristía.

a) Está, en primer lugar, *el bautismo*. Aquí el cuerpo habla el lenguaje filial de la generación. La tradición ha visto en el agua del bautismo el seno fecundo de la Iglesia, en continuidad con el seno virginal de María. Del mismo modo que, al nacer en una familia, nos constituimos como hijos y hermanos, y entramos en la línea de las generaciones, así sucede en el bautismo con respecto a la familia inaugurada por Cristo. Lo que ocurre en el sacramento es, antes que la comunicación de una luz y de una fuerza, la reconfiguración de nuestras relaciones. Se nos da, en este sentido, un nuevo cuerpo, según las coordenadas del cuerpo eucarístico como cuerpo que se recibe del Padre y es capaz de darse para la vida del mundo. Es lo que se contiene en la doctrina del carácter bautismal.

De este nuevo espacio nace una nueva esperanza, una nueva capacidad de dar fruto que alcanza a la vida eterna. El nacimiento atestigua la receptividad de la Iglesia, la fuente de donde Ella continuamente brota. En el bautismo se delimita cómo es la tierra en donde Dios se complace en actuar, bendiciéndonos con un futuro que es el mismo futuro de Jesús. Se trata de una tierra ordenada según la confesión de fe y el mandamiento nuevo de Jesús.

En contra de esta esperanza bautismal se sitúa una cultura de la autonomía, que rechaza nuestra dependencia filial y venera el aborto como un derecho. De este modo no solo se mata a una persona, sino que se mata (recordando a Macbeth, asesino del sueño) al nacimiento mismo. De este modo se está matando al futuro. La maldad de la aceptación social del aborto consiste en el olvido de que la vida es un don que nos es confiado. Consiste en el olvido de nuestra dependencia originaria que requiere acogida y cuidado.



b) En segundo lugar tenemos *la confirmación*. La confirmación nos dona la capacidad para hacer fecundos los dones que Dios nos confía. Este sacramento reconfigura nuestras relaciones en cuanto nos hace capaces de seguir edificando estas relaciones. Esto explica que la confirmación se recomiende antes del matrimonio, cuando se va a generar una familia y desde ella se va a edificar la Iglesia y la sociedad. La esperanza de la Iglesia pasa por esta capacidad generativa del confirmado. Según santo Tomás de Aquino, la plena posesión de la imagen y semejanza de Dios en el hombre sucede cuando somos capaces de participar del poder creativo de Dios, transmitiendo así su imagen.

Nuestra cultura ha olvidado esta capacidad generativa de la persona. Por un lado, se elimina la diferencia sexual como referencia generativa básica. Se concibe entonces la generación como saber técnico y se impide verla como sobreabundancia que supera a quienes generan. Esto lleva a un empobrecimiento general de la vida, que ya no se considera digna de ser transmitida más allá de uno mismo. La crisis de natalidad es ejemplo de esta falta de esperanza en la acción humana.

c) En tercer lugar está *la penitencia*. Su papel propio es reintegrarnos en el espacio de relaciones del bautismo y de la confirmación. Al decir "yo te absuelvo", el sacerdote vincula al penitente a un nuevo espacio relacional, que este había abandonado. Esto significa que la penitencia permite abandonar los espacios estériles en que uno se sitúa con el pecado.

La penitencia da esperanza porque reinterpreta el pasado a la luz del acto por el que Dios nos perdona; y porque, de este modo la penitencia reinstaura el futuro abierto por la promesa.

Mientras la reconciliación salva la historia pasada, sin olvidarla ni condenarla, varios movimientos de hoy tienden a cancelar la historia y su presencia en nuestra cultura. Pero la solución no está en cancelar la cultura, sino en la reconciliación, como ha defendido Rémi Brague en una reciente conferencia. Y la reconciliación solo es posible desde una gratitud más originaria.

d) Llegamos, finalmente, al *sacramento de la unción de enfermos*. Se abre aquí, también, una esperanza: la de la transformación más allá de la muerte. Precisamente la unción de enfermos ha sido asociada a veces a la virtud de la esperanza. El lugar del enfermo, un lugar donde disminuye el espacio de las relaciones, se reinterpreta, a la luz de la muerte de Cristo, como espacio abierto a la transformación del dolor y la muerte en vida resucitada. Aquí la esperanza aparece como fuerza de transformación.

Esto tiene también incidencia en nuestra sociedad. En el libro de los Macabeos se nos cuenta, junto al martirio de la madre y sus siete hijos, el del anciano Mardoqueo, quien acepta la muerte, sin pretender vivir a toda costa. La actitud de Mardoqueo contrasta contra la extensión de la eutanasia en muchos países hoy. Precisamente aceptando la muerte, sin pretender una vida a cualquier coste, Mardoqueo hace lo contrario de quien se da la muerte para evitar el sufrimiento. Pues quien pone la salud física por encima de todo, lógicamente prefiere terminar con su vida cuando esa salud declina irremediablemente, según lo de Nietzsche: «un poco de veneno cada día, para tener sueños placenteros; y mucho veneno al final, para tener una muerte placentera» (*Así habló Zaratustra*, Prólogo, 5). Por el contrario, quien renuncia a la capacidad de decidir sobre el fin de su vida, es porque entiende que la vida está al servicio de algo más grande, y así se abre a la esperanza.

Como vemos, estos sacramentos prolongan la Eucaristía a distintos momentos de la vida de la Iglesia



y marcan su modo de actuar sobre la sociedad. La Iglesia proclama una esperanza receptiva (bautismo), generativa (confirmación), regenerativa (penitencia) y transformativa (unción de enfermos). De este modo se presenta como fuente de esperanza en un mundo que, por negar estas cuatro dimensiones, ha perdido la capacidad de un futuro nuevo, y mide el futuro solo según su cantidad, y no según su cualidad. Pero en ese caso el futuro no es verdadero futuro, sino prolongación aburrida del presente. La religión cristiana, a esta luz, no es solo, como quería Karl Marx, “el corazón de un mundo sin corazón”, sino además “el futuro de un mundo sin futuro”.

De este modo la esperanza de la Iglesia es también esperanza para la sociedad. Erik Peterson ha mostrado cómo la liturgia era, desde los principios, un acto político, pues presentaba a Cristo como verdadero emperador. Puede decirse que se trata de un acto político porque toca el bien común, a través de ese bien común fundamental que es nuestro cuerpo relacional, compartido con los hermanos. La Eucaristía resulta ser un manantial de esperanza también para nuestra sociedad, de la cual no puede aislarse. La esperanza de nuestra sociedad pasa por su inclusión en el cuerpo eucarístico.

Conclusión

En suma, las esperanzas que se abren desde la Eucaristía indican el futuro de la Iglesia. Pueden resumirse con la figura de la madre de los mártires macabeos, que exhortaba a sus hijos al martirio. San Juan Crisóstomo dice que ella fue madre catorce veces, en cuanto que engendró a los hijos para esta vida, y también al empujarles a resistir hasta la muerte ante la idolatría, lo cual les abrió a la vida eterna en su cuerpo resucitado.

Del mismo modo la Iglesia nos trae un doble nacimiento, que es una doble esperanza. Por un lado, Ella nos regenera a la vida creatural, en cuanto que en su memoria se guarda el lenguaje originario del cuerpo como lenguaje fecundo. Por eso la Iglesia difunde esperanza para la sociedad. Además, la Iglesia nos genera a la vida eterna en Cristo, a través de la Eucaristía. Esto es lo que pedimos hoy



a la Iglesia para garantizar su futuro: que siga siendo siempre dos veces madre.

Palabras clave: Iglesia católica, esperanza, sacramentos, secularización.

(publicado en *Ecclesia*. Revista de cultura católica, 36 (2022), 325-338)



Reflexiones sobre la dignidad y vida humanas



P. Helkyn Enríquez

Báez

Doctor en Teología

Moral

Especialista en Bioética
y Bioderecho

Hablar de dignidad humana es hablar de un concepto rico y fundamental, un concepto al que fácilmente se llega por intuición, pero que se presta a numerosos equívocos. La dignidad personal es una intuición fundamental; sin embargo, necesita ser confirmada en cada época de la historia para evitar su evasión, vaciamiento u olvido; incluso su uso cotidiano puede desgastar su significado. Ya en distintos periodos de la historia se ha necesitado defender la dignidad del esclavo, del indígena, de las mujeres, de los niños, de los indefensos, de las minorías, etc.

J. Seifert resume algunas de las raíces para negar la dignidad humana y el derecho a la vida: a) La negación de la distinción esencial entre hombre y animal a causa de una visión evolucionista de la vida; b) el ateísmo que niega la sacralidad de la vida y al hombre como creación de Dios a su imagen y semejanza; c) La negación de un fundamento metafísico y religioso de la dignidad humana; d) La reducción del ser humano a funciones biológicas, ausentes en los embriones, comatosos, inconscientes, etc.; e) El criterio actualista que hace una distinción entre ser humano y persona humana, denominando personas a los seres humanos capaces de actuar con ciertas características y que niega el carácter espiritual del sujeto; f) la negación de la posibilidad de una ley natural y de derechos humanos fundamentales, aceptando como fuente del

derecho solo las leyes positivas dictaminadas por los legisladores.¹

En la dignidad humana se pueden resumir todos los valores de la persona; no es solo el valor sublime sino presupuesto de los demás valores; es un valor objetivo e intrínseco del ser humano, que debe ser tratado como fin en sí mismo y no como medio, como afirma Kant.² Y se convierte, por tanto, en “una palabra clave, amada tanto por filósofos como por juristas y bioéticos”.³ Es inalienable, porque se aplica al valor ontológico de la persona en cuanto tal; dignidad que se encuentra inteligiblemente en el ser y la esencia de la persona.

J. Seifert describe, a partir de la esencia, el ser



¹Cfr. SEIFERT J., «Il diritto alla vita e la quarta radice della dignità umana» en PONTIFICIA ACADEMIA PRO VITA, *Natura e dignità della persona umana a fondamento del diritto alla vita, le sfide del contesto culturale contemporaneo*, Librería Editrice Vaticana, Città del Vaticano 2003, pp. 194-196.

²Cfr. KANT E., *Crítica de la razón práctica*, Espasa-Calpe, Madrid 19843, p. 127-128. Es la diferencia con el respeto que se tiene respecto a los animales, que deben ser respetados pero que en determinadas circunstancias pueden ser sacrificados o matarlos con fines alimentarios, estéticos, medicinales, etc. La dignidad personal prohíbe actos similares.

³D'AGOSTINO F., *Bioética, Estudios de filosofía del derecho*, EIUNSA, Madrid 2003, p. 59.



y la sustancia de hombre, *cuatro raíces de la dignidad humana*:⁴ a) *El mismo sujeto como ser personal*, fuente primaria de la dignidad humana por su esencia relacional e intelectual y su existencia concreta e individual, por lo que el ser humano posee una dignidad inalienable no solo cuando tiene *funciones de persona* sino por el hecho de ser persona; b) *La conciencia y actuación de la personalidad*, que consiste en la actuación consciente de la persona, en la conciencia personal que constituye, en cierto modo, el acto del ser personal, sujeta actualmente a ser sobrevalorada o minusvalorada, y que no sustituye nunca a la primera fuente de dignidad; c) *la realización de la vocación personal a la trascendencia y la dignidad moral*, consecuencia de una buena actualización de la persona por el conocimiento de la verdad y a través de la perfección moral de la justicia, del amor por la verdad, de la gentileza. La realización auto-trascendente de la persona exige la relación con un tú y a otro, y al *Otro* divino, y de modo especial la donación o relación gratuita de sí mismo en el amor, la formación de la *communio personarum*. Por lo que



no basta la simple actualización de la personalidad sino que es necesaria la realización moral, pues de lo contrario se entiende la limitación de los mismos derechos como el de la libertad de tránsito, al matrimonio, a la educación de los hijos, etc., que se basan en la dignidad moral, aunque las personas nunca podrán ser privadas de otros derechos, basándose en el segundo nivel de la dignidad, como la libertad de conciencia y religión entre otros. Este nivel trascendente se expresa en el amor y los actos morales que permiten la relación en otro sentido, a través del uso correcto de la libertad, en la acogida gratuita y en la conciencia del ser y del valor del otro por su valor intrínseco, su dignidad y su importancia. Este nivel es de un valor fundante menor que los dos anteriores, pero más sublime, pues es el valor que decide el destino eterno del hombre y que le permite distinguir entre bien y mal, por lo que desde el punto de vista axiológico ésta dimensión es más importante y está garantizada sobre el primer nivel ontológico. d) *Las relaciones extrínsecas y los dones individuales*; esto implica los dones que diferencian una persona de otra, que se sitúan en ella, en sus actos morales o intelectivos. No los poseen todos en el mismo modo como el caso de los otros tres niveles. Diferencia a las personas y produce un *principio de desigualdad*. Así, respecto al primer nivel de fundación de la dignidad humana, la igualdad es universal en todos los hombres y no admite grados. Por lo que es necesario distinguir el ser igualmente personal propio de todos los hombres con los mismos derechos fundamentales en igualdad para todos, así como otros aspectos donde no todos los hombres son iguales.⁵ Por ejemplo, las dotes particulares como la belleza, inteligencia, la capacidad artística, el carácter, etc. Constituyen la dignidad especial del genio o del artista.

⁴Cfr. SEIFERT J., *op. cit.*, pp. 202-213.

⁵Basta recordar al respecto el *principio jurídico de desigualdad*, donde la ley es igual para los iguales y desigual para los desiguales. Este principio se traduce para la autoridad legislativa en la obligación de tratar idénticamente situaciones que se analoguen y de modo diferente cuando no se asimilen. En modo tal que hay leyes específicas por ejemplo para menores de edad, diferentes que las leyes para los adultos; aun tratándose del mismo delito, la ley es diferente. Este principio no constituye una especie de discriminación, sino que se basa en la incapacidad o diferencia de atributos de la persona que se juzga. Por ejemplo, un invidente no podría acusar de discriminación el hecho de que no lo dejen conducir un automóvil en una carrera de fórmula 1, pues no tiene la capacidad de hacerlo. Vale un comentario similar en el caso de las PACS o *uniones homosexuales de hecho*, que quieren equipararse al matrimonio y exigir los mismos derechos. Cfr. PÉREZ PORTILLA K., *Principio de igualdad: alcances y perspectivas*, UNAM-CONAPRED, México D.F. 2005, p. 91.



La dignidad. Los derechos fundamentales del ser humano, entre ellos el derecho a la vida, tienen su fundamento no en un acto de voluntad humana sino en la naturaleza y dignidad del hombre.⁶ Por lo cual, el derecho positivo debe afirmar y proteger esta misma dignidad y no negarla, disminuirla, sobrepasarla de modo arbitrario o ignorarla. Si el derecho incurriera en tales actos, no sería expresión de justicia sino de irracionalidad y, por tanto, inhumano.

Algunos atentados contra la vida son consecuencia de una radicalización de este principio, dejando de lado la fuente primera: de la dignidad que tiene su sólido fundamento en el ser del hombre, que se adquiere con el ser y con la vida. Es el gran don que cada hombre recibe, unido a su existencia, que siempre lo acompaña y le confiere una nobleza connatural. La dignidad se identifica con el mismo ser del hombre. Esta gran dignidad, así inserta y de gran peso ontológico, no es todavía, a pesar de los hechos históricos que la han reivindicado, reconocida y valorada. La invitación de León Magno sigue siendo actual: *Hombre, reconoce tu dignidad.*⁷

Además de las cuatro fuentes de la dignidad personal, para los creyentes y, de modo especial

para los cristianos, existe un *fundamento teológico* que reside en el hecho de participar de la naturaleza de Dios por ser sus criaturas a su imagen (Gn 1, 26; Sal 8, 6-9), y el hecho que Dios haya participado de nuestra naturaleza mediante la encarnación de Cristo para redimirnos: “La afirmación que exalta más radicalmente el valor de todo ser humano la ha hecho el Hijo de Dios encarnándose en el seno de una mujer”.⁸ Este fundamento teológico no es un barniz que se agrega para embellecer las conquistas de los hombres que han luchado por reivindicar la dignidad.

El fundamento teológico es más bien una ayuda originaria y original para una comprensión auténtica de la dignidad humana y de los derechos humanos, que nos permite no solo descifrar su verdadero significado, sino también defender tanto la primera como los segundos de una posible instrumentalización ideológica.⁹

La creación humana solo puede descifrarse en clave cristológica (2Cor 4, 4-6. Col 1, 15 y Heb 1, 3). El misterio del hombre y su dignidad quedan reveladas en modo sublime en el rostro de Cristo, el Verbo Encarnado (GS 22). El punto de referencia para la comprensión del misterio del hombre no es la referencia al cosmos, sino a Dios mismo que se nos ha revelado y que manifiesta su voluntad y participa de su luz mediante la conciencia. Es esta afirmación teológica la que fundamenta y garantiza la dignidad, unicidad e irrepitibilidad de cada ser humano, la que perfecciona al hombre y lo conduce hacia su destino final, el que le da un fin último y razón de ser a su existencia, aun a pesar de ser limitada, frágil e, incluso, diferente a los parámetros humanos. No es gratuito que el concepto de persona se haya desarrollado en el ambiente de las discusiones teológicas, de modo especial las cristológicas, aunque ahora ya se haya

⁶Cfr. HERRANZ J., «La dignità della persona umana e il diritto», en PONTIFICIA ACADEMIA PRO VITA, *Natura e dignità della persona umana a fondamento del diritto della vita. Le sfide del contesto culturale contemporaneo (Atti dell'Ottava Assemblea Generale della Pontificia Accademia Pro Vita)*, LEV, Città del Vaticano 2003, p. 21-36.

⁷SAN LEÓN MAGNO, *Sermones*, 21, 2-3; PL 54, 192A. Cfr. LOBATO A., *La dignità della persona*. Privilegio e conquista, ESD, Bologna 2003, p. 141.

⁸JUAN PABLO II, Exhortación apost. *Christifideles laici* (30 de diciembre de 1988), n. 37, AAS 81/I, p. 462.

⁹SANNA I., «Dignidad de la persona humana y eugenesia» en PONTIFICIA ACADEMIA PRO VITA, *Las nuevas fronteras de la genética y el riesgo de la eugenesia...*, doc. cit. in loc. cit. p. 128.



degradado o secularizado. De la teología se pasó a la filosofía, y de ésta al derecho, por lo cual no es gratuito que ahora la necesidad nos lleve a una revaloración de conceptos y categorías, de modo que las concepciones jurídicas requieran una nueva reflexión filosófica y un fundamento ontológico y teológico, pues solo con una referencia teológica el hombre será capaz de una auto-comprensión como ser espiritual, dotado de valores eternos y con capacidad para un diálogo trascendente.¹⁰

El hecho de que Dios haya creado al hombre a su imagen, de modo gratuito y no como medio o instrumento, explica porque ningún ser humano puede ser instrumentalizado por la sociedad, el gobierno, la ley o la ciencia. A su vez, la creación y la encarnación donan el modelo de relación, acogida y gratuidad que ilumina, orienta y da sentido al humano. Dios crea a un "tú" que interpela y al que le exige, en completa libertad, responder, es decir ser responsable. Por otro lado, la trascendencia de Dios se revela en la encarnación de Cristo, estableciendo el modo sublime de relación entre el Creador y las creaturas. Cristo se convierte en paradigma para todo hombre; sus hechos y palabras se convierten en criterio de interpretación para la vida y el modo de relacionarse para cualquier hombre que quiera vivir de modo verdaderamente humano. Aunque no es casualidad que la visión integral del hombre y su dignidad se haya desarrollado y confirmado en la tradición cristiana, y bajo el influjo de la reflexión teológica, cualquier hombre, por medio de la razón, puede descubrir la inalienable dignidad del ser humano y la sublime humanidad que manifiesta la persona de Cristo y su evangelio.

Todo hombre abierto sinceramente a la verdad y al bien, aun entre dificultades e incertidumbres, con la luz de la razón y no sin el influjo secreto de la gracia, puede



llegar a descubrir en la ley natural escrita en su corazón (cf. *Rm 2, 14-15*) el valor sagrado de la vida humana desde su inicio hasta su término, y afirmar el derecho de cada ser humano a ver respetado totalmente este bien primario suyo. En el reconocimiento de este derecho se fundamenta la convivencia humana y la misma comunidad política.¹¹

Tan es clara a la razón humana, que ahora se afirma a nivel universal que la dignidad humana pertenece a todos los seres humanos, como lo recuerda la *Declaración Universal de los Derechos del Hombre* en su art. 1: "*Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos*".¹² Esta afirmación establece el binomio entre dignidad y derechos. Puesto que la persona humana representa el valor central de la sociedad, el papel del derecho es ordenar la sociedad para la construcción del bien común, y, por ende, el bien integral de cada individuo que la constituye. El *derecho (...) existe menos por el hombre que para el hombre*.¹³ Reconocer y proteger la dignidad humana establece un *círculo virtuoso del bien*, pues en la defensa y promoción de la dignidad de cada miembro de la sociedad, el derecho construye el bien común.

¹⁰Ibíd., p. 129.

¹¹JUAN PABLO II, «*Carta Encíclica Evangelium Vitae, sobre el valor y el carácter inviolable de la vida humana*», nn. 2, doc. cit. in loc. cit. p. 402.

¹²Cfr. ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS, *Declaración Universal de los Derechos del Hombre* en <http://www.un.org/es/documents/udhr/> (consultado 4 de marzo de 2012).

¹³LEGAZ LACAMBRA L., *Humanismo, Estado y Derecho*, Bosch, Barcelona 1960, p. 13-14



El reconocimiento de la dignidad personal en cada ser humano, desde la fecundación hasta su muerte natural, manifiesta en una sociedad su verdadera evolución, desarrollo y civilidad. La reivindicación de la dignidad del hombre es determinante para el desarrollo de la sociedad y la tutela de derechos, como lo manifiesta la historia; cuando se ha menoscabado, la humanidad ha atravesado los periodos más oscuros y violentos. La historia de la humanidad manifiesta un *progreso real en la comprensión y el reconocimiento del valor y la dignidad de cada persona*, fundamento de los derechos y de los imperativos éticos con los que se ha intentado y se intenta construir la sociedad humana. Pues bien, es precisamente en nombre de la promoción de la dignidad humana que se ha prohibido toda conducta y estilo de vida que perjudica esa dignidad. Así, por ejemplo, las prohibiciones jurídico-políticas, y no sólo éticas, contra las distintas formas de racismo y de esclavitud, la discriminación injusta y la marginación de las mujeres, niños, personas enfermas o con discapacidades graves, son un claro testimonio del reconocimiento del valor inalienable y de la intrínseca dignidad de cada ser humano, y el signo del genuino progreso que está recorriendo la historia de la humanidad.¹⁴

¹⁴CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, «Instrucción *Dignitas personae* sobre algunas cuestiones de Bioética» (8 de septiembre de 2008), n. 36, doc. cit. in loc. cit. p. 886.



Eclesiología



† José Rafael Palma
Capetillo
Obispo Auxiliar de
Xalapa

“CREO EN LA SANTA IGLESIA CATOLICA”¹

Introducción

Ordinariamente sabemos que la referencia a la Iglesia abarca a todos los bautizados en Cristo, así nos sentimos todos comprometidos en la vida y el servicio de los discípulos misioneros de Cristo. Sin embargo, cuando nos preguntan acerca de: ¿Qué dice la Iglesia respecto a algo importante?, o ¿qué hace la Iglesia en situaciones difíciles?, mayormente aludimos a lo que ha señalado el Magisterio, o la jerarquía, es decir, de aquellos que representan a Cristo cabeza, pero pocas veces expresamos nuestra responsabilidad de pertenecer y ser parte importante del pueblo de Dios.

*“Cristo es la luz de los pueblos. Por eso, reunidos en el Espíritu Santo, deseamos vehementemente iluminar a todos los seres humanos con la luz de Cristo, que resplandece sobre el rostro de la Iglesia, anunciando el evangelio a todas las creaturas”.*² La Iglesia no tiene otra luz que la de Cristo; ella es, según una imagen predilecta de los Padres de la Iglesia, comparable a la luna cuya luz es reflejo del sol (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 748).

1) Los nombres y las imágenes de la Iglesia

La palabra ‘Iglesia’ (*ekklèsia*, del griego *ek-kalein*, *εκκαλεῖν* – ‘llamar fuera’) significa

‘convocación’. Designa asambleas del pueblo (cf Hch 19,39), en general de carácter religioso. Es el término frecuentemente utilizado en el texto griego del antiguo testamento para designar la asamblea del pueblo elegido en la presencia de Dios, sobre todo cuando se trata de la asamblea del Sinaí, en donde Israel recibió la ley y fue constituido por Dios como su pueblo santo (cf Ex 19). Dándose a sí misma el nombre de ‘Iglesia’, la primera comunidad de los que creían en Cristo se reconoce heredera de aquella asamblea. En ella, Dios ‘convoca’ a su pueblo desde todos los confines de la tierra. El término ‘*kiriaké*’, del que se deriva las palabras ‘*church*’ en inglés, y ‘*kirche*’ en alemán, significa ‘la que pertenece al Señor’ (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 751).

En el lenguaje cristiano, la palabra ‘Iglesia’ designa no sólo la asamblea litúrgica³, sino también la comunidad local⁴ o toda la comunidad universal de los creyentes⁵. Estas tres significaciones son inseparables de hecho. La ‘Iglesia’ es el pueblo que Dios reúne en el mundo entero. La Iglesia de Dios existe en las comunidades locales y se realiza como asamblea litúrgica, sobre todo eucarística. La Iglesia vive de la palabra y del Cuerpo de Cristo y de esta manera viene a ser ella misma Cuerpo de Cristo (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 752).

2) Los símbolos de la Iglesia

¹Texto basado en el CATECISMO de la IGLESIA CATÓLICA, 748-798.

²CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 1. Con estas palabras comienza la Constitución dogmática sobre la Iglesia del Concilio Vaticano II. Así, el Concilio muestra que el artículo de la fe sobre la Iglesia depende enteramente de los artículos que se refieren a Cristo Jesús.

³Cf 1Cor 11,18; 14,19.28.34.35.

⁴Cf 1Cor 1,2; 16,1.

⁵Cf 1Cor 15,9; Ga 1,13; Flp 3,6.



En la Sagrada Escritura encontramos multitud de imágenes y de figuras relacionadas entre sí, mediante las cuales la revelación habla del misterio inagotable de la Iglesia. Las imágenes tomadas del antiguo testamento constituyen variaciones de una idea de fondo, la del 'pueblo de Dios'. En el nuevo testamento⁶, todas estas imágenes adquieren un nuevo centro por el hecho de que Cristo viene a ser 'la cabeza' de este pueblo⁷, el cual es desde entonces su Cuerpo. En torno a este centro se agrupan imágenes 'tomadas de la vida de los pastores, de la agricultura, de la construcción, incluso de la familia y del matrimonio'⁸ (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 753).

"La Iglesia, en efecto, es el redil cuya puerta única y necesaria es Cristo (Jn 10,1-10). Es también el rebaño cuyo pastor será el mismo Dios, como él lo había anunciado⁹. Aunque son pastores humanos quienes gobiernan a las ovejas, sin embargo es Cristo mismo el que sin cesar las guía y alimenta; él, el buen pastor y cabeza de los pastores¹⁰, que dio su vida por las ovejas (cf Jn 10,11-15)" (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 754).

"La Iglesia es labranza o campo de Dios (1Cor 3,9). En este campo crece el antiguo olivo cuya raíz santa fueron los patriarcas y en el que tuvo y tendrá lugar la reconciliación de los judíos y de los gentiles (Rm 11,13-26). El labrador del cielo la plantó como viña selecta¹¹. La verdadera vida es Cristo, que da vida y fecundidad a los sarmientos, es decir, a nosotros, que permanecemos en él por medio de la Iglesia y que sin él no podemos hacer nada (Jn 15,1-5)" (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 755).

"También muchas veces a la Iglesia se la llama construcción de Dios (1Cor 3,9). El Señor mismo se comparó a la piedra que desecharon los constructores, pero que se convirtió en la piedra angular¹². Los apóstoles construyen la Iglesia sobre ese fundamento (cf 1Cor 3,11), que le da solidez y cohesión. Esta construcción recibe diversos nombres: Casa de Dios (1Tim 3,15), en la que habita su familia, habitación de Dios en el Espíritu (Ef 2, 19-22), tienda de Dios con los seres humanos (Ap 21,3), y sobre todo, templo santo. Representado en los templos de piedra, los padres cantan sus alabanzas, y la liturgia, con razón, lo compara a la ciudad santa, a la nueva Jerusalén. En ella, en efecto, nosotros como piedras vivas entramos en su construcción en este mundo (cf 1Pe 2,5). El apóstol Juan ve en el mundo renovado bajar del cielo, de junto a Dios, esta ciudad santa arreglada como una esposa embellecida para su esposo (Ap 21,1-2)" (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 756).

"La Iglesia que es llamada también 'la Jerusalén de arriba' y 'madre nuestra' (Ga 4,26; cf Ap 12,17), y se la describe como la esposa inmaculada del Cordero inmaculado¹³. Cristo 'la amó y se entregó por ella para santificarla' (Ef 5,25-26); se unió a ella en alianza indisoluble, 'la alimenta y la cuida' (Ef 5,29) sin cesar"¹⁴(*Catecismo de la Iglesia Católica*, 757).

⁶Cf Ef 1,22; Col 1,18.

⁷CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 9.

⁸CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 6.

⁹Cf Is 40,11; Ez 34,11-31.

¹⁰Cf Jn 10,11; 1Pe 5,4.

¹¹Mt 21,33-43; cf Is 5,1-7.

¹²Mt 21,42; cf Hch 4,11; 1Pe 2,7; Sal 118,22.

¹³Ap 19,7; 21,2,9; 22,17.



3) Origen, fundación y misión de la Iglesia

Para reflexionar en el misterio de la Iglesia, conviene primeramente contemplar su origen dentro del designio de la santísima Trinidad y su realización progresiva en la historia (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 758).

a) Un designio nacido en el corazón del Padre

“El Padre eterno creó el mundo por una decisión totalmente libre y misteriosa de su sabiduría y bondad. Decidió elevar a los seres humanos a la participación de la vida divina” a la cual llama a todas las creaturas humanas en su Hijo: ‘Dispuso convocar a los creyentes en Cristo en la santa Iglesia’. Esta ‘familia de Dios’ se constituye y se realiza gradualmente a lo largo de las etapas de la historia humana, según las disposiciones del Padre: En efecto, la Iglesia ha sido “prefigurada ya desde el origen del mundo y preparada maravillosamente en la historia del pueblo de Israel y en la antigua alianza; se constituyó en los últimos tiempos, se manifestó por la efusión del Espíritu y llegará gloriosamente a su plenitud al final de los siglos”¹⁵ (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 759).

b) La Iglesia, prefigurada desde el origen del mundo

“El mundo fue creado en orden a la Iglesia” decían los cristianos de los primeros tiempos¹⁶. Dios creó el mundo en orden a la comunión en su vida divina, ‘comunión’ que se realiza mediante la ‘convocación’ de los seres humanos en Cristo, y esta ‘convocación’ es la Iglesia. La Iglesia es la finalidad de todas las cosas¹⁷, e incluso las vicisitudes dolorosas como la caída de los ángeles y el pecado del hombre, no fueron permitidas por Dios más que como ocasión y medio de desplegar toda la fuerza de su brazo, toda la medida del amor que quería dar al mundo:



Así como la voluntad de Dios es un acto y se llama mundo, así su intención es la salvación de los seres humanos y se llama Iglesia¹⁸ (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 760).

c) La Iglesia, preparada en la antigua alianza

La reunión del pueblo de Dios comienza en el instante en que el pecado destruye la comunión de los individuos humanos con Dios y la de los seres humanos entre sí. La reunión de la Iglesia es por así decirlo la reacción de Dios al caos provocado por el pecado. Esta reunificación se realiza secretamente en el seno de todos los pueblos: “En cualquier nación el que teme a Dios y practica la justicia le es grato”¹⁹ (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 761).

La preparación lejana de la reunión del pueblo de Dios comienza con la vocación de Abraham, a quien Dios promete que llegará a ser Padre de un pueblo numeroso²⁰. La preparación inmediata comienza con la elección de Israel como pueblo de Dios²¹. Por su elección, Israel debe ser el signo de la reunión futura de todas las naciones²². Pero ya los profetas acusan a Israel de haber roto la alianza y haberse comportado como una prostituta²³. Anuncian, pues, una alianza

¹⁴CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 6.

¹⁵CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 2.

¹⁶El Pastor de HERMAS, Visión 2,4.

¹⁷Cf San EPIFANIO, haer. 1,1,5.9

¹⁸Clemente de ALEJANDRÍA, paed. 1,6.

¹⁹Hch 10,35; cf CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 9.13.16.

²⁰Cf Gn 12,2; 15,5-6.



nueva y eterna²⁴. “Jesús instituyó esta nueva alianza”²⁵ (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 762).

d) La Iglesia - instituida por Cristo Jesús

Corresponde al Hijo realizar el plan de salvación de su Padre, en la plenitud de los tiempos; ese es el motivo de su ‘misión’²⁶. “El Señor Jesús comenzó su Iglesia con el anuncio de la buena noticia, es decir, de la llegada del reino de Dios prometido desde hacía siglos en las Escrituras”²⁷. Para cumplir la voluntad del Padre, Cristo inauguró el reino de los cielos en la tierra. La Iglesia es el reino de Cristo ‘presente ya en misterio’²⁸ (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 763).

“Este reino se manifiesta a los seres humanos en las palabras, en las obras y en la presencia de Cristo”²⁹. Acoger la palabra de Jesús es acoger ‘el reino’. El germen y el comienzo del reino son el ‘pequeño rebaño’ (Lc 12,32) de los que Jesús ha venido a convocar en torno suyo y de los que él mismo es el pastor³⁰. Constituyen la verdadera familia de Jesús (cf Mt 12,49). A los que reunió en torno suyo, les enseñó no sólo una nueva ‘manera de obrar’, sino también una oración propia (cf Mt 6) (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 764).

El Señor Jesús dotó a su comunidad de una estructura que permanecerá hasta la plena consumación del reino. Ante todo está la elección de los doce con Pedro como su cabeza (cf Mc 3,14-15); puesto que representan a las doce tribus de Israel³¹, ellos son los cimientos de la nueva Jerusalén (cf Ap 21,12-14). Los doce (cf Mc 6,7) y los otros discípulos

(cf Lc 10,1-2) participan en la misión de Cristo, en su poder, y también en su suerte³². Con todos estos actos, Cristo prepara y edifica su Iglesia (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 765).

Pero la Iglesia ha nacido principalmente del don total de Cristo por nuestra salvación, anticipado en la institución de la Eucaristía y realizado en la Cruz. “El agua y la sangre que brotan del costado abierto de Jesús crucificado son signo de este comienzo y crecimiento”³³. “Pues del costado de Cristo dormido en la cruz nació el sacramento admirable de toda la Iglesia”³⁴. Del mismo modo que Eva fue formada del costado de Adán adormecido, así la Iglesia nació del corazón traspasado de Cristo muerto en la cruz³⁵ (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 766).

e) La Iglesia, manifestada por el Espíritu Santo

“Cuando el Hijo terminó la obra que el



²¹Cf Ex 19,5-6; Dt 7,6.

²²Cf Is 2, 2-5; Mi 4,1-4.

²³Cf Os 1; Is 1,2-4; Jr 2.

²⁴Cf Jr 31, 31-34; Is 55,3.

²⁵CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 9.

²⁶Cf CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 3; *Ad gentes*, 3.

²⁷CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 5.

²⁸CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 3.

²⁹CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 5.

³⁰Cf Mt 10,16; 26,31; Jn 10,1-21.

³¹Cf Mt 19,28; Lc 22,30.

³²Cf Mt 10,25; Jn 15,20.

³³CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 3.

³⁴CONCILIO VATICANO II, *Sacrosanctum concilium*, 5.



Padre le encargó realizar en la tierra, fue enviado el Espíritu Santo el día de pentecostés para que santificara continuamente a la Iglesia³⁶. Es entonces cuando “la Iglesia se manifestó públicamente ante la multitud; se inició la difusión del evangelio entre los pueblos mediante la predicación³⁷. Como ella es ‘convocatoria’ de salvación para todas las creaturas humanas, la Iglesia, por su misma naturaleza misionera, es enviada por Cristo a todas las naciones para hacer de ellas discípulos suyos³⁸ (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 767).

Para realizar su misión, el Espíritu Santo “la construye y dirige con diversos dones jerárquicos y carismáticos³⁹. “La Iglesia, enriquecida con los dones de su fundador y guardando fielmente sus mandamientos del amor, la humildad y la renuncia, recibe la misión de anunciar y establecer en todos los pueblos el reino de Cristo y de Dios. Ella constituye el germen y el comienzo de este reino en la tierra⁴⁰(*Catecismo de la Iglesia Católica*, 768).



f) La Iglesia, consumada en la gloria

La Iglesia “sólo llegará a su perfección en la gloria del cielo⁴¹, cuando Cristo vuelva glorioso. Hasta ese día, “la Iglesia avanza en su peregrinación a través de las persecuciones del mundo y de los consuelos de Dios⁴². Aquí abajo, ella se sabe en exilio, lejos del Señor⁴³, y aspira al advenimiento pleno del reino, “y espera y desea con todas sus fuerzas reunirse con su rey en la gloria⁴⁴. La consumación de la Iglesia en la gloria, y a través de ella la del mundo, no sucederá sin grandes pruebas. Solamente entonces, “todos los justos desde Adán, `desde el justo Abel hasta el último de los elegidos’ se reunirán con el Padre en la Iglesia universal⁴⁵ (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 769).

4) El misterio de la Iglesia

La Iglesia está en la historia, pero al mismo tiempo la trasciende. Solamente ‘con los ojos de la fe⁴⁶ se puede ver al mismo tiempo en esta realidad visible una realidad espiritual, portadora de vida divina (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 770).

a) La Iglesia, a la vez visible y espiritual

“Cristo, el único mediador, estableció en este mundo su Iglesia santa, comunidad de fe, esperanza y amor, como un organismo visible. La mantiene aún sin cesar para comunicar por medio de ella a todos la verdad y la gracia”. La Iglesia es a la vez:

- “sociedad dotada de órganos jerárquicos y el cuerpo místico de Cristo;
- el grupo visible y la comunidad espiritual

³⁵Cf san AMBROSIO, Luc 2,85-89.

³⁶CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 4.

³⁷CONCILIO VATICANO II, *Ad gentes*, 4.

³⁸Cf Mt 28,19-20; CONCILIO VATICANO II, *Ad gentes*, 2,5-6

³⁹CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 4.

⁴⁰CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 5.

⁴¹CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 48.

⁴²San AGUSTÍN, *Civitate Dei* 18, 51; cf CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 8.

⁴³Cf 2Cor 5,6; CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 6.

⁴⁴CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 5.

⁴⁵CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 2.

⁴⁶Catecismo Romano 1,10.20.



– la Iglesia de la tierra y la Iglesia llena de bienes del cielo”.

Estas dimensiones juntas constituyen “una realidad compleja, en la que están unidos el elemento divino y el humano”⁴⁷:

Es propio de la Iglesia “ser a la vez humana y divina, visible y dotada de elementos invisibles, entregada a la acción y dada a la contemplación, presente en el mundo y, sin embargo, peregrina. De modo que en ella lo humano esté ordenado y subordinado a lo divino, lo visible a lo invisible, la acción a la contemplación y lo presente a la ciudad futura que buscamos”⁴⁸.

¡Qué humildad y qué sublimidad! Es la tienda de Cadar y el santuario de Dios; una tienda terrena y un palacio celestial; una casa modestísima y un aula regia; un cuerpo mortal y un templo luminoso; la despreciada por los soberbios y la esposa de Cristo. Tiene la tez morena, pero es hermosa, hijas de Jerusalén. El trabajo y el dolor del prolongado exilio la han deslucido, pero también la embellece su forma celestial⁴⁹ (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 771).

b) La Iglesia, misterio de la unión de los seres

humanos con Dios

En la Iglesia es donde Cristo realiza y revela su propio misterio como la finalidad de designio de Dios: “Recapitular todo en él” (Ef 1,10). El apóstol Pablo llama ‘grande misterio’ (Ef 5,32) al desposorio de Cristo y de la Iglesia. Porque la Iglesia se une a Cristo como a su esposo (cf Ef 5,25-27), por eso se convierte a su vez en misterio (cf Ef 3,9-11). Contemplando en ella el misterio, Pablo escribe: el misterio “es Cristo en ustedes, la esperanza de la gloria” (Col 1,27) (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 772).

En la Iglesia esta comunión de los seres humanos con Dios por “la caridad que no pasará jamás” (1Cor 13,8) es la finalidad que ordena todo lo que en ella es medio sacramental ligado a este mundo que pasa⁵⁰. “Su estructura está totalmente ordenada a la santidad de los miembros de Cristo. Y la santidad se aprecia en función del ‘grande misterio’ en el que la esposa responde con el don del amor al don del esposo”⁵¹. María nos precede a todos en la santidad que es el misterio de la Iglesia como la “esposa sin tacha ni arruga” (Ef 5,27). Por eso la dimensión mariana de la Iglesia precede a su dimensión petrina (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 773).

c) La Iglesia, sacramento universal de la salvación

La palabra griega ‘*mysterion*’ (en griego, μυστηριον) ha sido traducida en latín por dos términos: ‘*mysterium*’ y ‘*sacramentum*’. En la interpretación posterior, el término ‘*sacramentum*’ expresa mejor el signo visible de la realidad oculta de la salvación, indicada por el término ‘*mysterium*’. En este sentido, Cristo es el mismo misterio de la salvación: *Non est enim aliud Dei mysterium, nisi Christus* (“No hay otro misterio de Dios fuera de Cristo”)⁵². La obra salvífica de su humanidad santa y santificante es el sacramento de la salvación que se manifiesta y actúa en los sacramentos de la Iglesia (que las Iglesias de Oriente llaman también ‘los santos misterios’). Los

⁴⁷CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 8.

⁴⁸CONCILIO VATICANO II, *Sacrosanctum concilium*, 2.

⁴⁹San Bernardo de CLARAVALL, Cant. 27,14.

⁵⁰CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 48

⁵¹JUAN PABLO II, Carta apost. *Mulieris dignitatem*, 15 agosto 1988, 27..



siete sacramentos son los signos y los instrumentos mediante los cuales el Espíritu Santo distribuye la gracia de Cristo, que es la cabeza, en la Iglesia que es su cuerpo. La Iglesia contiene por tanto y comunica la gracia invisible que ella significa. En este sentido analógico ella es llamada 'sacramento' (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 774).

"La Iglesia es en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano"⁵³: Ser el sacramento de la unión íntima de los individuos humanos con Dios es el primer fin de la Iglesia. Como la comunión de las creaturas humanas radica en la unión con Dios, la Iglesia es también el sacramento de la unidad del género humano. Esta unidad ya está comenzada en ella porque reúne seres humanos "de toda nación, raza, pueblo y lengua" (Ap 7,9); al mismo tiempo, la Iglesia es 'signo e instrumento' de la plena realización de esta unidad que aún está por venir (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 775).

Como sacramento, la Iglesia es instrumento de Cristo. Ella es asumida por Cristo "como instrumento de redención universal"⁵⁴, por medio del cual Cristo "manifiesta y realiza al mismo tiempo el misterio del amor de Dios al ser humano"⁵⁵. Ella "es el proyecto visible del amor de Dios hacia la humanidad"⁵⁶ que quiere "que todo el género humano forme un único pueblo de Dios, se una en un único cuerpo de Cristo, se coedifique en un único templo del Espíritu Santo"⁵⁷(*Catecismo de la Iglesia Católica*, 776).

5) La Iglesia, pueblo de Dios

a) La Iglesia, pueblo elegido de Dios

"En todo tiempo y lugar ha sido grato a Dios el que le teme y practica la justicia. Sin embargo, quiso



santificar y salvar a los hombres no individualmente y aislados, sin conexión entre sí, sino hacer de ellos un pueblo para que le conociera de verdad y le sirviera con una vida santa. Eligió, pues, a Israel para pueblo suyo, hizo una alianza con él y lo fue educando poco a poco. Le fue revelando su persona y su plan a lo largo de su historia y lo fue santificando. Todo esto, sin embargo, sucedió como preparación y figura de su alianza nueva y perfecta que iba a realizar en Cristo..., es decir, el nuevo testamento en su sangre convocando a las gentes de entre los judíos y los gentiles para que se unieran, no según la carne, sino en el Espíritu"⁵⁸ (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 776).

b) Las características del pueblo de Dios

El pueblo de Dios tiene características que le distinguen claramente de todos los grupos religiosos, étnicos, políticos o culturales de la historia:

– Es el pueblo de Dios: Dios no pertenece en propiedad a ningún pueblo. Pero él ha adquirido para sí un pueblo de aquellos que antes no eran un pueblo: "Una raza elegida, un sacerdocio real, una nación santa" (1Pe 2,9).

⁵²San AGUSTÍN, ep. 187,34.

⁵³CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 1.

⁵⁴CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 9,48.

⁵⁵CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes*, 45.

⁵⁶PABLO VI, *Discurso 22 junio 1973*.

⁵⁷CONCILIO VATICANO II, *Ad gentes*, 7; cf *Lumen gentium*, 17.

⁵⁸CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 9.



- Se llega a ser miembro de este cuerpo no por el nacimiento físico, sino por el 'nacimiento de arriba', 'del agua y del Espíritu' (Jn 3,3-5), es decir, por la fe en Cristo y el bautismo.
- Este pueblo tiene por jefe (cabeza) a Jesús el Cristo (el ungido, Mesías): Porque la misma unción, el Espíritu Santo fluye desde la cabeza al cuerpo, es 'el pueblo mesiánico'.
- "La identidad de este pueblo, es la dignidad y la libertad de los hijos de Dios en cuyos corazones habita el Espíritu Santo como en un templo".
- "Su ley es el mandamiento nuevo: Amar como Cristo nos amó (cf Jn 13,34)". Esta es la ley 'nueva' del Espíritu Santo⁵⁹.
- Su misión es ser la sal de la tierra y la luz del mundo (cf Mt 5,13-16). "Es un germen muy seguro de unidad, de esperanza y de salvación para todo el género humano".
- "Su destino es el reino de Dios, que el mismo comenzó en este mundo, que ha de ser extendido hasta que él mismo lo lleve también a su perfección"⁶⁰ (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 782).

c) Un pueblo sacerdotal, profético y real

Cristo es aquél a quien el Padre ha ungido con el Espíritu Santo y lo ha constituido 'sacerdote, profeta y rey'. Todo el pueblo de Dios participa de estas tres funciones de Cristo y tiene las responsabilidades de misión y de servicio que se derivan de ellas⁶¹ (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 783).

Al entrar en el pueblo de Dios por la fe y el bautismo se participa en la vocación única de este pueblo: En su vocación sacerdotal, "Cristo el Señor, pontífice tomado de entre los seres humanos, ha

hecho del nuevo pueblo 'un reino de sacerdotes para Dios, su Padre'. Los bautizados, en efecto, por el nuevo nacimiento y por la unción del Espíritu Santo, quedan consagrados como casa espiritual y sacerdocio santo"⁶² (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 784).

"El pueblo santo de Dios participa también del carácter profético de Cristo". Lo es sobre todo por el sentido sobrenatural de la fe que es el de todo el pueblo, laicos y jerarquía, cuando "se adhiere indefectiblemente a la fe transmitida a los santos de una vez para siempre"⁶³ y profundiza en su comprensión y se hace testigo de Cristo en medio de este mundo (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 785).

El pueblo de Dios participa, por último, en la función regia de Cristo. Cristo ejerce su realeza atrayendo a sí a todas las personas humanas por su muerte y su resurrección (cf Jn 12,32). Cristo, rey y Señor del universo, se hizo el servidor de todos, no habiendo 'venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por muchos' (Mt 20,28). Para el cristiano, 'servir es reinar'⁶⁴, particularmente 'en los pobres y en los que sufren' donde descubre 'la imagen de su fundador pobre y sufriente'⁶⁵. El pueblo de Dios realiza su 'dignidad regia' viviendo conforme a esta vocación de servir con Cristo.



⁵⁹Rm 8,2; Ga 5,25.

⁶⁰CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 9.

⁶¹Cf JUAN PABLO II, *Redemptor hominis*, 18-21.

⁶²CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 10.

⁶³CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 12.



De todos los que han nacido de nuevo en Cristo, el signo de la cruz hace reyes, la unción del Espíritu Santo los consagra como sacerdotes, a fin de que, puesto aparte el servicio particular de nuestro ministerio, todos los cristianos espirituales y que usan de su razón se reconozcan miembros de esta raza de reyes y participantes de la función sacerdotal. ¿Qué hay, en efecto, más regio para un alma que gobernar su cuerpo en la sumisión a Dios? Y ¿qué hay más sacerdotal que consagrar a Dios una conciencia pura y ofrecer en el altar de su corazón las víctimas sin mancha de la piedad?⁶⁴ (*Catecismo de la Iglesia Católica, 786*).

6) La Iglesia, cuerpo de Cristo

a) La Iglesia es comunión con Jesús

Desde el comienzo, Jesús asoció a sus discípulos a su vida⁶⁷; les reveló el misterio del reino (cf Mt 13,10-17); les dio parte en su misión, en su alegría (cf Lc 10,17-20) y en sus sufrimientos (cf Lc 22,28-30). Jesús habla de una comunión todavía más íntima entre él y los que le sigan: “Permanezcan en mí, como yo en ustedes... Yo soy la vida y ustedes los sarmientos” (Jn 15,4-5). Anuncia una comunión misteriosa y real entre

su propio cuerpo y el nuestro: “Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él” (Jn 6, 56) (*Catecismo de la Iglesia Católica, 787*).

Cuando fueron privados los discípulos de su presencia visible, Jesús no los dejó huérfanos (cf Jn 14,18). Les prometió quedarse con ellos hasta el fin de los tiempos (cf Mt 28,20), les envió su Espíritu⁶⁸. Por eso, la comunión con Jesús se hizo en cierto modo más intensa: “Por la comunicación de su Espíritu a sus hermanos, reunidos de todos los pueblos, Cristo los constituye místicamente en su cuerpo”⁶⁹ (*Catecismo de la Iglesia Católica, 788*).

La comparación de la Iglesia con el cuerpo arroja un rayo de luz sobre la relación íntima entre la Iglesia y Cristo. No está solamente reunida en torno a él: siempre está unificada en él, en su cuerpo. Tres aspectos de la Iglesia-cuerpo de Cristo se han de resaltar más específicamente: la unidad de todos los miembros entre sí por su unión con Cristo; Cristo cabeza del cuerpo; la Iglesia, esposa de Cristo (*Catecismo de la Iglesia Católica, 789*).

b) “Un solo cuerpo”

Los creyentes que responden a la palabra de Dios y se hacen miembros del Cuerpo de Cristo, quedan estrechamente unidos a Cristo: “La vida de Cristo se comunica a los creyentes, que se unen a Cristo, muerto y glorificado, por medio de los sacramentos de una manera misteriosa pero real”⁷⁰. Esto es particularmente verdad en el caso del bautismo por el cual nos unimos a la muerte y a la resurrección de Cristo⁷¹, y en el caso de la Eucaristía, por la cual, “compartimos realmente el Cuerpo del Señor, que nos eleva hasta la comunión con él y entre nosotros”⁷² (*Catecismo de la Iglesia Católica, 790*).

La unidad del cuerpo no ha abolido la diversidad de los miembros: “En la construcción del cuerpo de Cristo existe una diversidad de miembros



⁶⁴CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 38.

⁶⁵CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 8.

⁶⁶San León MAGNO, serm. 4,1.

⁶⁷Cf Mc 1,16-20; 3,13-19.

⁶⁸Cf Jn 20,22; Hch 2,33.

⁶⁹CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 7.



y de funciones. Es el mismo Espíritu el que, según su riqueza y las necesidades de los ministerios, distribuye sus diversos dones para el bien de la Iglesia". La unidad del Cuerpo místico produce y estimula entre los fieles la caridad: "Si un miembro sufre, todos los miembros sufren con él; si un miembro es honrado, todos los miembros se alegran con él"⁷³. En fin, la unidad del Cuerpo místico sale victoriosa de todas las divisiones humanas: "En efecto, todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo: ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús" (Ga 3,27-28) (Catecismo de la Iglesia Católica, 791).

c) Cristo, cabeza de este cuerpo

Cristo "es la cabeza del cuerpo que es la Iglesia" (Col 1,18). Es el principio de la creación y de la redención. Elevado a la gloria del Padre, 'él es el primero en todo' (Col 1,18), principalmente en la Iglesia por cuyo medio extiende su reino sobre todas las cosas: (Catecismo de la Iglesia Católica, 792).

Él nos une a su pascua: Todos los miembros tienen que esforzarse en asemejarse a él "hasta que Cristo esté formado en ellos" (Ga 4,19). "Por eso somos integrados en los misterios de su vida ...,

nos unimos a sus sufrimientos como el cuerpo a su cabeza. Sufrimos con él para ser glorificados con él"⁷⁴ (Catecismo de la Iglesia Católica, 793).

El provee a nuestro crecimiento (cf Col 2,19): Para hacernos crecer hacia él, nuestra cabeza (cf Ef 4,11-16), Cristo distribuye en su cuerpo, la Iglesia, los dones y los servicios mediante los cuales nos ayudamos mutuamente en el camino de la salvación (Catecismo de la Iglesia Católica, 794).

Cristo y la Iglesia son, por tanto, el 'Cristo total' (*Christus totus*). La Iglesia es una con Cristo. Los santos tienen conciencia muy viva de esta unidad:

Felicitémonos y demos gracias por lo que hemos llegado a ser, no solamente cristianos sino el propio Cristo. ¿Comprendéis, hermanos, la gracia que Dios nos ha hecho al darnos a Cristo como Cabeza? Admiraos y regocijaos, hemos sido hechos Cristo. En efecto, ya que él es la cabeza y nosotros somos los miembros, el hombre todo entero es él y nosotros... La plenitud de Cristo es, pues, la cabeza y los miembros: ¿Qué quiere decir la cabeza y los miembros? Cristo y la Iglesia⁷⁵.

Redemptor noster unam se personam cum sancta Ecclesia, quam assumpsit, exhibuit (Nuestro redentor muestra que forma una sola persona con la Iglesia que él asumió)⁷⁶.

Caput et membra, quasi una persona mystica ("La Cabeza y los miembros, como si fueran una sola persona mística")⁷⁷.

Una palabra de santa Juana de Arco a sus jueces resume la fe de los santos doctores y expresa el buen sentido del creyente: "De Cristo y de la Iglesia, me parece que es todo uno y que no es necesario hacer una dificultad de ello"⁷⁸ (Catecismo de la Iglesia Católica, 795).

d) La Iglesia es la esposa de Cristo

⁷⁰CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 7.

⁷¹Cf Rm 6,4-5; 1Cor 12,13.

⁷²CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 7.

⁷³CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 7.

⁷⁴CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 7.

⁷⁵San AGUSTÍN, *Comentarios al evangelio de Juan*, 21, 8



La unidad de Cristo y de la Iglesia, cabeza y miembros del Cuerpo, implica también la distinción de ambos en una relación personal. Este aspecto es expresado con frecuencia mediante la imagen del esposo y de la esposa. El tema de Cristo esposo de la Iglesia fue preparado por los profetas y anunciado por Juan Bautista (cf Jn 3,29). El Señor se designó a sí mismo como 'el Esposo'⁷⁹. El apóstol presenta a la Iglesia y a cada fiel, miembro de su cuerpo, como una esposa 'desposada' con Cristo Señor para "no ser con él más que un solo Espíritu"⁸⁰. Ella es la esposa inmaculada del Cordero inmaculado⁸¹, a la que Cristo "amó y por la que se entregó a fin de santificarla" (Ef 5,26), la que él se asoció mediante una alianza eterna y de la que no cesa de cuidar como de su propio cuerpo (cf Ef 5,29):

He ahí el Cristo total, cabeza y cuerpo, un solo formado de muchos... Sea la cabeza la que hable, sean los miembros, es Cristo el que habla. Habla en el papel de cabeza (*ex persona capitatis*) o en el de cuerpo (*ex persona corporis*). Según lo que está escrito: "Y los dos se harán una sola carne. Grande misterio es éste, lo digo respecto a Cristo y la Iglesia" (Ef 5,31-32). Y el Señor mismo en el evangelio dice: "De manera que ya no son dos, sino una sola carne" (Mt 19,6). Como lo habéis visto bien, hay en efecto dos personas diferentes y, no obstante, no forman más que una en el abrazo conyugal... Como cabeza él se llama 'esposo' y como cuerpo 'esposa'⁸² (*Catecismo de la Iglesia Católica, 796*).

7) La Iglesia, templo del Espíritu Santo

Quod est spiritus noster, id est anima nostra, ad membra nostra, hoc est Spiritus Sanctus ad membra Christi, ad corpus Christi, quod est Ecclesia ("Lo que nuestro espíritu, es decir, nuestra alma, es para nuestros miembros, eso mismo es el Espíritu Santo



para los miembros de Cristo, para el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia")⁸³. "A este Espíritu de Cristo, como a principio invisible, ha de atribuirse también el que todas las partes del cuerpo estén íntimamente unidas, tanto entre sí como con su excelsa cabeza, puesto que está todo él en la cabeza, todo en el Cuerpo, todo en cada uno de los miembros"⁸⁴. El Espíritu Santo hace de la Iglesia 'el templo del Dios vivo'⁸⁵:

En efecto, es a la misma Iglesia, a la que ha sido confiado el "Don de Dios... Es en ella donde se ha depositado la comunión con Cristo, es decir el Espíritu Santo, arras de la incorruptibilidad, confirmación de nuestra fe y escala de nuestra ascensión hacia Dios... Porque allí donde está la Iglesia, allí está también el Espíritu de Dios; y allí donde está el Espíritu de Dios, está la Iglesia y toda gracia"⁸⁶ (*Catecismo de la Iglesia Católica, 797*).

El Espíritu Santo es "el principio de toda acción vital y verdaderamente saludable en todas las partes del cuerpo"⁸⁷. Actúa de múltiples maneras en la edificación de todo el Cuerpo en la caridad (cf Ef 4,16): por la palabra de Dios, "que tiene el poder de construir el edificio" (Hch 20,32), por el bautismo mediante el cual forma el cuerpo de Cristo (cf 1Cor

⁷⁶San Gregorio MAGNO, mor. praef.1,6,4.

⁷⁷Tomás de AQUINO, *Suma Teológica*, 3, 42, 2, ad 1.

⁷⁸Juana de ARCO, proc.

⁷⁹Mc 2,19; cf Mt 22,1-14; 25,1-13.

⁸⁰Cf 1Cor 6,15-17; 2Cor 11,2.

⁸¹Cf Ap 22,17; Ef 1,4; 5,27.

⁸²San AGUSTÍN, psalm. 74, 4.

⁸³San AGUSTÍN, serm. 267, 4.



12,13); por los sacramentos que hacen crecer y curan a los miembros de Cristo; por “la gracia concedida a los apóstoles” que “entre estos dones destaca”⁸⁸, por las virtudes que hacen obrar según el bien, y por las múltiples gracias especiales (llamadas “carismas”), mediante las cuales los fieles quedan preparados y dispuestos a asumir diversas tareas o ministerios que contribuyen a renovar y construir más y más la Iglesia”⁸⁹ (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 798).

8) María y la Iglesia

La Virgen María es una fiel imagen de la Iglesia, ya que lo que se afirma de ella –como la elegida de Dios– se puede afirmar de modo semejante de toda la Iglesia. María es virgen inmaculada, madre fecunda, santa e íntegra, llena de amor y fidelidad, maestra de la Iglesia de todos los tiempos. Todo lo que afirmamos de María santísima lo deseamos afirmar de la Iglesia, de cada uno de nosotros, sus integrantes, que somos parte del pueblo peregrino de Dios. “En María, la Iglesia mira y exalta el fruto excelente de la redención y contempla con gozo, como en una imagen purísima, aquello que ella misma, toda entera, desea y espera

ser”⁹⁰.

“La Iglesia en la Santísima Virgen llegó ya a la perfección, sin mancha ni arruga. En cambio, los creyentes se esfuerzan todavía en vencer el pecado para crecer en la santidad. Por eso dirigen sus ojos a María”⁹¹: En ella, la Iglesia es ya enteramente santa” (*CATECISMO de la IGLESIA CATÓLICA*, 829).

A María Santísima “se le reconoce y venera como verdadera madre de Dios y del redentor; más aún, es verdaderamente la madre de los miembros de Cristo, porque colaboró con su amor a que nacieran en la Iglesia los creyentes, miembros de aquella cabeza”⁹². “María es madre de Cristo y es madre de la Iglesia”⁹³.

Aplicaciones

“Nadie puede decir: ‘Yo amo a Cristo, pero no acepto a la Iglesia’” –señalaba san Juan XXIII, porque de manera coherente tenemos que vivir el amor a Cristo y a la grande familia de Dios que es la Iglesia.

La Iglesia es santa y siempre está en búsqueda de la santidad⁹⁴. Su fundador, Cristo, todo lo santifica; además la Iglesia es fuente de santidad para muchos. Sin embargo, el camino de la santidad no está hecho, hay que construirlo y recorrerlo cada día.

La descripción que la Iglesia hace de sí misma, principalmente como *pueblo de Dios*, indica que siempre estamos en camino y nos ayuda a aprender a caminar con todos.

Amemos a la Iglesia con el amor que Cristo nos ama, impulsados por el Espíritu Santo. Jesús sabiamente señaló a sus apóstoles reunidos en la



⁸⁴PÍO XII, *Mystici Corporis*.

⁸⁵2Cor 6,16; cf 1Cor 3,16-17; Ef 2,21.

⁸⁶San IRENEO, haer. 3, 24.

⁸⁷PÍO XII, *Mystici Corporis Christi*, 1943.

⁸⁸CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 7.

⁸⁹CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 12.

⁹⁰CONCILIO VATICANO II, *Sacrosanctum concilium*, 103; *CATECISMO de la IGLESIA CATÓLICA*, 1172.

⁹¹CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 65.

⁹²San AGUSTÍN, *Tratado de la virginidad*, 6; LG 53

⁹³PABLO VI, Discurso 21 noviembre 1964; *CATECISMO de la IGLESIA CATÓLICA*, 963.)



última cena –y a través de ellos a toda la Iglesia–: “En esto conocerán todos que ustedes son discípulos míos: Si se tienen amor los unos a los otros” (Jn 13,35).

Recorramos con fidelidad, prontitud y alegría el camino que todo discípulo de Cristo está llamado a seguir en el mundo actual: La santidad⁹⁵, que con frecuencia significa incluso ir en contra de la corriente y soportar la cruz de cada día. Somos parte importante del pueblo de Dios, que camina sin detenerse. Estamos en marcha permanentemente. Con María siempre nos sentiremos más animados y orientados con su ejemplo y su amor.

Bibliografía

- CATECISMO de la IGLESIA CATÓLICA
- *Catecismo Romano*
- CONCILIO VATICANO II
 - * *Lumen gentium*
 - * *Gaudium et spes*
 - * *Sacrosanctum Concilium*
 - * *Ad gentes*
- CONGAR, Yves, *Historia de los dogmas*, Madrid 1976
- DIANICH, Severino, *Eclesiología*, en: *Diccionario teológico interdisciplinar*, Ediciones Sígueme, Salamanca 1982
- EICHER, Peter, *Diccionario de conceptos teológicos I*, Editorial Herder, Barcelona 1989

⁹⁴Cf CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 48.

⁹⁵Los varones y mujeres santos de la Iglesia aprendieron a aceptar su condición humana, en unión íntima con Dios; nunca se consideraron perfectos, sino aceptaron el camino hacia la perfección; conservaron su humildad y gratitud a Dios.

- *El Pastor* de HERMAS
- JUAN PABLO II
 - * Encíclica *Redemptor hominis*, 4 marzo 1979
 - * Carta apostólica *Mulieris dignitatem*, 15 agosto 1988
- PABLO VI
 - * *Discurso* 21 noviembre 1964
 - * *Discurso* 22 junio 1973
- PÍO XII, *Mystici Corporis Christi*, 29 junio 1943
- San AGUSTÍN
 - * *De la Ciudad de Dios*
 - * *Comentario al evangelio de Juan*
 - * *Epístolas*
 - * *Comentario a los salmos*
 - * *Sermones*
 - * *Tratado de la virginidad*
- San Bernardo de CLARAVAL, *Comentario al Cantar de los cantares*
- Santo Tomás de AQUINO, *Suma Teológica*



Cultivar la fe en familia



Fernando Pascual, L.C.
Doctor en Filosofía
Licenciado en Teología
Profesor de filosofía
en el Ateneo Pontificio
Regina Apostolorum

Cada familia cristiana es una “comunidad de vida y de amor” que recibe la misión “de custodiar, revelar y comunicar el amor, como reflejo vivo y participación real del amor de Dios por la humanidad y del amor de Cristo Señor por la Iglesia su esposa”¹. Es una comunidad que busca vivir según el Evangelio, que vibra con la Iglesia, que reza, que ama.

En estas líneas queremos reflexionar sobre la hermosa misión que han recibido los padres de cultivar la fe en la propia familia. No sólo respecto de los hijos, sino como pareja, pueden ayudarse cada día a conocer, vivir y transmitir la fe que madura en el amor y lleva a la esperanza.

Los hijos también, conforme crecen, se convierten en protagonistas: a través de sus palabras y su testimonio son capaces de ayudar y motivar a los padres y a los hermanos para ser cada día más fieles a sus compromisos bautismales.

Cultivar la fe y enseñarla en familia es hoy más urgente que nunca. Porque nos encontramos en una situación particularmente compleja que pone retos profundos a los educadores. Benedicto XVI, sobre este punto, explicaba lo siguiente:

Como nos enseña la experiencia diaria -lo sabemos todos-, educar en la fe hoy no es una empresa fácil. En realidad, hoy cualquier labor de educación parece cada vez más ardua y precaria. Por eso, se habla de una gran “emergencia educativa”, de la

creciente dificultad que se encuentra para transmitir a las nuevas generaciones los valores fundamentales de la existencia y de un correcto comportamiento, dificultad que existe tanto en la escuela como en la familia, y se puede decir que en todos los demás organismos que tienen finalidades educativas².

Entre los distintos caminos que sirven para cultivar la fe en familia, nos fijamos ahora en tres: la oración en familia, el estudio de la doctrina católica, y la vida según las enseñanzas de Cristo.

Muchas de las ideas que siguen son sugerencias o pistas de trabajo. La actitud de fondo que debería acompañarlas, el amor verdaderamente cristiano, da el sentido adecuado a cada una de las acciones que se lleven a la práctica. Un gesto realizado sin



¹JUAN PABLO II, exhortación apostólica postsinodal *Familiaris Consortio* n. 17.

²BENEDICTO XVI, *Discurso en la inauguración de los trabajos de la asamblea diocesana de Roma*, 11 de junio de 2007. Texto tomado de www.vatican.va. Para profundizar en esta temática, cf. PONTIFICIO CONSEJO PARA LA FAMILIA, *La transmisión de la fe en la familia. V Congreso Teológico-Pastoral (Valencia, 4-7 de julio de 2006)*, Universidad Católica San Antonio - BAC, Madrid 2007.



profundidad puede secar el alma y tener una eficacia muy pobre. Es posible, sin embargo, emprender algunos actos sin comprenderlos del todo, pero con el deseo de que conduzcan a una actitud profundamente evangélica, a un modo de pensar y de vivir que corresponda plenamente con lo propio de nuestra vocación cristiana. De este modo, inicia el camino de la catequesis en casa, del crecimiento y cultivo de la fe en familia.

1. La oración en familia

La oración es para cualquier bautizado lo que es el aire para los seres humanos: algo imprescindible.

Aprender a rezar es una tarea para todos: para los padres, en las distintas etapas de su maduración interior; para los hijos, desde pequeños y cuando poco a poco entran en el mundo de los adultos.

La oración en la vida familiar puede presentarse en diversas formas. El día inicia con breves oraciones por la mañana. Por ejemplo, los padres pueden levantar a sus hijos con una pequeña jaculatoria; o, después de asearse o antes del desayuno, todos rezan juntos una pequeña oración (el Padrenuestro, el Ave María, un Salmo o el *Magnificat*, etc.).

Otras plegarias surgen de modo espontáneo, según las necesidades de cada día. La familia reza por el examen de ingreso a la universidad, por la situación de la fábrica donde trabaja papá o mamá, por las lluvias, por el eterno descanso del abuelo...

Son muy hermosas aquellas oraciones que recogen

la gratitud de todos y de cada uno. Esas oraciones pueden fijarse en los hechos más sencillos: ya arreglaron el frigorífero, tenemos pasteles para la merienda, se acercan las vacaciones. O pueden dar gracias por hechos más importantes: el amor entre papá y mamá ha sido bendecido con un nuevo embarazo, acaba de nacer un nuevo sobrino, el abuelo ha superado la pulmonía, un amigo ha ido a encontrarse con Dios...

El clima de oración se prolonga a lo largo del día. Para ello, ayuda mucho crear un hábito de "jaculatorias", pequeñas oraciones espontáneas que dan un toque religioso a la jornada. "Señor, confío en Ti". "Creo, Señor, ayúdame a creer". "Te alabamos, Señor, porque eres bueno". "Gracias, Señor, por esto y por esto". "Jesús, manso y humilde de corazón, haz mi corazón semejante al tuyo"...

La hora de comer permite un momento de gratitud y de unión en la familia. ¡Qué hermoso es ver que todos, junto a la mesa, rezan! Algunos hogares recitan el Padrenuestro; en otros, los padres y los hijos se turnan para dirigir una oración espontánea antes de tomar los alimentos.

Otro momento de oración consiste en el rezo del Ángelus (se puede rezar hasta tres veces en la jornada, o si se prefiere al menos a medio día) y del Rosario.

Para los niños (y para algunos adultos también), el Rosario puede resultar un poco aburrido. Por eso corresponde a los padres ayudar a los hijos a descubrir la belleza de esta sencilla oración, quizá enseñándoles a rezar primero un solo misterio, luego dos, etc., y explicando el sentido de esta hermosa plegaria dirigida a la Madre de Dios y Madre de la Iglesia.

Cuando llega la noche, la familia busca un momento para dar gracias por el día transcurrido, para pedir perdón por las posibles faltas, para implorar la ayuda que necesitan los de casa y los de fuera, los cercanos y los lejanos. Es muy hermoso, en ese sentido, aprender a rezar por las víctimas de las guerras, por las personas que pasan hambre, por los que viven sin esperanza y sin Dios.



La oración constante ha permitido a la familia, chicos y grandes, descubrir que la jornada, desde que amanece hasta la hora de dormir, tiene sentido desde Dios y hacia Dios. Todo ello prepara a vivir a fondo los momentos más importantes para todo católico: los Sacramentos.

Si el Sacramento de la Eucaristía es el centro de la vida cristiana, también debe serlo de la vida familiar. Cada hogar necesita descubrir la belleza del domingo, la maravilla de la Misa, la importancia de la escucha de la Palabra, la participación consciente y activa en los ritos.

Participar juntos, como familia, en la misa del domingo es una tradición que vale la pena conservar. También cuando los hijos son pequeños. Los padres pueden enseñarles, poco a poco, el sentido de cada rito, las posturas que hay que adoptar, el respeto que merece la Casa de Dios. Son cosas que luego quedan grabadas en los corazones para toda la vida.

Es oportuno recordar aquí lo que explicaba Juan Pablo II sobre este punto: “se ha de recordar que corresponde ante todo a los padres educar a sus hijos para la participación en la Misa dominical, ayudados por los catequistas, los cuales se han de preocupar de incluir en el proceso formativo de los muchachos que les han sido confiados la iniciación a la Misa, ilustrando el motivo profundo de la obligatoriedad del precepto”³.

La semana se vive de un modo distinto si arranca del domingo y desemboca en el domingo. Durante la semana, la familia busca vivir aquello que ha escuchado, que ha vivido en la celebración eucarística dominical. A la vez, se prepara con el pasar de los días para el encuentro íntimo y personal con Cristo que tendrá lugar, Dios mediante, el domingo siguiente.

Ayuda mucho, en este sentido, hacer “visitas” a Cristo eucaristía durante la semana, de forma individual o en pequeños grupos (el padre o la madre con algunos hijos, varios hermanos juntos, etc.). También es muy provechoso, entre semana, recordar en casa cuál fue el evangelio del domingo anterior, o dar pistas



para abrirse a los textos sagrados que serán leídos el domingo siguiente.

Además de buscar maneras para vivir mejor la Eucaristía, también es hermoso recordar el aniversario del bautismo de cada miembro de la familia. Si celebramos el nacimiento, ¿por qué no celebrar también el día en que empezamos a ser hijos de Dios y miembros de la Iglesia? Algo parecido podría hacerse con la confirmación, un sacramento que vale la pena conocer en toda su riqueza y que debemos tener muy presente en un mundo hostil al Evangelio.

En cuanto al matrimonio, el aniversario de bodas suele ser recordado por muchas familias católicas, a veces con la ayuda de un día de retiro espiritual. En ese aniversario, los esposos pueden renovar sus promesas matrimoniales, o hacer un momento de oración familiar con los hijos, quizá con la lectura en común de algún texto bíblico (por ejemplo, *Tb* 8,5-10, o *Ef* 5,21-33).

Un sacramento que merece ser vivido por todos los miembros de la familia es el de la Reconciliación (la confesión). Los niños quedan muy impresionados cuando ven a sus padres pedir perdón, de rodillas, en un confesionario. No es correcto, desde luego, recurrir a presiones para que se confiesen. Pero sí es hermoso enseñarles lo que es el pecado, lo grande que es la misericordia divina, y cómo la Iglesia pide que nos confesemos con frecuencia.

³JUAN PABLO II, *Carta apostólica Dies Domini* (31 de mayo de 1998), n. 36.



Un ámbito de la oración familiar se construye con la ayuda de imágenes de devoción. No basta con colocar aquí o allá un crucifijo, una imagen de la Virgen o el dibujo de algún santo. La imagen tiene sentido sólo si evoca y eleva los corazones a la oración y a la confianza en un Dios que está muy presente en la historia humana.

En algunos hogares existe un cuartito en el que se encuentra una especie de “altar de la familia”, donde todos se reúnen algún momento del día para rezar juntos, o donde cada uno puede dedicar un rato durante el día para meditar el Evangelio y dialogar de modo personal con Cristo. La tradición es hermosa, pues siempre ayuda el tener un lugar concreto donde todo está orientado a pensar en el Dios que tanto nos ama.

Existen otros modos para fomentar la oración en familia que se refieren a los tiempos litúrgicos. Por ejemplo, preparar un Nacimiento en casa y tener ante el mismo momentos de oración y de cantos; ayudarse de la “Corona de Adviento” o de otras iniciativas parecidas para prepararse a la Navidad; dar un especial relieve a la Cuaresma como tiempo de oración, limosna y sacrificio; participar intensamente en la Semana Santa, de forma que permita a todos unirse íntimamente a Cristo; descubrir en familia el sentido gozoso de la Pascua y de Pentecostés,

participando en el triunfo de Cristo y descubriendo la presencia del Espíritu Santo en lo más íntimo de los corazones.

2. Aprender la fe en familia

Vivir en un clima continuo de oración abre los corazones al mundo divino. Esa apertura necesita ir acompañada por el esfuerzo de todos, tanto de los padres como de los hijos, para conocer a fondo el gran regalo de la fe católica.

Los modos para lograrlo son muchos. La lectura y el estudio de la Biblia, especialmente de los Evangelios, resultan un momento esencial para conocer la propia fe. Para ello, hace falta recibir una buena introducción, sea a través de cursos en la parroquia, sea a través de la lectura de libros de autores católicos fieles al Papa y a los obispos⁴.

De un modo más concreto, la familia en su conjunto o cada uno (según la propia edad) puede encontrar un momento al día para leer una parte del Evangelio. No se trata de una lectura simplemente informativa. Se trata de preguntarse, sencillamente, en un clima de oración: ¿qué quiere decirme Cristo con este texto? ¿Cómo ilumina mi vida?

Junto a la lectura de la Biblia, es necesario estudiar y conocer el *Compendio del Catecismo de la Iglesia católica* y, si fuera posible, también el mismo *Catecismo de la Iglesia católica* (al menos en sus partes más importantes). El primero debería ser leído por los padres y, en la medida en que van creciendo, por los hijos. El segundo puede servir para ir más a fondo sobre temas importantes o ante dudas que puedan surgir⁵.

La lectura del Catecismo permite conocer la fe católica en sus aspectos más importantes. Además, une a la familia con toda la Iglesia, al acercarse todos y cada uno a aquellas enseñanzas que nos permiten

⁴Existe, por ejemplo, un curso de Biblia “on-line” de Antonio Rivero, que ofrece una buena ayuda para comprender mejor los libros sagrados. Puede leerse en <http://es.catholic.net/conocetufe/804/2778>.

⁵Los dos textos pueden ser encontrados con facilidad en internet, y están completos en la página del Vaticano, www.vatican.va.



tener vivos y actualizados contenidos que no son simple “doctrina”, sino que nos ponen en contacto con Cristo y con su Cuerpo Místico: con el Papa, los obispos, los sacerdotes, los demás creyentes; con la Iglesia purgante (la que espera en el purgatorio) y con la Iglesia triunfante (que ya participa en el Banquete de Bodas del Cordero).

A través de estas lecturas, los padres estarán preparados para ofrecer una buena enseñanza de la doctrina católica en casa, si esto fuera posible. Si los hijos van a clases de catecismo en la parroquia o reciben clases de religión en la escuela, los padres apoyarán tales clases si preguntan a sus hijos si han entendido bien, si tienen dudas, etc.

En algunas ocasiones, los padres constatarán que no se ofrece una buena enseñanza del catecismo a los niños, o que algún catequista enseña ideas equivocadas. En esos casos, los padres ayudarán mucho al párroco si le comentan el problema, y si juntos buscan caminos para mejorar las actividades de catequesis en contenidos y en modalidades didácticas.

Hemos mencionado la importancia de conocer a fondo la Biblia y el Catecismo. El estudio de la propia fe se enriquece a través de buenos libros, adaptados a cada edad. Unos serán cuentos navideños o novelas misioneras. Otros ofrecerán consejos para los adolescentes. Otros irán más a fondo sobre temas de fe, de ciencia, de moral⁶.

Encontramos nuevos ámbitos formativos en los modernos medios de comunicación. Pensemos, en primer lugar, en los medios “clásicos” de noticias (televisión, radio, prensa), que permiten el acceso a temas de importancia y que ofrecen elementos de enriquecimiento cultural y humano. Ocurre con cierta frecuencia, sin embargo, que algunos medios no transmiten una información fidedigna, o tienen una orientación incompatible con los principios morales y cristianos. En esos casos, los padres deben ofrecer a los hijos criterios de juicio para que puedan soslayar los peligros que nacen en esas situaciones, y para

evitar que los medios informativos se conviertan en fuente de desorientación cultural y religiosa en la familia.

En segundo lugar, merece una atención particular el mundo informático, especialmente internet (aunque no sólo). Internet se ha convertido en una ventana abierta a un sinfín de posibilidades, donde aparece lo bueno y lo malo, documentos muy valiosos y engaños dañinos.

Los padres están llamados a educar a los hijos para tener un sano espíritu crítico. No se trata de aislarlos (hay temas que, a base de presión informativa, se convierten casi en “obligados”), pero sí de guiarlos para saber que no todo lo que se dice por ahí es verdad, y para comprender que los medios de comunicación no son el mejor camino para alcanzar una imagen exacta de la Iglesia y de la vida ejemplar de miles y miles de buenos católicos⁷.

Ayudará, en ese sentido, un doble esfuerzo. Por un lado, filtrar cualquier tipo de programas o de textos (escritos en papel o en la computadora) que presenten el mal como bien, que calumnien a personas o instituciones de la Iglesia, que promuevan actitudes claramente antievangélicas (desenfreno, hedonismo, consumismo, odio racial o clasista, etc.). Por otro, hay que saber individuar tantas (y son muchas, gracias a Dios) fuentes informativas sanamente católicas, que ofrecen la doctrina correcta (según el Catecismo) y



⁶ En internet existen ya muchos libros “on-line”. Una buena selección se encuentra en <http://es.catholic.net/biblioteca/>.

⁷ Sobre estas ideas, cf. el Mensaje de Benedicto XVI para la XLI Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, “Los niños y los medios de comunicación social: un reto para la educación” (20 de mayo 2007), en www.vatican.va.



que ayudan a conocer la actualidad del mundo y de la Iglesia en una perspectiva justa. En internet existen muchas páginas donde la familia puede encontrar excelentes herramientas para la propia formación, incluso grabaciones de radio o pequeñas conferencias filmadas sobre la Iglesia, su historia, su doctrina, su vida actual⁸.

3. Vivir el Evangelio en familia

Una fe sin obras, nos recuerda la Carta de Santiago, es estéril (cf. *Sant 2,20*). No entra en el Reino de los cielos el que dice "Señor, Señor", sino el que cumple la Voluntad del Padre (cf. *Mt 7,21*).

La familia que reza, la familia que estudia su fe, también sabe vivir aquello que ha llevado a la oración, busca aplicar lo que ha conocido gracias a la bondad del Padre que nos ha hablado en su Hijo.

La mejor escuela para vivir como cristianos es la familia. Las indicaciones que podrían ofrecerse son muchísimas, como son muchas las enseñanzas morales que encontramos en la Biblia (los diez Mandamientos, el Sermón de la montaña, etc.) y que la Iglesia nos explica en la Tercera Parte del *Catecismo*.

Para concretar un poco más cómo vivir evangélicamente, recordemos algunos ámbitos en los que la familia se hace educadora en el arte de vivir como cristianos auténticos.

El primer ámbito, desde luego, es el de la propia familia. Vivir el Evangelio implica crear un clima en el hogar en el que se lleva a la práctica el principal mandamiento: la caridad. El amor debe ser el criterio para todo y para todos.

Ese amor se aprende, se hace vida, cuando los hijos ven cómo se tratan sus padres. Si los padres se aman profundamente, si saben darse el uno al otro como Cristo se dio por la Iglesia (cf. *Ef 5,21-33*), si saben perdonar hasta 70 veces 7 (cf. *Mt 18,22*), si confían en la Providencia más que en las cuentas del banco (cf. *Mt 6,24-34*), si ayudan al peregrino, al hambriento, al sediento, al desnudo, al enfermo, al encarcelado



(cf. *Mt 25,33-40*)... los hijos habrán encontrado en la familia un auténtico "Evangelio vivo". Aprenderán entonces a dar gracias, a ayudar al necesitado, a compartir sus objetos personales, a escuchar a quien desea hablar, a dar un consejo a quien tenga dudas (de matemáticas o de fe...).

La caridad debe ser el criterio para lo que uno hace y para lo que uno deja de hacer. Por ello, la misma caridad lleva al católico a mortificar los apetitos de la carne, a controlar las propias pasiones, a huir de aquellos estilos de vida que nos atan al mundo, que nos llevan al egoísmo y a alejarnos de Dios y del prójimo.

No hay verdadera vida cristiana allí donde no hay abnegación. Hay vida cristiana allí donde cada uno renuncia al propio "yo", cuando aprende a desapegarse de lo material para abrirse confiadamente a la providencia del Padre de los cielos.

Aprender lo anterior resulta clave para lograr una familia auténticamente cristiana. ¿De qué manera puede conocer un hijo cómo se vive el Evangelio si ve en sus padres rencillas, malas palabras, afición por el dinero, críticas continuas a otros familiares o conocidos? Al revés, el hogar en el que Cristo ha entrado realmente en los corazones se convierte en un continuo testimonio de aquella caridad que nos plasmó el Espíritu Santo en *1Cor 13*.

Un "capítulo" que resulta no fácil se refiere a modos

⁸Sobre este tema, cf. J.E. MÚJICA, *El rostro católico de internet en español* (en <http://es.catholic.net>).



de comportarse y de vestir, a diversiones, a objetos de uso. La sociedad crea necesidades y los hijos sienten una presión enorme que les lleva a desear lo que tienen otros y a querer hacer lo que “todos hacen”. Los padres de familia sabrán discernir entre cosas sanas (como deportes no peligrosos y capaces de promover un buen espíritu de equipo) y “necesidades” que son falsas y que pueden llevar a los hijos a la ruina personal, incluso a la triste desgracia del pecado. Luchar contra corriente puede parecer duro, pero vale la pena si tenemos ante los ojos el premio que nos espera: la amistad con Cristo, en la vida terrena y en el cielo.

El segundo ámbito para vivir evangélicamente surge cuando la familia se abre a los demás. Tratamos con personas muy distintas en las mil encrucijadas de la vida. El corazón que aprende a vivir como cristiano descubre en cada uno la presencia del Amor del Padre, el deseo de Cristo de acogerlo en el número de los amigos, la acción del Espíritu Santo que susurra en los corazones y que los guía hacia la Verdad completa.

Un cristiano necesita ver a todos “con los ojos de Cristo”⁹. Porque lo que se hace al hermano más pequeño es hecho al mismo Cristo (cf. Mt 25,40). Porque todos estamos invitados a ofrecer y a recibir cariño. Porque no hay amor más grande que el de dar la vida los unos por los otros (cf. 1Jn 3,16).

Esta actitud se plasma en actos concretos, que van desde el “enseñar al que no sabe” (las obras de



misericordia espirituales) hasta el “visitar y cuidar a los enfermos” (las obras de misericordia corporales).

Es importante lo que uno hace por el necesitado, y es importante la actitud con la que se hace. Sirve de muy poco una limosna hecha con un rostro apático. En cambio, muchas veces llega más al corazón necesitado una mirada llena de afecto que la medicina regalada (desde luego, hay que velar también para que el enfermo tenga sus medicinas...). Los hijos que ven en sus padres actitudes profundas y gestos sinceros de amor al prójimo aprenden, más allá de las palabras, lo que significa ver a Cristo en los hermanos.

Vivir el Evangelio llega hasta el heroísmo de amar al propio enemigo (cf. Mt 5,43-48). Hay hogares en los que nunca se escucha una palabra de odio o de amargura hacia quienes ofendieron en el pasado (quizá un pasado muy reciente) a alguno de los miembros de la familia. Incluso hay hogares en los que los hijos admiran a sus padres cuando saben acoger, con los brazos abiertos, a alguien que les hizo daño, mucho daño...

La actitud profunda de amor a los otros lleva al apostolado, al compromiso continuo por conseguir que muchos hombres y mujeres lleguen a conocer a Cristo: dar el Evangelio es una de las manifestaciones más profundas de la caridad cristiana. Es muy hermoso, en ese sentido, descubrir a familias que se convierten en “misioneras”. Saben comunicar, con su testimonio y con palabras oportunas, que Dios ama a todos, que Cristo ofrece la Salvación, que la Iglesia es la barca regalada por Dios para acometer la travesía que nos lleva a la Patria eterna.

4. A modo de conclusión

En el V Encuentro Mundial de las Familias que tuvo lugar en Valencia (España) el año 2006, el Papa Benedicto XVI recordaba que “transmitir la fe a los hijos, con la ayuda de otras personas e instituciones como la parroquia, la escuela o las asociaciones católicas, es una responsabilidad que los padres no pueden olvidar, descuidar o delegar totalmente”¹⁰.

⁹ Cf. BENEDICTO XVI, encíclica *Deus caritas est*, n. 18.



Sobre todo, permítenos ser, como esposos y como padres, ejemplos limpios y alegres de tu bondad y de tu misericordia. Para que así, algún día, podamos cantar tu gloria, todos juntos, como familia, en el lugar que Cristo nos ha preparado en el cielo con su sacrificio en el Calvario. Amén.

(Publicado en *Ecclesia. Revista de cultura católica*, 22 (2008), 405-415).

El Papa añadía, en el discurso citado, que “la criatura concebida ha de ser educada en la fe, amada y protegida. Los hijos, con el fundamental derecho a nacer y ser educados en la fe, tienen derecho a un hogar que tenga como modelo el de Nazaret y sean preservados de toda clase de insidias y amenazas”.

Cuando un hijo pequeño empieza a preguntar a sus padres cómo es Dios, surge en algunos hogares una cierta inquietud: ¿estaremos preparados para introducir al hijo en el mundo del Evangelio? ¿Seremos capaces de ofrecer a los hijos un hogar semejante al de Nazaret?

Las preguntas inocentes del niño pueden convertirse en una ayuda providencial por la que Dios se vale para ayudarles a tomar conciencia de su misión educativa y para abrirse a la ayuda divina a la hora de afrontar con mayor entusiasmo sus compromisos como esposos y como padres católicos.

Desde su corazón, podrían elevar una oración sencilla y confiada a Dios como la que ofrecemos a continuación:

Padre Santo, los hijos que han nacido de nuestro amor existen porque Tú los amas desde toda la eternidad. Enséñanos a cuidarlos siempre con cariño exigente y con exigencia cariñosa. Danos luz y consejo para que podamos transmitirles las palabras de tu Hijo. Ayúdales a vivir según tu Amor. Protégelos de los peligros del mundo.

¹⁰BENEDICTO XVI, discurso en V Encuentro Mundial de las Familias (8 de julio de 2006).



**P. Alfonso López
Muñoz, L.C.**
Doctor en Filosofía
Doctorando en
Teología

El Testamento Teológico humano- divino de Benedicto XVI para los novios católicos

Introducción

El 11 septiembre del 2011, Benedicto XVI, recién finado, se reunía con una gran cantidad de novios en la Plaza del Plebiscito, en Ancona, Italia, a años y meses antes de su renuncia a la sede petrina. Allí dejaba lo que podríamos llamar como su “testamento espiritual” para los novios católicos. Se trataba del cierre del Congreso Eucarístico Nacional de Italia, por lo que ya en sí ese hecho enmarca al noviazgo –y, por ende, también al matrimonio- en la Iglesia dentro de la Eucarística. De hecho, por lo general la celebración del sacramento del matrimonio en la Iglesia Católica se lleva a cabo dentro de la Celebración Eucarística, la cual es “fuente y cima de toda la vida cristiana” (*Lumen gentium*, n. 11). No por nada, el recién difunto gran Papa alemán, comenzaba con estas palabras su discurso a todos esos jóvenes enamorados reunidos para la ocasión: “La Eucaristía, don de Cristo para la salvación del mundo, indica y contiene el horizonte más verdadero de la experiencia que están viviendo: el amor de Cristo como plenitud del amor humano”. De hecho, el pasaje de fondo de esta reflexión del gran Papa teólogo es el de las bodas de Caná, es decir el primer milagro que obra Jesús, y que es imagen y prefiguración de la Eucaristía, que instituye, de forma incruenta –como es el caso de todas las Eucaristías que desde entonces celebra la Iglesia- durante la Última cena el jueves santo, la víspera de su Pasión y Muerte en cruz el viernes santo. Y, como bien sabemos, es entonces cuando la Primera Misa se hace presente de manera cruenta en la persona

misma de Cristo.

“Amar el amor humano”: el gran legado de san Pablo VI y san Juan Pablo II

“Amar el amor humano”: ese que fuera *leit-motiv* de ese otro magno Pontífice, “amado predecesor” de Benedicto XVI, san Juan Pablo II, de alguna manera también lo fue para el Papa Ratzinger, quien de igual manera siempre consideró como experiencia privilegiada a ese *princeps analogatum* de todo amor humano que es precisamente el matrimonio, al cual la Iglesia siempre ha considerado como base y fundamento de aquella que es la “célula primera y vital de la sociedad”, como afirma el Concilio Vaticano II en la Declaración *Apostolicam actuositatem* (n. 9). En efecto, podemos decir que la doctrina sobre el amor humano, el matrimonio y la familia del recién fallecido Papa-teólogo no sólo sigue la línea de la reflexión trazada por Karol Wojtyła – Juan Pablo II, y que a su vez continuaba la profunda reflexión que sobre el mismo tema encierra la encíclica *Humanae vitae* de san Pablo VI (de hecho, como bien sabemos y conviene recordar, en buena medida las reflexiones contenidas en la así llamada “Teología del cuerpo” de Karol Wojtyła – Juan Pablo II parten de aquella “encíclica profética” –para decirlo con Monseñor Dionigi Tettamanzi¹, gran experto en teología fundamental y teología moral-, estaban –están- dirigidas a mostrar, ahondar y defender los principios antropológicos, filosóficos, teológicos, verdaderamente metafísicos, que subyacen a ese gran documento del santo Papa



Montini, sin duda uno de sus grandes legados a la Iglesia, así como al mundo en cuanto tal, dada la gran sabiduría no sólo cristiana sino humana que contiene y destila, legado que sigue siendo actual –y quizás hoy más que ayer- y que en lugar de deshacernos de él –como al parecer algunos, incluso dentro de la Iglesia, pretenden hoy-, más bien hay que seguir comprendiendo, ahondando y asimilando, y tratar de vivirlo de verdad. Esto en caso de que de verdad queramos aportar, cada uno de nosotros, sacerdotes y fieles católicos, y todo como Iglesia, al bien integral del hombre y de la Esposa de Cristo.

Benedicto XVI a los novios católicos: “Sólo Él tiene palabras de vida eterna”

El papa Benedicto comenzaba aquel encuentro con los jóvenes novios agradeciéndoles las preguntas que le habían dirigido, y anotando que las acogía confiando en la presencia del Señor Jesús en medio de todos cuantos se encontraban reunidos con él, ya que, parafraseando el Evangelio, decía el Papa: “citaba el Papa el Evangelio, decía el Papa, Él, el Señor Jesús, “¡sólo él tiene palabras de vida eterna, palabras de vida para vosotros y vuestro futuro!”; para su futuro como esposos, se entiende por el contexto en el que Benedicto pronunciaba dicho discurso.

Los desafíos actuales para los jóvenes y la falta de valoración de sus riquezas

Decía entonces Benedicto XVI a todos esos jóvenes en camino al matrimonio cristiano: “Lo que planteáis son interrogantes que, en el actual contexto social, asumen un peso aún mayor”; y, según su acostumbrada humilde sinceridad y sincera humildad,



añadía: “Deseo ofreceros sólo alguna orientación por respuesta”; dicho lo cual continuaba el Papa, aludiendo a problemas muy reales y concretos con los jóvenes, nuestros jóvenes en la Iglesia, se topan a la hora de pensar y soñar en su futuro, en su futuro como fundando una posible familia: “En ciertos aspectos nuestro tiempo no es fácil, sobre todo para vosotros, los jóvenes. La mesa está surtida de muchas cosas deliciosas, pero, como en el episodio evangélico de las bodas de Caná, parece que falta el vino de la fiesta. Sobre todo, la dificultad de encontrar un trabajo estable extiende un velo de incertidumbre sobre el futuro. Esta condición contribuye a posponer la toma de decisiones definitivas, e incide de modo negativo en el crecimiento de la sociedad, que no consigue valorar plenamente la riqueza de energías, de competencias y de creatividad de vuestra generación”.

Lo que aquí comenta el Papa, con su sólita agudeza y clarividencia, señalando las causas y las consecuencias,

¹Cfr. Donigi Tettamanzi, “Un’enciclica profética”, Ancora, Roma 1995; texto en el que el auto hacía una extraordinaria valoración y ponderación de la polémica encíclica de Pablo VI, la cual, en verdad, como podemos constatar, no sería sino realmente “profética” de los tiempos que vivimos, ya que predice exactamente lo que hoy estamos viviendo en campo moral, en lo teórico y en lo práctico, tanto fuera como dentro de la Iglesia. Mons. Tettamanzi había sido precisamente Arzobispo de la diócesis de Ancona-Osimo de 1989 a 1991, cuando se vio obligado a renunciar al ser elegido secretario general primero y vicepresidente después de la Conferencia Episcopal Italiana: Pocos años después, en 1995, Juan Pablo II lo enviaría como Arzobispo de la diócesis de Génova, para después ser creado cardenal en 1998. En el año 2002 se convirtió en Arzobispo de Milán, cuando por edad renunciaba a ese cargo el controvertido Cardenal jesuita Carlo Maria Martini, cargo que ocuparía hasta el año 2013, cuando a su vez le correspondía renunciar por edad para ser sustituido por el Cardenal Angelo Scola, que fuera el segundo Preside del Instituto Juan Pablo II para Estudios de Matrimonio y Familia, fundado por Juan Pablo II en 1981, y cuyo brazo derecho en cuanto primer Preside co-fundador y durante tantos años sería el también gran teólogo moral Cardenal Carlo Caffarra, el cual moriría, al igual que el Cardenal Tettamanzi, en el año 2017.



es el hecho de que la sociedad misma “no consigue valorar plenamente la riqueza de energías, de competencias y de creatividad de vuestra generación”. En ese sentido, eso que ya recordábamos que era uno de los lemas característicos de Karol Wojtyła - Juan Pablo II, “amar el amor humano”, y que es lo primero que hay que hacer para poder conocer a fondo –es decir para *comprender* de verdad- el amor, es lo mismo que aquí afirma el Papa alemán, con otras palabras: *valorar plenamente* todo lo que encierra la juventud en cuanto a “riqueza de energías, de competencias y de creatividad” porque sólo si éstas son valoradas, sólo así podemos construir un mundo mejor, un mundo en el que susodichas *riquezas* puedan liberarse realmente y llegar a cumplimiento, en favor de cada joven, de la sociedad toda, y en favor también de la Iglesia de Cristo.

Sin embargo, el problema es que nuestras sociedades actuales –y de manera especial la occidental- son sociedades que están envejeciendo –cuando no ya, de hecho, son sociedades *totalmente envejecidas*-. Y aquí la imagen que se suele utilizar del *envejecer* se refiere, primeramente, sí al hecho mismo de que el promedio de edad ha aumentado alarmantemente, pues dicho fenómeno está intrínsecamente unido a la pérdida del nivel mínimo de reemplazo de vida (entendiendo bien dicha expresión, por supuesto, ya que la vida humana en realidad no puede ser “reemplazada”, siendo cada vida humana única e irreplicable, sagrada, y por lo tanto también de suyo irremplazable), mas su alcance es mucho mayor. Tal *envejecimiento* toca no sólo en ámbito específicamente *biológico*, sino que, yendo más a fondo, quiere decir el hecho de que las *energías* necesarias para que la sociedad se renueve en su fuerza ética y moral también viene a menos. Claro, eso siempre y cuando la juventud tenga guías que sean a la vez testimonios de vida, es decir de vida digna, o sea una vida responsable y moral; lo cual quiere decir que se ha de tratar de testigos de la búsqueda sincera y constante de la verdad y del bien. Si no, como dice el Evangelio, tales testigos, en lugar de serlo, serán simplemente “guías ciegos que guían a otros ciegos” (Mt 15,14).

El gran error de hoy: el abandono de la auténtica Tradición de y en la Iglesia



Ahora bien, constituye una aparente contradicción e ironía el hecho de que la ceguera actual de la Humanidad reside en haber dejado lo *viejo*, lo *antiguo*, la *Tradición* precisamente. Y de este movimiento de carrera desahogada hacia lo novedoso y “actual” no está exenta la misma Iglesia. En efecto, de un tiempo para acá en la Iglesia pareciera estar prevaleciendo una búsqueda de lo nuevo por lo nuevo, una tendencia de *adaptarse* al mundo, en lugar de más bien ocurrir lo contrario, como debiera ser, ya que compete a la Iglesia elevar al mundo a Dios, y no al revés: que el mundo rebaje a la Iglesia a un nivel, a su nivel mediocre de un supuesto humanismo antropocéntrico que se regodea de –dicho coloquialmente- “poder hacerla” sin Dios, de *bastarse a sí mismo*, de no necesitar de Dios y de las cosas sagradas. Mas bien sabemos –y vemos y palpamos- cómo sin Dios el mundo simplemente se autodestruye, se pierde, corre hacia el abismo, pierde su esencia. Y es que ¿cómo puede pretenderse *autónomo* el mundo, cuando el mundo mismo es creatura de Dios, hechura de Él, y por lo tanto depende ontológicamente de Él?! “Autónomo” significa que se da sus propias leyes; es más: que uno mismo es *la ley* moral para sí mismo. Aun más: de hecho, si la ley moral es uno mismo en su propia subjetividad, y por ende así perdiendo toda objetividad, entonces no se trata en susodicha *autonomía* de una verdadera ley moral, sino, en el fondo, una auténtica destrucción o aniquilación de toda moral. Y es que, aunque es verdad que pretender romper el vínculo Creador-creatura es, de hecho, imposible ontológicamente hablando; empero, a nivel existencial o vivencial, este querer y



pretender desligarse de Dios causa una especie de –por así decirlo- *desgarrón metafísico*, es decir se da un daño también a nivel ontológico en esa relación creatura-Creador aunque ésta no desaparezca; esto debido a la rebelión y rechazo de la creatura respecto de su Creador en el mismo ámbito del ser, ya que la esencia no es separable del ser mismo, como la *existencia* –lo ontológico en su dimensión dinámica- no es separable del ser en su sentido creatural más absoluto, porque lo uno no se da sin lo otro, como enseña tanto la metafísica tradicional aristotélico-tomista como la metafísica que busca crear puentes entre aquella metafísica y precisamente la visión metafísico-existencial del tomismo abierto a las aportaciones válidas de la filosofía contemporánea (entendiendo “contemporáneo” por el siglo pasado y lo que va del presente), como pueden ser las propuestas de un Étienne Gilson y Jacques Maritan, o bien de los padres Cornelio Fabro y Leo Elders. En el fondo, eso –ese desgarrón del existente con respecto al *Ser que lo hace ser*, o –para decirlo con el Estagirita en la traducción al latín que de aquél hace el Aquinate- del “*Ipse Esse Subsistens*”²-, en el fondo, decimos, eso es precisamente el pecado, el pecado grave, el pecado consciente y libremente aceptado de la creatura hacia su Creador, *contra* su Creador. Sí, finalmente, el pecado es esa pretendida *falsa autonomía*. Esa falsa autonomía que pretende el mundo. Ese “mundo” al cual se refiere san Juan cuando habla del mismo en sentido negativo, precisamente en esa acepción de separación de la creatura de su Creador del que venimos hablando. Un mundo que busca constantemente erigirse en dueño y señor de sí mismo. Un mundo que se convierte en su Dios, en su Dios para sí; en definitivo, se convierte en lo único que existe y más allá del cual –para decir con Kant- no es permitido esperar, esperar más. Sin embargo, eso no es cierto; no es verdad. La verdad es que, en el fondo, este mundo nuestro no se explica sin un *más allá*, ese otro mundo del más allá del cual nos habla y atestigua la fe cristiana, la fe católica. Ese

mundo que, aunque efectivamente está más allá, en realidad es lo que da consistencia al *más acá*, este nuestro mundo del más acá.

El relativismo moral y su raíz en el desprecio de una metafísica realista del ser

Por eso, volviendo al discurso del Papa Benedicto a los novios, el Papa, refiriéndose al pasaje del Evangelio también de san Juan de las bodas de Caná –el cual, por cierto, escogen muchos novios para la Misa de su boda-, decía: “Falta el vino de la fiesta también a una cultura que tiende a prescindir de criterios morales claros: en la desorientación, cada uno se ve impulsado a moverse de manera individual y autónoma, frecuentemente en el único perímetro del presente. La fragmentación del tejido comunitario se refleja en un relativismo que mella los valores esenciales; la consonancia de sensaciones, de estados de ánimo y de emociones parece más importante que compartir un proyecto de vida”. Muy interesante lo que dice aquí el gran Papa-teólogo, pues es patente hoy día cómo eso que él apunta aquí es totalmente cierto: se da un “relativismo”, pero un relativismo no en cuestiones periférica o de poca monta, sino, como bien dice el Santo Padre, “mella los valores esenciales”; es decir, se trata de un relativismo precisamente moral, pues “tiende a prescindir de criterios morales claros”, y, por supuesto y por lo



²Es decir, *el Ser que es subsistente en sí mismo*, y no en otro, el Ser que es ser por esencia, el ser que no tiene prestado o concedido el ser por otro, por nada ni nadie más, sino que le compete, le corresponde el ser por ser el Ser mismo; ese ser Es Dios mismo; mientras que la creatura, toda creatura, es un ser que tiene el ser no por sí mismo, sino por participación; el ser creatural tiene el ser participado, prestado, por así decirlo, por lo que, de alguna manera, tarde o temprano, ha de dar razón por éste, ha de –por así decirlo- entregar cuentas sobre tal participación.



mismo, objetivos, es decir fundado en *el ser mismo de la persona*, que es donde reside la dignidad más profunda de la misma. Por eso –insistimos– podemos hablar de un “desgarrón ontológico” en verdad, provocado por la misma cultura actual (o mejor debiéramos quizás hablar de *anti-cultura* o *des-cultura*), una cultura que provoca justamente ese *desgarrón* que se manifiesta en eso que indica y expresa también el Papa como “desorientación”, en la que y por la cual –afirma el Papa alemán– “cada uno se ve impulsado a moverse de manera individual y autónoma, frecuentemente en el único perímetro del presente”. Por tanto, al ya grave relativismo se añade esa especie de *instanteanismo* o *momentismo* –vivir el instante en total rompimiento del pasado, y sin prever, o al menos atisbar, las posibles consecuencias de mi actuar en el futuro– en el que muchos de nuestros coetáneos viven su día a día; o mejor –como diría alguien–: *son vividos*. *Son vividos* por el mundo, por el tiempo, por las circunstancias del momento. Y nada más; o poco más.

La fragilidad de la libertad y la banalidad del amor y de la sexualidad actuales

En un *ambiente* cultural tal, y en una pseudo-cultura tal asumida en la propia vida, señala Benedicto XVI, “también las elecciones de fondo se vuelven entonces frágiles, expuestas a una perenne revocabilidad, que a menudo se considera como expresión de libertad, mientras que más bien señala su carencia. Asimismo, pertenece a una cultura carente del vino de la fiesta la aparente exaltación del cuerpo, que en realidad banaliza la sexualidad y tiende a que se viva fuera



de un contexto de comunión de vida y de amor”. Esto a lo que apunta el Papa, en relación al hecho de que las “elecciones de fondo” de la voluntad en realidad se tornan “frágiles” –y nos atreveríamos a ir más allá: más que frágiles, en realidad muchas veces realmente *inexistentes*, ya que tales elecciones no tienen la menor consistencia, ya son tomadas desde una *falsa libertad*, o incluso, como anota el Papa, de una “carencia” de la misma. Y es que la libertad, para ser tal, requiere ser un acto de la voluntad en relación con una conciencia *suficientemente* tal. Porque una voluntad que no *se deriva* de la inteligencia –cuyo objeto es la realidad tal como es, y que es la facultad superior que presenta a esa otra facultad superior que es la voluntad la verdad *en cuanto* bien, que es su objeto propio–, no es una voluntad realizada, o *plenamente* realizada, cuando la inteligencia también ha conocido la verdad asimismo *suficientemente* tal. De ahí esa “perenne revocabilidad” a la que se refiere el Santo Padre. Es decir, en el fondo se trata de decisiones no libres –*decisiones sin libertad*, lo cual acucia una contradicción de fondo–, es decir, *falsas decisiones*. Y tan son falsas, que son siempre –“perennemente”– revocables. Mientras que precisamente la voluntad expresada en las promesas o votos de los novios en el momento de hacerse el uno al otro *esposos*, de convertirse el uno al otro en esposa y esposo, en ese mismo momento en realidad la voluntad no *se realiza*, precisamente porque tales decisiones no están, o mejor dicho: son *carentes de libertad*, sino que son también *carentes de conciencia* del propio acto, por cuanto venimos diciendo. Y hemos de recordar que la conciencia no es sino el conocimiento de sí mismo; ser conscientes significa conocer algo de lo cual son sujeto conocedor y/o sujeto actor. En este caso se trata del segundo caso: conocer *suficientemente* lo que hago, lo que estoy haciendo, lo que estoy llevando a cabo. En definitiva, la *carencia de conciencia* lleva a esa *carencia de libertad* a la que se refiere aquí el Papa. Por tanto, no se trata de una libertad obligada o coaccionada *desde fuera*, sino de una libertad insuficiente *desde dentro*, pues lo que aquí falta es –podríamos decir– la *guía de la libertad*, que es precisamente la conciencia. Es decir, falta la *complementación* y *armonía* debidas entre las dos facultades superiores de la persona,



que son precisamente la inteligencia y la voluntad, que es donde residen la consciencia y la capacidad de ser libres respectivamente³.

La fragmentación de la persona en sí misma y en su dimensión comunitaria

El Papa también señala un mal que aqueja a nuestra cultura ya desde hace mucho tiempo, y que, de hecho, hecha sus raíces en la *fragmentación* –término que el mismo Pontífice utiliza en su explicación del hecho, aunque él lo aplica en concreto a la dimensión *comunitaria*; sin embargo, supone ese alcance más amplio, a toda la persona humana en cuanto fragmentada-, y ese mal es el que define de manera experiencial cuando dice que “la consonancia de sensaciones, de estados de ánimo y de emociones parece más importante que compartir un proyecto

de vida”. “Consonancia”: es decir, el hecho de que, en primer lugar, sólo se está abierto, se aceptan y se buscan aquellas “sensaciones”, “estados de ánimo” y “emociones” que estén en *consonancia* con el querer y gusto del sujeto y sin ninguna relación a un orden objetivo de las cosas; ni siquiera a un orden objetivo en la persona humana misma. Así es, en buena medida el hombre actual vive más de sensaciones y emociones, de gustos y caprichos hedonistas que de principios objetivos que dicen *relación a la realidad* objetivo de su ser integral material-espiritual; para decirlo según la terminología aristotélico-tomistas: de su ser una *unidad sustancial cuerpo-alma*. Es lo que podíamos denominar como la *humanidad de los sentidos*, y no tanto de las facultades superiores inteligencia y voluntad. Ahora bien, lo más grave y delicado es el hecho de que el hombre deje de vivir según su dimensión superior, es decir precisamente el vivir según su inteligencia y voluntad, y se quede en un nivel tan sólo de alguna manera humanizado –es decir las facultades y sentidos inferiores influenciados por esa *parte alta del alma*, para decirlo con san Agustín-, mas no plenamente humano en cuanto tal. Aquí aludimos a aquella distinción que la moral cristiana clásica hace entre los “actos humanos” y los “actos del hombre”.

El rechazo del hombre del hombre como misterio y de su dimensión espiritual

Mas volviendo a la “fragmentación” progresiva en la

³En ese sentido de lo que venimos hablando respecto a las facultades superiores en el hombre, y de cómo existe un dinamismo intrínseco entre las mismas, pues ambas se necesitan y condicionan la una a la otra, al mismo tiempo que hace ver cómo lo humano no basta en el matrimonio –y precisamente ha sido este elevado a sacramento por el mismo Jesucristo-, es por demás ilustrativo un pasaje del conocido drama conocido sólo como “El taller del orfebre”, pero cuyo título completo en polaco en realidad es “El taller del orfebre, meditación sobre el sacramento del matrimonio expresada a veces en forma de drama” (en polaco: “Przed sklepem jubitera, medytacja o sakramencie małżeństwa przechodząca chwilami w dramat”), escrita en 1956 por Karol Józef Wojtyła, el futuro Papa Juan Pablo II, y publicada en Polonia por la revista Znak en 1960 y firmada con el seudónimo de Andrzej Jawień, obra que, en efecto, trata de sobre el amor y el matrimonio a través de la historia de tres parejas; refiriéndose a una de éstas, en este caso a Andrés y Teresa, escribía allí Wojtyła, de forma genial (traducción del italiano al español retocada por nosotros):

“El amor, el amor vibra en las sienas; El amor en la mente se convierte en pensamiento y voluntad: voluntad de Teresa de estar en Andrés, voluntad de Andrés de estar en Teresa. Es extraño, pero necesario, el alejarse un poco del otro. Porque el hombre no puede durar en el otro sin fin, pues el hombre no basta. ¿Cómo lograrlo, Teresa, cómo quedarse en Andrés para siempre?

¿Cómo lograrlo, Andrés, cómo quedarse para siempre en Teresa?

¿Cómo lograrlo si el hombre no puede durar en el otro, si el hombre no basta?”.



concepción misma del hombre, y la vida de éste como consecuencia, en efecto, el haber querido penetrar el misterio de la persona humana juntamente con sus capacidades, pero sin respetar el *misterio mismo del hombre*, sobre todo a partir de Descartes en adelante –en efecto, fue él quien comenzó por así decirlo *formalmente* la fragmentación del hombre a partir de la distinción entre “*res extensa*” y la “*res cogitans*” y poniendo el “*Cogito*” por encima del ser mismo: “*Cogito, ergo sum*”, haciendo que la mente humana rija al ser, en lugar de que sea el ser el que rija a la mente humana y, por lo tanto, poniendo así los presupuestos para el idealismo moderno-, fragmentación que alcanza su *estructuración* y supuesta justificación con Kant –*fragmentación apriorística*, por cierto, para decirlo con el mismo filósofo de Königsberg- primero, y logra su absolutización con Hegel en el idealismo absoluto después–por más que éste quisiera reconciliar a los contrarios con su esquema tesis-antítesis-síntesis-; el haber pretendido, decimos, *explicar* el hombre pero sin conceder el espacio al misterio que en sí encierra a partir de su propia trascendencia y sobre todo desde su *tendencia natural e intencionalidad que le es propia* hacia la Trascendencia con mayúsculas, ello llevó a concebir a la persona –para decirlo con Gabriel Marcel- como un “problema”, en lugar de aceptarla –aceptarse- como eso: como un “misterio”. Y ya que nos referimos al filósofo representante del así llamado “existencialismo cristiano” –aunque él siempre rechazó tal denominación para su propuesta filosófica; en todo caso prefería ser clasificado como un “socratismo cristiano”-, es interesante el hecho de que, una vez convertido al catolicismo, el “filósofo de la esperanza” expresaba con gran determinación y convicción que la *dignidad humana*, de la cual se comenzaba a ya hablar en su tiempo, no podía tener como fundamento y sostén último aquello que la misma Palabra de Dios señala como tal: el ser *imago Dei*, imagen de Dios. Sí, el racionalismo y empirismo de la filosofía moderna –y contemporánea-, y con los cuales lidiaron –y han lidiado- los pensadores hijos de su tiempo, no pueden alcanzar su reconciliación si no aceptan el misterio que encierran tanto el *conocer* como el mismo *ser* del hombre, de la persona



humana, en cuanto *imagen de Dios*. De hecho, se puede decir que es a ello, al fin de cuentas, a lo que apunta toda la reflexión marceliana, centrada –ella sí– en la realidad de la persona humana como “misterio” trascendente, y misterio por el cual trasciende a sí misma, o mejor: *es trascendida más allá de ella misma* por Aquel que es su Fuente y Origen, así como su Sostén en el ser y Meta, Destino y Fin de su existencia y de su mismo ser, el cual no puede ser sino Dios mismo. En ese sentido, las reflexiones y conclusiones de Marcel en su texto “La dignidad humana y sus matrices existenciales” –“*La dignité humaine et ses axes existentielles*”⁴-, obra en la cual combina, como acostumbraba el filósofo, sus reflexiones y conclusiones filosóficas con extractos de sus obras de teatro –que para él es incluso un medio más apto para hacer ver precisamente ese “misterio” que es el hombre en sus dimensiones más profundas (“matrices existenciales”: don, amor, esperanza, fidelidad –fe-, disponibilidad, intersubjetividad –matrimonio, paternidad, familia-,...), pero al mismo tiempo más profundamente evidentes, por así decirlo.

El falso vivir de sensaciones y emociones y sin Dios, sin origen y sin destino

Pero volvamos a Benedicto XVI. Eso que dice el Papa sobre cómo hoy pareciera más importante y prioritario el buscar sea “consonancia de sensaciones, de estados de ánimo y de emociones” que el hecho de “compartir un proyecto de vida” es algo que en sí mismo es muy delicado, gravísimo. Y quizás –y quizás

⁴Aubier Montaigne, Paris 1964.



sin el quizás- reside en ello, en buena medida, además de la "fragmentación" hodierna generalizada del hombre, de la sociedad, y de todo lo humano, una de las causas principales de porqué los matrimonios no perseveran, no *duran*; o quizás mejor: simplemente *no son*. "No duran": la imagen es muy plástica: no son sólidos, no tienen consistencia. Para decirlo con el sociólogo-filósofo Zigmunt Bauman, el matrimonio hoy pareciera "líquido"; o si se prefiere, con la terminología hermana de la ideología de género –denominada simplemente como el "Gender"-: "fluido". Sí, así es, hoy el matrimonio, al igual que la persona humana, pareciera un "fluido" que va y viene, sin referente, sin "puntos firmes" –diría Von Balthasar-, sin cauce. Eso: un río sin canal, sin camino, sin orden, sin meta, sin sentido; un río literalmente, como se suele decir, "salido de madre", *fuera de madre, fuera de su propio ser*. Para nuestro caso: un hombre sin Dios, sin Padre, sin origen, sin sostén, sin piso; sin principio y sin fin; sin ese Dios que es justamente la Fuente y el Origen de su mismo ser, pues es Principio de todo, como decíamos ya antes; sin esa fuerza que, sin embargo, es el Sostén de su ser mismo; sin ese Destino y Fin Último de su ser, que es por ello el sentido último, absoluto y total de su ser y de su existencia.

Mas, sin todo ello que venimos diciendo, ¿cómo es posible que una persona humana, una simple y sencilla persona humana, con todos sus límites, fragilidades y contradicciones, con todo lo que de luz encierra en sí misma, pero también de oscuridad, pueda *disponer con totalidad de sí misma*, pueda *darse definitivamente a sí misma* a otra persona?! ¿Cómo es posible que se pueda dar totalmente y absolutamente, para siempre, a otro ser humano, sí complementario y *hecho para ello* (cfr. Gen 1, 26-28; 2, 18-24), pero igual de limitado y frágil que él (ella) y que también tiene sus propias contradicciones, si no fuera porque Dios le permite, le autoriza, *desde su ser mismo*, hacer semejante cosa enorme?! Porque sí, sólo *en, con y desde* Dios un ser finito y contingente puede en verdad disponer de sí mismo con esa totalidad y absolutez como exige el matrimonio –y sobre todo el matrimonio en Dios mismos, que es precisamente el matrimonio cristiano- y darse, con



esa misma totalidad y absolutez a otro. Por tanto, en última instancia, ya el mismo simple matrimonio natural –"simple" no en el sentido de que sea insignificante o en sí mismo grande y respetable, sino para decir que el matrimonio-sacramento en verdad que eleva la realidad natural a un nivel sobrenatural, además de convertirse así el matrimonio en medio de santificación (es decir verdadera "divinización", para decirlo con los Padres de la Iglesia, sobre todo los Griegos)- es ya en sí –debiera serlo- total, absoluto y para toda la vida, si es que queremos ser respetuosos de la dignidad y valor del ser humano, y de sus facultades superiores, de las cuales hablábamos antes, es decir: su capacidad de conocer la verdad, y también la Verdad Completa que es Dios, por el don de la facultad inteligencia, y la capacidad de tomar decisiones libres y amar, por la don de la facultad de la voluntad, es decir por el don de la libertad.

Afrontar los desafíos con valor, fe, esperanza y confianza en el amor de Dios

Ahora bien, después de anotar los retos, mismos que nos hemos permitido comentar, el Papa interpelaba a los novios invitándolos a afrontar esas dificultades y adversidades de nuestro mundo y cultura actuales con fe y esperanza en Dios: "Queridos jóvenes, ¡no tengáis miedo de afrontar estos desafíos! No perdáis nunca la esperanza. Tened valor, también en las dificultades, permaneciendo firmes en la fe. Estad seguros de que, en toda circunstancia, sois amados y estáis custodiados por el amor de Dios, que es nuestra fuerza. Dios es bueno". ¡Qué manera de hablar a



los novios y motivarlos a vivir y permanecer en esa confianza total en Dios! Qué manera de transmitir lo que, como bien sabemos, vivía en primera persona este gran Papa que hace muy poco entraba – seguramente así es y así lo volvemos a pedir a Dios, Nuestro Señor- en la vida eterna, al escuchar de boca de su amado Maestro: “¡Ven, siervo fiel y prudente, entra en el gozo de tu Señor!”. Por eso decimos que este discurso de este gran Papa constituye un verdadero *testamento teológico-espiritual* para los novios católicos; y, en general, cuanto aquí dice el Papa vale en realidad para todo joven, más allá de si esté en situación de noviazgo o no, sea o no su vocación el matrimonio, ya que este mensaje de Benedicto XVI encierra una enseñanza profunda y duradera sea cual sea el estado de vida al que Dios llame a los jóvenes y éstos sientan, escojan y decidan seguir. Por lo demás, más allá de la belleza del anuncio del Papa a los novios, en él se vuelve a mostrar algo tan característico de él, además de su gran agudeza y capacidad de análisis de la cultura en general y de las situaciones humanas: su gran sinceridad para no esconder los graves peligros de las ideologías y de las falsas promesas del mundo, por una parte, y, por otra, como decimos, su capacidad para siempre presentar la fe sólida y perenne de la Iglesia, la esperanza siempre cierta que nos hace *estar seguros de que, en toda circunstancia, somos amados y custodiados por el amor de Dios, que es nuestra fuerza*. Y todo ello por la sencilla y absoluta verdad de que *Dios es bueno*. “Dios es bueno”: he ahí, al final de cuentas, la última, fundamental, y en realidad única verdad que resume y rezuma toda nuestra fe cristiana.

Después de dejar esa verdad primera bien asentada como fundamento, Benedicto XVI pasaba después a ofrecer a los novios medios muy concretos y realistas para poder basar y afianzar su amor y hacer de este un verdadero “proyecto de vida”, en lugar de fundamentar –que en realidad es un *no-fundamentar*- su relación sólo en meras “sensaciones”, “estados de ánimo” inconsistentes, y “emociones” fútiles y superficiales. Dirá el Papa, comentando el pasaje de las bodas de Caná (cfr. Jn 1,11), primer milagro de Cristo –y es muy significativo que el Señor haya elegido precisamente unas bodas para comenzar sus “signos” (como llama el Evangelista apóstol amado a los milagros)-: “Por esto es importante que el encuentro con Dios, sobre todo en la oración personal y comunitaria, sea constante, fiel, precisamente como es el camino de vuestro amor: amar a Dios y sentir que él me ama. ¡Nada nos puede separar del amor de Dios! Estad seguros, además, de que también la Iglesia está cerca de vosotros, os sostiene, no cesa de miraros con gran confianza. Ella sabe que tenéis sed de valores, los valores verdaderos, sobre lo que vale la pena construir vuestra casa. El valor de la fe, de la persona, de la familia, de las relaciones humanas, de la justicia. No os desaniméis ante las carencias que parecen apagar la alegría en la mesa de la vida. En las bodas de Caná, cuando falta el vino, María invitó a los sirvientes a dirigirse a Jesús y les dio una indicación precisa: «Haced lo que él os diga» (Jn 2,5). Atesorad estas palabras, las últimas de María citadas en los Evangelios, casi su testamento espiritual, y tendréis siempre la alegría de la fiesta: ¡Jesús es el vino de la fiesta!”. Y aquí el Papa Ratzinger vuelve al fundamento, vuelve a Dios. Y por eso invita a los novios a nunca dejar el “encuentro con Dios” por medio de “la oración personal y comunitaria”, la cual ha de ser “constante” y “fiel”, como, de hecho –les dice el Santo Padre- “es el camino de vuestro amor”. Y es interesante que, a pesar de lo que ha dicho sobre el peligro de quedarse en el noviazgo en un nivel sólo *emocional* y *sentimental*, en un nivel afectivo no profundo, a pesar de ello aquí les hace ver que el “amar a Dios” no excluye el “sentir que él me ama”, dice el Pontífice, sino que van unidos. Y es que el amor es algo que toca a toda la persona, que tiene que ver con toda la persona, con todas sus



dimensiones: física, psíquica y netamente espiritual. Y el Papa, parafraseando a san Pablo, dirá: “¡Nada nos puede separar del amor de Dios!”. ¡Nada! En cambio, como bien sabemos por experiencia personal, cuando nos alejamos nosotros de Él –porque, sí, Él nunca se separa de nosotros, sino que nosotros nos separamos de Él- entonces comienzan nuestros problemas, porque separarnos de Dios significa al mismo tiempo encerrarnos –o, mejor dicho: ahogarnos- en nosotros mismos, en nuestros problemas y dificultades, en nuestros miedos y complejos, en definitiva, en nuestros egoísmos, en los pecados capitales y en la omisión.

La Iglesia valora y confía en los novios y los acompaña en su camino de amor

Pero no sólo está Dios cercano a los novios –como lo está a cada uno de nosotros-, sino que lo está por medio de la Iglesia, que es Su Iglesia, Esposa de Cristo. Por eso el Santo Padre proseguirá diciendo: “Estad seguros, además, de que también la Iglesia está cerca de vosotros, os sostiene, no cesa de miraros con gran confianza. Ella sabe que tenéis sed de valores, los valores verdaderos, sobre lo que vale la pena construir vuestra casa”. Esto que anota aquí el Papa nos parece que es de suma importancia no sólo para los novios, sino para nosotros sacerdotes como pastores de almas. En primer lugar, el Papa les asegura a los novios que “la Iglesia está cercana” a ellos; nos podemos preguntar si esto de verdad es así por lo que compete a cada uno de nosotros sacerdotes. Por lo que hemos de preguntarnos cuánto de nuestro ministerio, de nuestro tiempo y energías e intereses dedicamos a los novios: a promover un verdadero noviazgo cristiano entre nuestros fieles, a acompañarlos personalmente, en la medida de los posible, a preocuparnos y ocuparnos para que, desde nuestra parroquia, grupo o movimiento eclesial, se organicen y se impartan cursos prematrimoniales de calidad. En pocas palabras hemos de preguntarnos si en verdad tenemos el amor humano, el matrimonio y la familia como prioridad en la lista de nuestros deberes y quehaceres como líderes espirituales del pueblo de Dios. Quizás baste revisar cuánto de nuestro tiempo ocupan estas realidades sagradas en nuestro día a día.



El Papa continuaba su discurso buscando hacer que los novios tomaran consciencia de la importancia de ese periodo de la vida en que se encontraban de cara a percibir y valorar los grandes registros de la vida, esas “matrices existenciales” –para retomar ese término de Gabriel Marcel- fundante y esenciales de la vida humana y cristiana. Les decía el Santo Padre: “Como novios estáis viviendo una época única que abre a la maravilla del encuentro y permite descubrir la belleza de existir y de ser valiosos para alguien, de poderos decir recíprocamente: tú eres importante para mí. Vivid con intensidad, gradualidad y verdad este camino”. Mas, como indica el mismo Papa, en ese descubrir al otro como persona y como posible objeto de mi amor para toda la vida, y viceversa, existe el peligro de renunciar a alcanzar la fuente de ese amor naciente y creciente, que es el mismo Dios, que, como enseña san Juan en su primera carta, es amor, es El Amor mismo (cfr. 1 Jn 4,6); eso por una parte, pero, por otra, también se puede dar el otro peligro de quedarse encerrados en su amor de novios –y también después ya como esposos-, sin irradiar ese amor a su alrededor. Por eso, acto seguido decía el Vicario de Cristo: “No renunciéis a perseguir un ideal alto de amor, reflejo y testimonio del amor de Dios. ¿Pero cómo vivir esta etapa de vuestra vida, testimoniar el amor en la comunidad? Deseo deciros ante todo que evitéis cerraros en relaciones intimistas, falsamente tranquilizadoras; haced más bien que vuestra relación se convierta en levadura de una presencia activa y responsable en la comunidad. No olvidéis, además, que, para ser auténtico, también el amor requiere un camino de maduración: a partir de la atracción inicial



y de «sentirse bien» con el otro, educaos a «querer bien» al otro, a «querer el bien» del otro. El amor vive de gratuidad, de sacrificio de uno mismo, de perdón y de respeto del otro". Por tanto, pasar del ese solo "sentirse bien" al "querer bien" al otro, y más allá de ello, al "querer el bien" del otro; y a partir de allí, ya no sólo *querer al otro* y *querer el bien del otro*, novio o novia, sino eso: irradiar, ampliar ese amor que nace en la relación entre hombre y mujer hacia los demás, comenzando por los más cercanos en la propia "comunidad", como apunta el Santo Padre. Eso es verdaderamente *crecer en el amor*. Porque el amor, como enseña san Pablo, "no tiene límites" (cfr. 1 Cor 13,17).

El amor humano –de todo amor humano- es "signo" del Amor Eterno de Dios

Ahora bien, no sólo el amor humano ha de crecer hacia ese *amor sin límites* que es el Amor Divino, sino que, de hecho, todo amor humano tiene su origen en aquél, o, como dirá el Papa, es "signo" del Amor de Dios. Y al hacer ver esto, Benedicto XVI indica lo específico del amor humano cristiano en cuanto sacramento, es decir como *medio de santificación y salvación*: "Queridos amigos, todo amor humano es signo del Amor eterno que nos ha creado y cuya gracia santifica la elección de un hombre y de una mujer de entregarse recíprocamente la vida en el matrimonio". Ahora bien, esa dimensión alta, grande, divina del matrimonio no quita en absoluto peso a la importancia de la dimensión humana del

mismo, para nada; al contrario, la supone, requiere y exige con mayor razón. Por ello, el Santo Padre bajaba a los detalles humanos de la relación esponsal a la que prepara la relación de noviazgo que cuida precisamente todos esos aspectos en la dimensión más humana de la misma. Es por eso que el Papa también invitaba a los novios a vivir "este tiempo del noviazgo en la espera confiada de tal don [el don del sacramento del matrimonio], que hay que acoger recorriendo un camino de conocimiento, de respeto, de atenciones que jamás debéis perder: sólo con esta condición el lenguaje del amor seguirá siendo significativo también con el paso de los años". "Lenguaje del amor": en efecto, de un tiempo para acá se habla "lenguaje" o incluso de "lenguajes" del amor⁵. Pero, como en todo, este gran pensador, filósofo de la religión y teólogo que ha sido Benedicto XVI, es, al mismo tiempo que elevado y profundo,



⁵Cfr. El best-seller por muchos años "The Five Love Languages" de Gary Chapman, Unilit, Medeley 1992; edición en castellano: "Los cinco lenguajes del amor", Unilit, Medeley 2017 –edición revisada-.

⁶En cambio, para la tradición aristotélico-tomista la concepción es más bien dual (mas no dualista); es decir, en esta se habla de cuerpo-alma, evidentemente entendiendo el elemento "alma" como espiritual. En el fondo, ambas concepciones coinciden, más en la expresión difieren, como anotamos, en que una es tripartita –o, mejor dicho: tridimensional, dado que no es que se trate de "partes", sino de eso: dimensiones, o en todo caso componentes que, unidos en una unidad substancial, son ese ser-, y otra es eso: dual. Nosotros creemos que el utilizar el formato agustiniano puede ayudar de alguna manera a ubicar mejor las diversas dimensiones de ser en el hombre, ya que podemos así distinguir mejor entre el nivel meramente psíquico del ser humano respecto al nivel realmente espiritual de la persona humana, que es donde podemos ubicar más específicamente las *operaciones espirituales*, que se desprenden del contacto y unión del alma con Dios. Se trata aquí, en definitiva, de eso que algunos teólogos y/o místicos denominan como el "fondo del alma", o bien "la parte más alta del alma", la parte más elevada, precisamente es elevada en y por Dios en la misma relación con Él. Es de ello que se habla cuando san Pablo, al invitar a los fieles de Corinto –que vivían desenfrenadamente en el campo de la lujuria- a vivir en pureza, les cuestiona: "¿No saben que son templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en ustedes? [...] El templo de Dios, el cual son ustedes, es santo" (1 Cor 3, 16-17).



práctico y concreto, y por esos detalles o aspectos específicos del amor humano los menciona, y, nos parece, escogiendo los esenciales, por una parte, y, por otra, nominándolos en orden de importancia, es decir “conocimiento”, “respeto” y “atenciones”.

Elementos humanos del amor cristiano: “conocimiento, respeto y atenciones”

“Conocimiento” porque es la base del amor: “nadie ama lo que no conoce”, afirma el proverbio. Es este sentido, es interesante el hecho de que, como es sabido, en la cultura semítica la palabra para indicar la relación íntima, sexual, entre los esposos, se designe con la palabra “conocer”, o bien con otros verbos que de cualquier manera tienen la misma raíz: conocer. Y es que el conocer más profundo, en efecto, es el acto en el que dos seres humanos complementarios, hombre y mujer, se encuentran y se poseen en el acto conyugal, que ha de ser precisamente un encuentro en cuerpo, alma y espíritu –para decirlo con la tríade de corte agustiniano⁶, y como, de hecho, expresaba ya san Pablo antes de san Agustín (cfr. 1 Tes 5,23)-. “Conocimiento”: eso es lo que justamente falta hoy, más que antes, en las relaciones entre novios, e incluso entre esposos. La dimensión de la inteligencia, en general, brilla por su ausencia. Hoy se habla tanto de la tan renombrada y llevada y traída “inteligencia emocional”, y se le da una importancia quizás desmedida, no así a la inteligencia *tout court*. En efecto, como ya decía Benedicto XVI en este discurso que venimos comentando, en la cultura hodierna la prioridad la tienen las “sensaciones”, los “estados de

ánimo”, en definitiva, eso: las emociones. Mas –y como también antes ya anotábamos- todo ello conforma no el nivel superior de nuestra racionalidad y de nuestro ser libres, sino que constituye un nivel inferior al de las facultades superiores en el ser humano, que es donde reside precisamente el conocer, el verdadero conocer, el conocer cierto y completo, aunque siempre limitado y en cierta medida siempre contingente también si lo referimos al conocimiento perfecto que de nosotros tiene el mismo Dios, ya que, de hecho, Él, Dios, es “más íntimo a nosotros mismos que nosotros mismos” (“*interior intimo meo et superior summo meo*”: Confesiones, III, 6, 11), como enseña san Agustín, por lo que el mismo gran Doctor de la Gracia de la Iglesia expresará la necesidad de la Gracia de Dios para poder conocernos debidamente y en la justa medida mediante aquella conocida plegaria que eleva a Dios en sus soliloquios de juventud: “¡Señor, haz que te conozca, haz que me conozca!” (Soliloquios II, 1,1: “*Noverim Te, noverim me*”). En fin, qué importante enseñar a los novios la necesidad del conocimiento mutuo, comenzando por el conocimiento de sí mismos que han de ir logrando cada uno en lo individual, en orden a amarse de verdad y crecer en el amor; e, insistimos, es necesario conocerse en profundidad, *conocerse el alma*. Pero tal parece que lo que hoy se conoce menos entre los novios es precisamente eso: el alma.

Y hablando precisamente de la necesidad de que los novios se conozcan *en el alma* –y se conozcan el alma misma!- y no sólo *en el cuerpo*, de que se conozcan por medio de las facultades superiores (inteligencia y voluntad) y no sólo a través de las facultades inferiores (afecto, sentimiento y emociones), viene muy a cuento aquí André Frossard, ese gran converso al catolicismo en su juventud, extraordinario periodista y escritor, maestro de la ironía, pero sobre todo amigo de la verdad, y gran amigo de Juan Pablo II como persona y como Papa, amante y defensor suyo; de hecho, uno de sus libros, en el que defendía al Papa Juan Pablo y esa su gran encíclica sobre moral, “*Veritatis splendor*” (1993) –la cual disgustó mucho a los progresistas y modernistas contemporáneos a ella (y que persisten hoy en la Iglesia y con mucha fuerza e influencia), pues la atacaron incluso antes de ser publicada-,





lleva por título "En defensa del Papa"⁷. Este genial polemista también escribió mucho sobre el hombre, sobre la historia de las ideas y de las ideologías. En otro de sus libros, "Preguntas sobre Dios"⁸ –y que es compañero de otro cuyo título es "Preguntas sobre el hombre"⁹– en el que aborda –de forma verdaderamente magistral– temas humanos, y que parte de una serie de preguntas que le hicieran muchos jóvenes –al parecer en alguna encerrona con ellos–, tocó entre otros muchos, el tema del amor humano y del matrimonio, así como el de la familia. En uno de los capítulos, que lleva por título: "¿Cómo se sabe que se ama?", hablando del noviazgo, con su típico estilo claro, ingenioso y sanadoramente hiriente, escribe: "Contrariamente a lo que permitiría suponer el estado de las costumbres, es el alma apenas entrevista la que seduce en primer lugar, y los émulos del marqués de Sade lo saben muy bien, cuando se esfuerzan por hacerla desaparecer [el alma] utilizando los medios más innobles, con la contradictoria intención oculta de destruirla y probarse así que no existe. Si, como nosotros creemos, el alma va por delante, el primer sentimiento será entonces la admiración, que no surge sin un profundo respeto, muy parecido al arrobamiento, porque no se admira nada sin experimentar más o menos confusamente la necesidad de agradecer, de dar las gracias una y otra vez. Por esta razón, aunque se sepa perfectamente que se ha generalizado el procedimiento inverso y

que se deja a ciegas a los unos contra los otros sin pasar por la más breve fase contemplativa, yo os diré con toda serenidad que reconoceréis el amor en que el ser que tenéis delante y que os seduce es, ante todo, una obra maestra de Dios". Y añadirá Frossard con fuerza poética, metafísica y espiritual: "Y esa evidencia permanecerá, sean cuales sean los golpes de la edad y de la vida; porque todo lo que un ser pierde en su lucha contra el tiempo lo gana en eternidad". Y el autor concluye diciendo con gran convicción y verdad: "El amor verdadero es totalmente indestructible [...] es un sentimiento que no procede de la tierra"¹⁰. Así es, puesto que el amor, el amor verdadero y auténtico, es participación del Amor Eterno de Dios, que es el Amor mismo, que es El Amor. Porque "Dios Es Amor" (1 Jn 4,8b). Mas no hay que olvidar que el amor reside, sobre todo, en el alma.

Ahora bien, en ese mismo libro, en el capítulo siguiente, que lleva por título "¿Por qué casarse?", y siendo aun más explícito sobre el tema de la relación del alma y el cuerpo y sobre cuál de ambos tiene la precedencia sobre el otro, escribe también Frossard de manera realmente lúcida: "Si es el cuerpo el que ocupa el papel principal en el amor, hay grandes posibilidades de que ése [el amor] se degrade con él [el cuerpo] y que lo que comenzó en deseo termine en aversión. Si, por el contrario, como nosotros creemos, [...] lo primero es el alma –esta misteriosa expresión, conmovedora y brillante, de la persona–, el amor durará entonces como ella, incluso irá más allá de lo que pueda alcanzar el cuerpo, y las arrugas serán como preciosos surcos de una pena compartida; el amor fiel a su principio divino no acabará más que en él [en su principio divino], y la edad no hará más que remozarlo [renovar]; y esto es tan verdad porque sólo hay un medio de permanecer joven, que es ser eterno. El matrimonio cristiano es una apuesta sobre lo absoluto, y, para ganarla, hay que darse entero, sin reservarse nada de sí mismo. Y ahí está, sin duda, la razón de que se apueste menos desde hace algún tiempo".

⁷ "Défense du Pape", Fayard, Paris 1993.

⁸Rialp, Madrid 1991 (el original es: "Dieu en question", Desclée de Brower y Stock/Laurence Pernoud, Paris 1990).

⁹Rialp, Madrid 1994 (el original es: "L'homme en questions", Stock, Paris 1993).

¹⁰"Preguntas sobre Dios", Rialp, Madrid 1991, 123.



Y dado que esto lo dice Frossard en el contexto de una impugnación y rechazo del así mal dicho “amor libre”, finalizará su pensamiento, apuntando al amor verdadero dentro del matrimonio auténtico, ese en el cual dos personas complementarias, varón y mujer, se dan, se regalan, se entregan de forma definitiva, para siempre, en el mismo momento en que se convierten en “una sola carne” (Gen 2,24; Mt 10,8; Mc 10,8; Ef 5,31), es decir cuando *llegan a ser una sola realidad* –o como también se traduce tal expresión: “una sola cosa”. Concluye pues, así, Frossard: “El matrimonio no produce dos prisioneros, sino una libertad en dos personas. Se puede afirmar que [esto] se ha conseguido cuando, tras cumplir el compromiso inicial y convertir la unión en algo natural, los esposos no tiene ni siquiera la impresión de estar casados”¹¹. ¿En qué sentido esto? En el sentido de que no se sienten atados tanto *por un “compromiso”*, es decir *por obligación*, sino que *están allí, siguen allí*, juntos, sólo, exclusiva y únicamente *por amor, por puro amor y por amor puro*. Y quizás podríamos pensar que detrás de esa expresión tan fuerte en la que se contraponen la libertad al estar privado de la libertad, está la propia experiencia de Frossard en los campos den que Frossard Pero volvamos al discurso de Benedicto XVI.

“Respeto”, decía también el Santo Padre. En efecto, no hay amor sin respeto. A este respecto, recuerdo cómo en una ocasión en que celebraba una Eucaristía en ocasión de 60 años de matrimonio de una pareja extraordinaria –unos esposos muy cristianos y de gran fe, pero al mismo tiempo de grandes valores humanos, comenzando por los de la humildad y la sencillez, además de la exquisita simpatía que poseían ambos-, me encontraba ya adentrado en la homilía, hablando de los grandes valores del matrimonio como el amor incondicional, la fidelidad sin límites, la sinceridad a toda prueba... Y de repente, veo que el señor levanta la mano, en señal de que quería decir algo, por lo que no me quedó otra que darle la palabra. Entonces, él sólo dijo: “respeto, padre, respeto”. Es decir, yo que me regodeaba al enlistar todas esas grandes virtudes –que, sin duda, son elementos también esenciales del



matrimonio, por supuesto-, este buen hombre, que sí sabía de vivir en matrimonio –¡después de 60 años, cómo no iba a ser así!-, este buen hombre me venía a recordar que faltaba en mi sermón lo verdaderamente básico de lo esencial: el respeto. Y es que sin respeto no hay ni amor ni puede éste crecer en la relación matrimonial, porque el respeto es valor esencial como decimos, pero es esencial en cuanto *mínimum* necesario, es decir una verdadera *conditio sine qua non*; eso: un “lenguaje del amor”, pero un lenguaje *básico, primordial, fundamental*. Y es que es verdad, pues cuantos rompimientos matrimoniales comienzan precisamente por ahí: por perderse el respeto, sea de parte de uno de los esposos hacia el otro, sea mutuamente. Y es interesante atender al significado del “respeto”, el cual encierra “veneración, aprecio y reconocimiento por una persona o cosa” –como bien dicen algunos diccionarios-. Es decir “respeto” significa no sólo no herir la dignidad del otro, lo cual encierra una acción en negativo, un *no-hacer*, sino que respetar a alguien significa mucho más: quiere decir venerarlo(a) y apreciarlo(a), tener una especial deferencia hacia esa persona, en positivo. Por otra parte, si atendemos a la etimología, es interesante que según el latín la palabra “*respectus*” se traduce por “atención”, “consideración”, pero literalmente significa en realidad “mirar de nuevo”; de allí que algo, y sobre todo alguien, que amerita una *segunda mirada*, sea precisamente algo o alguien *de respeto*, algo, y sobre todo alguien, que ha de ser respetado.

¹¹bid., 127-128.



“Atenciones”: de hecho, como veíamos aquí arriba, el diccionario incluía el concepto dentro del otro de “respeto”. Mas la “atención” o “atenciones” dice algo más que respeto, puesto que se puede ser respetuoso sin ser especialmente atento. Las “atenciones” que se pueden prodigar –que se han de prodigar- a otra persona tienen que ver con la *delicadeza*, con la *finura*, y el ser delicados y finos con una persona dice más bien relación a un *extra*, por así decir. Se trata de una especial *dedicación* hacia esa persona. Por lo tanto, aunque es verdad que el “respeto” de alguna manera ya incluye las “atenciones”, éstas dicen en realidad algo más, mucho más; tienen que ver más con el concepto de amabilidad. Ahora bien, en el caso del amor esponsal, o el amor que se prepara a convertirse en tal –que es el caso del amor durante el noviazgo-, esta “amabilidad” ciertamente especial, porque se trata de un amor de totalidad, de incondicionalidad y que, una vez ofrecido y recibido –aceptado- es absoluto; o así es ya en el matrimonio, o, decimos, se prepara a ser tal. Por ende, esa amabilidad no es aquí sólo una virtud humana –y en todo caso también cristiana en cuanto conlleva una especial carga de amor-, sino que es un amor dirigido a ser íntegro, integral, total y para siempre. Y cuando aquí decimos “íntegro” nos referimos específicamente al tema ético y moral, el cual encierra sí el respeto, pero también y sobre todo la fidelidad; en este caso una fidelidad plena, total y absoluta al mismo tiempo, el concepto de *integridad* engloba el de lealtad, pero también otros más básicos como verdad, transparencia, sinceridad, honradez, cabalidad. Por otro lado, cuando aquí hablamos de que el amor esponsal –o que se prepara a serlo- es “integral”, queremos decir que el amor matrimonial abarca la *integralidad* de la persona, es decir todas sus dimensiones o niveles de ser: cuerpo, alma y espíritu, como ya anotábamos más arriba. En definitiva, las “atenciones” tienen que ver con los “detalles”. Recuerdo el caso de una señora a quien conocía, una excelente cristiana, esposa y madre, y a la cual me encontré fuera de una iglesia, ella salía de Misa y yo llegaba a celebrar otra. La vi, nos saludamos, y como le vi el rostro desencajado y triste, me atreví a preguntarle porqué estaba triste y si en algo podía ayudarla. Entonces me dijo nada más: “Es que no se acordó”. Se refería a que era el

día de su aniversario de matrimonio, y su marido, por más indirectas que ella le había mandado, no se había acordado de ello en todo el día. Mas ella tampoco había querido recordárselo, pues esperaba que él lo hiciera por sí mismo. Total, que se acabó el día; y él se durmió en el olvido, y ella en su tristeza. En fin, ¡no cabe duda que los “detalles” son trascendentales en el matrimonio! Por tanto, “Conocimiento”, “respeto”, y “atenciones” son de capital importancia en el noviazgo, y aun más en el matrimonio.

Necesidad de educarse –a sí mismo y entre sí- en la “libertad de la fidelidad”

Ahora bien, todo ello –cuanto venimos diciendo en relación a los aspectos esenciales del amor humano, tanto durante el noviazgo como ya en el matrimonio-, como ya comentábamos, está al servicio de ese otro valor más profundo del amor humano que es la fidelidad. Por eso, Benedicto XVI continuaba su mensaje a los novios diciendo: “Educaos, también, desde ahora en la libertad de la fidelidad, que lleva a custodiarse recíprocamente, hasta vivir el uno para el otro. Preparaos a elegir con convicción el «para siempre» que connota el amor: la indisolubilidad, antes que una condición, es un don que hay que desear, pedir y vivir, más allá de cualquier situación humana mutable”. Así es, la fidelidad es libertad, una libertad muy grande y elevada, puesto que es uno mismo el que opta por ser fiel. San Pablo, hablando del amor que se han de prodigar los cristianos entre sí, exhorta a los cristianos de Galacia de esta manera: “... ustedes, hermanos, habéis sido llamados a la libertad; pero no toméis esa libertad como pretexto





para servir a la carne, sino servíos por amor unos a otros” (Gal 5, 13). Servir el uno al otro: en el fondo, para eso se debieran casar los que se casan, porque se aman tanto –se supone- que quieren dedicarse de por vida a servirse mutuamente, a hacerse feliz. En una ocasión, escuché la siguiente expresión como definición del matrimonio cristiano: “Es un hacerse esclavos el uno del otro por amor”. Quizás suena excesivo el decir eso. Sin embargo, no lo es del todo. Porque los que se casan, sobre todo los que se casan en Cristo, que dijo que *no había venido a ser servido sino a servir* (cfr. Mt 20,28), no han de olvidar que sirven precisamente a Cristo a través de la vocación específica del matrimonio. Así es, en cierto sentido los esposos cristianos se *consagran* al servicio del ser amado, pues dado que es la persona a quien más aman –se supone- quieren y deciden dedicarse de por vida a hacer feliz a esa persona, a la esposa, al esposo. Es más, no sólo prometen consagrar y dedicar su vida a la felicidad del cónyuge en este mundo, sino que lo(a) aman tanto, que quieren asegurarse, *de por vida*, de que la persona amada llegue al cielo, es decir se salve, alcance la Vida Eterna que es Cielo, y que es Dios mismo. ¡¿Y acaso puede haber un servicio más grande, más pleno y más total que el de buscar que el ser amado llegue al cielo, se salve, y viva salvo constantemente en esta vida –por el amor recibido y ofrecido, y por la vida de Gracia que nos otorgan y devuelven los sacramentos-, asegurando así la vida que no tiene fin?! Sí, el matrimonio cristiano, el matrimonio sacramento, es algo grande, verdaderamente grande y bello.

Convivir antes del matrimonio es dañino: “quemar etapas es quemar el amor”

Sin embargo, el Papa, con típico realismo, pone en guardia a los jóvenes contra la falsa idea, tan divulgada, de que es necesario convivir ya antes del matrimonio para supuestamente garantizar la fidelidad y permanencia como esposos en el futuro. En efecto, dice el Santo Padre: “Y no penséis, según una mentalidad extendida, que la convivencia sea garantía para el futuro. Quemar etapas acaba por «quemar» el amor, que en cambio necesita respetar los tiempos y la gradualidad en las expresiones”. Por tanto, los novios han de comprender esa falacia de la “convivencia” o la así dicha “unión a prueba” que sólo queman –como señala el Santo Padre- no sólo las etapas, sino que el amor mismo, el cual –como también dice Benedicto XVI- “necesita respetar los tiempos”; sí, el amor requiere tiempo, ese tiempo de conocimiento del que hablábamos más arriba –siempre guiados por el Papa-. Y luego también está ese otro gran tema al que se refiere el Papa de “la gradualidad de las expresiones”. Es decir, las “expresiones” del amor no pueden ser las mismas al inicio del noviazgo que al final; y tampoco pueden ser las mismas durante en noviazgo que ya en el matrimonio. Y esto por la sencilla razón de que el noviazgo es un periodo de conocimiento previo a la entrega mutua, dado que, como ya decíamos antes, no se puede uno entregar del todo cuando no se conoce *suficientemente* como persona tanto a uno mismo como a la persona que se está *aprendiendo a amar*, y de por la cual también está aprendiendo a *ser amado(a)*. Todo ello, como bien subraya el Santo Padre, requiere un tiempo suficiente para conocerse el uno al otro. Porque, hemos de insistir, el amor es fruto del conocimiento. Por eso mismo las “expresiones” no pueden ser las mismas antes y después del matrimonio; máxime para quien es cristiano y cuyo matrimonio es además un sacramento, y por lo tanto medio de Gracia, ordenado a la santificación y salvación mutua, como venimos recordando. Por eso, no se deben “quemar las etapas”, porque, como bien dice el Papa, quemar estas es “quemar el amor”.



La necesidad de respetar los tiempos, y, sobre todo, de “dar espacio a Cristo”

Por lo demás, continúa el Santo Padre diciendo, el amor también “necesita dar espacio a Cristo, que es capaz de hacer un amor humano fiel, feliz e indisoluble”. Por ende, no se trata sólo de “dar tiempo al tiempo”, como se suele decir, sino que hay que dar también “espacio a Cristo”, para que Él haga su obra en cada uno de los novios –después esposos- y en la misma relación entre ambos, ya que –como anota el Papa- es el mismo Cristo quien “es capaz de hacer un amor humano fiel, feliz e indisoluble”. Y aunque es verdad que, para un no creyente, o bien un bautizado no practicante, o bien un cristiano poco consciente de serlo, es también posible construir un matrimonio natural “fiel, feliz”, e incluso “indisoluble”, también es verdad que sin la Gracia de Dios –aunque sea concedida sin que sea pedida, y aunque sea recibida sin ser consciente de ello- ello es muy difícil –¡si ya es difícil el lograrlo para los matrimonios católicos practicantes, incluso fervorosos!-. Lo que sí es verdad es que para un bautizado la Gracia es algo esencial, lo mismo que la renovación frecuente en la misma.

La fidelidad –ese “quererse bien”- les hace capaces de estar abiertos a la vida

Y proseguía Benedicto XVI diciendo que “la fidelidad y la continuidad de que os queráis bien os harán capaces también de estar abiertos a la vida, de ser padres: la estabilidad de vuestra unión en el sacramento del matrimonio permitirá a los hijos que Dios quiera daros crecer con confianza en la bondad de la vida”. O sea que no sólo se trata de una fidelidad en lo que dice a no fallar al amor mutuo, sino que esta incluye y comprende una “continuidad”, dice el Papa, en el “quererse bien”, lo cual da como fruto “la estabilidad de vuestra unión en el sacramento del matrimonio”, y entonces, así, ser “capaces también de estar abiertos a la vida, de ser padres” y así permitir “a los hijos que Dios quiera daros crecer con confianza en la bondad de la vida”. Mucho se podría comentar al respecto. En el fondo, lo que permea todo cuanto dice aquí el Papa se resume en amor, en amor del



bueno, en amor al mismo tiempo humano y divino. “Fidelidad” que produce o conlleva “continuidad”, mas no sólo en el matrimonio, sino más allá de éste, pues se prolonga dicho amor en ese “estar abiertos a la vida”, “a los hijos que Dios les quiera dar”; pero todo ello se basa en el amor sincero, auténtico y total que se ha *aprendido* durante el noviazgo, ese “quererse bien” que ha comenzado, ha crecido y se ha afianzado a lo largo del noviazgo, y que se confirma y se sella y se compromete para toda la vida el día en que los novios *se convierten el uno al otro –y al mismo tiempo ambos, en el mismo acto de darse y aceptarse mutuamente- en esposos* por las promesas o votos matrimoniales, y que al mismo tiempo *se convierten en sacramento, sacramento de dos –el único sacramento que es de dos personas al mismo tiempo, dos personas únicas e irrepetibles y al mismo complementarias creados varón y mujer “desde el principio” (cfr. Gen 1, 26-28; 2, 18-24)-, es decir en medio sobrenatural de santificación y salvación, como hemos venido diciendo.*

Decíamos que ese amor, ese “quererse bien” –que no es, en el fondo, sino un *quererse desde Dios, un quererse como Dios nos quiere-, se aprende.* En ese sentido no podemos no recordar aquello que decía san Juan Pablo II en “Cruzando el umbral de la esperanza”¹² –: “Como sacerdote, me di cuenta muy pronto de esto. Sentía una llamada interior en esa dirección. Hay que preparar a los jóvenes para el matrimonio, hay que enseñarles el amor. El amor no es cosa que se aprenda, ¡y sin embargo no hay

¹²Se trata de un libro-entrevista con Vittorio Messori, publicado en 1994, el primer gran *best-seller* de Juan Pablo II.



nada que sea más necesario enseñar! Siendo aún un joven sacerdote aprendí a amar el amor humano. Éste es uno de los temas fundamentales sobre el que centré mi sacerdocio, mi ministerio desde el púlpito, en el confesonario, y también a través de la palabra escrita". Por tanto, el amor, sí, *se aprende*, y por lo tanto también *se enseña*. Lo dice alguien que amó la juventud, y fue un líder excepcional de los jóvenes. Lo dice un santo que fue un gran conocedor del corazón humano, del amor humano, de los anhelos más profundos que habitan el interior del ser humano. Lo dice "el Papa de la familia" –como lo llamó el Papa Francisco en la homilía de la Misa en que le canonizaba junto a san Juan XXIII-, el Papa del amor humano, el Papa amante *de la persona humana, del matrimonio y la familia*. El Papa que nos reveló –sobre todo en la así llamada "Teología del cuerpo" (la cual ya mencionábamos al inicio de este trabajo), es decir, las "Catequesis sobre el amor humano", pero en realidad a lo largo y ancho de su amplio y hondo magisterio– en toda su amplitud y profundidad y belleza el amor humano entre un hombre y una mujer, la hermosura y grandeza del matrimonio según Dios, el misterio y la magnificencia del don de la vida humana; enseñanza que, a nuestro parecer, en varios aspectos, su brazo derecho como teólogo y guardián de la fe en ese entonces, cardenal Ratzinger, valoró, ponderó y profundizó –al menos en campo más teológico-, y a partir de la misma también hizo avanzar y progresar.

"Fidelidad, indisolubilidad y transmisión de la vida": el verdadero bien común

Después, Benedicto XVI presentaba una especie de síntesis de cuanto venía diciendo y de lo que la Iglesia siempre ha pensado y enseñado respecto al matrimonio, al hacer ver cómo la "fidelidad, indisolubilidad y transmisión de la vida son los pilares de toda familia, verdadero bien común, valioso patrimonio para toda la sociedad", por lo que les invitaba a los novios a comprometerse con ellos; les decía: "Desde ahora, fundad en ellos vuestro camino hacia el matrimonio y testimoniadlo también a vuestros coetáneos: ¡es un valioso servicio!".

Agradecer y aprovechar la compañía y la formación que la Iglesia les brinda

Y continuaba el Papa diciendo: "Sed agradecidos con cuantos, con empeño, competencia y disponibilidad os acompañan en la formación: son signo de la atención y de la solicitud que la comunidad cristiana os reserva. No estáis solos: sed los primeros en buscar y acoger la compañía de la Iglesia". El Papa, pues, invita a los jóvenes novios a que sean "agradecidos con cuantos [...] os acompañan en la formación", decía. Y ello nos debiera llevarnos a preguntarnos si de verdad "acompañamos" a los novios en su "camino al matrimonio". Sí, hemos de cuestionarnos a nosotros mismos si le damos el valor debido al noviazgo, a la preparación de nuestros jóvenes al matrimonio, y al matrimonio mismo; y, en caso de que la respuesta sea afirmativa, hemos de también preguntarnos si actuamos en consecuencia, es decir si dedicamos el tiempo y energías suficientes a "acompañar" a los novios y ayudarlos a prepararse debidamente a tan excelso sacramento y estado de vida. Por lo demás, en ellos reside no sólo el futuro de la humanidad y de la Iglesia –como gustaba repetir Juan Pablo II-, sino también de nuestra sociedad concreta y de nuestra propia parroquia y/o comunidad eclesial. Así es, como ministros de Cristo y pastores de almas, hemos de revisar nuestras actitudes de fondo hacia esta realidad sagrada en la Iglesia y sacar las debidas conclusiones, y en todo caso las debidas enmiendas y necesarios correctores. Y si sí hacemos esta labor en la Iglesia, hemos de preguntarnos si lo hacemos con esos calificativos que el Papa menciona al invitar a





los novios a agradecidos con quienes les acompañan en su formación, es decir preguntarnos si lo hacemos “con empeño, competencia y disponibilidad”. Porque como también menciona el Santo Padre, quienes sí acompañan a los novios, y cuyo acompañamiento posee dichas características, entonces se convierten de verdad en “signo de la atención y de la solicitud que la comunidad cristiana os reserva”. Sólo así esas palabras con las que Benedicto XVI concluye este punto se hacen realidad y no quedan en eso, meras palabras bonitas: “No estáis solos: sed los primeros en buscar y acoger la compañía de la Iglesia”. El punto es: ¿en nosotros, en cada uno de nosotros sacerdotes, los novios podrán “buscar” –y por lo tanto encontrar– “la compañía de la Iglesia”? Preguntémoslo con sinceridad: ¿Podemos decir que somos “signo de la atención y solicitud que la comunidad cristiana” reserva a los novios, a los jóvenes que se encaminan al convertirse en esposos por el sacramento del matrimonio cristiano?

El amor “tiene en su interior la tensión hacia Dios”, ya que “promete el infinito”

Hacia el final de su discurso, el Papa volvía a lo más importante, pero desde un ámbito eclesial; en efecto, decía el Santo Padre: “Deseo volver de nuevo sobre un punto esencial: la experiencia del amor tiene en su interior la tensión hacia Dios. El verdadero amor promete el infinito. Haced, por lo tanto, de este tiempo vuestro de preparación al matrimonio un itinerario de fe: redescubrid para vuestra vida de pareja la centralidad de Jesucristo y de caminar en la Iglesia”. “El verdadero amor promete el infinito”: nos parece que esa frase genial, más allá de la poesía y hondura que ella encierra, constituye eso que hemos llamado “el testamento antropológico-teológico-espiritual de Benedicto XVI a los novios católicos”, pues ella encierra todas esas dimensiones de lo humano, lo verdaderamente humano, pero de cara a las promesas matrimoniales. En efecto, al prometerse el uno al otro con totalidad y para siempre y delante de Dios, los novios, en el momento de *darse* y *aceptarse* mutuamente, se dan y se aceptan *en Dios*, y, por ende, se prometen –y no sólo se *prometen*, sino que se *comprometen* a- darse mutuamente

siempre a Dios. ¡Son palabras grandes, porque son realidades grandes, enormes! Aquí las palabras faltan, e incluso fallan, porque se trata de lo absoluto, eso: de lo “infinito”. Eso, y nada menos que eso, es lo que se prometen los novios católicos el día de su boda *delante* de Dios y *en* Dios. Así es, porque como enseña la Iglesia, más allá del testigo del sacramento, que es el ministro ordenado con carácter indeleble –sacerdote (que ejerce el sacerdocio “*in persona Capitis*”) o diácono (que ejerce el ministerio como Cristo servidor: “*διακονος*”–, son los novios los ministros del sacramento, son ellos mismos quienes se *hacen* el uno al otro esposos, puesto que ellos se *dan* mutuamente este sacramento de dos, o mejor: se *dan ellos mismos*. Por ende, no es que se prometan algo, sino que se *prometen a sí mismos*, puesto que *son ellos mismos* –toda su persona, el objeto de sus promesas. Es verdad que se prometen mutua fidelidad “en lo próspero y en lo adverso, en la salud y en la enfermedad”, y que se dicen el uno al otro- “amarte y respetarte todos los días de mi vida”. Pero en ello *va la persona toda*, porque en el “amarse y respetarse” están implicadas las personas mismas del varón y de la mujer total, íntegra e integralmente, como ya decíamos antes. Por eso es que, decimos, no se dicen o se dan tan sólo unas promesas, sino que de alguna manera ellos mismos, los novios, en el momento de decirse el uno al otro las promesas, en el instante mismo de declararse mutuamente los votos, no sólo intercambian unas palabras, por más grandes e importantes que éstas sean, sino que se *dan el uno al otro*. En ese sentido, es bueno recordar





aquello que enseña santo Tomás de Aquino de que “el amor es nombre de persona”¹³.

El vino mejor de Caná es signo de lo bueno, bello y fecundo del amor cristiano

Benedicto XVI cierra este discurso, su gran legado para los novios católicos, refiriéndose a la Virgen; no podría ser de otra manera en un Papa que siempre reservó, al igual que su “amado predecesor”, un lugar muy especial a la Madre de Dios en su corazón. Por lo demás, ¿acaso no sería contradictorio que un matrimonio católico, que se casa en Cristo y por virtud de Él, que se origina en la misma Vida, Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús, que no estuviera bajo el amparo de la Madre del Salvador? ¿Cómo separar al Señor de la Vida de su Madre, por la cual y de la cual “un niño se nos ha nacido, un hijo se nos ha dado”, el que “lleva a hombros el principado, y es su nombre es: “Maravilla del Consejero, Dios guerrero, Padre perpetuo, Príncipe de la paz” (Is 9,5)? No, sin la Madre no está el Hijo; en este caso el Hijo de Dios, que Es desde toda la Eternidad, pero que se ha hecho verdadero hombre en el tiempo, sin dejar de ser verdadero Dios, como confesamos en el Credo. Por eso, y por haber sido fiel, en la fe, a su Hijo, fiel hasta su muerte en cruz en el calvario –“*Stabat Mater*”: estaba allí, de pie, María, y al pie de la cruz-, por eso es *co-redentora* con Él, y por ello también es la mediadora –intermediaria- e intercesora de todas las gracias. En fin, retomando el pasaje evangélico



de las bodas de Caná, dirá el Santo Padre: “María nos enseña que el bien de cada uno depende de la escucha dócil de la palabra del Hijo. En quien se fía de él, el agua de la vida cotidiana se transforma en el vino de un amor que hace buena, bella y fecunda la vida”. “Buena, bella y fecunda”: todo ello, lo más grande del ser y de la vida, es lo que alcanza “la escucha dócil de la palabra del Hijo”, que, al fin de cuentas, es la escucha del Hijo mismo, que es La Palabra, que es también el de verdad “fiarse de Él”. Así es, como no se cansan de repetir los salmos en la Biblia –aunque en realidad el tema de la confianza permea todo el texto sagrado, sobre todo los libros sapienciales-: “¡Dichoso el hombre que confía en El Señor!”.

Caná es también “anuncio y anticipación del don de vino nuevo”: la Eucaristía

Por lo demás, –concluía el Santo Padre- “Caná, de hecho, es anuncio y anticipación del don del vino nuevo de la Eucaristía, sacrificio y banquete en el cual el Señor nos alcanza, nos renueva y transforma. Y no perdáis la importancia vital de este encuentro: que la asamblea litúrgica dominical os encuentre plenamente partícipes: de la Eucaristía brota el sentido cristiano de la existencia y un nuevo modo de vivir (cf. Exhortación apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis* 72-72)”. Por ende, es en la Eucaristía donde más los novios, así como los esposos –y todos los católicos, pueden tener la experiencia de Cristo. Pero de un Cristo real, o, mejor dicho: en su *presencia real* en la Eucaristía. Una presencia que, en la fe, es total e integral de la persona del Verbo Encarnado, de Jesucristo verdadero Dios y verdadero hombre. Es ahí –como hace ver con tanta fuerza y energía por medio de los verbos que utiliza el Papa- donde “el Señor nos alcanza, nos renueva nos transforma”.

“Nos alcanza”: ¡y cómo no recordar aquí aquello que san Pablo dice refiriéndose a lo que el amor de Cristo mismo ha hecho con él, es decir: *alcanzarlo!* En efecto, escribe el Apóstol en su carta a los Filipenses: “Pero lo que eran para mí ganancias, eso lo considero

¹³*Summa Theologiae*, I, q. 37, a. 1.



por Cristo como pérdidas; porque todo lo estimo pérdida y lo considero basura ante el sublime conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor por quien he sacrificado todas las cosas por ganar a Cristo y ser hallado en Él" (Fil 3, 7-9^a). Y concluirá un poco más adelante diciendo: "No es que ya la haya alcanzado [la resurrección de entre los muertos] o que ya sea perfecto, sino que la persigo por ver si la alcanzo, por cuanto yo mismo he sido alcanzado por Cristo Jesús" (Fil 3, 12). "Nos renueva": ¡y cómo no recordar con esto lo que también anota el Apóstol en relación al "hombre nuevo" (cfr. Ef 2,15; 4,24), el cual brota del bautismo, que es como "un baño de renovación en el Espíritu" (Tit 3,5). O aquello del profeta: "Pero esto me viene al corazón y por eso tengo esperanza: que la ternura del Señor no se acaba, ni se agota su misericordia; cada mañana ser renuevan. ¡Qué grande es su fidelidad!" (Lam 3, 21-23). "Nos transforma": ¡y como no recordar con ello lo que asimismo afirma Pablo en relación a esa *transformación* que obra en el cristiano la Gracia, cuando en la segunda carta a los Corintios escribe: "Todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, vamos siendo transformados en su misma imagen, cada vez más gloriosos, conforme obra en nosotros el Espíritu del Señor" (2 Cor 3,18). Y también exhorta en su carta a los Romanos –lo cual tiene que ver, como veíamos antes, con la unión integral de los esposos, en cuerpo, alma y espíritu-: "Les exhorto, por tanto, hermanos, por la misericordia de Dios, a que ofrezcan sus cuerpos como ofrenda viva, santa, agradable a Dios: éste es su culto espiritual. Y no se amolden a este mundo, sino, por el contrario,



transfórmense con una renovación de la mente, para que puedan discernir cuál es la voluntad de Dios que es lo bueno, agradable y perfecto" (Rom 12, 1-2).

El "gran misterio" del matrimonio, imagen del matrimonio de Cristo y la Iglesia

Y el Papa proseguía diciendo a los novios que, con la fuerza de la Eucaristía, "no tendréis, entonces, miedo al asumir la esforzada responsabilidad de la opción conyugal; no temeréis entrar en este «gran misterio» en el que dos personas llegan a ser una sola carne (cf. Ef 5, 31-32)". De esa manera, el Papa cerraba esta cátedra magisterial citando ese texto paulino por excelencia –no podía no hacerlo este gran Papa teólogo- que arroja una luz teológica definitiva sobre el matrimonio cristiano, que es precisamente un "gran misterio" porque es imagen del matrimonio místico entre Cristo Esposo y Su Esposa la Iglesia, como indica expresamente san Pablo; en efecto, escribe el Apóstol: "Hermanos: sean sumisos unos a otros en el temor de Cristo: las mujeres, a sus maridos, como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza de la Iglesia; Él, que es el salvador del cuerpo. Como la Iglesia se somete a Cristo, así también las mujeres a sus maridos en todo. Maridos, amen a sus mujeres como Cristo amó a su Iglesia: Él se entregó a sí mismo por ella, para consagrarla, purificándola con el baño del agua y la palabra, y para presentársela gloriosa, sin mancha ni arruga ni nada semejante, sino santa e inmaculada. Así deben también los maridos amar a sus mujeres, como cuerpos suyos que son. Amar a su mujer es amarse a sí mismo. Pues nadie jamás ha odiado su propia carne, sino que le da alimento y calor, como Cristo hace con la Iglesia, porque somos miembros de su Cuerpo. «Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne». Es este un gran misterio: y yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia. En una palabra, que cada uno de ustedes ame a su mujer como a sí mismo, y que la mujer respete al marido" (Ef 5, 21-33).

La familia fundada en el matrimonio-sacramento es imagen viva de la Trinidad

"Un gran misterio". Por eso, el mismo Papa Ratzinger,



unos cuantos años antes, hablando del misterio del matrimonio –que, como venimos viendo, es imagen o icono del matrimonio místico entre Jesucristo y Su Iglesia- en relación con el también misterio de la familia, hablaba de ésta como imagen del mismísimo misterio de Dios, del misterio de la Santísima Trinidad. Decía en esa ocasión el Santo Padre –de nuevo, como siempre, con tanta profundidad, pero al mismo tiempo con una desarmante sencillez: “Los primeros testigos del nacimiento de Cristo, los pastores, no sólo encontraron al Niño Jesús, sino también a una pequeña familia: madre, padre e hijo recién nacido”. Y añadía: “Dios quiso revelarse naciendo en una familia humana y, por eso, la familia humana se ha convertido en icono de Dios. Dios es Trinidad, es comunión de amor, y la familia es, con toda la diferencia que existe entre el Misterio de Dios y su criatura humana, una expresión que refleja el Misterio insondable del Dios amor. El hombre y la mujer, creados a imagen de Dios, en el matrimonio llegan a ser en “una sola carne” (Gn 2, 24), es decir, una comunión de amor que engendra nueva vida. En cierto sentido, la familia humana es icono de la Trinidad por el amor interpersonal y por la fecundidad del amor”¹⁴.

La protección de san José y de la Santísima María en el noviazgo y matrimonio

Para terminar, qué mejor que traer aquí las mismas

palabras que el Papa Benedicto XVI dirigía a los novios al despedirse de ellos: “Queridísimos jóvenes, os encomiendo a la protección de san José y de María santísima; siguiendo la invitación de la Virgen Madre —«Haced lo que él os diga»— no os faltará el sabor de la verdadera fiesta y sabréis llevar el «vino» mejor, el que Cristo dona para la Iglesia y para el mundo. Deseo deciros que también yo estoy cerca de vosotros y de cuantos, como vosotros, viven este maravilloso camino de amor. ¡Os bendigo con todo el corazón!”. Eso: un “maravilloso camino de amor”, de amor humano y divino a la vez, es el matrimonio cristiano. Genial síntesis de la grandiosa enseñanza tanto de san Juan Pablo II como de Benedicto XVI, a quien esperamos también ver, en poco tiempo si Dios quiere, también en los altares. ¡Gracias, Santo Padre por haber sido un faro de luz y claridad en estos tiempos oscuros y confusos del mundo y de la Iglesia! ¡Descanse en paz el grande, el enorme Benedicto XVI! Así sea.

¹⁴Ángelus, Plaza de San Pedro, Domingo 27 de diciembre de 2009. Por lo demás, esta idea, o mejor: verdad, de que la familia es, de entre las realidades humanas, la imagen más cercana a la Trinidad, está muy presente en el magisterio de Juan Pablo II.



Situación sociopolítica del país y compromiso de la iglesia



P. Mario Ángel Flores Ramos
 Doctor en Teología y Ciencias Patristicas

Para acercarnos a la realidad que está viviendo nuestro país, es muy importante la labor diaria de los principales analistas políticos en los medios electrónicos y los periódicos impresos. Junto a los más conocidos y de buena fama, hay muchos otros igualmente valiosos que no quitan el dedo del renglón para no dejar escapar ningún detalle a fin de que tengamos presentes todas las acciones del actual gobierno, tanto los aciertos como los continuos errores que inevitablemente se cometen, así como los intentos para negarlos, o, más todavía, las mentiras y las continuas violaciones a las leyes y a la misma Constitución de la República, como sus ocultas intenciones que no deben dejar de sorprendernos y ponernos en guardia como ciudadanos.

Junto a esta crítica diaria, se han ido documentando muchas acciones que están provocando un deterioro de la vida democrática de México, la mayor parte de ellas marcadas por ideologías de la izquierda política, que nos llevan sin lugar a dudas a las estrategias del Foro de Sao Paulo (Brasil 1990), es decir al intento de impulsar el socialismo en América Latina erradicando el neoliberalismo económico. El plan fundamental es llegar al poder político por la vía electoral y, desde allí, eliminar los contrapesos democráticos para perpetuarse en el poder a fin de transformar el modelo económico, educativo y cultural. Es fundamental controlar el Congreso y la Corte de Justicia, al igual que las instituciones electorales.

Se trata de un proyecto públicamente iniciado en Brasil en 1990 y continuado en distintas reuniones de los grupos políticos y sociales de la izquierda latinoamericana durante los últimos 20 años. De allí

han surgido dos de las figuras más emblemáticas, Hugo Chávez y Luis Ignacio Da Silva. En otras palabras, el Foro de Sao Paulo no es un movimiento subversivo “por debajo del agua”, ni un complot desde la ilegalidad, sino un programa político abiertamente impulsado y realizado con distintas modalidades en varios países de América Latina, con una estrategia diseñada para controlar el poder político a largo plazo. Por allí han pasado ya Brasil, Venezuela, Bolivia, Nicaragua, Ecuador, Argentina, Perú y ahora toca el turno a México, a Chile y a Colombia. Sobra decir que los resultados no han sido nada positivos, al contrario, la implementación de estas medidas políticas ha provocado más males que bienes, más retrocesos que avances sociales, dividiendo profundamente a la sociedad, por lo que deberíamos estar seriamente preocupados.

Un libro de lectura obligada para la situación de nuestro país es el de un conocido académico y socialista mexicano Roger Bartra, **“El Regreso a la Jaula. El Fracaso de López Obrador”**, Ed. Kindle (2020), que, junto a muchas otras publicaciones críticas al actual gobierno, han surgido para explicar lo que está sucediendo en México, de tal forma que muchas acciones que nos parecen inconsistentes o hasta absurdas, en realidad llevan una clara intencionalidad, **en la versión mexicana**, para implantar el llamado socialismo del siglo XXI. De reciente publicación, Luis Estrada, **“El imperio de los otros datos. Tres años de falsedades y engaños desde Palacio”**. Podemos también consultar el análisis de Luis Rubio, **“Ideas viejas para un México moderno”**, Ed. Grijalvo. Por último, no puedo dejar de mencionar un reporte



publicado hace tres semanas por Carlos Lascuráin: “**Diagnóstico de México, obscuras perspectivas**”, avalado por la Sociedad Civil Signos Vitales, dirigida por Enrique Cárdenas. Tomando en cuenta todo esto podemos afirmar que la situación por la que estamos atravesando en el campo sociopolítico está **sobre-diagnosticada** por parte de expertos y analistas de todos los colores. Aquí debo añadir algo más, que toca a una de mis actuales encomiendas, me refiero al Observatorio Nacional del Episcopado Mexicano sobre los asuntos sociopolíticos, que semanalmente elabora un pequeño documento analítico de lo que va sucediendo en nuestro país, documento que se hace llegar exclusivamente a los obispos de México y se mantiene con difusión reservada, no porque haya cosas secretas, al contrario, sino para hacerles llegar con entera libertad de expresión los análisis de nuestra realidad.

Lo primero que debemos destacar es que el círculo de colaboradores de primer nivel en torno al Titular del Poder Ejecutivo -me refiero a los Secretarios de Estado y otros funcionarios de alto rango-, está cada vez más reducido y menos preparado para las encomiendas que se les han dado, teniendo como única exigencia la lealtad al Presidente y no tanto la eficacia en su responsabilidad. Los más responsables han optado por la renuncia al darse cuenta de la imposibilidad de cambiar de rumbo; podríamos mencionar, entre los más conocidos, a Carlos Urzúa, de Hacienda, Germán Martínez Cázares, del Instituto del Seguro Social, Tatiana Clouthier, de Economía, Gerardo Esquivel, del Banco de México. En realidad, el círculo que no vemos, el de segundo nivel, es el que realmente está operando en todas las actividades y estrategias con la finalidad de implantar la ideología en turno.

Lázaro Cárdenas Batel, Epigmenio Ibarra, Lorenzo Meyer, Luciano Concheiro, Marx Arriaga, Rabindranath Salazar, Antonio Helguera, alias ‘el figón’, y muchos más, incluyendo algunos de su familia. En este mismo círculo, algunos han desertado al vislumbrar el fracaso por lo que está sucediendo, el más notable entre ellos es el abogado Julio Scherer Ibarra.

Sin embargo, **la realidad** es más poderosa que las ideologías. Se ha pretendido recorrer un camino



minuciosamente trazado, pero los acontecimientos imprevistos y algunos errores cometidos se han encargado de desajustar y descarrilar todo lo planeado. Lo que ahora veremos en los próximos meses serán los esfuerzos legales e ilegales por recomponer el panorama a fin de llegar a la meta que se habían propuesto antes del 2024: **el socialismo del siglo XXI, versión mexicana**, tramposamente presentado hace unos días como **el humanismo mexicano**.

Un gran error de origen de la actual clase política gobernante es creer que la legítima participación del poder por vía electoral, otorgada por 30 millones de mexicanos, les permite olvidar o contraponerse con los otros 60 millones que no les dieron su voto. Un gobierno legítimo y democrático tiene la obligación constitucional de gobernar para todos, no solamente para sus seguidores; más aún, el Presidente de la República Mexicana es también Jefe de Estado, por lo que no puede seguir anclado en las líneas ideológicas de un solo partido político, como desafortunadamente se ha hecho en México durante casi todo el siglo XX, estilo que ahora se quiere rescatar de una manera burda y arbitraria.

Sin embargo, dos circunstancias han complicado la estrategia ideológica del actual gobierno: las decisiones equivocadas y los efectos de la pandemia.

DECISIONES EQUIVOCADAS

En primer lugar, por orden de aparición y por su importancia, ha sido **la cancelación del Aeropuerto**



de Texcoco. No valen los argumentos para justificar lo que se hizo; ni los económicos, ni los políticos, ni los ambientales, ni mucho menos los ideológicos. El hecho es que esa sola acción provocó la desconfianza para las inversiones nacionales e internacionales, que no han logrado estabilizarse, causando además un boquete financiero de largo plazo, porque se está pagando por la destrucción de lo que ya estaba en curso (más de 300 mil millones de pesos), más otros 150 mil millones por la construcción de otro aeropuerto que nunca resolverá el problema de conectividad y modernización que se necesitaba en el Valle de México. No importa si ahora hay 10, 20 o 100 vuelos diarios en el **aeropuerto adaptado** de la antigua base militar de Santa Lucía; nunca estará a la altura de lo que México está necesitando para continuar con su desarrollo. Detrás de esa decisión, que podemos calificar como un verdadero absurdo, una soberana tontería, se nos muestra **el talante del actual gobierno**, más hábil para destruir que para construir.

En segundo lugar, por la gravedad y sus repercusiones sociales, ha sido **la cancelación del Seguro Popular**, que ya estaba funcionando desde hace más de 15 años, facilitando un acceso universal a la seguridad social, comenzando por la atención a los menos favorecidos, sobre todo en ambientes rurales, hasta alcanzar a un sector muy amplio de la población cercana a 40 millones de afiliados, que tenían derecho a ser atendidos de una serie de enfermedades y especialidades cada vez más amplia, con cuidados especiales a las mujeres con cáncer y, por supuesto, también en los niños, fruto de las políticas públicas de los últimos tres sexenios. Se trató de un sistema de salud pública transexenal con visión de Estado, que se iba mejorando poco a poco. Con la obsesión de no tener nada que ver con el pasado, antes de contar con un nuevo sistema de salud, se tomó la decisión de acabar con el que estaba funcionando, incluyendo el abasto de medicamentos que no se ha podido restablecer plenamente. El que debía sustituirlo, el INSABI, nunca funcionó, ahora tratan de asociarlo al Seguro Social, ya de por sí limitado, para recuperar un poco de eficiencia y cobertura. La estructura encargada de consolidar las compras y distribución

de medicamentos, BIRMEX, ha sido otro fracaso rotundo, después de cuatro años sigue el desabasto de medicamentos y el caos en su distribución porque se acabó con el sistema anterior.

En tercer lugar, no podemos dejar de mencionar el cambio de criterios **para la política de seguridad nacional**, comenzando con la desaparición de la Policía Federal, altamente capacitada, aunque insuficiente y afectada por la corrupción; desarticulando, además, todas las dependencias de inteligencia que tenía el Estado mexicano para adelantarse a la criminalidad y controlar sus movimientos. La creación de la Guardia Nacional y la decisión de no combatir a los delincuentes sino buscar una solución desde la base y a largo plazo, ha causado el periodo más sangriento de nuestra historia reciente. Masacres, extorsiones, dominio de territorios por parte del crimen organizado, robo de combustible, robos en carreteras, inseguridad por todas partes. La muerte de los dos sacerdotes jesuitas en Chihuahua y dos personas más a manos del mismo delincuente sucedió hace siete meses y sigue impune el crimen. Es tal la indolencia de este gobierno ante el embate de la delincuencia contra la población, que se ha llegado a pensar que hay pactos con algunos grupos criminales incluso para las contiendas electorales.

En cuarto lugar, debemos mencionar lo que está sucediendo con **la educación**. De poco o nada sirve que se establezcan disposiciones constitucionales que garanticen el acceso a la educación gratuita en todos los niveles, desde pre-escolar hasta la universidad,





si no hay presupuesto suficiente ni programas de calidad que garanticen la formación y la capacitación de los estudiantes para un futuro desempeño laboral. Las 100 universidades Benito Juárez supuestamente construidas por este gobierno han sido un fiasco; en realidad son una mentira más de las que se propalan desde el poder ejecutivo, aunado a esto, nos encontramos con **el descuido de las grandes universidades estatales ya establecidas** y de los Centros de alta investigación. Estamos reprobados en todos los niveles. El programa de becas convertido en la entrega directa de recursos monetarios no resuelve el acceso a los estudios; y está también la cancelación de diversos programas como la escuela de tiempo completo. Lo más grave en el campo educativo es el intento, hasta ahora fallido, de cambiar los contenidos y programas, con una clarísima orientación ideológica, no científica, que está poniendo en riesgo el sistema educativo nacional. La desestructuración de los centros de investigación como el CIDE y la limitación de los programas internacionales de becas a cargo de CONACYT están empobreciendo el desarrollo de la ciencia y la tecnología. La educación, responsabilidad del Estado mexicano, ha sido secuestrada por un gobierno ineficiente. Los efectos nocivos de estas malas decisiones en la política educativa se verán dentro de muy poco tiempo y afectarán a varias generaciones de mexicanos. Aquí deberíamos poner mucha mayor atención y acción para evitar un desastre anunciado.

En quinto lugar, debemos señalar la falta de visión y de criterio para el desarrollo energético del país,



que afecta su modernización en toda su planta productiva. No solamente por estar privilegiando a dos empresas, PEMEX y CFE, poniendo en riesgo el Tratado Comercial con Los Estados Unidos y Canadá, sino también por el abandono de las energías limpias con un supuesto beneficio superior a través del petróleo, siendo que la tecnología en el mundo entero camina hacia el abandono de las energías fósiles por su alta toxicidad para el ambiente de nuestro planeta, y está en desarrollo constante la tecnología de las llamadas energías limpias que, por ahora, se han dejado de lado en México por un falso nacionalismo. En este mismo apartado de los errores en el campo energético, podemos señalar también los errores en la política exterior, con las constantes declaraciones del Presidente contra nuestro principal socio, los Estados Unidos de América, de quien dependemos por doble vía, por nuestras exportaciones y por las remesas de los mexicanos que trabajan en Norteamérica. Por otro, lado la abierta defensa de dictadores latinoamericanos.

LA PANDEMIA

Un fenómeno inesperado que ha afectado al mundo entero causando graves daños a la salud de la población y graves daños a la economía mundial ha sido la pandemia del virus covid 19. Poco podemos añadir a lo que todos hemos experimentado. Este fenómeno no ha respetado ni clases sociales, ni a jóvenes o adultos; nos ha afectado a todos, recordando aquella expresión del Papa Francisco tomando la imagen del Evangelio, "en esta tormenta todos vamos en la misma barca, nadie se salva solo" (Mt 8,23-27). Podemos notar algunas diferencias en el tratamiento que algunos gobiernos le han dado, tanto en la prontitud y eficacia para controlar la pandemia, como en los apoyos dados a la población para fortalecer las actividades económicas. Debemos señalar que las decisiones del gobierno mexicano han sido tardías y erráticas al tratar de negar las acciones más sencillas y necesarias para controlar la pandemia, como ha sido el uso de las mascarillas, además de que no se ha dado el tratamiento adecuado en los hospitales, y ha faltado prontitud en la implementación de las vacunas. Todo esto ha provocado que seamos uno de los países con más alta mortalidad, superando



el medio millón en los cálculos más conservadores, o más de 700,000 en las estadísticas más confiables. Los apoyos económicos también han sido raquíticos, con el criterio de que 'se salve el que tenga que salvarse'.

Con relación a lo que estamos comentando, habría que decir que la pandemia vino a poner en crisis muchos de los planes que había proyectado este gobierno con sus afanes de megalomanía histórica autoproclamándose como la 4ª. gran transformación del país, con muy buenas intenciones pero con muy pocos resultados: erradicar la pobreza, acabar con la corrupción, controlar la violencia, mejorar el sistema de servicios médicos y mejorar las oportunidades de trabajo y de salario, impulsar un nuevo modelo educativo.

LA REALIDAD SE IMPONE

Qué es lo que está sucediendo 4 años después del inicio de este gobierno. Quiero dejar en claro que en este punto no me voy a referir a la versión que diariamente presenta el propio gobierno mediante la manipulación de los datos o la renovación de promesas para el futuro; me refiero más bien a los hechos que están sucediendo y que son los que podemos evaluar como realidades que se imponen sobre las narrativas oficiales, no solo poco atendibles, sino llenas de verdades a medias y de mentiras completas.

La pobreza ha aumentado de 2018 a la fecha: tenemos ya 5 millones más de mexicanos pobres, superando los 50 millones de habitantes en esta condición, donde también debemos tomar en cuenta



que los niveles de pobreza extrema han aumentado. No ha habido resultados para erradicar la pobreza ni para superar los niveles de vida de los mexicanos. La situación estaría más mal, si no contáramos con el apoyo de los compatriotas que trabajan en los Estados Unidos, quienes han enviado cantidades que superan cualquier expectativa: más de 50 mil millones de dólares anuales en remesas para sus familiares los tres últimos años. Esto se explica por dos razones: porque ha aumentado de 2019 a la fecha el número de mexicanos que salen del país hacia Estados Unidos en busca de trabajo, y porque en los Estados Unidos se implementó un programa de ayuda a toda la población con motivo de la pandemia, incluyendo a muchos trabajadores mexicanos.

La clase media está disminuyendo drásticamente.

No hay inversión suficiente para generar empleos y desarrollo de calidad. La proporción de la informalidad en las actividades económicas ha aumentado e impide la superación de la pobreza laboral. De acuerdo al Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (el CONEVAL), un trabajador en actividades formales gana en promedio 9 mil pesos más prestaciones sociales, un trabajador informal solamente 4,500 y sin prestaciones sociales.

Un fenómeno que también está afectando es la pérdida de valores a nivel familiar. Las clases medias ha sido el sector más sólidamente formado en torno a las tradiciones culturales y la religiosidad; hoy está seriamente afectada por la desintegración familiar a causa de las separaciones y divorcios, las ideologías antinatalistas y de género y, naturalmente, los problemas económicos.

La inseguridad está en los niveles más altos, los grupos criminales controlan muchos territorios del país, la extorsión se ha extendido de manera incontrolable, el número de asesinatos es el más alto de los últimos cien años: ya triplicó el sexenio de Calderón y va a duplicar el sexenio de Peña Nieto. La violencia no para, las estrategias para pacificar al país no están funcionando. La guardia Nacional militarizada, pero sin funciones claras, no está dando resultados. Detener a un narcotraficante de alta peligrosidad no resuelve el problema; se requiere un



replanteamiento de toda la estrategia.

La problemática social de México sigue agravándose: narcotráfico, drogadicción, violencia, extorsiones, inseguridad y, lo más grave, la degradación del tejido social.

La educación se ha rezagado

La pandemia ha dejado fuera del sistema escolar a casi tres millones de alumnos de todos los niveles y ha provocado la falta de aprendizaje y desarrollo adecuado en millones de estudiantes, afectando profundamente a toda una generación. La respuesta gubernamental ha sido el recorte del presupuesto, junto a un apresurado cambio de programas sin consensos, sin estudios, sin evaluación y en el momento menos oportuno, cuando todos los esfuerzos deberían enfocarse a la reintegración y la regularización de todos los alumnos después del distanciamiento social por la pandemia. Este es uno de los problemas más graves que se intentó poner a funcionar en este ciclo escolar, pero gracias a una intervención de la Suprema Corte de Justicia se impidió por ahora su implementación. En cualquier país serio un nuevo programa educativo lleva años de estudio, consultas, evaluaciones y acuerdo, con padres de familia, con los sindicatos magisteriales, con distintos protagonistas de la sociedad civil y con tiempo suficiente para la capacitación de los docentes.

Lo que se propone, por lo que hasta ahora sabemos, no es mejorar la educación y preparación de las

nuevas generaciones de mexicanos en lo que más se requiere, sino en la implementación ideológica de una educación sin rumbo.

QUÉ PODEMOS ESPERAR PARA EL FUTURO PRÓXIMO

Un gobierno cerrado al diálogo

Entre más grandes son los problemas, más empeñado se encuentra en seguir sus planes y proyectos sin importar los riesgos y la inoperancia de los planes. Baste señalar lo inútil que ha resultado el diálogo con los Estados Unidos en todos los niveles, incluyendo el diálogo entre los mismos presidentes sobre el tema energético. No hay muchas expectativas para con la reunión de este 9 de enero entre los Presidentes de Estados Unidos, de México y el Primer ministro de Canadá, ya que nuestro gobierno no actúa con rectitud, no cumple con los acuerdos. Lo mismo podemos decir sobre muchas otras situaciones donde prevalece la absoluta sordera del gobierno obstinado en no cambiar sus estrategias porque quiere alcanzar sus metas, supuestamente en bien 'del pueblo' sin que nunca se explique qué significa esto.

Un gobierno dividiendo y polarizando a la sociedad

Lo que mejor ha hecho durante cuatro años, lo seguirá haciendo con mayor intensidad: dividir a la sociedad, enfrentar a los ciudadanos, utilizando el discurso de confrontación y la multiplicación de mentiras, propio de todo populismo. Los culpables de todos los males son los gobiernos anteriores, son los que tienen recursos, o son los que no tienen los mismos criterios o no comparten los métodos que se están empleando. La división: agudizando el sentido de pertenencia de diferentes clases sociales: los conservadores, los oligarcas, los corruptos, los adversarios, y, por otra parte, el pueblo bueno y sabio. En otras palabras, la clásica metodología de la lucha de clases. Los populistas, ha hecho notar el Papa Francisco, 'utilizan al pueblo', dicen trabajar por el pueblo, pero no dejan pensar al pueblo.

Un gobierno empeñado en militarizar al país

Los mismos que antes criticaron el empleo del Ejército para tareas propias de los civiles, como es la seguridad



interior del país, hoy son los más grandes defensores de que, dejando sus cuarteles, se dediquen a todo menos a sus encomiendas constitucionales. Hoy están en las aduanas, son administradores de aeropuertos, constructores de bancos estatales, constructores de vías para ferrocarriles y aeropuertos; y están también en proyectos turísticos como las Islas Marías y hasta en una hipotética línea aérea. La Guardia Nacional, punto central de la Seguridad Nacional, ha sido entregada a las Fuerzas Armadas para asegurar el respaldo a las autoridades, no a la población, en cualquier contingencia. Esto claramente podría estar preparando el escenario de una dictadura. Demasiado poder a los militares no puede ser un signo benéfico para el país.

Una de las grandes afrentas a nuestro sistema democrático y de libertad republicana pasó prácticamente inadvertida, pero que conlleva un gravísimo mensaje: en las fiestas patrias de 2021, durante el desfile militar del 16 de septiembre, el invitado especial y orador oficial fue el presidente de Cuba, un dictador que continúa con el sistema opresor que mantiene al pueblo cubano sin libertad y sin desarrollo. Mientras hablaba de libertad y democracia en el Zócalo de esta Ciudad de México, se estaba encarcelando a cientos de jóvenes que se manifestaban en Cuba buscando democracia y libertad. Esa misma lectura debemos hacer ante la resistencia del Presidente mexicano a participar en la Cumbre de las Américas llevada a cabo en Los Ángeles California porque no fueron invitados los gobiernos de Cuba, Nicaragua y Venezuela... Lo mismo está sucediendo con el conflicto creado en estos días con Perú ante la crisis de gobierno: ¡el gobierno mexicano defendiendo a los más impresentables y opresores dictadores de América Latina! ¿Qué mensaje quiere dar? ¿Qué más debemos ver para aceptar el peligro que nos acecha?

Un gobierno que quiere descalificar y destruir a la autoridad electoral

Ha acabado con todas las instancias autónomas que tenían la finalidad de controlar las actividades gubernamentales, para no ser fiscalizado por nadie. Ya solo falta la joya de la corona, el **Instituto Nacional**

Electoral, quitando la autonomía al árbitro electoral, quedando en las manos del propio gobierno como en las épocas más antidemocráticas de México: el gobierno juez y parte de las jornadas electorales. No olvidemos que desde que inició esta instancia ciudadana, hace casi 30 años, comenzó a respetarse el voto de los mexicanos, a darse los primeros pasos de democracia real en México; comenzó la alternancia en el poder de distintos partidos en los Estados, en el Congreso y en la Presidencia de la República.

Ante el peligro inminente al tratar de cambiar las leyes electorales, la ciudadanía se manifestó en todo México con mucha presencia y con un mensaje enérgico y claro: el INE no se toca. Debemos destacar el Mensaje del Episcopado Mexicano en defensa del Instituto Electoral diez días antes de la marcha ciudadana, que llegó en el momento justo para encender más el compromiso con la democracia; Mensaje que fue muy bien recibido por los medios de comunicación. No pasó en las cámaras la propuesta; se sigue buscando como trastocar el sistema electoral a través de propuestas inconstitucionales con la bancada oficialista en actitud de indigno sometimiento.

El Presidente ha perdido todo respeto por las formas y por la legalidad; ataca todo lo que le estorba, sea la Constitución, sea el instituto electoral, sean la prensa y los intelectuales, sea la Corte, sean los opositores, e incluso la Iglesia.

Un gobierno en campaña electoral que prepara su continuidad para imponer sus esquemas fracasados





La contienda electoral del 2021 ha dejado un mensaje poco claro: por una parte, el gobierno perdió la mayoría calificada en la Cámara de Diputados, pero, por otra parte, ganó la mayoría de las gubernaturas.

Por lo pronto, podemos decir que se cuenta con un pequeño margen de maniobra para garantizar la democracia con el equilibrio de fuerzas en la Cámara de Diputados para detener los intentos dictatoriales, pero el gobierno tiene la maquinaria electoral en los estados que ya gobierna para influir en el voto de muchos mexicanos.

Por otra parte, el papel de la Suprema Corte de Justicia de la Nación será de gran importancia en estos dos años para garantizar el respeto a las instituciones y a la Constitución. Por lo pronto, todo parece indicar que con la elección de la nueva ministra Presidente se consolidó la independencia del Poder judicial.

Con un Congreso que no puede manejar a su antojo, pero con las gubernaturas que pueden influir para los próximos comicios federales, comenzó de manera adelantada la contienda electoral en el partido gobernante. **Se trata no solo de algo imprudente e irresponsable, sino también ilegal.** A más de dos años de que se tengan los procesos para renovar al gobierno en 2024, la parte oficial ya está en campaña -incluyendo candidatos-, dejando de lado muchos asuntos de gran importancia que merecen toda la concentración de los gobernantes.

En este escenario, los ciudadanos conscientes y libres serán los actores más importantes, pues son quienes



puedan poner un alto a cualquier intento dictatorial de estos gobernantes, ya sea en las manifestaciones pacíficas, cuando sea necesario, pero sobre todo en las urnas, cuando llegue el momento.

Aciertos que se deben reconocer

Ante este panorama tan preocupante, podríamos preguntarnos si no hay algo positivo que debamos reconocer. Sin duda que lo hay; no por nada este gobierno sigue conservando una amplia aceptación en extensos círculos de la población.

En primer lugar, debemos reconocer un aspecto muy positivo de la actual administración: **la política social**, que indudablemente debe incrementarse y mejorarse. Quiero destacar dos aspectos: primero, la atención a sectores vulnerables a través de los subsidios económicos. A los adultos mayores, a personas con discapacidad, a madres solteras, también las pequeñas ayudas a los niños de primaria y secundaria o a las madres solteras. Sin embargo, estas buenas políticas públicas se han desvirtuado totalmente tomando un sesgo de manipulación electoral. Se hace sentir a la población beneficiada que, gracias a la magnanimidad de una persona y no a la responsabilidad del Estado mexicano para con ellos, es que están recibiendo los apoyos, de tal forma que se convierten en medidas clientelares para beneficiar a los gobernantes en turno; además, todo un ejército de colaboradores de estos servicios, denominados mañosamente "siervos de la nación", son activistas del partido del gobierno por todos los rincones del país ataviados con ropajes con el color de Morena. (Lo mismo de antes, pero definitivamente más burdo y más barato).

En segundo lugar, **la política laboral**, especialmente la que se refiere a los sueldos mínimos, que se han incrementado sustancialmente en cuatro años, pasando de 90 pesos diarios a 207 pesos.

En tercer lugar, **la política de comunicación** realizada diariamente por el mismo Presidente para hacerse presente en todos los asuntos cotidianos, no precisamente en los asuntos importantes, sino en los más visibles para la población, sean de tipo social, delictivo o sentimental. Sin embargo, es



aquí donde está la trampa del populismo de este gobierno que mantiene constantemente la confianza en sus seguidores con la promesa de resolver todo, y fomenta abiertamente la confrontación con aquellos a quienes califica como traidores al pueblo.

COMPROMISO DE LA IGLESIA

Toca a la Iglesia, desde la mirada y el compromiso de los pastores, ser sensible a las realidades que se están viviendo. Manifiestar su **cercanía y solidaridad** en el trabajo diario en los espacios más cercanos y concretos, las familias, las parroquias, los barrios, las comunidades, las escuelas, los colegios, las universidades, los hospitales, las cárceles, los lugares de trabajo, los ambientes más necesitados. **Si no estamos presentes como Iglesia en la vida cotidiana con todos sus matices, no tendría sentido todo lo demás.** Más aún, somos parte de esa realidad que analizamos: si un pueblo sufre, la Iglesia igualmente sufre. Si un pueblo tiene carencias, la Iglesia también las comparte. Si un pueblo está siendo víctima de la violencia, la Iglesia sufrirá también esa violencia. Es siempre muy significativo y ejemplar que en el lugar donde hay dolor y el luto por las vidas inocentes asesinadas, allí se haga oración desde la fe de nuestro pueblo y se haga presente el sacerdote para celebrar la eucaristía con las familias para elevar el espíritu y propiciar la esperanza en Cristo Resucitado.

Uno de los espacios más importantes de la Iglesia para su actuación cercana y solidaria es la parroquia, porque es “la Iglesia que vive entre las casas de sus



hijos e hijas” como decía Juan Pablo II (Christifideles laici 36); es la estructura donde comienza la conversión pastoral y la Iglesia en salida, afirma el Papa Francisco; es la comunidad donde se forma la fe y de donde salen los auténticos líderes cristianos.

Además de la **presencia y solidaridad**, es necesario que la Iglesia exprese también **su palabra**, ya que es portadora de La Palabra, con mayúscula, la Palabra que da vida, la Palabra de misericordia, la Palabra de justicia, la Palabra hecha carne, hecha humanidad. Cuando la Iglesia se pronuncia, siempre lo agradece la sociedad en general. Palabras que analicen, que orienten, palabras que señalen las realidades tal como son, destacando lo bueno, invitando a elevar el espíritu, pero también señalando lo que no está bien en la sociedad y en las instituciones, cuestionando y llamando a la conversión y al compromiso. Se trata de **una palabra profética** de la que es portadora la Iglesia y tiene el deber de anunciar con toda claridad, recordando aquél texto de la Carta a los hebreos: “El Señor corrige a los que ama... es cierto que de momento ninguna corrección nos causa alegría, sino más bien tristeza. Pero después produce, en los que la recibieron, frutos de paz y de santidad”. (Hb 12,6.11). Cuando la Iglesia DENUNCIA, no lo hace con el afán de provocar discordias, sino con la intención de señalar lo que se debe corregir para recuperar la paz, la paz interior de las personas, la paz en medio de la sociedad. A muchos no les gustará, pero siempre será un bien para la sociedad hablar con claridad y valentía, sin violencia, sin rencores, sin afanes de protagonismo, sino con el único interés de contrastar lo que sucede con la verdad y la justicia, para que se logre una verdadera paz. Efectivamente, nunca alcanzaremos la paz sin la verdad y sin la justicia.

Un aspecto muy importante de la palabra profética es hablar oportunamente; debemos, como Iglesia y como Pastores, entender los signos de los tiempos que nos señalan siempre el KAIRÓS, el momento de gracia para actuar, el momento oportuno en que debemos salir del silencio, el momento en que ya no podemos callar. El silencio también es un mensaje poderoso, como el silencio de Jesús ante Herodes y Pilatos; pero hay situaciones en que la Palabra es necesaria, como la de Juan Bautista, o bien la



de Jesús ante los Escribas y Fariseos, y en tantas otras situaciones. El Kairós, es decir el momento oportuno, también implica tomar en cuenta el lugar, distinguiendo claramente la homilía y la catequesis, la celebración de la fe y los momentos de formación en la fe.

En este año hemos tenido dos pronunciamientos de la Iglesia en México con mucha fuerza profética: el mensaje después del asesinato de los jesuitas, y el comunicado en defensa del INE. En los dos se cuestiona la actitud de los gobernantes y se pide una respuesta de los ciudadanos, sin olvidar el compromiso de la Iglesia misma.

La iglesia tiene muy claro su compromiso en el ámbito de la política: promover el bien común. Con todo lo que ello implica. Defensa de la dignidad humana y por consiguiente de la vida y la familia en todas sus etapas y circunstancias, reconocimiento de los derechos humanos, respeto a la legalidad y a la democracia con sus procesos e instituciones, promoción de los deberes ciudadanos y promoción del diálogo social.

Una de las principales líneas del Papa Francisco en el campo político ha sido promover **la cultura del encuentro**, suscitar la capacidad de diálogo entre unos y otros en medio de los conflictos cotidianos de la sociedad. Lo dice así en su encíclica *Fratelli Tutti*: "Algunos tratan de huir de la realidad refugiándose en mundos privados, y otros la enfrentan con violencia destructiva, pero entre la indiferencia egoísta y la protesta violenta, siempre hay una opción

posible: el diálogo" (FT 199). Un diálogo en todas las direcciones, entre las distintas generaciones, entre los distintos sectores de la sociedad, entre las distintas formas de ver la realidad, entre los ciudadanos y los gobernantes.

Aún en medio de las situaciones más complejas, la Iglesia no puede ser promotora del caos, de la violencia o el desorden social, mucho menos de la división y el odio, que siempre hacen más grandes los problemas. En medio del conflicto, su misión es tender puentes sin sacrificar la verdad ni la justicia. Se deben agotar todas las instancias del diálogo antes de llegar a la resistencia pacífica frente a los abusos del poder.

La Iglesia mexicana, como lo ha hecho en muchos otros momentos, acaba de expresar su voz a partir del asesinato de los jesuitas en Chihuahua, pero no solo por ellos, sino por todas las víctimas de la criminalidad en todo el país. Una voz de denuncia, pidiendo una mayor responsabilidad a los gobernantes, que deben revisar sus estrategias. Al mismo tiempo ha invitado a toda la Iglesia, a través de las parroquias, las escuelas y las universidades católicas, a las jornadas de oración por la justicia y la paz.

LOS CREYENTES (FIELES LAICOS)

Como Iglesia, debemos buscar la formación de los laicos en orden a la conciencia, participación y compromiso con nuestra realidad.

Toca a los laicos el compromiso directo con la realidad sociopolítica como ciudadanos que son. Toca a ellos participar como creyentes en distintos grupos intermedios de la sociedad civil organizada; participar también en los distintos partidos políticos, sin dejar de velar por el respeto al Estado de Derecho; construir una sociedad con libertad, legalidad y pluralismo. Se deben tener en cuenta los grandes principios de la Doctrina Social de la Iglesia: **Bien común, destino universal de los bienes, subsidiariedad, participación, solidaridad y los valores fundamentales de la persona y la sociedad.**

Para todo creyente, discípulo de Cristo, está primero la fidelidad a la verdad y a la justicia, más que a



un partido político o un líder social. Participamos con libertad y convicción en las propuestas que creamos mejores para alcanzar el bien común, pero sin fanatismos ideológicos que nos hagan dejar de lado lo fundamental: el respeto a la dignidad humana, el respeto a la vida y a la familia, la defensa de la libertad y la concordia social y, por supuesto, la libertad religiosa, principio fundamental de los derechos humanos.

El Papa Francisco nos pone en guardia contra la manipulación de la que pueden ser objeto los ciudadanos en medio de las opciones políticas, sean los capitalistas, preocupados por sus intereses económicos, sean los populistas de todos los signos, obsesionados por el poder; en ambos casos se puede ocultar, nos dice en su encíclica *Fratelli Tutti*, el desprecio por los más débiles, unos con la demagogia vacía, otros con sus mecanismos de dominación económica.

La Iglesia tiene la tarea de unir los extremos y tender puentes para construir una sociedad más fraterna y más justa. Unir a los que tienen mucho y de sobra, con los que nada tienen o muy poco en recursos y oportunidades. Propiciar en unos un sentido de solidaridad y justicia, promover en otros una actitud de reconciliación y reconocimiento de su propia dignidad.

Debemos estar por encima de la división y la mentira, de la corrupción y la injusticia. Una sociedad dividida nunca podrá superar sus problemas, una sociedad que viva en la mentira nunca alcanzará el verdadero desarrollo humano, una sociedad sumida en la corrupción siempre será injusta.

Lo que está en juego es la democracia. Hay momentos en que si se cruza la línea roja difícilmente se puede dar marcha atrás. (Ejemplos: Venezuela, Nicaragua y, el decano de todos ellos, Cuba).

Uno de los grandes obstáculos para alcanzar la objetividad que necesitamos como ciudadanos es superar la manipulación maniquea utilizada por la demagogia gubernamental, que se expresa todos los días en nuestro país: los buenos y los malos, los que me apoyan y mis adversarios, los conservadores y los



leales. ¿Quién lo ha constituido juez de las conciencias y la libertad de opciones? La autodenominada Cuarta Transformación ha resultado una quimera, un fraude, ha maltratado al país, lo molesta constantemente, lo ha dividido, le impone la figura de su líder y su palabra como si fuera indispensable para nuestro futuro; pero la realidad es otra: estamos muy lejos del cumplimiento de las promesas, muy lejos de una transformación positiva.

Finalmente, los ciudadanos deben hacer un análisis, una evaluación a este gobierno que no quiere evaluaciones, ni para los alumnos y maestros en las escuelas, menos aún para ellos. A los ciudadanos les toca hacer una evaluación seria y lo más objetiva posible porque va de por medio el desarrollo y el bienestar de las próximas generaciones. ¿Queremos un país dividido, en retroceso, o aspiramos a algo mejor? Estos tiempos son de definiciones. Dejemos de lado las narrativas que nos alejan de la realidad; volvamos la mirada y el compromiso hacia la realidad necesitada nuevamente de ideales auténticos, de propuestas realistas. Necesitamos recuperar el país que se nos deshace entre las manos; necesitamos nuevos rostros de políticos auténticos en todos los partidos, incluso dentro del partido gobernante; hacen falta voces libres, pero, especialmente, necesitamos de una ciudadanía madura, comprometida con sus principios cristianos, para seguir el camino de la democracia y libertad en México.



Benedicto XVI: su legado espiritual y teológico

No hay dos Ratzinger; el defensor de la fe y el hombre del diálogo auténtico y la búsqueda humilde de la verdad son uno y el mismo.

El 19 de abril de 2005, Joseph Ratzinger salió vacilante al balcón de la Basílica de San Pedro como el 265° líder de la Iglesia católica. En un tono tímido, casi de disculpa, se comparó con su predecesor, diciendo a los miles de personas que le ovacionaban y se encontraban reunidos ante él que, después del gran Juan Pablo II, los cardenales habían elegido sólo a «un sencillo y humilde trabajador de la viña del Señor».

El contraste no era una exageración. Los responsables eclesiásticos de todo el mundo sabían que Ratzinger era un teólogo brillante que había defendido valiente e incluso heroicamente la doctrina católica en los confusos y turbulentos años de la crisis postconciliar, pero también sabían que, humanamente hablando, el nuevo Papa alemán poseía poco del carisma personal, la personalidad extrovertida, la energía contagiosa y el sentido de lo dramático que habían ayudado a que Juan Pablo II se ganara el cariño del mundo. En cambio, Ratzinger era callado y reservado, un erudito mucho más cómodo en el aula o en la biblioteca que en la escena internacional, un hombre reservado que evitaba deliberadamente los reflectores.

La elección de Ratzinger como Pontífice fue considerada en su momento –incluso por comentaristas de la Iglesia– como un guiño a la continuidad, como una decisión de los cardenales electores de tener una especie de papado amortiguador que permitiera que

las semillas plantadas durante los más de 26 años de reinado de Juan Pablo el Grande dieran fruto y maduraran. Benedicto fue elegido para guiar a la Iglesia en el nuevo mundo posmoderno del relativismo y el escepticismo radical por un camino que, en gran medida, ya estaba trazado; en otras palabras, nadie esperaba que cambiara radicalmente las cosas.

Nadie previó que su última misa pública, 8 años después, terminaría con lo que el New York Times describió acertadamente como una «ensordecedora ovación de pie que duró minutos».

Nadie previó tampoco que, mientras contemplamos el extraordinario regalo de su vida y obra en 2023, los fieles ya empiezan a llamarle Benedicto el Grande.

Un gigante espiritual

El nombre y el legado de Benedicto XVI estarán siempre estrechamente ligados a su decisión, en febrero de 2013, de renunciar al Papado: le convirtió en el primer Papa que renunciaba voluntariamente al oficio de Pedro desde Celestino V en 1294, lo cual envió ondas de choque a toda la Iglesia. Por tanto, es también el mejor punto de partida para intentar comprender quién era realmente Ratzinger.

La decisión, dijo Benedicto en su momento, fue tom-



P. Sameer Advani, L.C.
Profesor de teología
dogmática
en el Ateneo Pontificio
Regina Apostolorum



ada con plena libertad y estuvo motivada por la constatación de que ya no tenía fuerzas para desempeñar adecuadamente todas las tareas exigidas al Papa. Pero la cuestión iba más allá del mero pragmatismo. Porque en la mente de Benedicto también se abría una nueva forma de permanecer «al lado del Señor crucificado», una nueva forma en la que podía participar en ese ministerio petrino a través del «servicio de la oración» en lugar del gobierno activo. «El Señor me llama a 'subir a la montaña', a dedicarme aún más a la oración y a la meditación», afirmó así en su último ángelus como Pontífice. «Pero esto no significa abandonar la Iglesia. En efecto, si Dios me lo pide, es para que pueda seguir sirviendo a la Iglesia con la misma dedicación y el mismo amor con que lo he hecho hasta ahora, pero de un modo más adecuado a mi edad y a mis fuerzas».

Esta dramática insistencia en la primacía absoluta de la oración en la vida de cada individuo y de toda la Iglesia, y su correspondiente comprensión del cristianismo como la «historia de amor» entre Dios y la humanidad, es en realidad una faceta de Ratzinger que no ha sido suficientemente subrayada hasta ahora; paradójicamente, podría constituir en realidad su mayor legado y marcarlo como un maestro espiritual para las generaciones venideras.

En efecto, Ratzinger estaba convencido de que, en su esencia, el cristianismo no era una serie de ideas, doctrinas y mandamientos éticos, sino el encuentro vivo con el Dios que, como Amor, eligió libremente

entrar en una relación de amor con todos y cada uno de los seres humanos; y la inmensa mayoría de sus meditaciones, homilias, conferencias e incluso sus escritos teológicamente más sofisticados giraban en torno a esta idea central, sencilla pero profundamente espiritual.

«Dios creó el universo para entrar en una historia de amor con la humanidad. Lo creó para que pudiera existir el amor», escribió al explicar el libro del Génesis en 1986, por ejemplo. La historia de la salvación no fue «un pequeño acontecimiento, en un pobre planeta, en la inmensidad del universo», sino «el motivo de todo, el motivo de la creación», añadió entonces en 2008, antes de concluir: «todo ha sido creado para que pueda existir esta historia, el encuentro entre Dios y su criatura».

En *Deus Caritas Est*, en 2005, proclamó asimismo que «Dios es la fuente absoluta y última de todo ser; pero este principio universal de la creación –el Logos, la razón primordial– es al mismo tiempo un amante con toda la pasión de un amor verdadero». Y dos años más tarde, en su mensaje para la Cuaresma, explicó que el amor de Dios por el hombre no era sólo ágape, el amor oblativo de quien busca el bien del otro, sino también eros, es decir, el amor de quien desea poseer lo que le falta, el amor de quien anhela la unión con el amado. «El eros forma parte del Corazón mismo de Dios: el Todopoderoso espera el «sí» de sus criaturas como un joven esposo el de su novia», escribió antes de añadir: «En la Cruz, es Dios mismo quien implora el amor de su criatura: Tiene sed del amor de cada uno de nosotros».

Textos como estos abundan, y a través de ellos Ratzinger interpretó los principios centrales del cristianismo –la creación, la historia de la salvación, la encarnación, muerte y resurrección de Cristo, María, la Iglesia, el bautismo y la Eucaristía– como capítulos sucesivos de la historia de amor entre Dios y el hombre, como el desarrollo de lo que él llamaba una «mística del amor personal» en la que Dios y el hombre se convertían cada vez más en una sola realidad en espíritu.



Y por si esta comprensión teológica profundamente espiritual del cristianismo no fuera suficiente, Ratzinger nos dejó también un precioso testimonio de cómo había configurado su propia peregrinación en la tierra. En los últimos días de su pontificado, por ejemplo, describió bellamente la fe como «nada más que el toque de la mano de Dios en la noche del mundo, y así –en el silencio– oír la palabra, ver el amor». Y dirigiéndose a quienes se inquietaban por el futuro de la Iglesia tras su abdicación, añadió: «Quisiera invitarnos a todos a renovar nuestra firme confianza en el Señor, a confiarnos como niños en los brazos de Dios, seguros de que esos brazos nos sostienen siempre, permitiéndonos seguir adelante cada día, incluso cuando el camino es difícil. Quiero que todos se sientan amados por ese Dios que ha dado a su Hijo por nosotros y que nos ha manifestado su amor infinito. Quiero que todos sientan la alegría de ser cristianos».

En conversación con Peter Seewald, unos años más tarde, declaró: «Le veo [a Jesús] directamente ante mí. Por supuesto, siempre es grande y lleno de misterio». Y pocos meses antes de su muerte escribió que «a la luz de la hora del juicio, la gracia de ser cristiano se me hace aún más clara. Me concede el conocimiento, e incluso la amistad, con el juez de mi vida, y así me permite atravesar con confianza la oscura puerta de la muerte».

Lo que todo esto nos dice es que, aunque Ratzinger siempre ha sido conocido y respetado –incluso por sus detractores– como la voz que ha defendido la

necesidad de la fe para la razón y la necesidad de la razón para la fe, como el heroico defensor de las raíces cristianas de Europa, y como el intelectual que quizá más que nadie en el siglo XX ha explorado el significado de la identidad y la misión cristianas en el mundo moderno, es muy posible que las generaciones futuras no le conozcan principalmente como «Ratzinger el teólogo», sino como «Ratzinger, el místico del amor de Dios por la humanidad».

Una teología para nuestro tiempo... y para todos los tiempos

Por supuesto, nada de esto pretende restar importancia a la cantidad y calidad de la teología de Ratzinger. Ya se han escrito cientos de artículos y libros académicos sobre su cristología, eclesiología, teología de la revelación y antropología, y es casi seguro que se producirán miles más. El mero volumen de su producción –las Obras Completas de sus escritos abarcan 15 volúmenes, y la mayoría de ellos tienen más de 1.000 páginas– significa que los expertos en la materia seguirán estudiando sus textos durante años.

Pero más que cualquiera de sus descubrimientos o ideas particulares, es el estilo de la teología de Ratzinger lo que le distingue de los demás. Por un lado, la suya fue una teología que perteneció por completo al siglo XX, y que se configuró muy explícitamente como respuesta a las convulsiones en la fe del cristiano de a pie que supusieron la aplicación del Concilio: la teología de la liberación y, posteriormente, el relativismo y el posmodernismo.

Su preferencia por Agustín, de quien admitió que le impactó «la fuerza de toda su pasión y profundidad humanas», también estaba vinculada a esta idea: el personalismo del africano era fácil de conciliar con el drama y la dificultad de la existencia cristiana en el mundo moderno que interesaba a Ratzinger, y así lo encontró mucho más cercano a su propio estilo y preocupación teológica que la «impresionante» pero fríamente desapasionada teología del Aquinate. En palabras de un comentarista, Ratzinger no era, pues, un escritor espiritual desconectado que vivía en una torre de marfil; escribía con la Biblia en una mano y el



periódico en la otra, y se propuso la tarea de intentar comprender de verdad, empatizar con la fe cuestionadora del cristiano contemporáneo y comprometerse con ella.

Pero precisamente en su intento de ofrecer al hombre del siglo XX una respuesta a sus preguntas sobre el sentido de la fe, la existencia y la misión cristianas, Ratzinger desarrolló una teología válida para todos los tiempos. La clave residía en su distinción entre lo que pertenecía al verdadero núcleo del mensaje evangélico y lo que no era más que una forma secundaria y cultural de entender y expresar esa verdad de la revelación. Y mientras Ratzinger defendía resueltamente lo primero contra todos los ataques e intentos equivocados de «interpretar» el inevitable escándalo de la encarnación, la cruz y la resurrección, era sorprendentemente generoso al admitir que lo segundo recibía un necesario servicio de purificación y enriquecimiento en su encuentro con lo otro.

La imagen de Ratzinger como el *"Panzerkardinal"* y como el *"Rottweiler de Dios"*, que fue popularizada por sus oponentes liberales en los años 80 y 90 como un insulto, cuenta, por tanto, sólo la mitad de la historia. Porque ignora que fue el mismo Ratzinger quien también afirmó en 1986 que «la verdad nunca es monótona, ni se agota en una sola forma, porque nuestra mente sólo la contempla en fragmentos»; y en 1997 llegó a decir que «tengo que estar dispuesto a permitir que mi estrecha comprensión de la verdad sea derribada. Aprenderé mejor mi propia verdad si comprendo a la otra persona y me dejo llevar por el camino hacia el Dios que es cada vez más grande, con la certeza de que nunca tengo toda la verdad sobre Dios en mis manos, sino que siempre soy un aprendiz, en peregrinación hacia ella, en un camino que no tiene fin».

No es éste el lugar para desarrollar estas ideas en detalle. Pero el punto es que el Ratzinger que famosamente llamó a Lutero un *"felix culpa"* y una corrección necesaria a la excesiva centralización romana, el Ratzinger que llamó a las religiones del mundo «partes necesarias de la historia de la salvación», y el Benedicto que creó el Ordinariato Anglicano con

la esperanza de permitir a estos cristianos separados entrar en la plenitud de la fe y de la Iglesia mientras simultáneamente les permitía mantener tanto de su propia tradición litúrgica y espiritual y patrimonio como fuera posible, es tan y tan auténticamente ratzingeriano como el teólogo que defendió resueltamente la divinidad de Cristo contra los excesos de la reducción histórico-crítica de Él al mero hombre Jesús, denunció valientemente los errores que implicaba la interpretación marxista de la fe propugnada por la teología de la liberación y proclamó sin miedo que la ciencia y la tecnología no pueden llenar el vacío del corazón del hombre que clama por Dios.

Esto no quiere decir que haya dos Ratzinger; el defensor de la fe y el hombre del diálogo auténtico y la búsqueda humilde de la verdad son uno y el mismo. Son las dos caras de una misma moneda, y este único Ratzinger construyó así una teología unificada caracterizada por su visión tanto de la unidad como de la pluralidad, de una legítima pluralidad de «lenguajes» histórico-culturales, teologías, comunidades e iglesias dispuestas sinfónicamente dentro de la unidad de la fe y de la Iglesia universal.

En una situación eclesial cada vez más dividida entre 'ultraconservadores' y 'radical-progresistas', el fundamento teológico que Ratzinger proporcionó para lo que él llamó una «unidad pluriforme diversificada» en la Iglesia ofrece así un camino intermedio matizado pero equilibrado que desafía las suposiciones, los prejuicios y la rigidez de ambos bandos. Más que por cualquiera de sus textos o conferencias, es por esta audaz visión teológica, por este estilo de teología fiel pero generosa, por lo que Ratzinger será recordado.

«Ratzinger el místico» pasará a la historia como «Ratzinger el teólogo». Y un día –quizás no muy lejano en el tiempo– podrán simplemente unirse bajo el título de «Benedicto el Grande».

Publicado por Zenit Noticias, Redacción Zenitopinión el 31 de diciembre 2022.